

AMERICA

**PUBLICACION DEL
GRUPO AMERICA**

Comisión Directiva:

**AUGUSTO ARIAS
ANTONIO MONTALVO
JOSE ALFREDO LLERENA**

ENERO-DICIEMBRE DE 1948

AÑO XXIV

Números 90, 91 y 92

Talleres Gráficos Nacionales

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

BANCO DE ABASTO

SOCIEDAD ANONIMA

CAPITAL Y RESERVAS: \$ 3'800.000,00

**Al servicio del Comercio, la Agricultura
la Industria y el Público en General**

**PRESTAMOS HIPOTECARIOS
A LARGO PLAZO**

Negociación de Cédulas Hipotecarias del 7% y 9%

**Préstamos sobre firmas, con prenda de mercadería
y otros valores**

**Depósitos en Cuenta Corriente, y a Plazos
Cartas de Garantía sobre el Exterior e Interior**

ACEPTACIONES, AVALES ETC.

OPERACIONES BANCARIAS EN GENERAL

LOCAL: VENEZUELA Nº 872 Y CHILE

(Portal Municipal)

QUITO - ECUADOR

REMINGTON RAND

La Máquina de Escribir Portátil
MODELO Nº 5 DE LUXE



Con Funcionamiento de Máquina Grande
y Características de Máquina Grande



LA COMPAÑERA DE VIAJE IDEAL

Para el Hogar

Para el Viajero

Para la Oficina



DISTRIBUIDORES:

Unión Comercial Industrial C. A.

Sucre 370 — — Teléfono 870

QUITO — ECUADOR

IMPORT — EXPORT — COMMISSION AGENTS.

AGENCIAS RICAURTE

CASILLA 807

GUAYAQUIL - ECUADOR



SERVICIO DE MOTOVELEROS

POR LA COSTA

ECUATORIANA, PANAMA Y CALLAO

FARMACIA DAVILA

DEL

DR. AUGUSTO A. DAVILA

Agente de los Productos:

LEKESIDE

LEMKE

GEIGY



REPRESENTACIONES E IMPORTACIONES

Calle Maldonado 2916 — Quito-Ecuador

**LIBROS EDITADOS
POR EL GRUPO AMERICA
ANTOLOGIA DE POETAS ECUATORIANOS**
Por Augusto Arias y Antonio Montalvo



**BIOGRAFIA
DE FEDERICO GONZALES SUAREZ**
Por Nicolás Jiménez.



PARA PEDIDOS DIRIGIRSE
AL GRUPO AMERICA. — Apartado N° 75.

**LIBRERIA ESPAÑOLA
DE
ARSENIO BRIZ SANCHEZ**
Distribuye **PANORAMA DE LA LITERATURA
ECUATORIANA**

Por Augusto Arias

Historia Completa y Antologizada de las
Letras Ecuatorianas.



APARTADO 356. — QUITO - ECUADOR.

TALLERES EL MUNDO

C. Alfredo Recalde E.

Reparación de automóviles, camiones,
Camionetas y maquinaria en general

DIRECCION:

Calles BARBULA Y YAGUACHI (EL DORADO)

Apartado 4-8-3....

Teléfono 16 - 14

Si desea Eficacia Honradez y Responsabilidad

Utilice los Talleres "EL MUNDO"

TERESA

Fábrica de Muebles y Tapices

MEDALLA DE ORO DEL PRESIDENTE
DE LA REPUBLICA

EN LA

Gran Feria Nacional

Dirección del Depósito:

CALLE 18 DE SETIEMBRE 638 - 644

Dirección de la Fábrica:

AVENIDA ORELLANA 1297

HIPOLITO ESPINOSA M.

**REPRESENTANTE DE FABRICANTES
Y EXPORTADORES DEL EXTERIOR**



IMPORTADOR-EXPORTADOR-COMISIONISTA

**CARRERA SUCRE N° 322,
altos entre Venezuela y García Moreno
Teléfono 17. Ciudad Casilla N° 312**



**Dirección Telegráfica
"HIPESNOSA - QUITO"**

QUITO - ECUADOR



A M E R I C A

GRUPO AMERICA
Casilla N° 75
Quito - Ecuador

RELACIONES INTERNACIONALES

Desde los primeros números de AMERICA y luego a partir de la organización del Grupo que se ha distinguido con el nombre de nuestro Continente, hemos mantenido, con actividad constante, el propósito de interconocimiento de nuestros países, la divulgación de sus letras, el estudio de los valores literarios de estas naciones, cuya afinidad espiritual y geográfica se manifiesta también, y de modo característico, en las expresiones de su intelecto. Tal fué el propósito, felizmente coronado, de establecer la Biblioteca de Autores Americanos que se ha enriquecido cotidianamente, hasta constituir una positiva fuente de consulta para todos cuantos se interesan por las letras de este lado del mundo y que ha recibido estimuladoras visitas de los viajeros de la cultura que llegan a estos lares.

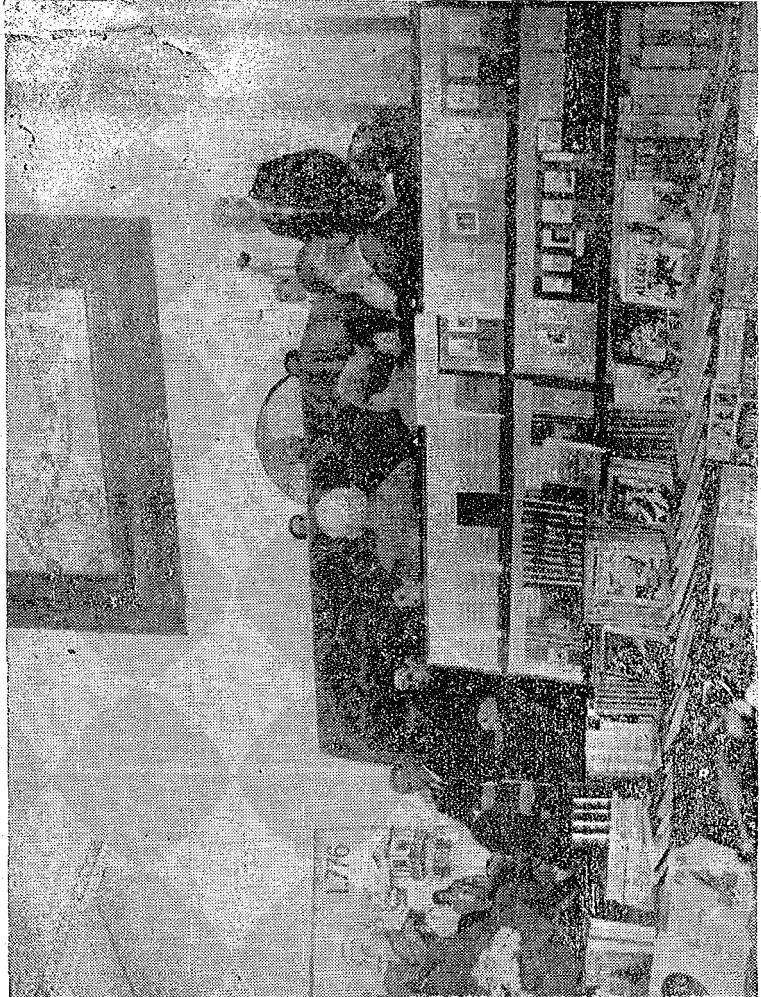
En prosecución de estas labores, organizamos, en el año de 1948 y en la oportunidad del día cívico de la Patria de Sarmiento y Alberdi, la Exposición del Libro Argentino, abierta por espacio de diez días en el Salón de la Ciudad, con el gentil concurso de la Embajada de la República Argentina en el Ecuador. Unos tres millares de volúmenes integraron esta demostración no solamente de las grandes posibilidades editoriales de la República del Plata, sino también del gusto selectivo de sus directores y aun de los planes de trabajo que distinguen a todas y cada una de sus empresas, por lo que, en ese certamen del libro, pudo verse así a las que se especializan en las ediciones de los clásicos universales y de América, como a las que gastan pulcritud y discernimiento en la formación de las bibliotecas pedagógicas.

Esta Exposición reafirmó el concepto acerca del considerable aporte que las editoriales argentinas dieron, en

la última época, así para nutrir las bibliotecas exigentes de selección, de calidad, como también los modestos anaqueles en los cuales ya es dable disponer de los clásicos griegos, latinos y castellanos; de las obras representativas de la literatura universal; de los tratados de la técnica o de la divulgación práctica de conocimientos, gracias a la obra editora de las prensas argentinas que en un momento llegaron a presentar tanto volumen y calidad como los de los grandes centros libreros de España.

Escritores ecuatorianos, miembros del Grupo América, disertaron durante los días de la Exposición acerca de la vida y del valor de esos libros argentinos, a propósito de su influencia en la literatura americana; sobre su originalidad o su propiedad, y en torno de las condiciones de tiempo y espacio, de personajes y de ambiente, de asuntos como también de lenguaje, que son las que imprimen carácter a las literaturas nacionales.

La Exposición del Libro Argentino ofreció también un considerable acervo, para que se completara, en lo posible, la sección Argentina de nuestra Biblioteca de Autores Americanos que está presidida por varias ediciones de los libros de Sarmiento, el Presidente educador y civilizador, y por las de ese volumen en el que la existencia del gaucho se lleva a una épica netamente argentina, por el romance inmortal de Martín Fierro.



Un aspecto de la Exposición del Libro Argentino, realizada en el Salón de la Ciudad

LARRETA Y LA PAMPA

Disertación pronunciada para inau-
guración de la Exposición del Libro
Argentino.

Excelentísimo señor Presidente de la República,
Excelentísimo señor Vicepresidente,
Excelentísimo señor Nuncio Apostólico,
Excelentísimo señor Embajador de la República Ar-
gentina,

Excelentísimos señores Embajadores y Ministros de
naciones amigas,

Ilustre señor Alcalde de Quito,

Señoras y señores:

Por fortuna, ante auditorio como éste, el solo nombre de la Argentina pone de suyo en las mentes la visión de su grandioso horizonte humano. Lo cual me exime del vano intento de mostraros en su esplendor país tan privilegiado por su naturaleza y su historia.

Definirlo con precisión sería el mejor modo de ensalzarlo. Describirlo sería cantarlo.

Un Darío, un Lugones, un Larreta, muchos otros y de los grandes, han logrado, como bien sabéis, loar su magnificencia, ora en verso que la concentre, ora en prosa que la expanda a su medida. Carente de tales dones augurales, ni poeta ni historiador desgraciadamente, mal podría quien os habla aquí ocasionalmente, ensayarlo a su turno. Por suerte, tampoco soy "sociólogo": no temáis pues que abuse como tal de vuestra cortesía. Habremos de limitar, vosotros vuestra paciencia, yo mi modesto empeño, a contemplar ese gran país en uno solo de sus aspectos, el más concreto, simple y hermoso; y lo veremos tan sólo al fondo de un espejo. El espejo será, en este caso, un libro, libro translúcido que nos muestra el paisaje argentino por antonomasia, la pampa: la pampa, doblada ahí de encanto por

la diáfana profundidad que adquieren sus imágenes casi irreales de transparencia en el fondo ilusorio y exacto que las retrata.

Una novela, de un argentino que además de serlo rai-galmente es un escritor de dimensiones universales, será pues el tema de esta breve disertación circunstancial.

La Exposición del Libro Argentino en Quito presta por su parte marco adecuado a la evocación de un libro que resume significados trascendentales de esa fértil mesopotamia americana, la pampa.

Nombrar la pampa es recordar una llanura imponente como la del mar, así como decir: Sarmiento! es tener delante la magnitud de una mole andina.

País de veras privilegiado, pampa uniforme. Su sosegada amplitud no por sosegada es menos emocionante que si se alzara y se hundiera entre escarpados montes y profundas selvas. No es el dédalo de nuestros Andes de inmovilidad sólo aparente, en ignota combustión de entrañas, en perpetua fuga de su humus bajo las lluvias y desgaste de sus aristas y crestas bajo el ala incesante de los vientos, con sus pendientes acuchilladas de grietas, llagadas de abras que nunca acaban de cicatrizar, cortadas por despeñaderos súbitos como suicidios y por torrentes que sólo aspiran a remansarse en algún lejano estuario y hacia él aceleran y se precipitan como a su destino único.

Por contraste, aquella verde planicie inmensa da al hombre la sensación de una llegada definitiva.

Tierra unida, simple y humana, como hecha para el bienestar del hombre; no avara y dura como la nuestra que sólo entrega su arisco y recóndito seno al afán de quien trepa, se agarra, la perfora con desgarradora insistencia.

Bien conocéis la atormentada configuración de nuestra "espina dorsal del continente"...

Allá se está esa buena tierra, tendida como promesa inmediata y cordial: Canaán!

Las Geórgicas de esa virgiliana comarca de pastos y cereales, ubérrima sin otro énfasis que el volumen de sus cosechas, han sido ya descritas por viajeros, estadistas, historiadores y por muchos poetas propios. Su primitivo cantor, inhábil, todavía ingenuo, el venerable arcediano don Martín del Barco Centenera, le auguró ya, desde los comienzos del siglo XVI, la segura grandeza, en estrofas pesadas, toscas, chirriantes como las carretas que habrían de cruzar luego, cargadas de gavillas y al paso de tardos bueyes, esos campos holgados del porvenir.

Tierra unánime, no se la canta bien sino en coro, con voces graves: el solo lírico que irrumpe como voz aparte suena ahí endeble y transitorio. El mismo Rubén Darío, tan personal, como intuyendo aquel sentido unanímista de la pampa, allanó las décimas solemnes de su Canto a la Argentina en uno como canto gregoriano. Pauta de canto llano es en verdad la adecuada a esa liturgia de la mies opima, del rebaño feliz, del suelo próspero, del horizonte por todos lados igual.

Granero del mundo ahora, esa extensión de los rebaños innumerables, de la abundancia cólmada, fué empero, para sus primeros pobladores blancos, el país del hambre. Recordad el punto de partida hacia la futura grandeza, tal cual nos lo fija el relato de uno de ellos, un soldado de la conquista, por casualidad y para mayor gracia un alemán, el célebre Ulrico Shmidl, venido con Mendoza en 1534. Pues él cuenta cómo, habiendo unos tres españoles robádose un caballo para comérselo a escondidas y no morir de inanición, fueron colgados. Pendidos todavía de la horca, esos cadáveres, otros españoles aún más famélicos, al caer la noche despedazaron "los muslos y otras porciones del cuerpo de los ahorcados, se los llevaron a sus chozas y allí se los comieron".

"También ocurrió entonces que un español se comió a su propio hermano que había muerto".

"Esto ha sucedido, precisa el buen Ulrico, el año de 1535, en el día del Corpus Christi" en la recién mal fundada Buenos Aires.

"Y en este viaje, añade, murió de hambre la mitad de nuestra gente".

Los indios mismos no tenían mucho de comer: incierta pesca, caza aleatoria, y sólo en algunas regiones lo que nuestro alemán llama trigo turco, (maíz). Y de ello traían a los españoles poco, cuando bien querían.

Ningún aliciente de minas, ni rastros de antiguas culturas, hallaron allí los conquistadores que soñaron con otro Perú. Todo fué perseverancia heroica, hasta convertir en emporio esa colonia por largo tiempo de las más desamparadas.

La pampa se cubrió de pompa sólo gracias al hombre blanco y tenaz. Pronto el más suntuoso manto de riquezas recubre la antigua tierra desnuda. Asombro sería para un argentino de ahora, ver prendido a los riscos de nuestras cimas, por obra de pobres indios, solitarios transeúntes de nuestros páramos, el remendado sayal, de franciscana po-

breza, que semejan sus empinadas sementeras. Qué tierra tan difícil! Allá todo está a la mano, el mar de trigo, las dehesas gordas de animales, hasta el confín.

Envidiable llanura sin tasa, ¡cómo trocáramos algún volcán, vano orgullo nuestro, por un buen porqué de llanura!

*

* *

Demasiado sabéis cuan insignie escritor es Larreta. Todos recordáis, así no sea sino de nombre, su famoso libro primogénito, el libro heraldo de su señorío en las letras castellanas.

Tan gran escritor surgió a la notoriedad tras apartado esfuerzo.

En vez de frecuentar con breves y brillantes apariciones de actualidad literaria la camaradería de los cenáculos, parece haber comenzado por guardar silencio, desdeñando quizás, desde entonces, como lo anota Carlos Obligado, las "hipérboles de la camaradería" que denunció el terrible Groussac al apreciar en Larreta cierta sobriedad de su juvenil relato, Artemis.

Se ausentó largamente y trabajó en Europa.

Tenía en mente el desarrollo de uno como gran frescomural, y yéndose a España, convivió con sus personajes en Avila, impregnándose, embebiéndose del ambiente de la ciudad vieja, que él quería ver redivivo para su fábula. Un buen retrato de entonces, por Zuloaga, nos lo muestra ensañado, con la austera ciudad de las murallas y torreones a sus pies. De no estar en antecedentes, cualquiera lo tomaría como representando a Barrés en Toledo. El aire barrésiano está hasta en cierto parecido que el letrado pintor le había dado, acaso subconscientemente, con el autor de *Sangre, Voluptuosidad y Muerte*, de cuya paleta literaria tomó a su vez algunos colores Larreta. Ese retrato ha sido bastante reproducido; y no desentona en su casa española de Buenos Aires. Pintura muy 1910, de cuando, en literatura, el alma de las ciudades, —Toledo, con Barrés, Venecia con Barrés y D'Annunzio, Brujas la Muerta con Rodenbach y así otras de otros,— era un ejercicio de esteticismo interpretativo de profundidades. Esa Avila de los Caballeros tratada por Larreta a lo Tintoreto tiene en verdad lo que llaman los pintores *gueule*. Perdura en ella el hálito de los sarracenos y de la Reconquista, con su catedral guerrera, templo y fortaleza, sus nueve puertas cerradas al.

toque de la oración, y el espíritu de su Santa orando y combatiendo aún, y un pertinaz relente moro en costumbres y pasiones supervivientes. Bella pintura literaria, con un vocabulario exacto, en estilo de época pero aún viviente, por vivido como de dentro para afuera. Libros así no se improvisan; pero libros tales se imponen. Así fué cómo asombró de veras La Gloria de Don Ramiro. Obra de esfuerzo asiduo, como de erudito; gran libro de meticulosa preparación, de curiosa formación y anticuada atmósfera para respaldo histórico de la veracidad, más que de la verosimilitud, de un retrato de época. Siglo XVI, gran siglo, y nuestro también, por haber España puesto ya su planta en el entonces de verdad **Nuevo Mundo**. Don Ramiro, vástago de doble estirpe, española en una y misma, como ha de serlo la americana, viene a enmendarse, o a empeorar, ya se verá, y por lo pronto a olvidar y a vivir mejor, quizá para mejor morir; que aquí fallece en efecto, no lejos del sitio en que aromaba el ambiente una flor de santidad, algo exótica todavía como de trasplante reciente, pero genuino brote hispánico en tierra americana: la Santa Rosa de Lima.

Todavía no estaba de moda la novela mal escrita, que ahora ha cundido como en desafío, a la gramática por ignorancia, a la lógica por prurito anarquizante; que ha cundido entre nosotros porque es más fácil disparatar fingiendo convicción revolucionaria, que ordenar y pulir cosas ciertas, con probidad literaria y por respeto a la verdad, vale decir por respeto a sí propio.

“Pero ésta es obra demasiado bien escrita”, se murmuraba; de suerte que aún en su hora, —y después más aún,— fué reprobado modelo, por su arte paciente y tenaz: ¡estaba, decíase, demasiado bien hecha! ¡Qué de tonterías no se dijo entonces! Y sin embargo: Desde que los Goncourt llamaron *écriture artiste*, escritura de artista, cierto estilo preciso, no precioso, fué menester cuidar como nunca de la forma. Tras las poderosas novelas de un Balzac, —tan mal escritas francamente, porque no tenía ese gran genio creador, acosado de necesidades y de ilusiones enormes, tiempo de pulir, antes bien lanzaba sus tallas heroicas como inacabadas adrede, a la manera de un Rodin, aumentando quizás así su fuerza de dominación,— (y algo semejante acontece con Sarmiento, el león de la pampa), se comenzó a exigir y a emplear un supremo celo de la forma. Flaubert, en **Salambó**, en la **Tentación de San Antonio**, agotaba el poder del estilo, se agotaba en el esfuerzo de la lima.

Zola parecía un bárbaro. Genios fáciles y felices como un Anatole France, encantaban por otro lado con el toque de la perfección, la sabia sencillez, sencillez cargada de sabiduría de siglos pero ligera como una euforia. Barrés con su primer alarde "bajo la mirada de los Bárbaros" *Sous l'oeil des Barbares*, comenzaba a darnos en sus hojas de temperatura, el gráfico ascendente y descendente de su fiebre, la escala puntiaguda de sus crispaciones de ultrasensitivo. Y detrás de los Alpes, el que Vogué llamó *le beau félin du XIX^{eme} siècle*, el hermoso felino del siglo, Gabriel D'Annunzio, *l'Enfant de Volupté*, el mimado de la voluptuosidad, escribía sus profanos breviaros del placer.

Hasta en la prensa diaria se veían prosas perfectas; escribían en el *Figaro*, para el *Figaro*, Gerard D'Houville, Colette, *Femina*, (Mme. Bulteau) que en su novela *La Lueur sur la Cime*, bajo su otro pseudónimo, Jacques Vontade, aparecía más danunziana que D'Annunzio, más wagneriana que Wagner.

Pero, así como en Francia no hay libro mal escrito, —los hay buenos o malos y aún mediocres; pero mal escritos no los hay,— podría tal vez decirse que en América acontecía lo contrario: por lo común no había libro bien escrito, vale decir que no hubiese de ganar al haber sido escrito de otro modo.

Aun los mejores son de estilo más bien cursivo; y aún entre los poetas, todavía la elocuencia se confundía con la oratoria, la emoción con la sensiblería; como, entre los prosistas, la corrección era generalmente pedantería, la originalidad, enrevesamiento; la sentencia, lugar común; los vaticinios, falsa profundidad.

Darío trajo a las letras americanas más música que pensamiento, pero nos hizo dar un gran paso. Cuando apareció *La Gloria de Don Ramiro* ya América estaba pues más leída, como solemos decir; la literatura europea, la francesa, en particular, habían educado más modernamente el gusto, se apreciaba el estilo difícil antes que el cursivo.

Tuvo pues, a pesar de todo, lectores preparados esa antología de episodios medievales y renacentistas, moriscos y castizos, hidalgos y bohemios. Fué de verdad sorprendente en un argentino tan raro saber, acierto de seguridad tan magistral. Ese libro apretado y erguido, sobre fondo arcaico, era una proeza, era una hazaña. Vino luego *Zogoibi* a hablarnos de la pampa: piedra de toque de lo cercano, lo propio, lo comprobable: Dominio neto de lo argentino, ubre nutricia de su nacionalidad.

Los antiguos dramaturgos, se limitaban a lo ya sabido: los propios instauradores de la tragedia, los griegos, no se preocupaban de una continua innovación o novedad de asunto. El mismo tema sirvió a muchos autores para la misma tragedia, como en certamen. Pero es que su auditorio, o como si dijésemos su público, era de conocedores, a quienes interesaba la **manera** más que el fondo, inamovible, del mito, la religión o la historia, que eran el asunto de la tragedia.

El poeta, el dramaturgo y el actor, se lucían en la interpretación sin sorprender al espectador con desenlaces imprevistos.

Nuestro gran humanista el P. Espinosa Pólit, en su sabio comentario del Edipo Rey nos muestra admirablemente cómo Sófocles era original dentro de lo consabido, de lo invariable. Pero los autores modernos buscan, especialmente en el teatro, temas inéditos, si los hay dentro de las **36 posiciones** en que, —según el curioso libro que las enumera, y que así se llama,— se resumen todas las posibilidades y combinaciones del drama humano.

Al amplio juego de los elementos predeterminados en todo asunto de amor, fuente siempre inagotable y siempre la misma, Zogoibi aporta por lo menos novedades circunstanciales y concomitantes de lugar y tiempo, en su drama pampeano.

Después de La Gloria de Don Ramiro, estotro libro apareció como algo inesperado. Parecióme sin embargo el más natural. Aquel otro, revestido de tantas galas hispano-moriscas, impedía con su boato que se palpara su íntima veracidad tan certera en el conocimiento y traslado de las pasiones humanas, única base estable de toda obra de imaginación. Obra maestra, La Gloria de don Ramiro; gloria hispánica, con visos y fondos de historia y ambiente pretéritos, peraltados y sostenidos por el entono de la lengua, restituidos en la acabada prolijidad del detalle auténtico. Más **nuestra**, por sus características de asunto y paisaje, escenario de costumbres hispano-americanas contemporáneas, subrayándose en ellas lo peculiarmente americano, fué este "Zogoibi" una de las grandes primicias de la literatura americanizante, a que tendemos, y en veces logramos.

Pero es el caso que dentro de su propia tierra, tan bien retratada en su belleza, tan bien ensalzada en su espíritu, esta novela fidedigna había suscitado polémicas. Prejuicios más que razones: Que eso no era trasunto de "argentinidad"; que era más el relato de una aventura con

una mujer de paso, una extranjera, en vez de ser únicamente romanza con una criolla; que eso no era la pampa porque el protagonista no era un gaucho sino un señorito a quien el chiripá y la indumentaria gauchesca no le eran congenitales sino de remedo, y que hasta su autor era más bien extraño a las labores del campo siendo un ciudadano cosmopolita de vocación.

Pero es claro que bien podía ser la obra buena sin ser un hijo de la gleba el protagonista y siendo su autor solamente un observador pero perspicaz. Cuestión, como se ve, mal planteada, y polémica que en suma no nos concierne: además, ciertas obras tienen que ser contempladas de fuera para saberse de verdad lo que encierran de universal detrás de las apariencias, discutibles sólo *in loco* como más o menos exactas.

El hecho es que de mi primera lectura del *Zogoibi* guardaba un recuerdo de encantamiento. ¿Era sólo la magia de sus descripciones en estilo alucinante? Ganas tenía de releerlo, porque a *thing of beauty is a joy for ever*.

La ocasión se me ha presentado ahora, y vengo a hablarlos a través de esta segunda lectura, que es siempre la necesaria, aunque es tarea que muchos suelen ahorrarse para no más de opinar, no por eso menos categóricos. Aún así, enunciaré sólo una impresión, un parecer, que nó un juicio.

No tengamos sin embargo empacho en asentar, de entrada, que Larreta es escritor de gran raza, y de los mayores de la lengua. (Y la lengua de este estilista, digámoslo entre paréntesis, es, por añadidura, un crisol donde se han apurado quintesencias destiladas a lo largo de amorosas y morosas lecturas de la mística y la picaresca españolas, decantando arcaísmos en filtro de modernidad).

Sentada esta premisa de altura, lo mismo os dará que tal autor trate un asunto u otro, que a cualquier materia sabría darle realce. Escojamos, con todo, ésta de sabor americano. Halaga el gusto paladear del vino propio.

Pues bien, tras el impresionante cuadro hispano-arábiga de Don Ramiro, he ahí que Larreta nos dió, en exornado marco, su bello paisaje pampeano.

* *

* *

Zogoibi significa: desgraciadito, desventuradillo: ¡qué tal si Larreta intitulaba *El desventuradillo* a su gran nove-

la, en vez de aquel vocablo oriental, eufónico, y evocador de algún desconocido hechizo que prestigia su fábula como un amuleto!

Zogoibi lleva como subtítulo, **El dolor de la tierra**. Mas no es la tierra la que ahí sufre y cambia. La pampa en sí permanece inmune; no le afecta ni el avance de las fábricas, que no llegan con sus chimeneas humeantes a desflecar la orla de los contornos de ese horizonte de inmensidad. Es sólo el gaucho, su dueño, su poblador y su intérprete nato quien se va, se aleja, se ha ido ya, está desvaneciéndose hasta en el recuerdo: evocada silueta, conjuro póstummo. Pero esto, que es exacto y era inevitable en el espacio y la época, ha sido utilizado, como el primer reproche a esta novela que muy bien dice otro dolor de la tierra. Descharacterizado y todo, venido a menos o transformado, querríase forzosamente fuese un gaucho el protagonista, para encuadrar en la noción común de la pampa. Y en Zogoibi, el protagonista es un joven señor, que ama y comprende la pampa, pero no la encarna como silvestre fruto de sus soledades. Es un **gentleman farmer**, un **campagnard gentilhomme**, un hidalgo del campo, refinado por hábitos de gran ciudad y por lecturas europeas; de casta de hidalgos no ya exóticos en la tierra o como trasplantados recientemente, sino compenetrados con ella por obra de generaciones unimismadas con la región.

Zogoibi no habla en primera persona. Pero el autor, detrás de él, le presta todo su sentir poético de la pampa, circundándolo de un ambiente de tradición y de paisajes; y sin hacerlo símbolo de nada ni alegoría moral al trasluz de los acontecimientos, le infunde una vida congruente con el contrastado drama que quiere desarrollar; en la pampa, como escenario, en la vida universal, como fondo.

Drama que pudiera acontecer, que ha acontecido sin duda a los propios argentinos, mil veces en París, cien veces en el mismo Buenos Aires: el de la aventura con aventurera extranjera, que uno sabe siempre como empieza, rara vez como acaba; sabiéndose sí, de antemano que ha de acabar mal. Esta vez, préstale la pampa sabor nuevo y doble sentido.

Entremos en el relato, y digamos una vez por todas que, de principio a fin, hay a cada paso una fina observación precisa, trazos, trozos, párrafos, páginas enteras de sobrio y potente esplendor literario, no gratuitos ni intercalados de relleno, sino insertos en la acción como un acompañamiento

de melopea más vasta que las cambiantes vicisitudes de los personajes.

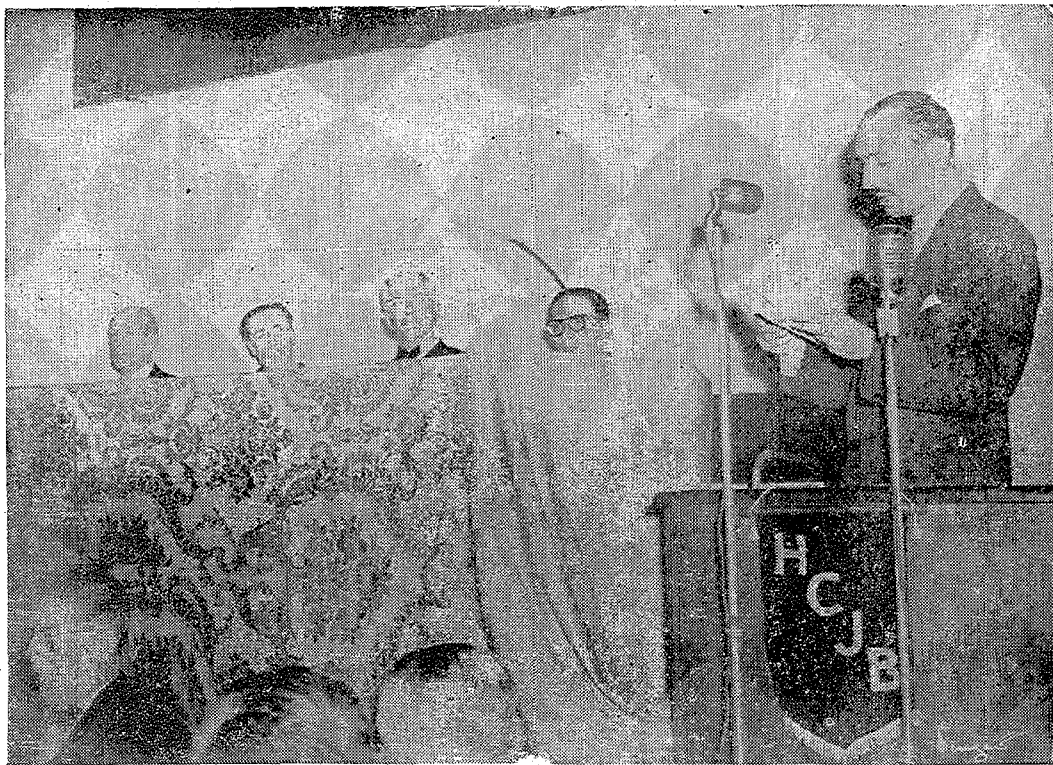
Se abre el libro con un buen cura español, andaluz por añadidura, que suele platicar a solas con su casulla, o su armario, en la sacristía, con la nostalgia de su villorio velada por la atracción de la nueva tierra que ya lo ha absorbido.

Le ha llamado para consejo y consuelo en su nueva congoja Lucía, la novia de Federico que moraba con sus tías en el campo, en lo que llamamos nosotros una hacienda no más impropriadamente que llaman estancia los argentinos a lo que a su vez no tiene en España nombre específico entre granja, alquería, cortijo, hatu, majada o quinta. Novio y novia moraban en sus campos heredados; vida llena de esa noble sencillez de castellanos viejos, ahí sembrados con las costumbres, la religión, la non-curanza españolas de otro tiempo.

Las tías de la huérfana, austeras sólo en religión, bondadosas y suaves en lo demás, como lo fué su madre, recelan de la ortodoxia del novio, que no practica, y hasta profesa con jactancia de escéptico cierta indiferencia en lo tocante al dogma y sobre todo a la asidua frecuentación de los sacramentos, prefiriendo la de los libros franceses, libertinos todos para esas buenas señoras. Hay que decir que el catolicismo argentino, no sólo en las clases elevadas sino en la media y popular, y mayormente en las campesinas, es más hondo, más serio y más fijo que el que suelen atribuir a Quito de oídas, por reiteradas afirmaciones de sedicentes librepensadores. Como es sabido, más gustan éstos de la libertad de no pensar que la de pensar libremente.

El lector entra con el cura en la casa de las tías y les va conociendo exactamente, a toques rápidos y certeros. Familia troquelada en los antiguos cuños de la tradición, conforme a sus tipos y temperamentos.

Federico vive en una estancia cercana con su madre y su abuela, "que ponían en su vida zahumerios de antaño, a pesar de sus burlas. Igual que muchas señoras de su época, misia Adelaida era suspicaz e inteligente, encima de todo, un dechado de buenos modales, de aquellos modales exquisitos que dejara España en América, cortesanía sin afectación en los varones, discreto señorío en las hembras, noble aroma solariego que suele respirarse, hoy mismo en una que otra casona de las provincias del interior". Esto que observa un argentino en su tierra cosmopolita, ¿podríamos decirlo también nosotros, donde todo señorío ha



El Secretario General del Grupo América, señor don Gustavo Vásconez Hurtado, inaugura la Exposición del Libro Argentino. En la mesa de la Presidencia, los señores Embajador de la República Argentina, Vicepresidente de la República, don José Rafael Bustamante, Presidente de la República, Excmo. Carlos Julio Arosemena y señor Ministro de Educación Pública, doctor José Miguel García Moreno
Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

venido a menos, bajo el cundiente aplebeyamiento de usos y costumbres?

Larreta había puesto el apellido Ahumada a su joven héroe, en reminiscencias de Avila y de la Santa Doctora, siguiendo el linaje de Santa Teresa en América a través del libro de nuestro ilustre compatriota el Arzobispo Pólit. Uno de sus hermanos tuvo casa y solar en Quito, donde es ahora el convento de Santa Catalina. En la novela, don Alvaro, pregúntase “si esos Ahumadas de la Argentina descendían de algún hermano de la Santa”. — “Acaso Jerónimo, Pedro, Antonio, Agustín. Los siete hermanos, unos con el nombre de Ahumada, otros con el de Cepeda, ilustraron desde la Florida hasta Chiloé la historia de la conquista. Rodrigo el predilecto de la Santa, el compañero de su niñez, el que jugaba con ella en el jardincillo de Avila, estuvo con Mendoza en la primera fundación de Buenos Aires y murió luego a orillas del Pilcomayo, matado por los guaraníes. Cuanto a Agustín, el heroico soldado cantado por Ercilla, fué nombrado Gobernador de Tucumán; nada tendría de extraordinario que anduviese también haciendo de las suyas por Catamarca. Además, le dice a Federico el Cura: no hay sino mirarle a usted la cara. Sí, hombre que tiene usted la traza del abulense rubio, pelo de trigo, ojos de color de sierra lejana”.— (*)

Federico, continuando la obra paterna, vivió vida de campo, civilizando a sus campesinos cual convenía a su natural, “para evitarles, dice, el peligro de la enseñanza con que enloquece las pacíficas chozas la escuela oficial”... Allá como aquí!

“No era solamente la vida de la pampa, era la pampa misma, su tierra, su cielo, lo que amaba Federico en su novia. Aunque no conocía otros países, pensaba que aquella tenía que ser la belleza suprema, despojada, sin ringorran-gos ni arrequives, el paisaje todo horizonte, que es para muchos la mayor hermosura y trazo de unión soñadora de los ojos y el alma”.

Ya, desde las primeras páginas, en la tercera o cuarta, Larreta nos da de lleno, intempestivamente sintética y abstracta, la que él, con intuición feliz, tiene por esencia de la pampa, cuyas imágenes aparentes describe y desenvuelve, con admirable dominio de identidad, a cada vuelta del escenario.

(*) Véase nota al final del artículo.

De entrada, nos la define: "pampa escueta, espiritada, anhelosa, y que a Federico se le antoja la región metafísica por excelencia".

Más adelante, atribuyendo a su cura español estas reflexiones suyas sobre la pampa, Larreta escribe: "Con razón decía el Padre Torres que no había nada más metafísico en la naturaleza que esa comarca de pastores pensativos, amantes a la vez del cantar y el silencio; sólo que para sentirla y comprenderla de veras, —tenía razón el cura—, a más de ser algo místico, había que tener su poquitín de geómetra y su poquitín de astrónomo; y sobre todo, saber escuchar la música callada, la música insonora de que nos habla Fray Luis. "¡Qué Don Alvaro!", exclama Larreta para excusar el súbito entusiasmo.

Penetrantes observaciones, frases, como suyas, muy bien compuestas, calificativos exactos, todo lo tiene Larreta al elogiar y definir la pampa. Al querer fijarla como entelequia, se acercó al toque directo, definitivo. La enumeración es tan aproximativa, contornea tan de cerca al objeto, lo circunvala con todos los elementos ya discernidos, que muchos lectores tuvieron sin duda, la impresión de que Larreta resumió todas las suyas en la palabra: metafísica. Así un crítico argentino, atribuyéndolo con justicia al verdadero autor, establece que, Enrique Larreta dijo: "Pampa metafísica" (y lo pone entre comillas). En luminosa convergencia de sus luces, está ahí en efecto, y por dos veces la palabra: metafísica. Con fundamento pues, dice este crítico: "Todos comprendimos inmediatamente que la expresión era profunda y hermosa, pues sentimos flotar en nuestro espíritu las modalidades pampeanas que tal calificativo, solo, concreta y fija sin que con otro alguno, antes, ello se lograra. La vaguedad soporosa de los horizontes, la infinidad, el misterio, panteísta, la poesía, transmutación de la materia espiritualizada, fueron dichos con el feliz vocablo". "Y por eso, concluye el mencionado crítico, "la expresión cobra la calidad de lo perdurable: en adelante la pampa será metafísica." "Metafísica paz, divina geometría de abstractos horizontes y tierra despojada" dijo Larreta, en su lapidario soneto: La Pampa.

Evidente es la plenitud de concepción que condujo a Larreta a expresar en esa síntesis impresionante su pampa metafísica. Vemos además, que su Zogoibi la declara y tiene por la región metafísica por excelencia. Cabe preguntarnos sin embargo, ¿no hay otras regiones del globo, en los propios ingentes Andes argentinos por ejemplo, picos

sublimados, perdidos en el éter, que ascienden como solivianos por un arranque de aspiración a lo infinito, a lo ilimitado, a lo innominable, y que merecen acaso más adecuadamente que la pampa ese epíteto supremo?

Natural es pensar que la contemplación de la inmensidad requiera un mirador, un pedestal que por excelcitud domine desde su altura el vasto mundo físico, para ponernos como en potencia propincua a lo metafísico. ¿No os parece a vosotros que la intuición y la premonición de lo indecible, de lo suprasensible, de lo metafísico, se impone ahí más que en el lugar alguno de contemplación?

Alguna vez el que os habla, habló de los montes supinos que absorben en éxtasis cósmico se nos aparecen *subspecie eternitatis*, bajo el aspecto de la eternidad.

La pampa nos parece, —ya lo dijimos— más bien algo a la medida del hombre; está a un andar con sus pasos, es su remanso, su llegada, su regazo. Aquel horizonte en redondo, es la circunferencia de la que el centro es el hombre, y se desplaza con él, que va manteniendo en sus pupilas el foco de la irradiación que circunscribe la inmensidad. La misma infinitud de la llanura no es sino la extensibilidad y renovación/indefinidas de un mismo espacio, la sucesión de círculos eslabonados, infrangibles al movimiento que avanza como inmóvil desplegando en torno el mismo ruedo de horizonte, incesante e igual de confín a confín como el mar.

Así el gaucho a caballo va arrastrando consigo, en su galope, adelante y atrás y a los lados, un dombo de cielo continuo sobre el campo redondo, anillado a su cabeza que dirige el vaivén de su mirada, en abanico como luz de faro.

Cuestión no puramente de palabras, sino de más exacta adecuación del objeto a la palabra única y excluyente que haga más el caso. Sea de ello lo que queráis, no es menos grandiosa que una cordillera la pampa inmensa. Lo admirable en la literatura argentina es que ese centro de atracción y propulsión, la pampa, haya sido cubierto de innúmeras bellas páginas que han humanizado, espiritualizado, ennoblecido el paisaje circundante, sede de una alma natural, terrígena, incorporada al suelo, agradecida; mientras que la literatura de nuestros montes, la sublimidad terráquea y etérea a la vez, de las cumbres de nuestra cordillera, espina dorsal del globo, está todavía por hacerse: los mínimos Alpes la tienen mayor.

Jóvenes poetas que me escucháis, ponéos también vosotros a mirar con detenimiento y a describir con exacti-

tud, —pues que la exactitud recóndita es virtud inmarcesible de poesía,— nuestros paisajes y costumbres, inconcientos y profundos modeladores del alma!

Pero vamos dejando algo olvidada la historia de Federico y la extranjera, de la novia y del ambiente familiar. Lucía es pues la pureza en persona: que Federico y el cura la ayuden a disuadir a sus tías de la aparente herejía de su novio, y será feliz.

Este obstáculo espiritual tiene sentido solamente visto desde la casa solariega. El verdadero peligro es otro, el que se cierne por ahí cerca, el atractivo perturbador de la extranjera, la venida de lejos, la que se irá lejos, la que encarna a los ojos del imaginativo muchacho el encanto exótico de las novelas devoradas, que injertan baudelarianas flores del mal en el más recio y más castizo tronco. El hispano - americano es o era más sensible que habitante alguno del orbe a la seducción de lo europeo y específicamente de lo francés. Federico ama entrañablemente a Lucía: esa es la raíz, la médula, la savia de su ser más íntimo. Pero muchos seres conviven o se disputan dentro de cada cual. Y a la verdad, el hombre, en particular el hispano - americano, se presta a muchas componendas consigo mismo, y así, traiciona sin querer traicionar, sin creer que traiciona. No traiciona en efecto: se desdobra. Naturaleza tan enteriza como pura y cándida, Lucía no podía admitir el doble juego; no puede comprender ni como pasajero el desvío, que no puede ser para ella sino negación. También para Federico sería el reniego de su propia tierra, encarnada en la dulce criatura, si sucumbiera del todo al maleficio.

La forastera es la esposa muy bella de un gringo, que la tiene como su solaz de lujo y su descanso crepuscular tras el trabajo de todo el día en una fábrica suya, cercana a la estancia de Federico. Los amantes se ven en un viejo rancho arruinado, reconstruido al efecto con todo el pintoresco ajuar campesino, trebejos a usanza de gaucho para sorpresa del gusto de la extranjera por lo novedoso. El rancho antañón había sido abandonado años atrás acentuando con ese abandono una leyenda medrosa; y esa atmósfera abusionera de sitio aciago lo protegía de indiscretos; pero no tanto que Lucía al cabo no descubriese el teatro de su verdadero drama.

El rancho, la tapera en lenguaje pampeano, yacía al borde de una laguna linfática, lunática, de mal agüero, donde revoloteaban aves siniestras, extraños silbos, y más extraños silencios.

La extranjera, que no es propiamente una andariega, una aventurera, pero sí una mujer sabia en rodeos y decires, halló en Federico el encanto exótico que ellas buscan, exotismo a la inversa del suyo para Federico: ambos se amaron al amparo de la singularidad y novedad que mutuamente les atrajo, les retuvo; curiosidad primero, pasión luego, vacío después, veneno siempre.

La primera en desintoxicarse es la mujer. Va a abandonar a Federico por otro, antes que Federico le abandone por la otra. Pero los celos y el tan español ahinco de no ceder al rival, así sea sin amor a la hembra, por su solo orgullo de hombre, le hacen a Federico obstinarse en lo que le hastía, encapricharse en lo que desdenea; y aunque en él no es tan crudo ese instinto de selvático amor propio que se aferra a su presa como trofeo de guerra y sello de conquista, Federico cree estar dándole vueltas al engaño, cuando el envuelto en sus propios giros es él.

Así, aunque resuelto, tarda en romper. Y hasta llegó a pensar tardíamente, en realizar de vencido lo que triunfalmente soñaba al principio: ir a Europa, conocer a Europa acompañado de esa europea quintesencial. Después, pero satisfecho, o tal vez desengañado, tal vez contrito volvería a su único amor verdadero, a Lucía, su tierra en su tierra. Pero Lucía, —ignorando que era élla quien había vencido, como era natural, seguro, que venciera al cabo,— adelantóse sin espera, sin esperanza, a frustrar su propia victoria.

He aquí el desenlace: Salen los amantes por vez postrera de su escondite, Federico bajo el peso ya fatídico de su desamor y fatiga, en que se volvía a la imagen pura, deshojada la imagen impura, al par que su compañera iba a su lado ya ausente, ya ida.

La tarde había caído y la penumbra se estremecía como cruzada de presagios. Se acercaron como otras tardes al brocal de un pozo antiguo, abandonado, para despedirse; cuando de pronto oyeron uno y otro un ruido de cañas trozadas como al paso de algún furtivo animal; lo que ven acercarse es un bulto arrebujado en un poncho; y Federico, —que andaba siempre armado temiendo el acecho de un peón que quería vengarse de él, según aviso que le diera su propia novia sabedora de una vil intriga, cobardemente urdida contra Federico, por su rival—, prorrumpe en amenaza contra el fantasmal embozado: “ya sé quien sós. Te descubris o te mato”.

“Pero la sombra avanzó; y así que estuvo a un paso

de Federico, y como si quisiera sujetarle, derribarle, o herirle, alzó ambas manos por debajo del poncho”.

“Federico sin vacilar hundióle su arma, —su cuchillo de gaucho que antes llevaba al cinto, como elegancia, y desde algunos días para posible defensa,— hundióle el arma a la altura del pecho, con toda su fuerza”. Al desplomarse el herido cuerpo sin vida, alargó las manos Federico para sostenerlo.

“Sus manos estremecidas de espanto, sintieron la turbancia juvenil de un pecho de mujer que caía exánime.

“Lucía, Lucía! . . .

“En seguida, allí mismo, quitó el cuchillo de la herida donde se quedó clavado, y apoyando el cabo en el suelo, hundióselo a sí mismo, dejándose caer de golpe sobre la hoja en punta, con todo su peso”.

*

* *

Termina así la novela. Historia poemática, de contenido muy real entre velos de tornasolada fantasía, toda ella en música interior, música inaudible que al desprenderse de las frases queda como rigiendo la conjunción de destinos. La impresión de su trágico final será, es claro, más intensa en vosotros a la lectura, o relectura del texto, llevados por el caudal relato, de mano de un escritor tan avezado que no falla en los trances supremos de la emoción.

A aquel fatídico pozo, como también a la laguna, al gaucho, a todos los motivos y temas de su novela, tenía Larreta dedicados, desde antes, sibilinos, cenceños, duros, densos sonetos magníficos, filosófico - parnasianos, en su libro *La Calle de la Vida y de la Muerte*, libro antológico, de extraordinaria apretura y fuerza.

Con elementos tan largamente elaborados, lentamente sobados y pulidos en lúcida ensoñación de casi toda una vida, en vista de su transposición al arte, mal podía resultarle floja una novela que, eliminando superfluidades, iba organizando en sinfonía la dispersa virtud poética de su mundo real.

Convincente es así la especial y específica belleza que ve en la llanura argentina y que la vemos a la lectura en la belleza y verdad de tantas descripciones y a través del esplendor literario con que las redora. Entre las más acabadas páginas sobre la pampa, perdurarán éstas de Larreta, que no van insertadas como “páginas escogidas” o tro-

zos de selección, sino enhebradas a la acción de sus personajes y más bien creciendo a avances sucesivos, parcos y pertinentes.

*
* *

En medio de la pampa, —pues siempre, doquiera, en la pampa, se está en mitad de la pampa, en el centro de su cubica circunferencia,— Larreta exclama:

“Qué tierra para la contemplación”!

Bien quisiéramos oír a algunos de nuestros poetas, con igual conciencia de su poder y misión sobre su propia tierra, exclamar sobre ella otro tanto. Bien quisiéramos para nuestras serranías, bien quisiéramos aun para los llanos venezolanos y colombianos tal cúmulo de grandes páginas como abundan en la literatura pampeana de la Argentina.

Y mirad que allá tienen, con el Aconcagua, con las sierras de Córdova y otras, (leed *Mis Montañas*,) con la hermosura de sus lagos, con la desolación de la Patagonia menos inhumana que nuestra selva amazónica, ancho espacio que llenar soberanamente de espíritu y obras maestras.

(*) Del libro de Monseñor Pólit, Arzobispo de Quito, arriba citado, y de dos sucesivas ampliaciones publicadas por el mismo en Quito, con alguna posterioridad, se desprende, según datos entresacados por mi ilustre amigo Julio Tobar Donoso, el historiador que tanto sabe de lo nuestro en lo antiguo y en lo moderno, que, de los 7 hermanos de Santa Teresa de Avila, 5 estuvieron en Quito, inclusive Agustín de quien habla más en particular Larreta.

Como se verá por esos datos, que van a continuación, tan sólo Rodrigo y Pedro parecen no haber estado en Quito, de fijo por lo menos. Los otros sí largamente; además, combatieron, los cinco, en Inaquito, al lado del Virrey y contra Gonzalo Pizarro, y los cinco fueron heridos en esa misma batalla, la más significativa para el sentido trascendental de la historia de América.

He aquí sus nombres y destinos:

Los hermanos de Santa Teresa, nacidos del segundo matrimonio de su padre, fueron:

1º **Hernando**, compañero de Pizarro, en la conquista del Perú. Hizo con Díaz de Pineda la primera entrada a Quijos, al Oriente de Quito. Estuvo en la primera fundación de Guayaquil. Peleó en Ina-

quito, al lado del Virrey Núñez Vela y llevó el estandarte real. Fué gravemente herido, pero pudo huir y trasladarse a Pasto, donde se casó y avencindó. Fué regidor y justicia mayor de la ciudad, donde murió.

2º **Rodrigo**, pasó al Perú, para guerrear bajo el mando del marqués Pizarro; fué a la conquista del Río de la Plata. Acompañó a Ayolas en la expedición al río Paraná y por el Paraguay. Parece que no murió en esta expedición, sino algunos años más tarde, pero también en hechos de armas semejantes.

3º **Lorenzo**, vino a Quito con Vaca de Castro. Empezó viaje al sur hasta San Miguel de Piura; y en nuestro litoral peleó bajo las órdenes de Diego de Urbina. Más tarde se juntó al Virrey Blasco Núñez y fué herido en Iñaquito. Salvó el sello real y se refugió en Pasto. Pacificado el país, volvió a Quito. Combatió en Jaquijaguana contra Gonzalo Pizarro. Contrajo matrimonio en Lima el 18 de Mayo de 1556 con Juana Fuentes y Espinosa; y con ella volvió a residir en Quito, donde dueño ya de encomiendas pingües, pudo favorecer a su santa hermana con sucesivas remesas de dinero para sus fundaciones. Fué tesorero de las Cajas reales, juez de residencia y justicia mayor de Loja, Cuenca y Zamora. Muerta su mujer en 1567, volvió a España, donde murió.

4º **Antonio**, recién llegado a América, se unió también al Virrey Núñez de Vela y murió a pocos días de la batalla de Iñaquito de las heridas recibidas en ella.

5º **Pedro**, parece que estuvo en las Antillas y más tarde se avencindó, como Hernando, en Pasto, donde fué regidor. Volvió a España; y allí fué protegido por su hermano Lorenzo. Fué un poco truhán, y dió, como Agustín, muchas preocupaciones a la Santa.

6º **Jerónimo**, indisolublemente ligado a Lorenzo, siguió casi siempre las vicisitudes de éste. Fué herido en Iñaquito; siguió luego a Pasto; concurrió también a la batalla de Jaquijaguana; fué tesorero de Quito después de Lorenzo. Murió en Panamá, cuando, con éste, volvía a España.

7º **Agustín**, como Antonio, se unió al Virrey Núñez de Vela, peleó en Iñaquito, donde fué herido. Más tarde marchó a Chile con García Hurtado de Mendoza. Estuvo en la fundación de Cañete, donde fué Alcalde; y después en el descubrimiento de Chiloé. Peleó contra los araucanos y fué también teniente de gobernador de Chiloé. Permaneció cosa de diez años en Chile y después regresó al Perú a solicitar recompensa de sus trabajos. El Virrey Toledo le nombró para su consejo de guerra, le encargó diversas comisiones guerreras y le designó visitador de indios de Charcas y Lima. Más tarde le galardonó con el cargo de gobernador de Quijos. En 1584 fué acusado y preso por exacciones contra los indios, aunque obtuvo absolución. Regresó a España en 1585; y en 1588 se le nombró para gobernador de



El señor Gonzalo Zaldumbide lee su conferencia acerca de Larreta, en el Salón de la Ciudad, durante la Exposición del Libro Argentino. Figuran en la foto los señores Presidente de la República, don Carlos Julio Arosemena; Ministro de Educación Pública, doctor José Miguel García Moreno y Secretario General del Grupo América, don Gustavo Vásconez Hurtado

Tucumán y luego se le otorgó una pingüe encomienda de indios. Pero no alcanzó a llegar a su destino. Murió en Lima en 1591.

Una sobrina de la Santa, de su mismo nombre y vocación, nació en Quito.

Rodrigo, muerto en acción de armas en el Paraná, después de grandes hechos heroicos, fué tenido por la Santa como un mártir de la fe en América.

EL GAUCHO Y SU PAMPA

En la literatura argentina, llamando aquí "argentina" a la parte de ella que específicamente tiene por tema lo vernáculo, sucesivas generaciones han ido ganando la pampa como en caravana, en seguimiento del gaucho que cada día se remontaba huyendo de la nueva civilización o esquivándose a su influjo, para preservar la pureza agreste de un tipo cuya nobleza y poesía, inconcientemente labradas y sentidas, hubieran de guardar inmunes los gauchos viejos. Los que se quedaban rezagados a pactar con el forastero invasor eran en concepto de ellos degenerados o claudicantes.

Desde los primeros poemas pampeanos, más instintivos que literarios, hasta *La Cautiva*, de Echeverría, que abre la pampa como dominio digno de ser cultivado por poetas cultos y concientes, la literatura gauchesca va también como por etapas.

Esteban Echeverría no fué ya cantor instintivo. Fué en libros donde aprendió a ver y componer. Traspuso a la pampa la visión romántica, en particular la francesa. Si muchos aciertos le precedieron, sin saber todavía sus autores que eran aciertos, lo cual es la buena manera, le sucedieron bellezas más cabales y mejor compuestas, desde las de un Rafael Obligado, hasta el advenimiento de Martín Fierro. Pero el hecho es que Echeverría fué de los primeros en ver la pampa con ojos nuevos, aunque prestados. En el romanticismo poemático de su visión, adaptándola a normas de letrado con su teoría de nativismo para un arte propio, perfiló al salvaje como elemento poético, trazó el dramatismo de la vida del gaucho que huye. Otros vinieron y se acercaron más a la realidad en sí, no ya en concepto genérico; fijando en peculiaridades la inmensidad indistinta que el hábito de mirar sin ver confunde y desdibuja, como lo hace el campesino, por serle toda cosa un todo

homogéneo con él. Pues en suma es la cultura, salvo en algunos casos geniales, quien enseña a ver y a distinguir. No es menester recordaros nombres que conocéis desde los manuales de segunda enseñanza. Sin seguir el hilo de la memoria, detengámonos un momento a contemplar en sí la imagen primordial del gaucho.

Bella figura, y alma del paisaje, el gaucho da vida y sentido a toda una literatura de carácter no meramente folklórico.

Retóño de humanidad silvestre, pero muy humano, muy más humano que nuestro hermético indio, perdurará en obras maestras, ya que no en la vida, que lo va aboliendo, lo ha abolido ya. El gaucho propiamente tal, ha tiempo que ha desaparecido. Pero aún le vemos en el arte: Ecuestre pastor de horizontes, enzarzado de medio cuerpo abajo con cabalgadura y todo en la urdimbre de lo nativo, fué empero un civilizado desde sus orígenes, y lo fué típicamente, representante de una zona de vida y espacio, celoso, ante todo, de su integridad y de su libertad. Sentíase perseguido por el avance de la otra civilización, que quería retenerlo. Retenerlo era aprisionarlo, aprisionarlo era cambiarlo, cambiarlo era vencerlo. El huía. Podrían capitularlo: convencerlo de que ello fuese su bien, eso no, jamás. Prefería y así lo hizo, remontarse y confundirse entre las toldas de los salvajes a quienes combatió, primero para despojarlos, y luego para sustituirlos, echándolos él mismo cada vez más lejos hasta que otros lo echaron a él. No fué un bárbaro; al contrario, y bien que se diferencia de ellos, sintiendo su diferencia como un orgullo. Es un blanco. No obstante, su rancho tiene algo del aduar beduino; su fe, algo del gitano abusionero; y su gusto moruno, su pasión moruna del caballo, hacen del caballo su primer amigo, su postrer amigo: es uno sólo con él, desde la doma hasta el abandono por viejo y ya inútil; ¡Cómo hace suyo el escarceo sutil de la bestia bien amaestrada cuando, al pasar delante de la novia, híncale al disimulo la espuela a que se encabrite como saludando al par de su jinete, con un donaire a su modo, de compañero, inteligente también. Y en la carrera desatentada por la pampa ilímite, como en persecución del confín que recula a medida que el caballo avanza, tiene el gaucho su sensación de infinito. La pampa, con su infinitud renaciente en torno, es su espacio congenital. Así el alambrado moderno, telaraña frágil empero, le pareció barrotes de prisión; y se alejó buscando campo libre.

Se pasó al otro lado de la frontera con que le iba aco-

rralando la civilización venida de la urbe lejana. A pesar de todo, no congenió con el indio, no pudo soportar la falsa alianza con él y contra los suyos, que lo eran en el fondo, aún más suyos que sus hábitos montaraces. Al fin tornose, resignado, a la vida del blanco, pero, con qué nostalgia!

Su inadaptación, tragedia de la transición, su resistencia al civilizado que acabaría por absorberlo, su menosprecio del extranjero, no fué pues lucha de razas, como lo fué la suya con el indio: fué conflicto de un modo de vida que se anticuaba y se volvía imposible, con otro que se expandía y avasallaba persuasivamente.

Claudicaron primero los desfallecientes o concupiscentes. El gaucho viejo no luchaba por el pan sino por el pe-nacho, no por poseer la tierra, sedentario, sino por correrla a su antojo, sin trabas. No era un gregario. Era el hombre a caballo, un individualista. Martín Fierro, antes que transigir y amoldarse, prefirió refugiarse en las tolderías, porque sus antiguos enemigos le parecían más libres, y él gustaba de lo indómito.

Lo que él quería, era mantener la ^aestética gauchesca, porque su estética era su ética y ésta, la honradota y vieja; exigente y excluyente, como la moral de ciertos bandoleros: expresión de su honor, de su hombría, sujeta a una tradición.

Pero iba quedándose solo. A los otros gauchos que se resignaban y se quedaban a sus espaldas, tan sólo el gemir de sus guitarras cautivas les hacía volver los ojos y el alma atrás.

Por ventura, tampoco a él jamás lo abandonaría el alma de su guitarra. Cantar le consolaría. Recordar y cantar es también poblar la soledad. Y así llevaría su pampa terciada al hombro en su guitarra.

Este rapsoda fué un gaucho fin de raza.

El poema de Martín Fierro sobrepasa el aspecto pictórico y pintoresco de lo que quedaba del gaucho, para darle toda la significación dramática de su eclipse y el fatalismo de su próxima desaparición.

No decadente, en cuanto a arrestos y valentía, persiste erguido en medio del desmoronarse y borrarse de las barreras que lo separaban de la urbe invasora, del mundo estricto de las costumbres al día, mundo ajeno al señorio del gauchaje. La recia vida, el natural sufrido y obstinado de sus antepasados libres, se despiden por su voz para cambiar de modo de sufrir. Elegía viril, endecha transida, al par que nostalgia invencible y coraje ya inútil, doble-

amor, a los seres y las cosas, a los seres por lo que fueron, a las cosas porque duraron y le acompañaron fieles aunque ya inservibles. Es la expresión última del campo tácito, ya enmudecido, porque las otras voces no eran la de su pampa. Juglar serio y grave, no sin ironía, hace ya historia de hazañas que no riman con la vida nueva, pero sí riman todavía, y cómo! con su vieja guitarra campestre. Va por los pagos, y en su evocación, como un retornelo, pone su ribete aciago de despedida y de augurio. Pero cuan lejos le parece a él mismo el tiempo de los malones, cuando los indios, ya furtivos, ya ululantes, volvían en tromba a arrasar al blanco, desencadenando en tropel los instintos primarios de matanza y robo, venganza de antiguo señor barbárico, dueño absoluto de la soledad, a quien los primeros gauchos le salían al frente para hacerlo retroceder. A su vez, aunque de buenas, que tan malas le parecían, otros blancos habían venido ahuyentando al gaucho viejo, a título de enseñarle a vivir mejor, como igual, como hermano de raza: pero amojonándole el imperio de su desierto que él quería sin barreras, para él y para su caballo. Martín Fierro todo lo comprende; no por eso se lamenta menos: pero sólo porque le es dulce su canto de lamentación. Es un refinado, un sibarita de su nostalgia, un romántico perfecto aún en su realismo. Y su creador, un gran poeta de verdad.

Lo que hizo Hernández, lo que hicieron Sarmiento con su Facundo, Lugones con su Payador, lo que tantos otros quisieron o lograron, no es lo que Larreta ha querido hacer en Zogoibi. Propúsose tan sólo una gran novela, con la pampa como decorado, toda en música, toda en belleza. Ni minucia de inventario, ni tesis social. Verdad lírica y trascendente, amplia sinfonía como la del viento oreando los trigales, pasiones en la paz del campo. Tipos de raigambre antigua, exotismo para su heroína, la extranjera turbadora; y ella misma exotismo para quienes la ven pasar, doblemente extraña. El fausto de las imágenes, la riqueza del castizo vocabulario, aquel entono de su prosa, connatural a su rango de hidalgo culto, lo califican a Larreta de escritor conforme a su linaje, definiendo así la prosapia que ha de mantenerlo algo aislado, o más bien distante, en el tumulto y confusión de las letras contemporáneas.

*
* *

En la Argentina, todos los poetas, ora ocasionales, ora

consagrados a obras de largo aliento sobre el tema pampeano, parecen, se diría, tan sólo el friso del primer grandioso monumento a la pampa, el erigido por el potente Sarmiento en **Facundo**. Sarmiento talló en el granito de su prosa bronca la síntesis del gaucho en sus diversas posturas. Mas, en su gran libro se dejó llevar —a causa del subtítulo que le puso como objetivo de su obra,— a su exclusivo objeto de civilizador: a contrastar civilización y barbarie, siendo para él más bárbaros que los bárbaros los caudillos y los tiranos. Su prisa desbordante alcanza a cubrirlo todo como un río en avenida, y arrasa con su corriente las propias riberas, arrancándolas de cuajo como un estorbo a su ímpetu fecundador. La geografía histórica y psicológica de la pampa, su biografía o su biología por decirlo así, quedó desde entonces, desde la aparición del **Facundo** en 1845, inscrita en el mapa literario de América como en una plancha de acero en que no entra nuevo buril a hacer mella ni más profunda incisión.

A la verdad, es un libro de los que ahora se llaman de sociología. Pero qué diferencia. Es un libro hermoso, y vivo, y da abasto al resto en páginas y páginas descriptivas, gráficas, líricas, apasionadas, vivientes. Vivientes hasta hoy.

Vinieron luego asistidos de preocupación propiamente literaria, y dotados de mejores procedimientos de economía en el estilo, algunos grandes escritores modernos. Lugones llevó su *Payador* a la perfección de artista sapiente. Y, anteriores o posteriores, muchos fueron añadiendo matices, acusando sentidos, en la exhaustiva interpretación de la pampa. Destaca entre ellos Larreta. De índole y formación distintas de las de Sarmiento, parecidas más bien a las de Rafael Obligado, Larreta continúa la línea de éste más bien que la estirpe recia y la prosa abrupta de aquel. Ya don Rafael Obligado había sido definido como el tipo del "hidalgo culto", del hacendado que sabe mirar en torno como espectador letrado y advertido. A su vez estilizó en su mente a los personajes de la leyenda para hacerlos encarnar su concepción poética, todavía romántica, si bien no tan alegórica y flotante como la de su predecesor Echeverría pero todavía superpuesta como una visión personal, como una vedadura literaria, a la realidad del campo. El naturalismo de Martín Fierro recorrió cortinajes subjetivos para hacernos ver y palpar la verdadera y arquetípica traducción del gaucho, en poesía propia del gaucho en acción, más que dramatización de autor meramente contemplativo.

Larreta, a su turno, no ha hecho, porque no quiso hacer tal, la nueva biografía de la pampa ni la nueva novela del gaucho. No quiso perfilar su Don Segundo Sombra, que bien habría podido darnos su otro que tal, al lado o en lugar de Zogoibi. Nada hemos perdido en el cambio. En todo caso es impertinente el reproche que según parece se le ha hecho de haber dado de mano al gaucho tradicional como sujeto de drama, por otro drama que lo refleja sólo de soslayo, desde otro ángulo de visión. Su ficción novelística bástase a sí misma, sin rellenos, en un todo armónico. Y la aparición, la intervención misma de su extranjera, que obnubila, si bien por unos instantes, pero decisivos, el poder de atracción y rescate de su virgen criolla, es una verdad genuinamente hispano-americana, pues que todos nosotros, cual más cual menos, hemos mirado con deslumbramiento y como un misterio más tentador el encanto de las mujeres europeas, por europeas, es decir, por lo exóticas a su vez para nosotros.

La pampa es en Zogoibi el paisaje circundante, leit-motiv, intermezzo o acompañamiento. Si una que otra silueta rápida de gaucho pasa es sólo ocasionalmente, vagante y evocadora de su égloga desaparecida.

La pampa inmutable ahí está; no ya como fuerza determinante, pero sí como horizonte de contraste sobre el cual se destacan aún más miserables las miserias de corazones nonada primitivos.

Corona así Zogoibi todo un ciclo de interpretaciones en amor y loor de la pampa.

LA NOVELA DE NUESTRAS SERRANIAS

Cómo pudiéramos decir de la literatura de nuestros campos lo que he apuntado acerca de la literatura argentina. Apenas si nos sería dable citar, cual modelo de amor al terruño pero también de observación veraz, la gran novela serraniega de José Rafael Bustamante, "Para matar el gusano".

Novela escrita en 1915, según lo anota el autor, este ensayo de primera mano y de primer orden, no seguido en su línea de exactitud ni superado en estilo narrativo, durante estos treinta años de espera, dedicados por otros escritores a cierta modalidad de literatura tendenciosa en que la tendencia prima sobre la literatura y que por lo mismo, saliendo de lo exclusivamente literario no nos competería examinar, ese relato, aislado hasta en el mediocre aprecio en que parece habersele tenido por parte del público lector o no lector, como por mera cortesía de respeto y deferencia, ahí se está, olvidado hasta por el autor. Queda por lo menos de hito y vigía.

Novela de las ternuras y amarguras cotidianas, animada de lirismo imbibido, sus estampas de usos, duelos y regocijos, anhelos y vicisitudes de la clase media, con uno que otro vástago en ella de buena gente venida a menos, son ahí primor de fidelidad y esmero, obra de calidad hasta en la lengua, por lo castizo de la lengua: y como conjunto de cuadros costumbristas, de la ciudad, la aldea y el campo, no le hay, que yo conozca, más acabado.

De sus gustos peredianos retuvo el autor el prolijo cuidado de mirar con predilección a los humildes para hallarles tesoros de intimidad.

Las angustias de la pobreza, y su incoercible trascendencia al alma en todos los órdenes, están ahí puestas como cuerdas esenciales de la

emoción. Pero lo que más conmueve, lo que más ardor comunicativo trasmite, es su amor al campo.

Páginas, trozos, invocaciones que exultan de gozo y fruición ante la belleza de los paisajes; descripciones empapadas en fervor naturista, admirables de autenticidad sin aridez de verismo, sin monotonía; vidas agrestes miradas desde un plano de inteligencia exterior a ellas; compasión y afecto por los gañanes en el difícil trato con la inercia mental y moral, con la opacidad y densidad del barro de que está hecho el indio de la gleba; ésta su novela, rural por excelencia y conforme a su vocación primera, es retrato férvido de su porción de serranía. Pero novela costumbrista, al par, contiene también, enlazadas a su relato, miserias de la ciudad; las diferencias de clase, la comprensión, en detalle, de las desgracias más ordinarias en los desheredados, la abominación de los hábitos de dominación y desenfado en los ricos, que le mueven a estar en principio con los pequeños, no sólo por más indefensos, sino por, a su modo, inocentes en las claudicaciones de la penuria y en los antojos de la envidia lívida, y hasta en el odio a los "tiranos" chicos o grandes.

No exento de ingenuidad temperamental e inexperiencia juvenil, todavía de inhábil habilidad como si dijéramos, al echar mano de elementos melodramáticos donde bastaba con la verosimilitud y credibilidad inherentes a los conflictos que pinta del natural, es con todo, transcripción la más fidedigna del medio, ahora ya muy cambiado, lo que le da un carácter documental; y su sentida verdad, le da un valor permanente.

No es una novela de tesis. Su sensibilidad literaria ha impedido a su filosofía social intervenir a destiempo o guiar los acontecimientos imaginarios a probar un preconcepto de proselitismo, si no es en una que otra exclamación añadida para subrayar de paso alguna reflexión.

Hay sin embargo un trasfondo vindicativo en su pintura, y aun una reivindicadora necesidad de justicia. Aquí está como en su nacimiento, aquel lírico, aquel delirante idealismo que después le ha caracterizado al terciar a veces de teorizante defensor de la libertad como remedio a los males de nuestra política aún bárbarica en sus masas, todavía inmadura en sus jefes, y en la cual, mientras más cuerdas sus ideas y más moderados sus votos, más ilusa parecería en la realidad su equidad, porque nada más difícil que el insertar en la práctica la mesura y la tolerancia sin recurrir a la intolerancia y la desmesura que se quisiera abolir pero que son a menudo el único medio de contrarrestarlas de hecho en el otro lado. Hombre sensible, pero de natural equidistante, querría ser, en la acción, hombre de centro, y tendría

entonces que ceder, por obligación moral más que intelectual, tanto a las izquierdas como a las derechas; equilibrio arduo e inestable, siempre provisional bajo el empuje de las dos alas contrarias, ambas tirando a meta diferente. De ahí su desesperación de filósofo de la libertad, no por filosófica menos desesperanzada de salvación.

En su novela, social si se quiere, sin tener que habérselas con las barreras que le opondría la acción política, da vado a su puro sentir. De creerse habría sido, siquiera por este aspecto, que hallase su novela el auge de otras que, para pasar por humanitarias y revolucionarias, y alcanzar el éxito consabido, no han necesitado sino estar mal escritas y pensadas a topa - tolondro. Pero ésta bien escrita, hasta con uno que otro casticismo que desentona en nuestra lengua usual, no ha obtenido ni por asomos la sospechosa popularidad que ha rodeado a algunas, así no sea sino de oídas y por referencias, y a las cuales se le ha otorgado, en pocos años, a contar de su aparición impensada, más traducciones, y casualmente en lenguas de la Europa oriental, que las alcanzadas allá, en cuatro siglos, por el Quijote.....

G O N Z A L O Z A L D U M B I D E

DEL FOLKLORE ARGENTINO:

Bailes e instrumentos musicales

En esta charla, que abreviaré tanto como lo toleren el valor y la riqueza del tema, he de hablaros de la música folklórica y popular argentina más bien que de la culta y prestigiosa, concediendo a lo anónimo ese valor sui géneris de tipismo que, debidamente aprovechado, realza lo personal y sobrevive a la indiferencia de algunos artistas desdeñosos con las musas que descendieron hasta el agro y la aldea.

Sin duda, el arte culto descubre y valoriza el poder espiritual de un pueblo y correlativamente la pujanza de otros aspectos que afirman su grandeza, pero la búsqueda y análisis de los tesoros no repujados que el arte anónimo encierra, como fuerza creadora que denuncia un pasado y promete un futuro, suelen proporcionar la clave de muchos problemas sociológicos y revelan con espontaneidad admirable los rasgos más característicos del alma colectiva. Por eso no he vacilado en preferir el aspecto folklórico al de la prometedora evolución del arte musical argentino sabio. Ya es halagüeño, para cualquier argentino culto, deseoso de ver ocupada la atención de la crítica y del público en general con la abundante y valiosa cosecha de los numerosos compositores de su país, el que algún humorista argentino, compositor por añadidura, bautizara a Buenos Aires con el remoquete de *Conservatoriópolis*, porque en verdad no hace falta caminar mucho por sus animadas calles para leer la prometedora palabra "Conservatorio" rotulando la puerta de numerosos domicilios pertenecientes a músicos nacionales y extranjeros.

Además, el arte anónimo interesa ya a muchas personas de avanzada cultura, si la investigación persigue fines concretos, entre otros, el de conocer las raíces profundas

de la cultura de un pueblo, sus interrelaciones históricas y desentrañar los elementos creativos de un arte propio, inmortal acaso. Buena prueba del interés que ha conseguido despertar en América su material folklórico, en otro tiempo menospreciado o simplemente desconocido, es la copiosa y hoy bien orientada literatura específica de que se enorgullecen Argentina, Brasil y México, naciones particularmente favorecidos por los estudiosos en nuestro Continente, que ha visto surgir muchos investigadores en todos los puntos cardinales de sus veintitún repúblicas.

He subrayado mi propósito de ocuparme con la música folklórica y popular. ¿Incurro en redundancia o sutileza por recalcar el matiz? No, porque no todo lo popular es folklórico, ni todo lo folklórico es necesariamente popular, al menos *in extenso*, por más que regionalmente lo sea, y a la vez afirmamos que nada hay folklórico sin levadura popular. Tan familiarizados como parecemos, a la fecha, con lo folklórico y benevolentes con lo popular, en esas enervorizaciones nacionalistas que desde hace algún tiempo recorren la espina dorsal de América, no reparamos en que no sólo es erróneo el admitir la sinonimia de esos adjetivos, sin establecer determinantes previas, sino que los límites justos del folklore, -su objeto y método como ciencia y la propia ubicación que habría de corresponderle en el panorama general de las disciplinas científicas se discute. Capítulo de la sociología, para los franceses; ciencia quizás, pero no histórica, para algunos celosos defensores del rigorismo metodológico en estas disciplinas; aspecto más o menos restringido, pero no distinto, de la etnografía, para muchos norteamericanos, el folklore es, ante todo, como lo sustenta el admirable investigador argentino Carlos Vega, "una ciencia que estudia creaciones e inventos del hombre", que posean "capacidad de referencia al pasado ínsita en la presencia, en la vigencia, de inventos antiguos sobrevivientes", en tanto esa "presencia que habla de tiempos anteriores" sea "general y esté impregnando el hacer, el sentir, el pensar y el querer de los hombres", en ambientes regionales o lugareños. *Supervivencia*, por consiguiente, en contraposición a las vivencias de un presente histórico.

En esta encrucijada de mi extenso preámbulo urge abandonar la digresión a la perseverancia infatigable de los eruditos, ya que por parte mía quizás he satisfecho mi propósito de mostraros un trayecto de la ancha orilla en que se mueve el inagotable fluír de teorías y hechos folklóricos. En tan dilatado panorama, nos detiene y conduce

de vuelta a lo concreto algo que subyuga a la imaginación y la dirige hacia una zona de contornos precisos.

Como elementos principales de composición se destacan inconfundibles, patéticos, dos: la pampa y el gaucho. Elementos complementarios: el caballo y la guitarra. En el paisaje se funden los elementos y reducidos a la unidad adquieren sin duda el sentido metafísico atribuible al paisaje pampeano en el pensamiento de Rodríguez Larreta. Metafísica de la llanura que se convierte en anhelo humano, porque sobre ella huye la vida sin tropiezos como la fogosa cabalgadura, pero sin que él, jinete orgulloso, pueda saber hacia donde para gobernarla. Metafísica de lo horizontal, si puede haberla en cuanto nazca la angustia del espacio en el alma de quien vive en paralelidad rasante con la tierra; porque el galope mismo de la cabalgadura es otra forma de inmovilidad que absorbe la pampa ilímite, mientras la crin desplegada recorta horizontalmente las mieses rompiendo su monotonía de verticalidad discreta y ondulante, y los horizontes son lazadas que giran al rededor del cuello del jinete para retenerlo en el paisaje con dulzura.

¿Pero no es la ingerencia del espíritu condición primera de toda metafísica? ¿Es la del gaucho una actitud creadora, tal vez interpretativa de su medio, o simplemente lo vive y realiza en plenitud, en ligazón absoluta, que es tan sólo tarea anímica? Esto último lo demuestra de sobra cuando canta:

“Al dejarte, pampa mía,
ojos y alma se me llenan
con el verdor de tus pastos
y el temblor de las estrellas...
con el canto de tus vientos
y el sollozar de vihuelas
que me alegraron a veces,
y otras me hicieron llorar...”

Yo he de volver a tu suelo,
cuando presienta
que mi alma escapa
como paloma hasta el cielo...”

Como reza aquel bien conocido tango del “Adiós, Pampa mía”.

Y esto no otra cosa es que tiranía telúrica vital, fuerza de gravitación que invierte el sentido metafísico, energía

emocional que se precipita en el torrente de lo perezoso, de espaldas a lo abstracto y teorético. El gaucho vive simplemente su vida, con aquella naturaleza pasiva del suramericano típico, resistente a la mudanza, y sólo la sublimación en la música le concede esa luz tenue de espiritualidad.

En vano añadiríamos otros rasgos externos. Pero, ¿será eso todo? No; falta que vayamos hasta su tristeza, oculta más allá del coraje, la carcajada y el zapateo. Una vez más, lo telúrico, intrascendente y subjetivo.

En este punto, sin duda corre prisa el aclarar que el payador de Juan María Gutiérrez y Rafael Obligado es hoy ciertamente sólo reminiscencia literaria; que el gaucho de Hidalgo y Godoy, de Echeverría, del Campo, Ascázubi y Hernández, llámese Martín Lucero, Donato Juan o Martín Fierro, vivió, cantó y murió con el siglo XIX. Y supervivencias eran ya en los tiempos felices de Paulino Lucero o Santos Vega los bailes en que lucieron sus mudanzas. De entre aquellos, los más característicos, signados con la nota de "supervivencias", como lo quiere la ciencia folklórica, se citarán en esa charla. Pero no han de figurar solos y únicos, porque tampoco es uniforme y simple la composición étnica de estas naciones estructuradas por mestizaje. Aquí y allá, en provincias y regiones, se mueven núcleos humanos de vigoroso sentido rítmico-melódico y peculiar expresión. No siempre y en todo lugar el vasallaje de la pampa: también la cordillera y el valle, la jungla y el mar. Porque no todo ha de ser forzosamente vernáculo; ahí la cueca chilena, el fandango afro-gauchesco o el bailecito boliviano, con las variantes inevitables y necesarias. Si la figura del gaucho prepondera en todo análisis de la argentinidad primigenia o si eventualmente afirma su contorno y acento en nuestra síntesis folklórica, es culpa de su reciedumbre como expresión de la suma de caracteres que surgieron al contacto y en función del mestizado conquistador con el paisaje. El ombú solitario, árbol autóctono de la pampa, sería el verdadero símbolo de su realidad interior, como hijo taciturno de aquella soledad inmensa; pero han venido en su auxilio las doradas mieses de Europa y las melodías mediterráneas; el ñandú y el guanaco han cedido su sitio al piafante enhebrador de distancias; los mugientes rebaños han hecho crecer su optimismo y su cordialidad. Las raíces de su melancolía se han hecho sensibles y apetentes de nuevas savias vigorizadoras; la pasividad indígena habrá de ser sacudida por el espasmo negroide.

Videla Rivero conjetura que los esclavos venidos en buques negreros insuflaron su espíritu en canciones gauchescas; Vicente Rossi y Juan Alvarez lo confirman.

Así pues, blancos, indios y negros; mestizos, mulatos y zambos, en proporciones desde luego distintas de otras latitudes americanas, nos dan la clave del mestizaje musical argentino. Riqueza impresionante la de sus bailes, con sus ciento treinta o más tipos, al decir de Carlos Vega, no permite la enumeración completa en trabajos como éste, menos el concienzudo análisis ni aún de los especímenes más extendidos. Decir simplemente que el **gato**, la **zamba** y la **chacarera** han sido bailes de gran favor popular; que en la **vidalita** y sus variedades dijo el payador sus más tiernas endechas; que el **malambo** es la prueba máxima para el vigor gauchesco, y que, en definitiva, la **milonga** y su hibridación con el **tango** no denuncian en realidad el carácter propio del pueblo argentino, ni el índice ordinario de su emotividad, ni siquiera el distintivo de su predilección; decir lo que dicho queda es muy poco decir para el afán de establecer al menos un brevísimo contacto entre aquel rico acervo de la sensibilidad argentina y nuestro ávido propósito de captación del sentido y raíces de ese acervo.

Intentemos, pues, el trazo de un panorama, coloreándolo de algunas impresiones directas. Séame permitido previamente hablar de los instrumentos.

Evitaré la descripción prolija, impropcedente dado el número de instrumentos a citar. Bástenos una rápida ojeada que se apoye en un esquema geográfico de las áreas de dispersión actuales, trazado por Carlos Vega.

Esas Areas de Dispersión en que actualmente es posible hallar en uso los instrumentos que se enumeran, no circunscribe de manera absoluta el empleo de los mismos, pero sí localizan con exactitud suficiente los tipos.

Primera Area. Comprende a Jujuy y parte de Salta. Se conservan los aerófonos —instrumentos de viento— peruano-bolivianos: la **quena**, el más famoso de los instrumentos aborígenes americanos, pequeña flauta recta que pertenece al grupo de los instrumentos que encierran en el propio cuerpo tubular el aire vibratorio puesto en movimiento mediante el soplo contra una arista. Es flauta de un solo tubo longitudinal, con agujeros, desde dos o tres, hasta siete y ocho.

El **siku**, esto es, una flauta de Pan o **rondador**, aproximadamente del tipo que conocemos en la sierra ecuatoriana. Por cierto que tiene muchos nombres de origen indio, entre

ellos los de **sikuris** y **antara**, así como el de **zampoña**, de procedencia hispánica, admitido entre el pueblo jujeño.

El **pinkillo** o **tarka**, nombre que se da a una flauta recta de tubo de caña de treinta centímetros de largo por dos o tres centímetros de diámetro y seis agujeros útiles; su timbre y sonoridad le asemejan a la quena.

La **anata** o **taruma**, flauta de grueso cilindro de madera blanda, terminado en una saliente de menor diámetro y un "pico" aún menor, todo lo cual le confiere una típica fisonomía; posee seis agujeros útiles. Es instrumento que se ejecuta de preferencia en Carnaval, pues tal es el significado mismo de su nombre.

La **flautilla**, pequeña flauta de tubo ancho, corto y de pocos agujeros —tres—, en su ejecución se acompaña generalmente de una caja percutida por el propio ejecutante. Se escucha con mayor frecuencia desde la fiesta de Todos los Santos hasta el Miércoles de Ceniza.

El **erke** o "corneta", originario de Bolivia, instrumento en el que la vibración del aire se origina en los labios del ejecutante; es una tuba travesera recta. Se escucha de preferencia en las celebraciones del Corpus Christi.

El **erkencho**, que es un cuerno en el que ha de soplar por una cañita con lengüeta. El ejecutante se acompaña a voluntad con la caja. Sus notas se suceden en **glissando**, y su **vibrato**, muy expresivo. El día de Todos los Santos comienza a escucharse y el Miércoles de Ceniza deja de oírse.

El **charango**, que es una guitarrilla de factura **sui generis**. Instrumento acompañante, cuyo estilo propio de ejecución es el rasgueo, y no tiene limitaciones temporales en su uso.

Segunda Area. Comprende la Gobernación de Formosa. Instrumentos de especial interés: el **naseré**, que es una flauta de forma esferoidal achatada, sin canal de insuflación, hecha de madera dura, de cinco o seis centímetros de ancho por algo menos de alto y tres cuartos de centímetro de espesor, con un agujero para el soplo y dos para obturar. Se usa más bien como "instrumento para señales durante la caza y la guerra".

El **serere**, es una flauta longitudinal, del tipo de silbato abierto. "Probablemente es instrumento para señales durante las cacerías".

Los **sonajeros**, que son instrumentos de percusión o **idiófonos**, que utilizan cáscaras, huesos, uñas de animales, etc., reunidos en hileras, sartas o racimos. Utilizados al-

gunos tipos especialmente en las ceremonias con que se festeja la conversión de la niña en mujer.

Tercera Area. Comprende a Jujuy, Salta, Santiago del Estero, Tucumán, Catamarca, La Rioja y parte de San Juan. Se halla muy extendido el empleo de la caja y el bombo.

Cuarta Area. Comprende parte de Tucumán, Catamarca y La Rioja. Es el área de la flauta tucumana, "el único aerófono criollo tradicional de la Argentina", al decir de Carlos Vega. Instrumento éste de caña o de huesos largos de cóndor, y por lo general con seis agujeros. Se emplea únicamente cuando los campesinos desfilan en larga procesión, acompañando la imagen del santo predilecto, en ocasión propicia.

Quinta Area. Comprende a Tucumán, Santiago del Estero y Corrientes. Instrumento de gran difusión, el arpa criolla, que carece de mecanismo para modificar la afinación de manera automática. Su empleo es sin limitación temporal.

Sexta Area. Comprende parte de las Gobernaciones de Neuquén y Río Negro. Instrumentos interesantes: la *pifilka*, silbato de una sola nota, que se emplea como acompañante en función rítmica, y se escucha de preferencia en ciertas ceremonias o fiestas y particularmente en un rito agrario.

La *trutruka*, trompeta larga que interviene en conjuntos instrumentales primitivos, colaborando en el *nguillatún*—rito agrario— y en las ceremonias funerarias luce como solista.

El *kultrun*, timbal de los araucanos, que es un membranófono de golpe directo, de forma plato. En los ritos o ceremonias colectivos, acompaña los cantos y conjuros de la hechicería.

La guitarra pertenece a todas las áreas y latitudes.

De todos los instrumentos hasta aquí citados, y con los cuales he querido ilustrar un aspecto del folklorismo argentino, el arpa y la guitarra, polifónicos y tenues como lo exige la sensibilidad nativa, son los que más interesan a nuestro propósito.

El arpa y la guitarra han sido en la Argentina instrumentos populares, pero no podemos llamarlos folklóricos, pues la condición de tales implica el que no fueran al mismo tiempo rurales y urbanos, si hemos de atenernos a la caracterización establecida por el folklorista argentino tantas veces citado. Pero la guitarra obtuvo sitio preponde-

rante, ya se consideran las capas sociales en sentido de latitud o de profundidad. "El alma de la música popular, desde la Patagonia hasta Río Grande, es la guitarra española", afirma Slonimsky, en su bien trazado panorama de la música en la América Latina. Los payadores no han tenido mejor instrumento para su expresión, y la aristocracia no la desdigna, hasta cuando el piano le arrebatara su cetro. Pero... su reinado perdura aún en muchos rincones de esta América criolla, y todavía le ha quedado, para su mayor gloria, la sala de conciertos.

Así he llegado, tras breve digresión, a las formas creativas, que constituyen el principal asunto de mi conferencia.

Ante todo, conviene admitir algunos principios que de primera instancia acaso nos sorprendan y desilusionen. "Todos los bailes criollos, afirma Carlos Vega, fueron bailes de las clases ilustradas... la formación de todos los bailes criollos es resultado del mismo proceso: los minués a lo provinciano, las contradanzas a lo provinciano, todos los bailes europeos de salón realizados en estilo popular, son nuestras danzas nativas. Han engañado a los tratadistas porque se han disfrazado de criollos y han cambiado de nombre...". Por otra parte, "los bailes de los salones pueden arraigar hasta en los últimos poblados indios; nunca los bailes indios en los salones cultos". Ley de superposición del mestizaje cultural podríamos llamarla, por prepotencia de factores socio - económicos y también espirituales. No sin fundamento puede asegurarse, con Slonimsky, que todas las danzas y canciones de la Argentina, excepto el tango, "tienen una genealogía claramente española". El **chamané** sería, en todo caso, supervivencia poco afortunada del indigenismo, y el **sombbrero** o la **currumbá** otro ejemplo de mutación por prepotencia de influjo cultural foráneo. Y en lo que atañe al fenómeno migratorio, que tanto oscurece la verdadera genealogía de los bailes y contribuye a veces con sin igual vigor a revitalizarlos, transformándolos incluso, he aquí lo que históricamente acontece: "En la segunda mitad del siglo XVIII le toca a España el papel de foco irradiador e impone sus bailes en gran parte de Europa. Sólo por eso, porque ascienden a los salones, prosperan en toda parte las danzas españolas. Jamás su arraigo en América se debió a un trasplante folklórico. El folklóre se queda en casa. Emigra aquello que los salones acogen y aderezan e imponen como objeto de moda. Los últimos millones de inmigrantes españoles e italianos que recibió América, no trajeron ni una sola danza folklórica

de su país... Es siempre la adopción de las danzas por las clases ilustradas lo que determina la emigración...". Y es el desplazamiento de quienes lo bailan y el de los ejecutantes músicos el natural agente de expansión. "Las danzas son como seres vivos. Emigran, se modifican, evolucionan. Las causas de la transformación de los bailes son muchas. Una de ellas, sólo una de ellas, es el teatro", concluye Carlos Vega. El carácter de los pueblos y la influencia ambiental de las regiones comportan, a mi juicio, otras tantas causas no siempre bien conocidas. De todos modos, las formas europeas "aclimatadas en América Latina adquieren el inconfundible acento nativo", y para mayor abundamiento, son el amor y la pasión el tema favorito de las canciones populares. ¿Determinante universal ésta, por humana e instintiva, o confirmación de que "el espíritu de la levadura de la Creación es el que domina el paisaje suramericano" y que por esto "la exuberancia de la vida suramericana no se halla jamás bajo el signo de la alegría", como lo diagnostica Keyserling? Mas, si el amor es la tónica universal que ennoblece cuanto de él dimana, podría responderse que el frenesí de ciertas danzas suramericanas en ningún caso procede de aquel sentimiento nobilísimo y más bien se relaciona francamente con la "sexualidad frenética y reptil", que en el pensamiento Keyserlingiano entraña también una de las raíces de la profunda melancolía suramericana. Pero de aquel frenesí no es en realidad mucho lo que la determinante biológica asignó a la música argentina, si ha de exceptuarse el tango, cuya genealogía más bien extraña veremos, y ni el malambo, como exhibición singular del machismo frente al sexo débil que aplaude la prueba, ni el escondido, picaresco torneo de mesurada galantería valen como directa confirmación; en total, bien poco a favor de esa diagnosis y mucho más bien para confirmar otro aspecto del alma argentina: me refiero a la delicadeza. Esta sí predominante y señoreando, en la estructura poética y musical, importantes metamorfosis en los bailes inmigrados. Dulzura y melancolía que hicieron escribir al filósofo tantas veces citado: "Escuchando una noche en la Argentina a unos cantantes populares que, impasibles los rostros, entonaban a coro aires monótonos, mi oído retuvo las palabras miel de pesares. No sé de expresión más perfecta para designar la dulzura particular del padecer suramericano". Tristeza, por cierto, que no tiene nada de trágica, sobre todo para esta intérprete alemán, que al escribir sus líneas debió de haber repasado en su

imaginación la curva ascendente que va del dolor biológico al espiritual, del grito de alumbramiento a la tragedia esquiliana o shakesperiana. "El remedio típico de este estado —concluye nuestro comentador— es el arte, especialmente en forma de danza, de poesía y de música, que por eso es hallado entre los hombres más remotos y alcanza, en las épocas primitivas, máxima significación".

Y ese remedio lo ha tomado el hombre del pueblo argentino para alivio y honra suyos, en proporciones muy grandes. Hemos hablado ya de la superabundancia de formas y tipos. Veamos algunos, señalando previamente características que los emparentan hasta cierto punto y sugieren clasificaciones. Desde el punto de vista exclusivamente musical es posible que señalemos un emparentamiento rítmico basado en una combinación de origen hispánico, al juntarse los compases de $3/4$ y $6/8$, produciendo una doble forma de unidad de tiempo que contribuye a la variedad de la obra, pues de este modo, melodía y armonía se desenvuelven sin monótona sujeción. Desde el punto de vista estructural fraseológico, podríamos señalar danzas téticas y protéticas, con predominio ingente de éstas. El *marote*, el *estilo*, el *pericón* apoyan su acento en el "dar" del compás: son téticas. El *sombrecito*, la *refalosa*, la *chacarera* se inician con la "alzada" o *anacrusa*. Por fin, existen danzas bifformes, como el *gato - canción* y el *escondido*, que admiten dos maneras de iniciar la frase.

Por el número de personas que toman parte en el baile y por la composición coreográfica, especialmente en lo que se refiere al modo de relacionarse los dos sexos en el transcurso de la danza, parecen existir dos épocas más o menos bien delimitadas: aquella de los bailes - canciones o simplemente bailes, realizados por parejas aisladas o por grudece al mínimum compatible con la decencia y, en ocasional entre los sexos, como valorizando el alcance de esa relación, y la de los bailes por parejas independientes, a las cuales guía sólo el ritmo y su propio impulso placentero, momentáneamente coordinado, en tanto la distancia se reduce al mínimum compatible con la decencia y, en ocasiones, ni aun esto. En ambas épocas puede darse un tercer grupo: el de los bailes de exhibición unipersonales. Ejemplos de la primera modalidad serían: El *palito*, el baile criollo de antigua prosapia vernacular, generalizado en el norte argentino; lo bailan una pareja mixta o un hombre y dos mujeres; en el litoral, hasta dos parejas. Consiste en avances tomados de las manos, vueltas y castañetas, que en

sucesivas figuras, hasta el número de 14 ejecutan el hombre y la mujer, y zapateos de aquel, en algunos momentos. Baile en movimiento moderado y compás de $3/4$ o $6/8$, es decir siempre con elementos ternarios. (Oigase un fragmento rítmico - melódico).

El bailecito, danza de origen boliviano, que ha sufrido variantes de importancia; popular en Jujuy y norte argentino, lo baila también una pareja. Se emplea el pañuelo y entran en su coreografía giros, saludos, "castañetas" y zapateo. Los bailarines, colocados a cierta distancia, avanzan y retroceden, se alejan dándose las espaldas y retornan; el pañuelo es agitado como en la zamba. Es baile-canción, como el palito, pero de movimiento animado; compás de $3/8$ y $6/8$, o también sólo $6/8$ y aire un tanto moderado. De entre muchos ejemplos, oigase aquel que canta:

"La mano de Dios llegó
a Jujuy a proteger
su suelo así lleno
de belleza por doquier.

Tarde ciego corazón
tu arrepentimiento viene,
cómo quieres que yo cure
lo que remedio no tiene.

(¡ Aura !)

(Esta voz de aliento
comporta un cambio de
figura y nuevo impulso
de alegría).

(Ejemplo musical)

En este orden de consideraciones podríamos citar aún otros bailes no menos pintorescos, pero ceremoniosos, como la condición, y animados, como la firmeza, que es baile suelto en que se finge huída y persecución. Una sola pareja en ambos. El primero es baile de cuatro figuras, en tempo de minué y el consiguiente compás de $3/4$, en su primera parte, contrastando con la segunda, en compás de $6/8$ y aire de zamba, muy movido. Baile que se introdujo en Catamarca, a principios del siglo pasado, por oficiales chilenos. Una tradición que vale por su alcance psicológico interpretativo nos dice que un hermano del General Manuel Belgrano ha-

bía ideado aquel baile y el conocido militar accedió a bailarlo a condición —de aquí su nombre— de hacerlo con doña Elcira González de Olmos. Galantería y delicadeza, pues, como prenda de éxito del padrinzago. (Ejemplo).

La firmeza, baile cantado en compás de $6/8$ y animado movimiento, consta de dos partes y exige la intervención del guitarrero quien imparte sus "órdenes" de evolución cumplidas fielmente por los bailarines. Entre sus dos estrofas se intercala el tarareo: ¡jaralaira, jaralá! Giros y zapateo son sus elementos dinámicos. (Oigase un fragmento).

La refalosa o resbalosa, de origen peruano, baile criollo de época, así mismo cantado, alterna simétricamente el compás binario — $2/4$ — con el binario de elementos ternarios — $6/8$ —, que es su derivado; con aire movido al comenzar, se inicia el canto y se realiza un paseo tomando dirección contraria los individuos de la pareja; el segundo período musical, en $2/4$ y aire lento, cantado también, sirve al paseo en sentido contrario; el siguiente período, en $6/8$ y aire moderado, es un episodio de zapateo; a continuación en los mismos compás y aire, continúan baile y canto; reaparece el lento $2/4$ cantado y bailado y se termina con un zapateo en compás de $6/8$. (Ejemplo musical).

Conviene citar ahora, entre los bailes ceremoniosos, uno de dos parejas que confirma aquella proposición de que "todos los bailes criollos fueron antes bailes de las clases ilustradas". Bailes de sociedad que, por aquellos tiempos, eran obligadamente teatrales como la indumentaria y las maneras. Hablo del Minué federal, esto es, del minué europeo federalizado, en el que ya se combina lo ceremonioso y distante con la dulce intimidad de la pareja momentáneamente enlazada. En compás ternario — $3/4$ — y aire lento, inicial, adviene, con elegante brío, el valse, como sabroso episodio. También se intercalaba, en vez del valse, un aire de cielito, en compás congruente de $3/8$. Las parejas —dos, como queda dicho—, recorren en su paseo un cuadrado imaginario, y alternan saludos y giros. (Oigase un ejemplo).

Pero la evolución de las costumbres que obedece a secretos impulsos vitales apenas previsibles, trae, en todos los órdenes de la cultura, formas de expresión que sorprenden y aun desconciertan a las clases sociales refinadas con los cambios, pero formas que terminan por aclimatarse, muchas veces a favor del escándalo mismo producido en el primer instante. La milonga, baile rural y suburbano, que nace y se alimenta bien del légame social, como aquellas

flores exóticas nacidas en el cieno, fué absorbida por el **tango**, del cual, según lo anunciado no omitiré la genealogía en esta charla. ¿Por qué la inserción tan espontánea? Ley de afinidades, ostensible en varios aspectos de las dos danzas, y como que, por lo demás, la aldea y la barriada, con todas sus diferencias típicas, fueron desde lejanas épocas reductos en donde el pueblo conquistó sin trabas su derecho a expresar anhelos de felicidad, sublimando el dolor de vivir, mediante ciertos desahogos —uno de ellos, altamente eficaz, el baile— desconsoladoramente ingenuo en su cruda barbarie que escandaliza tanto a los civilizados suspicaces.

Mas, en llegando a este punto y pronunciando el nombre sonoro **tango - milonga** hemos puesto un pie en el extremo límite de aquella clasificación tan amplia y un tanto difusa, pero llena de sentido, que enuncié más arriba, estos, hemos alcanzado el clímax de la intimidad entre los miembros de la pareja que baila, hemos transpuesto de golpe el límite demarcatorio, siempre difícil de precisar, entre esos dos tipos de danza: el que entiende el baile como una relación de sexos discreta y distante, a fuer de espiritual o influida por temores ético - religiosos, y el que sólo atiende la voz de su energía vital y sigue libremente el ritmo de su euforia.

La evolución que conduciría teóricamente del uno al otro concepto no se opera con ritmo uniforme, ni siquiera congruente; al contrario, los tipos opuestos coexisten independientes por largo tiempo, o se acoplan, de manera insensible, al impulso de fuerzas provenientes del devenir social representado incluso por los hallazgos felices de compositores anónimos o alguna vez también célebres.

Con el primer albor del siglo XIX ha llegado a Buenos Aires el valse: la pareja enlazada se perfila desde este momento con irresistible seducción a la luz de un nuevo concepto estético y coreográfico. La **polka**, mediando el siglo, conquistará los salones, y en sucesión rápida, el pasodoble, el schottisch y la mazorca. ¿Habrá de ser incumbencia de augures la adivinación de lo que llega luego? Quizás ha resonado en vuestra intuición el nombre que esperábais, ¡el tango!

Pero aún debe retenernos el propósito de conocer dos bailes que, sintetizando elementos propios del carácter del pueblo argentino, guardan relación estrecha con el punto de vista desarrollado en las líneas que anteceden.

El Gato y el Pericón aprovechan justamente, en dis-

creta medida, de aquellos elementos que la inmigración europea les ofrece.

Danza campestre de origen peruano, en compás de $3/4$ y aire movido, el **gato**, "parece inequívocamente genuino" hasta que cede a la tentación de valsear y polkear, y deriva en formas siempre animadas, conociéndose, además del simple **gato - canción**, el **gato polkeado**, el **gato con relaciones** y una variedad interesante, el **escondido**, en que triunfa la inspiración picaresca. La segunda y tercera de estas formas aparecen fundidas en ocasiones, cuando el gaucho bailarín castiga su ingenio improvisando diálogos y diciendo **relaciones**, a manera de episodios que momentáneamente interrumpen el baile, para continuarlo con renovada alegría. No siempre se dicen las relaciones, porque también la musa popular se embota y, lo que es peor, llega a la senectud, perseguida, en cierto modo, por las luces de la civilización y la urgencia económica. Tal ha acontecido, por ejemplo, con los maravillosos **contrapuntos** de los payadores, torneos a veces admirables, en que dos gauchos cantores, mediando desafío para contender en lid de ingenio, han de explicar cada uno a pedido del otro, tesis y problemas incluso del orden metafísico —origen del tiempo, esencia de la verdad, naturaleza del amor—, y todo ello en melodioso canto al son de la guitarra, mientras los espectadores asombrados escuchan y aplauden. Inspiración de payadores que, se dice, conseguía mantener su llama por varias horas continuadas y hasta días. Este arte, hoy "es sólo una parte de la leyenda nacional".

Este paréntesis de melancólica remembranza no me aleja del tema, antes me ha permitido acentuar uno de los más vigorosos caracteres de lo folklórico argentino y, reanudando el hilván, me apresuro en decir que aquellas "relaciones" son algo diferente y menos comprometido que los tradicionales **contrapuntos**, ya por su fondo sencillo como por su forma unipersonal; sin embargo, aún esto tiende a desaparecer.

El **gato - canción**, como su nombre lo indica, es baile cantado, en compás de tres tiempos y aire moderado, más bien con tendencia a la acción viva. (Oigamos un ejemplo).

En el **gato polkeado** son varias las parejas que pueden tomar parte, y entre las figuras de su coreografía es de anotarse aquella por la cual los hombres toman a sus compañeras por la cintura, con la mano derecha, y con al izquierda la contraria de aquellas y cruzan polkeando la sala para cambiar de sitio.

La variedad de gato, el **escondido**, baile picaresco, se mantiene en el campo de las danzas que esquivan el crudo enlace; aún más, ello constituye su característica. Estructurado sobre doble compás — $6/8$ y $3/4$ — que acoplan melodía y acompañamiento respectivamente, en movimiento rápido y parejo ritmo, se desenvuelve en dos partes con cinco figuras, y todo ello antecedido de un preludio *ad libitum*. Baile de una pareja, son sus elementos las vueltas, castañetas y zapateos. Tras la sucesión de acordes del preludio, el **guitarrero** inicia su canto, y la pareja, que insinúa una pequeña conversión a la izquierda, sale dando una vuelta entera hacia la derecha, dividida en cuatro partes en forma de cruz. Luego, un giro, y en la figura tercera, el zapateo del hombre mientras la mujer se esconde, y sale cuando oye cantar: "Vení, paloma, vení..." El varón también se esconde (figura 4) y sale maullando (figura 5). Puede intervenir otro hombre en el baile, y será la figura 4ª el aviso para aquella intervención, pues a la voz de: ¡Barato, niña!, el intruso irrumpie en el baile, mientras "el escondido" vuelve y se anuncia: ¡Aquí estoy! La mujer elige y puede hacerlo a la voz de su corazón, para continuar el baile. Torneo galante y quizás amoroso, pues, durante el cual se escuchan estrofas como las siguientes, coloreadas de ingenua malicia:

"Escondido me han pedido
y escondido te he de dar,
escondido a media noche
y escondido al aclarar.

Salí, lucero, salí,
salí que te quiero ver,
aunque las nubes te tapen,
salí si sabés querer."

Baile de la mujer sola en la figura 4ª, y el tarareo: Jaralaira, jaralaira, jaralaira, jaralá..., que acompaña al baile de la pareja en la figura 5ª, desbordante de alegría. (Ejemplo musical).

Del **Pericón**, originario de la Argentina y que vuelve a ella, luego de momentáneo eclipse y de su trasplante al Uruguay, es decir, más bien, torna al favor pampero después de un arrinconamiento transitorio, diré que alcanza tanto éxito a finés del siglo pasado, gracias al influjo del teatro (recuérdese el cartel logrado por **Juan Moreira**, dra-

matización en la que este baile ameniza la trama y obtiene correlativa boga), que durante dos décadas casi todos los autores de música popular se creen obligados a escribir **pericones** y hay más: este baile, como poco después el tango, consigue violentar aquella ley de que nunca los bailes de plebeyo origen logran ascender a los salones cultos. También la burguesía bailó el pericón y hasta los niños en las fiestas escolares. Creo oportuno dejar dicho, a este propósito, que tal ley está condicionada por factores y eventualidades que debilitan mucho su validez, ya que en todos los países de cultura en formación y en aquellos períodos de pujante fermentación nacionalista, la Musa popular tuvo siempre el travieso afán de llegar a los salones por la escalera de servicio, y más de una vez, sobre todo por obra del teatro, lo consiguió, con tan buena fortuna, que sus tipos de canción y danza fueron tomados por propios en los círculos aristocráticos, adquiriendo inmensa boga en la clase media.

El **pericón** es danza de ritmo regular, en compás de $3/8$ o $3/4$, es decir, siempre en compás ternario y aire movido. (Ejemplo musical). Por la disposición y número de parejas evoca la cuadrilla. Cinco períodos y una coda en aire de **gato** forman su estructura. De acuerdo al primitivo significado de la voz, esto es, traducida fundamentalmente por "director", o "conductor" o "bastonero", este baile que exige muchas voces de mando, ha de ser dirigido por aquel personaje. Este da órdenes preventivas y ejecutivas, porque en verdad hay mucho que ver: empieza por la formación de los bailarines en hileras, figura que se denomina **Frente a frente**, y cuando los hombres dan un paso adelante, y a continuación, las mujeres; entrelazadas las contrarias manos, mirándose cada pareja entre sí con donaire, realizan el **espejo**. De seguida, el balanceo o **zarandeo al centro**. Cuarta figura, el giro largo y a su sitio, en que el hombre brinda el apoyo de su mano levantada para sostener en alto la de su compañera y volverla girando a su primitivo sitio. Quinta, **media cadena** con la contraria; entonces, **molinete al centro**, en que las mujeres avanzan hasta el centro para retornar a sus lugares. Coronar a sus compañeros, es la séptima, en que los hombres descansan sobre su rodilla izquierda, mientras las mujeres giran en torno, y la octava, el **valsecito** en rueda... La figura undécima, la **rueda grande**, prepara un amplio círculo en que alternan hombres y mujeres, y dándose las manos empiezan a girar lentamente, mientras el "bastonero" designa la pa-

reja que ocupará el centro para dar comienzo a las "relaciones". Los elegidos valsean en dirección al centro, y en un giro final quedan frente a frente. El hombre dice su estrofa que debe ser contestada por la mujer... Y las figuras continúan. En la figura décimoquinta, salen a relucir los pañuelos para formar el **pabellón**, y para dar término al baile, es de buen gusto que los hombres se arrodillen, sosteniendo los pañuelos por una de sus puntas, para levantarse luego y colocar los pañuelos sobre los hombros de sus compañeras, conduciéndolas por fin hasta sus asientos.

El Pericón se había bailado mucho en la época de Rosas y por entonces parece que el nombre de **media caña** podía designar un modo o aspecto del Pericón. En la **media caña** los bailarines forman semicírculo.

Cielito y **Pericón**, por otra parte, se hallaban emparentados, pues el baile del Pericón es, a juzgar por sus figuras, un gran **cielito**, "una formación u ordenación especial del **cielito**", como lo asegura Carlos Vega, si bien a renglón seguido observa que más tarde se independizaron.

El nombre de **cielito** proviene del repetirse esta palabra al final de cada refrán. La misma o similar razón dicta el nombre de algunas otras danzas, como la **vidalita** y el **cuando**, o se llamará el **remedio** al baile en que la copla insinúa alguno para el mal de amor.

Imposible, en tan ceñido espacio, el análisis ni la enumeración siquiera de tantos bailes como han enriquecido la circunscripción folklórica platense.

Allí bailes de pañuelo, como el citado **bailecito**, o la **zamba** o aquel en que el bailarín hace como si enjugara sus ojos y por eso se denomina **el llanto**; de persecución amorosa, tal la **firmeza** y el **escondido**; de castañeteo y zapateado, que son muchas; galantes y picarecas, o de simple goce en el movimiento, que es fruición un tanto perezosa en la **ranchera**, influenciada rítmicamente por la mazurca, pero sin su brío, o de arranques discretos pero gallardos como la **Chacarera**, de ritmo emparentado con el anterior (Ejemplo musical). La nostálgica **Zamba** (Ejemplo). La movida **Cueca**. (Ejemplo). Y los aires, de antiguo abolengo criollo; la **huella** o **hueya**, tiempo ha desaparecida; el **triumfo**, baile que la tradición popular heroica relata como fruto de aquella brava resistencia a los ingleses, en que triunfa el orgullo nativo al comenzar el siglo pasado.

Bailes como **el sombrerito** o **la currumbá** y **el marote**, de ritmo sincopado.

En la **currumbá** los bailarines zapatean al rededor del sombrero, que al comenzar lo llevan en su sitio y con *do-naire*, para en un momento oportuno depositarlo en el suelo, mientras el cantor deja oír, por ejemplo, la siguiente estrofa:

“Mi guitarra tiene boca,
tiene boca y sabe hablar,
currumbá,
sólo los ojos le faltan
para ayudarme a llorar,
currumbá. (Ejemplo musical).

El **Marote** con sus ocho figuras, *castañetas*, zapateos y mudanzas, en que se exhibe el arte afiligranado y vigoroso del **repique** y el **escobilleo**, es decir un virtuosismo con los pies. (Ejemplo musical).

Bailes de exhibición individual como la *campana* y el **malambó**. Este último de mucha difusión y éxito. En compás de 6/8 o 3/8, movimiento vivo y ritmo sincopado. (Ejemplo). El fragmento se repite *ad infinitum*, mientras el gaucho bailarín se rinda y ceda sitio a su contrincante.

Pero no son únicamente los bailes dignos de interés. La sentimentalidad pura se expresa también con sencillez admirable en formas como la **vidalita** y el **estilo**. La **vidalita**, bajo cuya denominación común se agrupan cuatro especies musicales en diversas regiones argentinas —Jujuy, Salta, Tucumán y La Rioja, por ejemplo—, se integra con su **copla**, **estribillo** y **mote**. El estribillo más tradicional le bautiza en la copla que dice:

“En mi pobre rancho
vidalita
no existe la calma,
desde que está ausente
vidalita
el dueño de mi alma.”

Y, en fin, bailes como el **tango**, de clasificación estética ambigua. Una vez más, la omnipotencia de los instintos primarios estilizada conquista el favor de las gentes y llega hasta muy arriba de la escala social.

Por dos ocasiones, amables oyentes, la Iglesia ha intervenido en forma realmente espectacular enfrentándose al problema de los bailes, afanosa de poner fin a lo que con-

sideró un mortal peligro para las almas. Al aparecer el **Fandango**, producto del mestizaje psicológico negro-gaucho, el obispo de Buenos Aires, Excmo. Juan José Peralta, en Julio de 1743, amenaza con excomunión a los osados que pretendieran bailar o propagarlo. La segunda intervención sucede en el siglo actual, a causa del **tango**. La Iglesia denunció el tango en términos inequívocamente condenatorios, y un sacerdote, citado por Slonimsky, llegó a decir, refiriéndose a los "tangos tea" en boga por aquellos días que precedieron a la primera guerra mundial: "Lo que importa no es lo que sucede en un "tango tea", sino lo que ocurre después". Y los "tanguistas piratas" de chambergo colocado en ángulo de 45 grados irrumpieron en Nueva York. Pero el tango triunfó y podado de exageraciones, cual si a un peligroso engendro se le cortaran las uñas, recorrió el orbe. En definitiva, lo único realmente peligroso del **tango** ha sido su mediocridad estética y la prodigalidad con que se le ha explotado, atribuyéndole virtudes expresivas que rara vez logran sus cultivadores más connotados. El tango, contra lo que acontece con casi todos los bailes argentinos de que hemos hablado y con otros que me he privado de citar, no halla su genealogía en la música española o de otro europeo entronque latino; es más bien un isótopo de la Habanera. En compás binario, con su ritmo de balanceo regular y sincopado, la influencia negra es perceptible al breve análisis.

En resumen. El mestizaje musical fecundo que tan variadas formas ha producido en América, delata en la República Argentina un particular predominio de lo español —lo italiano, dicho sea entre paréntesis, se ha puesto en evidencia a propósito de ciertas metamorfosis del tango—, predominio de lo español no en el trasplante directo del folklore de España, que rara vez o nunca se operara, sino en el espíritu. Es que los españoles supieron entregarse a la nueva tierra. No vinieron a estas latitudes tan sólo como guerreros, nos dice un filósofo; antes bien "desde un principio transportaron ya en sus barcos ganado y cereales, como para echar nuevas raíces en tierra traída de su terruño". Y a fe que lo consiguieron, como es fácil comprobar con el estudio de muchos bailes criollos, tanto como de otras manifestaciones culturales.

"En el gaucho pervive el caballero andante", y sólo desde este punto de vista se ha de entender bien la psicología, naturaleza y figura, de Martín Fierro, por más que su retorno tenga sólo la validez de una ficción literaria, por-

que, en definitiva, "la muerte del payador", que inspirara a Rafael Obligado, es la verdadera profecía que nuestro siglo parece empeñado en confirmar.

Quito, Abril 19 de 1948.

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ

UNA CONTRIBUCION ARGENTINA A LA CULTURA UNIVERSAL: AMEGHINO

Trazar dentro de los límites estrechos de una conferencia, siquiera un bosquejo del notable aporte de la Nación argentina a la cultura, como corresponde al carácter de esta reunión, es difícil, aún reduciéndonos a los más limitados horizontes de la cultura científica. Como las artes, las ciencias emprenden el camino del infinito, cuyos términos buscan vanamente y, así, el caudal de lo creado y descubierto crece en proporciones superiores a la capacidad humana de asimilación. Conocer todo, saber en detalle toda la producción científica de un país como la Argentina, escapa a las posibilidades de la inteligencia humana obligada ahora a dispersarse, diríamos a mariposear de los descubrimientos científicos a las creaciones del arte y de la agitación apasionada de la política de nuestros días a la lucha áspera del cotidiano vivir. Ello me excusa de daros aquí, aunque sea breve, una síntesis del proceso argentino de elaboración científica y me basta decir mi convicción de que este país ha encendido y mantiene vivo uno de los dos mayores focos de cultura en el escenario de Latino-América. Para demostrarlo, bástame pronunciar algunos nombres ilustres del presente, desde el de Pedro Belou, el creador de los métodos modernos de investigación y enseñanza anatómica hasta el de Housay, quien acaba de obtener el premio Nobel de Medicina; desde Roffo y Escudero hasta Imbelloni, el gran americanista.

Nos ocuparemos pues, ahora, de uno de sus hombres más originales, ya desaparecido pero cuya obra, granítica como su voluntad, adquiere contornos de perennidad cada

vez más definidos a medida que el tiempo adviene: este hombre es Florentino Ameghino.



AMEGHINO Y SU OBRA

“Amo a los que no saben vivir sino para desaparecer, porque son los que llegan al otro lado.”

Nietzsche

La vida de Ameghino, como la de Pasteur, fué una sola convulsión, un continuo agitarse, un perpetuo movimiento y una obstinada lucha. Para él la entrada en la juventud fué la señal del combate, a cuyo fin sólo la muerte puso su signo. No pidió ni dió tregua; no buscó los frutos materiales de la victoria ni temió las consecuencias de la derrota; para él, por paradógico que parezca, la agitación de la batalla era el descanso y todo reposo impuesto un martirio inaguantable. Ameghino pertenecía a aquella clase de hombres que vienen al mundo con el vago pero positivo presentimiento de una misión a cumplir. Para estos hombres la vida no es deseable sino en cuanto representa un medio para la realización de sus altos propósitos, y los bienes materiales no tienen para ellos la atracción alucinante ni son elevados al rango de finalidad primordial de la vida como en el ideario del hombre corriente. Son laicos con espíritu religioso que pasan por la vida ignorando sus comunes y apetecibles bienes. Fué Ameghino un asceta de la pampa que no oraba para la salvación del alma, sino que extraía del barro y de las tinieblas verdades acumuladas a través de una sucesión de milenios. Cuando ante nosotros se levanta como un monolito la gran obra de Ameghino, nos sentimos obligados a inclinarnos ante el genio creador. Porque la obra de Ameghino es positiva hasta en sus negativos aspectos, y porque la idea de la cual se hizo portaestandarte es en nuestros días no sólo una aspiración de alma sino, también, una necesidad material. Quizo hacer el redescubrimiento de América por los caminos entonces menos conocidos de la ciencia, sistematizada y agotada por él hasta el último extremo, y podemos decir que lo consiguió. Una visión patriótica, surgida de su delicada sensibilidad, pudo inducirle al error, pero este error, que en realidad no es error sino en cierto aspecto, se con-



El Excmo. Embajador de la República Argentina, señor Albino Pugnalin, entrega un libro conmemorativo de la Exposición al Excmo. señor Presidente de la República

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

vierte también en una fuente de enseñanzas para los americanistas que siguen su ejemplo y sus pasos.

Ameghino es uno de esos hombres desmesurados que saben oponerse al tiempo y que renuevan conceptos, que se agitan y embisten, como lo había hecho Pasteur, el sabio al que se parece un tanto. Así, mirado desde afuera, Ameghino impresiona demoníacamente. Era el producto de una conjunción de fuerzas, nacido para crear una obra en la que con ser tan valiosos los aportes intelectuales, impresionan menos que las fuerzas morales en que se generan. Tenía, como todos los hombres excepcionales, el don de crear sin tregua, aportando cada día un hecho o una idea nueva. Era la suya una actividad exacerbada, una productividad regular que no sabía contar los obstáculos ni mirar el desplante de los adversarios, ni tener en cuenta las propias trabas psíquicas. En él la producción era algo tan natural, tan orgánico; que perdía el poder de impresionar; mas, lo que tiene de milagroso reaparece en lo creado, en la obra, que por ser tan universal carece de horizonte. Era la suya una naturaleza cosmopolita, que sin atarse a nada era accesible a todo; era de aquellos cuyo amor al mundo no tiene preferencias porque lo mismo se dedicaba a la excavación en busca de las faunas fósiles que a imaginar los precursores de la estirpe humana. Dotado de un poder de acción no detenido por nada y poseyendo la fuerza de la universalidad, había venido a darnos un ORBIS PICTUS en el terreno científico de sus preferencias, la imagen vital y cósmica del mundo. Poseyó simultáneamente el don de la creación idealista y una capacidad gigantesca para captar y recoger los hechos: fué al mismo tiempo filósofo y cavador de tumbas. Su incansable actividad, el loco anhelo de producir —quizá anticipándose a una prematura muerte que intuía— no le permitió ser uno u otro, filósofo o recolector de datos o uno después de otro —como estamos obligados a ser los que trabajamos sometidos a las ineludibles y disciplinarias reglas de nuestro tiempo, exento de sentimentalidad pero preñado de cálculo— sino ambos a la vez. Por eso, porque todo idealismo ha sido en ciencias reemplazado por una técnica fría y sistemática, los investigadores del hombre están en el día de hoy menos interesados en el problema de saber su origen que en el de clasificarlo y la sistemática de homo sapiens, con su vastedad numérica, ha venido a reemplazar a aquella antigua y vana ilusión. Pero Ameghino fué un genio en función del medio y del tiempo, que surgió en el preciso instante en que su país necesitaba

el hombre que supiera renovar la gloria que ya tenía, y en el momento en que trescientas especies fósiles empezaban a reflorcer y hacían acto de presencia en el gran escenario de la Patagonia pidiendo un lugar en la clasificación. Entonces no acudió un sabio extranjero a realizar la tarea, como ha ocurrido generalmente, sino que la Argentina produjo su Ameghino. Apareció en Luján y vino en el momento en que era necesario. Así, en la hora decisiva, un hijo de aquella patria de la Paleontología llegó a ser uno de los tres o cuatro grandes paleontólogos del mundo y le dió a la Argentina, con otros, la personalidad, la firmeza y el brillo que la distinguen.

Porque en Ameghino se equilibran con igualdad equipotencial el sistemático y frío recolector de datos y el hombre de imaginación ardiente y desmesurada; el objetivo calculador y el idealista romántico; pero, en todo caso, al hacer el balance de su obra acusan un peso mayor sus veinte y cinco y más géneros de mamíferos del orden de los lipoterma, creado y descrito por él, que la ingeniosa hipótesis sobre el prothomo: ésta, es decir su fuerza de imaginación y su gran capacidad de trabajo fueron la premisa de sus aportes más sólidos y de sus errores.

En 1871, a los diez y siete años de edad, Lyell y Darwin habían pasado por su registro bibliográfico. El primero le hizo geólogo y el segundo naturalista, y la influencia de ambos perduró en su vida y su obra. Tales influencias, la de Darwin en especial, están presentes en toda su obra y si el joven científico y revolucionario de las márgenes del Luján, cava, colecciona y estudia, lo hace para encontrar las pruebas materiales de sus previsiones ideatorias. En efecto, en 1876, con su trabajo "El Hombre cuaternario en la Pampa y Ensayo de un estudio de los terrenos de transporte cuaternario de la provincia de Buenos Aires", presentado a la Sociedad Científica Argentina, trabajo que bien puede considerarse el primero de su vasta obra, da el arriesgado salto a lo desconocido, comprometiéndose desde entonces a probar, con el esfuerzo de su vida entera, la legitimidad de sus precoces hipótesis. Más tarde, a la edad de treinta años, Ameghino había puesto los cimientos de su obra con sus producciones: "De la formación pampeana", "Los mamíferos fósiles", "Antigüedad del Hombre" y "Filogenia", desde las cuales su pensamiento se desenvuelve tomando tres direcciones: de "La Formación Pampeana" arranca la obra del geólogo; con los "Mamíferos Fósiles" intégrase el paleontólogo y de la "Antigüedad del Hombre"

y "Filogenia" parten las concepciones del antropólogo y su método genético de estudio.

Porque Ameghino, amables oyentes, era un espíritu que volaba en alas de la hipótesis y a la vez un hombre modesto que con profundo sentido de realidad descendía hacia las milenarias osamentas de la Pampa. Por ello, porque de albañil de su obra pasó los mejores años de su existencia, conviene, al hacer el examen de sus resultados, insistir menos en su alada hipótesis del origen sudamericano del hombre que en su tangible contribución al conocimiento de las faunas fósiles. En la obra de Ameghino, como en la de todo investigador, los hechos aportados por él constituyen la columna central y granítica alrededor de la que se disponen las columnas menores y decrecientes representadas por las teorías e hipótesis. En el orden de los hechos puede afirmarse que pocos sabios como él hicieron una entrega tan valiosa al conocimiento de la fauna fósil argentina y sudamericana. En cuanto a su doctrinas paleontológicas, tienen un valor y una originalidad incontestables. Era, por último y como consecuencia de la naturaleza y profundidad de sus estudios, un filósofo que ya en 1884 definió su posición en "Filogenia", obra de juventud, para consolidarla en su "Credo", obra de la madurez. Así considerada, la obra de Ameghino comprende cuatro especies de doctrinas: geológicas, paleontológicas, antropogénicas y filosóficas.

Resumiendo sus ideas paleogeográficas, podemos decir que en la era paleozoica sus observaciones sobre faunas y floras marinas ya tienen cierto valor. En la era mesozoica su aporte adquiere visos de originalidad, especialmente en lo que se relaciona con el continente americano y la Argentina. A partir del cretáceo funda sus inducciones en hechos de valor indiscutible y durante la era terciaria pone en movimiento las especies extinguidas y las tierras en el afán de dar una explicación genética de los cambios, que permita hacernos ver en el cuaternario el último y lógico resultado de aquellos encadenamientos y transformaciones.

Como sus ideas geológicas, sus doctrinas paleontológicas se fundan en el transformismo y la evolución. Cuando Ameghino abordó el estudio de los fósiles argentinos e hizo su elaboración doctrinaria, ya era conocida la doctrina de Lamarck y Darwin sobre la sucesión filogenética de los seres y la de Haeckel sobre su evolución ontogénica. Ameghino acogió con entusiasmo las nuevas ideas, a la luz de las cuales interpretó sus propios descubrimientos.

Cuando en 1875 publicó sus "Notas sobre algunos fósiles"

siles nuevos de la formación pampeana”, enunció más bien sus propósitos. Pero en sus dos memorias aparecidas en 1876 se revelan sus progresos paleontológicos. En la relativa al “Hombre Cuaternario en la Pampa” hay una nómina de restos animales encontrados junto con restos humanos y luego funda sobre datos paleontológicos sus conclusiones geológicas. Más tarde, a medida que sus colecciones se enriquecen, se arraiga en él la idea de que aquellos restos, al parecer desarticulados y muertos, están unidos por invisibles lazos de parentesco y entonan una sinfonía que sólo la Ciencia en manos de un Darwin o un Haeckel nos permite oír. Esta idea fué sometida por él a una propia elaboración y, arraigándose con el pasar de los días, ya se cristalizaba en su cerebro cuando se sublimó en sus libros, los “Mamíferos Fósiles” y “La Antigüedad del Hombre”. Uno de los problemas que más le interesan es el de la clasificación de las faunas fósiles, para lo cual adopta en “Filogenia” el método genético, es decir una visión de conjunto de los seres que permita establecer su parentesco por el conocimiento de su modo de evolución a través de las edades y formas; se propone pues hacer con la Paleontología lo que Haeckel había hecho con la Embriología y en tal orden de ideas llega a demostrar la afinidad existente entre un pequeño armadillo actual y el Megatherium. Afierebrado por su concepción genética Ameghino va más lejos: quiere, como los astrónomos, que saben localizar los astros más ignorados, predecir la existencia de especies fósiles y describirlas antes de tener de ellas dato alguno real. Y como Cuvier, que había dicho “dadme un hueso cualquiera del esqueleto y os daré el animal”, él, fundándose en el naturalismo evolucionista de Darwin, exclama: “dadme al acaso dos formas distintas de mamíferos y os restauraré los tipos intermedios”. Lo característico en Ameghino es que la imaginación vuela siempre en atrevidos ensayos y es simultánea con el rastrear en busca de los hechos. Se desprende de la tierra y al mismo tiempo busca en sus entrañas. Su cerebro emite ideas fantásticas y sus manos hacen la entrega de uno de los aportes más valiosos a la Paleontología. Así es como nos encontramos ante una personalidad verdaderamente original, en la que se confunden el teórico idealista con el obrero manual de la ciencia. Habiendo adquirido desde sus primeros estudios la convicción de que los mamíferos placentaríes fósiles sudamericanos son los más antiguos del globo, defiende su tesis con pruebas paleontológicas admitiendo que en la misma era, llamada

mesozoica y caracterizada por los grandes reptiles, como los Dinosaurios, vivieron los mamíferos sudamericanos. Del debate que sostuvo con sus impugnadores, sacó una conclusión muy importante porque constituye la idea directriz de sus futuras hipótesis. Tal idea puede resumirse así: **CONSIDERADOS TODOS LOS CONTINENTES, LOS MAMIFEROS SUDAMERICANOS SON LOS MAS ANTIGUOS, Y DE LOS MAMIFEROS DE LA PATAGONIA PROCEDEN LOS MAMIFEROS QUE HAN HABITADO O HABITAN LA SUPERFICIE DE LA TIERRA A PARTIR DEL CRETACEO SUPERIOR;** por tanto, **TODOS LOS MAMIFEROS TIENEN UNA UNIDAD DE ORIGEN.** Tal afirmación, y la posibilidad de concordar sus emigraciones con los datos paleogeográficos, son las bases fundamentales de las doctrinas de Ameghino.

Habiendo encontrado en 1869 cerca de Luján dos corazas de Glipto junto a vestigios primitivos de la acción humana, dedicóse desde entonces a estudiar esas relaciones, adquiriendo luego la convicción de que el hombre "había sido contemporáneo de la mayor parte de los mamíferos fósiles de la formación pampeana". Para demostrar esta afirmación presentó a la Sociedad Científica Argentina, en Mayo de 1876, dos memorias: "El Hombre Cuaternario de la Pampa" y "Ensayos de un estudio de los terrenos de transporte cuaternarios de la provincia de Buenos Aires". En 1878, con motivo de la Exposición Universal de París, a la que concurrió con sus colecciones, tuvo la ocasión para publicar varios trabajos sobre la coexistencia del hombre fósil sudamericano con los mamíferos extinguidos. Un resumen de los mismos se encuentra en su obra "La Antigüedad del Hombre en el Plata", publicada en 1881, en la que estudia la geología de la formación pampeana y la coexistencia del hombre fósil con los mamíferos desaparecidos de dicha formación. Por tanto, dada la edad que atribuye a la formación pampeana, la existencia del hombre en el terciario es la conclusión implícita, que se negaron a aceptar los paleo-antropólogos. Estos, sin negar la coexistencia del hombre con la fauna fósil pampeana, sostuvieron que estaba erróneamente determinada la edad de esta formación. El parecer hoy día más generalizado es el de que el hombre no ha existido en el terciario en ningún lugar de la tierra.

Más tarde, aplicando su "procedimiento de seriación", establece que "el hombre deriva de un mamífero placentario de posición oblicua, del mismo grupo que los antropo-

morfos actuales, y estos son sus más cercanos parientes zoológicos”.

Aceptando como los Darwinianos el origen del hombre y los antropomorfos en un tronco común del cual se desprendieron las dos ramas a intervalos diferentes, propónese restaurar teóricamente el antecesor original y los términos de enlace colocados entre éste y el hombre moderno. Al llegar a este punto no espera a los hechos sino que se adelanta a ellos. Elabora teóricamente la genealogía del hombre y los antropomorfos y crea una terminología para designar a seres que según sus previsiones deben haber existido necesariamente. Está seguro de encontrarlos más tarde y da los nombres de Prothomo, Diprothomo, Triprothomo y Tetraprothomo a los cuatro antecesores teóricos del hombre y Anthropomorphus al antecesor común del Hombre y los Antropomorfos existentes. Así el genio de Ameghino despliega un poder que no le ha sido dado al hombre, el de decretar las verdades; pues el hombre, ser limitado y doliente, no ha podido hasta ahora hacer otra cosa que buscar las verdades para describirlas cuando le ha sido dado encontrarlas. Porque en el proceso de la investigación científica, como en el de la creación artística, el autor vuélvese esclavo de los hechos descubiertos o de los personajes creados por él, a los cuales deberá seguir y obedecer en adelante y ¡ay de él si no lo hace!

Prosiguiendo sus estudios sobre el origen del hombre, Ameghino llegó al siguiente razonamiento: si América del Sur fué la cuna y el centro de irradiación de los mamíferos, puede haberlo sido de los precursores del hombre; si en Sud América y sólo en ella vivió la rama filogenética que conduce al hombre (los monos “Homunculidios” de la Patagonia), entonces el hombre tuvo su primer origen en esta parte del Continente americano. Razonamiento legítimo para quien acepta las premisas; mas, desgraciadamente, sus conclusiones sobre este punto no han sido confirmadas hasta ahora por los hechos y queda por demostrar que nuestro continente fué un día la cuna de la humanidad. Si “el punto de origen de los verdaderos monos y del precursor del hombre, dice Ameghino, que hasta ahora se creía debía encontrarse en algunas regiones del viejo mundo, se encuentra así trasladado a América del Sur” y si ponemos en paralelo al hombre con los monos del antiguo continente, “no es el hombre el que se presenta como un mono perfeccionado, sino, al contrario, son los monos los que aparecen como hombres bestializados”.

La cuestión de los hominidos, esto es de los antecesores inmediatos del hombre, retuvo, en la segunda etapa de sus trabajos el interés siempre creciente y apasionado de Ameghino. En Setiembre de 1907 publicó la más famosa y discutida de sus memorias: "Notas preliminares sobre el Tetraprothomo Argentinus, un precursor del hombre del mioceno superior de Monte Hermoso", en la que partiendo del hallazgo de un fémur y un atlas encontrados en Monte Hermoso establece la existencia real del Tetraprothomo, teóricamente reconstruido desde antes. En el yacimiento fosilífero de Monte Hermoso, que le era bien conocido, creyó encontrar algunos vestigios atribuibles a "un ser más o menos parecido al hombre actual, pero antecesor directo de la humanidad existente". Tales vestigios consistían en fogones, huesos partidos y quemados y peder-nales tallados. "Así, concluye Ameghino, el Tetraprothomo, fundado primero teóricamente sin indicación del punto de origen, determinada luego la región de origen también teóricamente, ha salido a la luz del día más pronto de lo que me era dado suponer, más o menos con los mismos caracteres que le había asignado y en la misma región que suponía debía ser su centro de origen". Lo característico de los trabajos de Ameghino relativos al hombre y su origen es que la hipótesis precede a los hechos sobre los cuales hubiera lógicamente debido apoyarse. Encontrado el Tetraprothomo aparecieron los restantes. Sólo el Triprothomo dejó de presentarse, aunque Ameghino considera que ciertos vestigios denuncian su existencia. El Diprothomo es descrito en una memoria aparecida en Julio de 1909 "El Diprothomo Platensis, un precursor del hombre del plioceno inferior de Buenos Aires", y está representado por un casquete craneano encontrado en el puerto de Buenos Aires y con el cual reconstruyó el cráneo de este ser, cuyo parecido con el cráneo de ciertos monos americanos es extraordinario.

Mucho mejor está representado el cuarto hominido precursor del hombre, es decir el Prothomo u Homo Pam-paeus, especie diferente del Homo Sapiens. Se trata de cráneos encontrados cerca de Necochea y Miramar, en un terreno perteneciente al plioceno según Ameghino y al pleistoceno según Boule. Para el sabio argentino estos cráneos presentan caracteres originales y primitivos; pero en cuanto a este punto tampoco están de acuerdo todos los investigadores y para algunos de ellos su característica forma se debe a una deformación artificial de carácter étnico. Tales crá-

neos, dicen éstos, contienen aún mucha substancia orgánica, lo que demuestra su edad reciente.

Resumiendo, tres objeciones se han opuesto a los trabajos de Ameghino: primera, la antigüedad de los distintos estratos de la formación pampeana es en general menor que la que Ameghino le atribuye; segunda, el hombre no ha existido durante el terciario ni en la pampa argentina ni en ningún lugar de la tierra; tercera, del rejuvenecimiento general de las capas geológicas argentinas resulta que cuando el hombre apareció en América por primera vez, ya el antiguo mundo estaba habitado por él.

Mas, hay un aspecto en la personalidad de Ameghino no bien considerado hasta ahora. Porque su obra no se reduce a lo que en forma tan superficial dejamos dicho; en otras palabras, su obra tiene confines bien precisos. En ciertos hombres y en determinadas circunstancias el noble hecho de una vida ejemplar adquiere mayor relieve que la producción puramente científica. Y este es el caso de Ameghino. Dotado de un temperamento renovador, transformista desde la *HORA PRIMA* —tenía veinte y dos años de edad cuando se inspiraba en Darwin y Lyell—, participó en aquella crisis, entonces agudizada, que se llama “conflicto entre la Religión y la Ciencia”, impugnando el dogma y preconizando los métodos de libre examen. A la verdad consagrada opone la observación y la experiencia. Nacido para actor, nunca pudo Ameghino asumir el pasivo papel de espectador en un conflicto que hacía vibrar las más finas fibras de su sensibilidad; prefería el diálogo al monólogo y fué simultáneamente aprendiz y maestro, descubridor e impugnador. “Vamos, dice, a tratar de resolver la cuestión no con simples hipótesis o argumentaciones sin fundamento, sino con razones, pruebas y hechos, cuya exactitud podrá comprobar cualquiera.” Entonces su obra se perfecciona y complementa: partiendo de la recolecta de los hechos y de las elaboraciones puramente técnicas —etapa primera y esencial de la actividad científica— se eleva hacia una filosofía idealista y renovadora a la que su ciencia presta nuevo vuelo. Ella, que le acompañó a lo largo de su existencia, fué para él fuerza y consuelo y nuevos signos, como los de “Filogenia”, como los de “La Antigüedad del Hombre en el Plata”, los de “La Edad de la Piedra”, los del “Homenaje a la Memoria de Darwin” y aquel que aparece en “Mi Credo” exteriorizan sus nuevos brotes y consolidaciones. Ya en “Filogenia” traza el programa de su vida con una declaración matizada por el sentimiento del deber

y del dolor, programa que se cumplió porque Ameghino —y este es uno de sus méritos mayores— fué leal toda su vida al credo de juventud. “Reconozco, dijo entonces, la necesidad imperiosa de proceder cuanto antes a bosquejar este ensayo de clasificación genealógica, y voy a acometer la empresa sin disimularme las dificultades que para ello tendré que vencer, los deberes que me impone, los sinsabores que quizá me reserva y la acerba crítica con que sin duda será acogido por todos los que no tienen fe en el porvenir”. En otra ocasión añade: “No diré que estoy en buen camino, porque la falibilidad es atributo humano; pero creo estarlo; y como aún soy bastante joven, supongo que si las leyes de la naturaleza se cumplen, aún me quedan bastantes años para sostener bien alto el estandarte de las ideas de que me hago apóstol y para hacerlas triunfar si son verdaderas”. Quien habla así al empezar la vida y sabe realizarlo a lo largo de ella, posee la intuición de la obra y es dueño de su destino.

Florentino Ameghino, el sabio que aportó a la Paleontología un caudal tan extraordinario de hechos y descubrimientos, que hacen de él uno de los más grandes paleontólogos y transformistas del siglo XIX, reconoce tácitamente desde que inicia su carrera científica la posibilidad de equivocarse y vivió corrigiéndose y corrigiendo su obra, enmendándola y perfeccionándola constantemente. Autodidacta y obligado a aprender y enseñar al mismo tiempo, en pocos labios como en los de este humilde maestro de escuela adquieren mayor significación estas palabras: “En el cuadro que irá al fin de esta memoria suprimiré probablemente algunas de las especies que he conservado en mi cuadro anterior, reemplazándolas por otras ya conocidas o recientemente descubiertas, procurando acercarme cada vez más a la verdad. Para eso trabajo y estudio. Cambiaré de opinión tantas veces y tan a menudo como adquiera conocimientos nuevos; el día que me aperceba de que mi cerebro ha dejado de ser apto para esos cambios dejaré de trabajar. Compadezco de todo corazón a todos los que después de haber adquirido y expresado una opinión, no pueden abandonarla nunca más”. En la obra de Ameghino hay más de un error; esto es cierto y natural porque traemos de la cuna nuestra ignorancia y el error nos envuelve como el aire; por ello el hombre de talento y el de genio se equivocan como el hombre corriente; mas, el error de Ameghino fué un error que suscitó investigaciones y verdades nuevas, error que pasó enseñando por el mundo. Por lo demás, la

genialidad de Ameghino, como dice Ingenieros con justicia, puede medirse prescindiendo de los resultados de su obra porque en ella, junto a la elaboración propiamente científica está la fuerza moral que se irá acrecentando con el devenir de los tiempos, pues este autodidacta, que empezó en condiciones materiales rayanas en la miseria y tuvo que ganarse el pan mientras vivió, fué austero y soñador y cada paso suyo, cada mirada, cada gesto y todo su pensamiento estuvieron consagrados a un ideal que perseguía por los caminos de la ciencia. Bajo este nuevo aspecto, perdonadme señoras y señores si insisto, el perseguidor de las faunas fósiles adviene un talento moral. Porque Ameghino fué un hombre que vivió como predicaba y, por ello, fué arquetipo de maestros. Es así como este argentino llega a ser un valor universal, que pertenece a la humanidad. Y cuando la bandera argentina cubrió con sus amplios pliegues sus despojos mortales, vibró una vez más al contacto del genio inmortalizado.

LOS ESTUDIOS DE ANTROPOLOGIA EN LA REPUBLICA ARGENTINA

Excelentísimos señores Embajadores y Ministros Plenipotenciarios,
Señores Miembros del "Grupo América",
Señoras, señores:

Hablar de la Argentina sin ser arrebatado por el entusiasmo, es casi imposible. Para quien ha tenido la fortuna de vivir algún tiempo en ese gran país, hablar de la Argentina es gratísimo solaz del corazón y dulce recordar de inolvidables impresiones. Pero hablar de la Argentina es, al mismo tiempo, difícil y embargante empresa; pues, cualquier aspecto de las mil facetas que esta preciosa gema del Continente americano ofrece, requeriría, por su magnitud, no las breves páginas de una disertación, sino largo y detenido análisis; no uno, sino muchos libros, y dotes en el escritor de que por desgracia yo carezco.

Porque sería preciso ser poeta para describir condignamente la belleza de aquel país admirable de cumbres gigantescas como el Aconcagua, de bosques misteriosos aún inexplorados, de lagos incomparables por la inverosímil transparencia y colorido de sus aguas; el país de la Pampa "con su mutismo imponente y su monotonía tan característicos que, —como decía Lugones— "no hay estepas ni saharas comparables". "Allí la inmensidad por todas partes: —dice Sarmiento—. Inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores tenues que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo." La Pampa! "Infinita, sin límite conocido, sin accidente notable, es la

imagen del mar en la tierra; la tierra como en el mapa; la tierra aguardando todavía que se le mande producir las plantas y toda clase de simiente."

Poeta habría que ser para describir con vívidos colores aquella que Olegario Andrade llamó "Región bendita, sublime desposada de la gloria, —que baña el Plata y que limita el Ande... el pueblo joven, que arrulló en la cuna— el rumor de los himnos inmortales —y que hoy llama al festín de su opulencia— a cuantos rinden culto —a la sagrada Libertad, hermana— del arte, del progreso y de la ciencia!"

Mil temas, a cual más importantes, mil aspectos diversos habría que tratar para hacer una reseña de la gran República del Plata. Si encontramos en su historia páginas gloriosas de heroísmo, hallamos en el relato de su desarrollo institucional y jurídico, luminosas lecciones de fervor patrio, admirables ejemplos de buen sentido político, de sabiduría legislativa. Si analizamos su desarrollo económico, nos sorprende lo grandioso de sus recursos en todo orden, impresiona el afanar de su pueblo consagrado al trabajo y los frutos opimos que le rinde la ganadería, la agricultura y la industria. Inmensas fortunas se han formado en pocos lustros. La atrasada colonia en donde no se había hallado minas de oro y plata como en Zaruma, Huancavelica o Potosí, y que había sido por ello de las menos buscadas por el espíritu aventurero del Conquistador hispano, es hoy el orgullo de la raza, el granero de Europa, la meta soñada por los inmigrantes del mundo entero, la más poderosa y opulenta nación de Hispano-américa.

Las aldeas monótonas y pobres, en poco más de un siglo se han transformado en urbes gigantescas, grandiosas y espléndidas.

La Pampa, desierta y silenciosa, turbada sólo por la voz del tigre y los chacaes o por los gritos salvajes de indómitas tribus, terror de los pequeños caseríos audazmente levantados en su linde, ha visto surgir en pocos años y por todas partes, ciudades florecientes y hermosas, unidas entre sí por los rieles de acero o las cintas asfaltadas de modernas carreteras. Hatos incontables de ganados, dehesas que ondulan al soplo del **pampero** como un mar de esmeralda, cultivos que se pierden en el horizonte lejano, bosques frondosos, caseríos, ciudades, fábricas, la abundancia, la riqueza por doquier!

Este fantástico progreso y tan estupenda profusión de bienes, ¿han sido únicamente materiales? se deben sólo a

la ubérrima feracidad del suelo, a las facilidades que la llanura inconmensurable da al trabajo extensivo de la máquina agrícola?

No ciertamente. Basta echar una mirada a esta magnífica exposición del Libro Argentino para convencernos de que, si el adelanto de la agricultura, la ganadería y la industria en aquel país es asombroso, si nos pasma el desarrollo material de ciudades y campos, mayor aún es el desenvolvimiento espiritual de ese pueblo, su progreso en la cultura, el altísimo nivel alcanzado en la vida intelectual, en las esferas de las letras, las artes y las ciencias.

Este el verdadero timbre de orgullo de la República Argentina. Porque la riqueza material de un país puede, muchas veces, arrastrar a su pueblo a la molicie y degeneración consiguiente. El progreso material puede aminorarse, decrecer, paralizarse. La riqueza espiritual aumenta a medida que más profundamente arraiga. La riqueza material, como toda fuerza, por poderosa que sea, puede ser superada y no hay fuerza que no pueda ser vencida. Así vemos en la historia hundirse los mayores imperios del mundo y desaparecer a los más grandes conductores de ejércitos y armadas entre nubes de sangre, de lágrimas y de odio.

Lo único que resiste a la acción del tiempo, lo único que perdura en el mundo es la obra del pensamiento, es la conquista espiritual, la adquisición de verdades y la realización de lo bello.

Los pueblos no son grandes por la extensión del territorio que dominan; no son grandes por sus minas y sus pozos de petróleo únicamente: grandes son por la cultura alcanzada, grandes por el perfeccionamiento del alma colectiva.

“La historia de la humanidad es la historia de la cultura”, ha dicho el ilustre Rector de la Universidad de Chile y su actual representante en la Conferencia de Bogotá, Juvenal Hernández; y Rafael Altamira, el gran polígrafo español, afirmó: “El problema de la historia humana es el problema de su civilización.”

El concepto de civilización es muy amplio, muy complejo y muchas teorías se han planteado para definirlo. Lo indudable es que un elemento esencial constituye la vida del espíritu: los hechos fundamentales en el orden moral, jurídico e intelectual.

Por eso para comprender a un pueblo es preciso estudiar su historia, y ésta, más que la serie cronológica de

batallas, conquistas, intrigas políticas, sucesión de dinastías o gobiernos, debe mostrar el panorama de su desenvolvimiento cultural, de sus avances o retrocesos en lo moral e intelectual.

La lucha del hombre contra la inclemencia de los elementos para conservar la vida; la paulatina conquista de los medios de subsistencia y de las fuerzas de la naturaleza hasta llegar a utilizarlas para su bienestar; la adquisición de instrumentos para facilitar el trabajo y de objetos que contribuyan a hacer la existencia más agradable, así como la elevación a las esferas de la filosofía y de la metafísica, ha realizado el hombre gracias al don precioso de la inteligencia, de la razón, dadas por Dios para buscar la verdad, para percibir el orden, apreciar la justicia e investigar los secretos de la ciencia.

La vida intelectual de un pueblo revela, pues, mejor que nada, el lugar alcanzado en la escala de la cultura y la jerarquía que le corresponde en el concierto humano. Estudiar este aspecto de la República Argentina dará idea más cabal de su grandeza, que considerar sus innúmeras riquezas materiales y su enorme potencialidad económica.

Pero tan vasto es el campo del desarrollo cultural de la Argentina, que el estudioso se encuentra, como el viajero en medio de la Pampa dilatada, buscando en vano abarcar el horizonte. Serie larga de disertaciones no agotaría el tema. Filosofía, ciencias jurídicas y sociales, matemáticas y ciencias naturales y aplicadas, medicina, ingeniería, estudios sobre arte, literatura, historia, todas las ramas del saber humano en ese gran país han sido cultivadas.

Justamente Gregorio Marañón decía: "Cuando contemplo el impulso de la ciencia sudamericana y lo comparo con el estado actual de la mayoría de las otras culturas del mundo, tengo la certeza de que han de pasar muy pocos lustros antes de que esta nueva ciencia, y muy especialmente la argentina, sea una de las que más originalmente influyan en el progreso de la humanidad."

En este vastísimo campo de la intelectualidad argentina hemos venido a espigar en este ciclo de conferencias. Un crítico eminente que nos ha revelado algunas de nuestras genuinas glorias literarias, como Villarroel y el Padre Aguirre; el autor de profundos al par que sutiles estudios sobre Barbusse, D'Annunzio, Rodó y Montalvo, el atildado y elegante escritor Gonzalo Zaldumbide, nos ha dado una visión magnífica de la literatura argentina a través de la obra de

uno de sus mas conspicuos escritores, don Enrique Larreta.

De una de las figuras prominentes de la ciencia argentina, de quien también habré de ocuparme, del célebre Maestro Florentino Ameghino, nos ha hablado de manera magistral, el doctor Antonio Santiana, Antropólogo ya renombrado en el mundo científico por sus prolijas y extensas investigaciones. Con su fino talento artístico y su amplio conocimiento de la materia, nos deleitó Juan Pablo Muñoz Sanz, mostrándonos las bellezas del rico folklore argentino; y ayer, con hondo sentido filosófico y aguda percepción estética y psicológica, la inteligente profesora señorita Guillermina García Ortiz, desentrañó la misteriosa influencia del medio geográfico sobre el alma del Gaucho argentino, exponente tradicional del hombre dominador de la Pampa.

Hoy quiero ocupar la benévola atención de tan distinguido auditorio tan sólo con una compendiosa exposición de los estudios antropológicos llevados a cabo en la República Argentina, uno de los aspectos de las ciencias históricas cultivado de preferencia por los sabios de aquel país y cuyos descubrimientos han tenido no poca resonancia en Europa y América.

*
* *

Muchos y muy esclarecidos ingenios se han dedicado en la Argentina a los estudios históricos, siguiendo el ejemplo de Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López y el General Bartolomé Mitre. Después de Groussac, toda una pléyade notable de escritores ha cultivado esta ciencia. En nuestros tiempos, Levillier, Levene, Gandía, Torre Revelo, Ruiz Guíñazú, Pueyrredón han estudiado admirablemente la época de la colonia. Ibaguren, Busaniche, Bianco, González Calderón, Carranza, —para no citar sino unos pocos nombres preclaros que recuerdo al azar— han escrito sobre la Independencia y la República. "La Historia de la Nación Argentina" aún inconclusa, es un monumento grandioso que por sí solo revela el alto grado de cultura de ese pueblo.

La evolución de los estudios históricos en América ha seguido trayectoria semejante a la ocurrida en Europa: Por largo tiempo dichos estudios se habían concretado a seguir los pasos de pueblos con una civilización muy avanzada. Gran parte de la literatura histórica del Viejo Mundo se ocupa de las guerras y conquistas de poderosos imperios,

del desarrollo y expansión de estados y naciones organizados políticamente de un modo análogo, si no igual, a nuestras modernas repúblicas y monarquías.

La historia clásica nos presenta a los pueblos en pleno progreso, y sus páginas se llenan con las hazañas de sus héroes, el relato de sus batallas y secundariamente la descripción de sus instituciones. Pero ¿cómo se formó ese pueblo? De dónde vino? Qué vicisitudes sufrió hasta llegar al grado de fuerza que le permitió formar un estado, combatir a sus vecinos, sojuzgarlos, extender su comercio a lejanas tierras?

En universidades y colegios se estudia mucho sobre los Asirios, los Egipcios, los Fenicios, los Hebreos; pero relativamente poco sobre los pueblos que habitaron nuestro Continente, esta América nuestra que nos interesa conocer de manera especial y cuya historia no podrá comprenderse si no se conocen ampliamente las raíces y fundamentos étnicos de sus diversos pueblos, si no se penetra en las primitivas culturas que aquí se desarrollaron, en una palabra si no se estudia la Prehistoria.

“Cuando comienza la historia, tal como la conocemos, —dice Nadailac, al tratar de los primeros pobladores de Europa,— estaban ya constituídos los principales grupos étnicos y ocupaban, desde tiempos muy remotos, las mismas regiones en que aún los vemos.” Esto que se refiere a los habitantes del Viejo Mundo, también puede afirmarse de los aborígenes del Nuevo. La sola diferencia está en la época en que comienza la historia para el hemisferio oriental y para el occidental.

Efectivamente, sólo en el siglo V antes de nuestra era, comienza la historia fundada sobre datos serios y más o menos precisos, para Grecia. Más allá del siglo III antes de Jesucristo, no hay historia propiamente dicha de Italia; la de la Galia comienza dos siglos más tarde. En Oriente, los documentos escritos nos llevan mucho más lejos, pues en monumentos egipcios hay inscripciones que alcanzan a 6.000 años antes de la era cristiana. Los reyes de este antiguo imperio y los de Ur, en Caldea, eran, sin embargo, más modernos que varias dinastías asirio-caldaicas mencionadas en las tabletas o ladrillos de la biblioteca de Azurbanipal. Por los documentos literarios podemos remontarnos también muchísimo: Max Müller, que distingue cuatro épocas diferentes en la composición de los libros sagrados de la India llamados Vedas, pone la más antigua composición entre el siglo duodécimo y el X antes de nuestra era.

En América del Sur, la historia propiamente no comienza sino en los albores del siglo XVI, después de J. C.; es decir, con la llegada de Colón a las costas del Darién. Todo lo anterior a estas diversas épocas en que comienza la historia para los diferentes pueblos de la tierra, pertenece a la Prehistoria.

Como los pueblos de la América del Sur no conocieron la escritura propiamente dicha, ni siquiera supieron expresar sus ideas por el sistema jeroglífico de los Mayas, todos los sucesos anteriores a la llegada de los primeros conquistadores españoles pertenecen a la Prehistoria. Antes de que aparezcan los primeros monumentos grabados o escritos y en los pueblos que no alcanzaron ese grado de civilización, hay que investigar el pasado por los rastros que los hombres han dejado de su existencia, por los vestigios de su industria diseminados alrededor de sus hogares, enterrados en sus sepulturas o esparcidos por la superficie del suelo que ocuparon. La Arqueología prehistórica reúne, clasifica y compara estos restos, para deducir de ellos algo sobre la vida de los pueblos sin historia. La Antropología, por otra parte, estudia los mismos restos humanos, los huesos del cráneo y del esqueleto, hallados en las antiguas sepulturas, a fin de conjeturar la familia racial a que perteneció ese pueblo y rastrear sus orígenes. La toponimia suministra también preciosos datos para averiguar la lengua que habló el pueblo desaparecido; y el estudio etnológico de los residuos de pueblos aborígenes, esclarecerá si quiera un tanto su pasado.

Hacia 1826 aparecen las primeras observaciones etnográficas realizadas por un argentino: el doctor Francisco Javier Muñiz. Sabios europeos, atraídos por el encanto de lo desconocido y extraño, son en primer término quienes se dedican a los estudios americanistas de Antropología, Arqueología, Etnografía y Lingüística del Nuevo Continente. Ya han hecho que Nínive y Babilonia les revelen sus misterios y han logrado esbozar su antiquísima historia. Egipto con sus jeroglíficos ha contado la sucesión de milenarias dinastías; pero he aquí que en América los primeros exploradores descubren, perdidos en las selvas, pasmosos monumentos de los Mayas y en las soledades del altiplano andino, los restos de una civilización desconocida.

El alma del hombre siempre atraída por lo incógnito, lo raro y misterioso, halla en este Continente un nuevo y sugestivo campo de investigaciones sobre las remotas edades de la humanidad, con los problemas del origen

del hombre americano y el de las diversas culturas aquí desarrolladas.

Se estudia entonces en Europa a los antiguos cronistas del descubrimiento y la conquista de América, los viejos relatos de los soldados - historiadores y de los misioneros que exploraron por vez primera las nuevas tierras. Se sistematizan luego los ensayos y se investiga en archivos y bibliotecas de Europa, cuanto documento pueda hacer luz sobre el pasado de América. Ya los estudios van adquiriendo caracteres de disciplina científica y comienzan a especializarse en ella varios arqueólogos del Viejo Mundo. Finalmente, se convencen éstos de la insuficiencia del trabajo de escritorio y biblioteca y de la necesidad de explorar y estudiar sobre el terreno los restos de monumentos arqueológicos, de practicar excavaciones, de comparar los artefactos encontrados, no con las formas características de la India o el Egipto, sino con los de áreas arqueológicas vecinas, y de reunir los vocablos de idiomas en vías de extinguirse y conocer al indio en los diversos países en donde aún existe. Y vinieron sabios europeos de primer orden a estudiar América.

Coincide con esta curiosidad y fervoroso entusiasmo, el nacimiento, en diversas naciones de América, de los estudios americanistas, habiendo sido el Ecuador uno de los primeros en iniciarlos.

Francisco P. Moreno puede considerarse en la Argentina el iniciador de los estudios antropológicos en ese país. Nació en Buenos Aires el 31 de Mayo de 1852. Su padre fué español y su madre era hija de un oficial inglés llegado al país durante las invasiones realizadas a fines del período colonial.

Discípulo, en su niñez, del gran argentino Sarmiento, en su escuela aprendió el amor a la patria, una de sus características. Desde niño se distinguió por su afición a la naturaleza: coleccionó piedrecitas, insectos, plantas, reliquias históricas y a los catorce años de edad, fundó un pequeño museo de historia natural, en compañía de sus hermanos menores. Era apenas un adolescente cuando obtuvo los primeros cráneos patagones, comprándolos a un comerciante, ya que sus padres le negaron la autorización para realizar su dorado sueño de explorar la Pampa, aún dominada por tribus bravías de indígenas.

Estos cráneos, por consejo de su amigo y mentor el naturalista Burmeister, los envió al sabio Broca, a París;

y este fué el principio de sus relaciones y amistad con el gran antropólogo francés.

A los 21 años de edad pudo obtener el permiso paterno para hacer su primera excursión al Sur. Por aquella época, más allá de los límites de la Provincia de Buenos Aires se extendía la región casi desconocida, que recorrian tribus nómadas de indios, para defenderse de los cuales se habían establecido los fortines de Olavarría y Azul.

Las colecciones antropológicas y etnográficas, fruto de este viaje de Moreno, fueron comunicadas a Broca, Quatrefages y Virchow, sabios europeos que concibieron mayor interés por los estudios americanistas. En 1874 hizo un viaje a la Bahía de Santa Cruz y en esa ocasión remontó el Río Negro y el Río Limay en los dominios de los indios Patagones. En 1878, cuando tenía cosa de 27 años de edad, volvió a explorar los territorios del Sur, los lagos Nahuel, Huapí y Correntoso, descubrió el Lago Gutiérrez y cayó cautivo de los indios Tehuelches. En 1884 fundó el Museo de La Plata, que ha llegado a ser uno de los más notables del mundo por ciertos aspectos y que es un centro importantísimo no sólo de estudios paleontológicos, sino también de los de Antropología y Arqueología americana.

Después de las exploraciones de Francisco Moreno en los cementerios de Río Negro, siguieron las de Ramón Lista en el Arroyo Ñancay, en Entre Ríos. Estanislao Zeballos, —que años más tarde había de tener tanta figuración en la política del país— hizo, con el ingeniero Pico, excavaciones de mucho interés en el túmulo de Campana; y los profesores del Colegio Nacional de Tucumán, Limberani y Hernández, efectuaron la expedición a las ruinas de Loma Rica.

Comenzó entonces a despertarse interés por los restos y objetos antiguos que al encontrarlos, agricultores inteligentes, en diversas regiones de la República, se apresuraban a enviarlos a las ciudades, en donde se iniciaban pequeños museos o eran estudiados por hombres de ciencia. De este modo Burmeister pudo dar algunas noticias antropológicas en su Descripción física de la Argentina.

Paso gigantesco, —comparable a la publicación en nuestra Patria del "Estudio Histórico sobre los Cañaris", primicia de los trabajos arqueológicos en el Ecuador, realizada por el Ilustrísimo González Suárez,— fué la obra de Florentino Ameghino titulada "La antigüedad del hombre en el Plata."

Esta gran obra publicada en dos tomos, (el primero, un

resumen de antecedentes relativos a la antropología y arqueología americana y el segundo dedicado al estudio del hombre fósil pampeano) marca el principio de una serie de trabajos importantes que hacen avanzar grandemente los estudios antropológicos en la Argentina. Fué la obra de Ameghino la que más atrajo la atención de los sabios extranjeros sobre la antropología americana.

El Viernes pasado nos ilustró el Profesor Antonio Santiana hablándonos respecto de la vida de ese hombre dotado de intenso amor a la ciencia, de férrea voluntad para el trabajo, de asiduidad y constancia ejemplares. Desgraciadamente, unía a estas virtudes una imaginación demasiado viva y le faltaba crítica desapasionada para juzgar los hechos y apreciarlos en su verdadero sentido. ¿En qué medida contribuyó al adelanto de la ciencia? ¿Qué valor tienen al presente sus teorías?

Apasionante problema, aún no resuelto del todo, es el del origen del hombre americano.

Dos teorías opuestas se sostenían en Europa acerca de la génesis humana y como explicación de las diversas razas que pueblan la tierra: La monogenista y la poligenista. Darwin y Haeckel defendían el monogenismo y la evolución de las especies. Entre los que sostenían el poligenismo, estaba Agassiz, el más ferviente defensor del autoctonismo del hombre americano. Este sabio creía indispensable aceptar el poligenismo geográfico de la especie humana, con 7 u 8 centros independientes de "hominación", para explicar el fenómeno de las razas y de su distribución en el globo. La idea de que el hombre americano era autóctono de este Continente no se debe, sin embargo, a Agassiz: Ya en 1767, Bailli d'Engel sostuvo que el hombre americano era anterior al diluvio; y Morton, en 1839, que "el hombre de América era un producto del suelo americano, sin conexiones con el mundo antiguo, excepto el caso de los Esquimales."

Ameghino trató de reconciliar el darwinismo monogenista, con la idea sostenida por Agassiz de autoctonismo americano, y lanzó la teoría de que la antropogénesis fué un fenómeno único para todo el globo y que se realizó en Patagonia. Encariñado con su hipótesis, impulsado por un sentimiento patriótico pero no científico, buscó pruebas y argumentos para defender su tesis. Voy a exponerlos brevemente:

Al hacer excavaciones en los terrenos considerados por Ameghino pertenecientes al Mioceno, en Monte Hermoso,

creyó descubrir vestigios de la industria humana. En 1906 afirmó la existencia del hombre en aquellos terrenos, basándose en una vértebra cervical, encontrada antes de 1897, en condiciones mal definidas. Después se dijo que se había encontrado en los mismos terrenos un fémur de pequeña talla. Con estos dos elementos creyó Ameghino haber hallado la prueba de la existencia del que llamó Tetrápromoto, cuarto eslabón entre los antropoides y el hombre cuya existencia se remontaba a la época terciaria. Hay que observar que el fémur indicaría un animal de talla mucho más pequeña que el hombre, y la vértebra un individuo de tamaño más grande. Algunos cráneos y otros huesos se han hallado por diversas partes de la Pampa. El descubrimiento de un esqueleto, hecho posteriormente en Baradero, es de los más importantes. Por desgracia el estado de descomposición de los huesos del cráneo no ha permitido un estudio preciso. Muchos de estos restos se encuentran asociados con animales de la fauna pampeana superior o media, llamada por algunos geólogos inferior; pero las condiciones de los descubrimientos, no permiten asignarles exactamente a cual de las capas geológicas pertenecen.

También se han hallado en diversos lugares de la República Argentina objetos tenidos como vestigios de la industria humana, huesos rotos o carbonizados o sobre los cuales se ha creído descubrir incisiones. Estos huesos, en gran parte, pertenecen a especies extinguidas. Pero es muy dudoso que las roturas e incisiones sean obra del hombre. En cuanto a la carbonización más probable es que se deba a hogares sobre el suelo de una época muy posterior.

Las teorías de Ameghino fueron aceptadas y defendidas con entusiasmo por muchos científicos argentinos. Hombres de la talla de Lehmann - Nitsche y de Ambrosetti, que tanto han contribuido con luminosos estudios al progreso de la Antropología y de la Arqueología americana, se dejaron también arrastrar por esa corriente y tardaron en rectificar su error: Ambrosetti presentó al Congreso Internacional de Americanistas de Londres en su décima octava sesión —a la que tuve el honor de concurrir— un trabajo sobre nuevos restos del hombre fósil argentino, dos cráneos del llamado "hombre de Guerrero" en la Provincia de Buenos Aires y concluyó con estas palabras: "La cuestión del hombre fósil en la República Argentina, gracias a los estudios y a las publicaciones del Dr. Florentino Ameghino, puede considerarse ya fuera de discusión;... en nuestros

museos y en los del extranjero, ya se puede contar con más de una docena de representantes de Hominidos procedentes de diversos horizontes geológicos de la República, desde el Mioceno hasta el Cuaternario.”

Muchas publicaciones hizo Ameghino relacionadas con este asunto. En 1910 imprimió “Une nouvelle industrie lithique. L'industrie de la pierre fendue dans le tertiaire de la Région Littorale au Sud de Mar del Plata”. En este trabajo afirmó haber hallado, en 1908, entre una multitud de objetos interesantes descubiertos, una antigua industria de piedra, diferente de todas las conocidas hasta entonces. Asignó inmediatamente al Pampeano inferior su procedencia, las mismas capas en las que afirmaba se habían hallado los restos del “Homo pampaeus” por lo que deduce que se trataba de la industria de la piedra de este remotísimo habitante de las orillas del mar. Esta industria, afirma, es más primitiva que la de los eolitos de Europa.

Tales aseveraciones fueron refutadas por un joven arqueólogo de criterio sereno y muy medido en sus apreciaciones, mi distinguido amigo el doctor Félix F. Outes, quien analizó las hipótesis y los descubrimientos de su maestro, comprobó precipitación en algunas deducciones, empirismo al investigar y fallas en trabajos de laboratorio. Outes estudió en 1908 y 1909 ciertas escorias volcánicas y tobas eruptivas a las que Ameghino atribuía el carácter de productos debidos al hombre fósil y a su precursor, que en la era terciaria ya conocían el fuego. Outes, arqueólogo erudito, ampliamente ilustrado en arqueología clásica, como lo probó con su hermosa lectura en la Universidad de Buenos Aires, sobre “Los más viejos artistas”, se atrevió a negar valor científico a los fundamentos en que Ameghino apoyaba sus teorías.

Agria polémica mantuvo éste y no poca amargura le causó, en sus últimos años, la actitud de su discípulo, quien replicó valerosamente, pero ciñéndose a la argumentación sería que exige la ciencia. Outes no era un improvisado: Desde 1897, en que apareció su primera obra de etnografía titulada “Los Querandíes”, había publicado más de cien trabajos sobre cuestiones americanistas, de los que sólo mencionaré “La Edad de Piedra en Patagonia”, que vio la luz en 1905 y mereció los más elogiosos juicios críticos en muchas revistas de Europa y América; “Los supuestos túmulos del Pilar”; “Instrumentos y armas neolíticas de Cochicó”; “Alfarerías del Noroeste argentino”; “Los Aborígenes de la República Argentina”; “Los tiempos prehistóricos y

protohistóricos en la Provincia de Córdoba"; "Variaciones y anomalías anatómo - antropológicas en los huesos del cráneo de los primitivos habitantes del Sur de Entre Ríos", etc.

Las teorías de Ameghino despertaron mucho interés en los centros científicos de los Estados Unidos. El Profesor Ales Hrdlicka, sabio antropólogo, autoridad mundial en la materia, fué enviado a la Argentina. Acompañado por Florentino Ameghino y su hermano Carlos, recorrió todos los lugares en los que éstos habían encontrado restos humanos. Hrdlicka hizo excavaciones, llevó los huesos, después de concienzudo estudio sobre el terreno, a los Estados Unidos en donde antropólogos, geólogos, arqueólogos y químicos estudiaron detenidamente los datos recogidos, las muestras de tierras, los fragmentos de piedras y de huesos. "Desgraciadamente, —dice el Profesor Hrdlicka— los resultados de cada investigación fueron, sin excepción, adversos a la teoría de la existencia del hombre antiguo y de sus precursores en el Continente Sur. La Antropología, Geología, Arqueología, el estudio de tierras quemadas y escorias, el de conchas que habría establecido la gran edad de algunos de los estratos y la química de los huesos, todo habla independientemente y terminantemente contra la supuesta existencia del hombre antiguo o de alguna forma pre - humana en Sud América." En el momento actual, el juicio de Hrdlicka parece definitivo.

Mas no por haber sido refutadas las hipótesis del sabio rioplatense hemos de concluir que su trabajo fué infructuoso. Sin considerar la gran labor científica realizada en el campo de la Paleontología, aun la ciencia antropológica le debe el haber llamado la atención del mundo científico sobre el problema del primitivo habitante de la Pampa. No importa que en la oscura selva de estas cuestiones, el investigador pierda el camino. Siempre habrá explorado nuevos horizontes. Después vendrán otros intentos para encontrar la ruta que conduzca a la verdad.

Así aconteció en la Argentina: Después de Ameghino se multiplicaron las investigaciones científicas sobre antropología y etnografía americana. Bove dirigió la expedición italiana a la Tierra del Fuego; una expedición francesa y la sueca dirigida por el sabio Barón de Nordenskjöld, contribuyeron grandemente al conocimiento etnográfico de la Patagonia. Misioneros franciscanos y salesianos estudiaron las costumbres y las lenguas indígenas. Los trabajos lingüísticos de Ducci, Remedi, Tavolini, Milanésio y otros, han sido de gran utilidad.

Para dar una idea del fervor existente a fines del pasado siglo por esta clase de estudios, mencionaré solamente los nombres de Manuel Ricardo Trelles, de Justiniano Carranza, Juan Martín Leguizamón y Bartolomé Mitre, que además de un estudio de las ruinas de Tiahuanaco escribió el "Catálogo razonado de las Lenguas americanas".

Francisco Moreno había publicado en 1890 y 1891 la "Exploración arqueológica de la Provincia de Catamarca". Carlos Bruch de La Plata se ocupó en estudiar las edificaciones antiguas del Valle Calchaquí.

El Instituto Geográfico Argentino y el Museo de La Plata fueron dos centros importantísimos para los estudios americanistas. En este último establecimiento trabajaron el gran antropólogo Ten Kate, Lafone Quevedo, autor de estudios muy apreciables sobre el método para la clasificación de las lenguas americanas y la importancia del análisis de las articulaciones pronominales. Lafone llegó a establecer que algunos idiomas que se creía diversos, eran una misma lengua con diferente manera de hablar para hombres y mujeres. Tal acontece en los idiomas de tipo Guaycuru y Chiquito.

Entre los diversos trabajos arqueológicos de Lafone Quevedo debo mencionar "The Calchaqui wooden pipes and their probable use"; "Viaje arqueológico a la Región de Andalgalá"; "Las huacas de Chañaryaco" y "Tipos de Alfarrería Calchaquí".

En el Museo de La Plata trabajaron también mi ilustre amigo el doctor Angel Gallardo, que fué más tarde Ministro de Relaciones Exteriores y Roberto Lehmann - Nitsche, Jefe de la Sección Antropológica y catedrático en aquella Universidad y en la de Buenos Aires.

Lehmann - Nitsche es autor de trabajos de filología como el relativo a las obras lingüísticas de Teophilus Schmit sobre el idioma patagón o Tehuelche; de arqueología y etnografía, como el ensayo sobre la lepra precolombina, "Hallazgos antropológicos de la caverna Mar Katsh Ai ken" "Catálogo de las antigüedades de la Provincia de Jujuy"; La Colección Boggiani de tipos indígenas de Sud América Central y el interesante estudio folklórico titulado "Adivinanzas Ríoplatenses".

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires fué la primera en Sud América que estableció cátedra de Arqueología americana y el Director de su Museo Etnográfico, doctor Juan B. Ambrosetti, fué uno de los arqueólogos que más han contribuído a metodizar

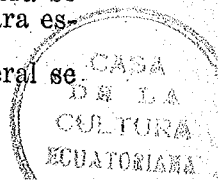
las excavaciones y estudios sobre el terreno. Entre sus muchas obras citaré sólo las "Exploraciones arqueológicas en el Pukará de Tilcara"; "Antigüedades Calchaquíes"; "La Paya", etc.

Salvador Debenedetti, Ayudante del mismo Museo, estudió "Los cementerios prehistóricos de la isla de Tilcara" y las influencias de Tiahuanaco en la región del Noroeste argentino. Es notable el análisis de los elementos decorativos de la cerámica hallada en la Quebrada de Humahuaca para descubrir los rastros tiahuanacotas en la región Calchaquí. Debenedetti, por sus excavaciones en los cementerios de La Isla, comprobó la existencia de una cultura diferente de la calchaquí y de la atacameña.

Un gran arqueólogo que estudió mucho la Argentina fué el Profesor Eric Boman, miembro de la Misión Francesa Crequi Monfort - Senechal de la Grange. En 1904 comunicó a la Sociedad de Americanistas de París sus descubrimientos de las urnas funerarias del Valle Calchaquí. Los enterramientos en urnas son propios de los pueblos Tupis-Guaraní y prueban su existencia en el Noroeste argentino, desde donde fueron empujados por oleadas de pueblos andinos, hacia las regiones del Gran Chaco. En 1905 reafirmó esta teoría en su interesante estudio titulado: "Migrations Précolombiennes dans le Nord - ouest de l'Argentine". En 1908 se publicó en París la obra fundamental "Antiquités de la Région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama"; y luego vieron la luz entre multitud de estudios monográficos, los titulados: "Las ruinas de Tinti", "Estatuitas de aspecto fálico", "Una momia de Salinas Grandes", "Encore l'Homme Tertiaire dans l'Amerique du Sud", "Cementerio Indígena de Viluco" y otros.

El doctor Luis María Torres, Profesor de Arqueología americana en la Universidad de La Plata, inició sus exploraciones por las islas del Delta del Paraná en 1894 y son de enorme valor las colecciones de instrumentos de piedra y hueso y de objetos de cerámica pertenecientes a los aborígenes de aquella región, con que enriqueció el Museo Nacional de Buenos Aires y el de La Plata. En unión de Boman presentó a la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, un Proyecto de Leyenda uniforme para Mapas arqueológicos, que, con las adiciones propuestas por el doctor Max Uhle y el que habla, fué adoptado oficialmente y ahora se usa en toda América. Torres ha trabajado mucho para establecer una cronología de las culturas.

Sobre Craneología y Antropología física en general se



ha escrito mucho en la Argentina: Carlos Marelli, basándose en el prolijo estudio de 200 cráneos del Museo del doctor Francisco Moreno, formuló importantes "Índices de Variabilidad", aporte valioso para las clasificaciones antropológicas y para el conocimiento de la craneología de los antiguos Patagones.

La señora Juliante Dillenius, consagróse desde su primera juventud a serios estudios de Antropología. Fruto de su ciencia son las obras acerca de "La verdadera forma del cráneo calchaquí deformado"; sobre "El hueso parietal bajo la influencia de la deformación fronto - occipital" y otras.

El doctor Manuel Abella de la Universidad de La Plata escribió: "Estudios sobre los maxilares y los dientes de los antiguos Patagones del Chubut". Milcíades Alejo Vignati, del Museo Etnográfico de Buenos Aires, publicó entre otros, los importantes estudios sobre los "Cráneos Trofeo de las sepulturas indígenas de la Quebrada de Humahuaca", y acerca del "Instrumental Oseo aborígen, procedente de Cabo Blanco". También estudió la región de Humahuaca, en la frontera argentino - boliviana, el doctor Fernando Márquez Miranda, que entre 1934 y 1939 ha publicado mucho sobre dicha región y la puna argentina.

Enrique Palavicino, conservador de las colecciones etnológicas del Museo Nacional, es autor de un notable estudio, ajustado a la técnica moderna, acerca de los indios Pilagá del Río Pilcomayo.

El Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia" viene publicando en sus Anales muy interesantes estudios sobre las ciencias de que me he ocupado en esta reseña, tales como las "Investigaciones en Sorcuyo de la Puna de Jujuy", de Eduardo Casanova. Julián Toscano, de Salta, dió a conocer los petroglifos y pictografías del Noroeste argentino y, por último, el doctor Imbelloni há puesto al servicio de la ciencia su vasta erudición y se ha ocupado de problemas de toda América. En Antropología citaré sólo el estudio acerca de la craneología de los Uros, que prueba la extensión de la raza de los fueguinos hasta el altiplano de los Andes. También se ha destacado Imbelloni en Arqueología y Lingüística. Recordaré su interesante estudio sobre los vocablos Pachacuti y Pachacutec de los cronistas antiguos, y su hermoso libro "La Esfinge Indiana", en que se muestra crítico perspicaz de las teorías científicas.

Los nombres de Emilio R. Wagner, Doello - Jurado, Emilio Ravignani, Julio S. Storni, Antonio Dellepiani, De

Carles, Urquiza, Olimpia Righetti y ciento más, habría que añadir si quisiera hacer menos incompleta la enumeración de los principales investigadores y autores de obras científicas sobre Antropología, Arqueología, Etnografía y Lingüística americana. No he pretendido hacer un recuento bibliográfico y sólo he mencionado algunos de los muchos libros y monografías de estas ciencias, con respecto a la Argentina; menos aún he pretendido hacer un estudio crítico de esas obras. Sólo me he propuesto dar una idea de la magnitud e importancia de dichos estudios en la gran República del Plata, a fin de que pueda apreciarse el grado de cultura de ese pueblo.

Para comprender el presente de una nación, es preciso el conocimiento de su pasado, de su evolución histórica. El educador, el sociólogo, el político, el estadista, necesitan, para marchar con paso seguro, tener ante los ojos las enseñanzas de la Historia; y ésta, para ser tal, ha de estudiar el desenvolvimiento de la cultura en el país, desde sus orígenes. Bien lo han comprendido los hombres de ciencia de la República Argentina, y así se explica el extraordinario desarrollo de los estudios antropológicos en la gran Nación, que en muchos aspectos va a la cabeza entre las de Hispanoamérica.

Quito, 22 de Abril de 1948.

C A R L O S M A N U E L L A R R E A

LA PAMPA ARGENTINA

Excmo. señor Embajador de la República Argentina;
Señores Miembros componentes de la Embajada Argentina;
Señores Organizadores de la Exposición del Libro Argentino;
Señor Decano de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación;
Señoras, señores:

La Pampa Argentina y el Concepto de Espacio como Factores Determinativos del Alma del Gaucho Argentino, es el tema que me he propuesto desarrollar hoy.

Pocas cosas en mi vida me han producido sensación tan profunda y tan fuerte como la que experimentó mi alma ante la contemplación de los más variados y diversos paisajes que en sucesión veloz pero abarcando una inmensa extensión de ellos y dominándolos, tiene ante los ojos el viajero en un aereoplano. Veinte horas de vuelo comprende un viaje de Quito a Buenos Aires, y durante este tiempo son cuatro países los que presentan al viajero sus múltiples paisajes, causándole estremecimientos inefables, Puede ser que esto no acontezca con todos los viajeros —y a buena hora que así sea—; yo sólo respondo de lo que sucede conmigo, de lo que a mí me pasa, y de eso, no más se narrar lo que vi; que describir mis emociones, pintar a lo vivo mi estremecimiento interno, es cosa imposible de ser hecha.

Como cada paisaje natural es la más acabada obra de arte, el contemplarlos afecta directamente a la sensibilidad, y el sujeto, ante cada uno de ellos, reacciona sólo estéticamente, por tanto, realiza una tarea vital difícilísima, y por eso es inefable.

Al contemplar la pampa argentina experimenté la sensación de que el espacio se producía y se reproducía inse-

santemente en la pampa, y que el concepto de tiempo se diluía en ella, aunque, en el fondo y en último término, la veía extenderse, ensancharse, ella también produciéndose y reproduciéndose, estribada o fundada en el mismo tiempo.

Esa sensación de un constante producirse y reproducirse del espacio en la pampa me sugirió, a su vez, la idea de que la vastísima llanura perpetuamente verde es el mejor símbolo de la inmanente fuerza generadora femenina que existe en todo el universo. El mismo detalle de permanecer, de quedar, de estarse, me inducía a verla como un ancho y ubérrimo seno maternal que siempre estuviese dispuesto a ser fecundado y a crear y nutrir nuevas fuerzas, nuevos elementos, nuevos poderes y recursos, sin que su capacidad engendradora nunca se debilita ni agote.

De esta manera, cuando conocí la pampa, llegué hasta a robustecer los conceptos e ideas que tengo expresados en mi modesta obrita, inédita aún, titulada "Lo Eterno Femenino". Pues en ella sostengo que el verdadero sentido de lo que se ha llamado "Lo Eterno Femenino" consiste en la inmanencia de una virtualidad mágica creadora, latente en el mundo, lo mismo que en el espíritu humano. Ese eterno femenino crea con la misma facilidad que destruye, hace brotar las flores más exquisitas y deliciosas de la cultura humana, muchas de ellas para que sean agostadas por una nueva generación más atrevida, sin experimentar jamás cansancio alguno por ese continuo recrear, función específica de la parte femenina de este Universo, en cuyo seno nos agitamos y movemos.

Esa inagotable capacidad creadora de los hombres, esa eterna disposición del alma humana a dar de sí nuevas formas y nuevos estilos, nuevas normas de conducta y nuevos criterios estéticos, sólo me las explico por la existencia de un principio femenino, de una inmaterial fuerza engendradora, de una inagotable energía matriz que anima y mantiene, renueva y vivifica toda la obra de la creación, inclusive al mismo hombre.

Pampa, llanura, estepa, planicie inmensa, sabana, nombres femeninos todos que, significando como significan la parte más abierta, más acogedora, más pródiga y rica que ofrece la tierra al hombre, pueden simbolizar esa virtualidad cósmica femenina en función de perpetuo engendramiento.

El concepto de espacio que uno se forma en la pampa no es un simple dilatarse, un mero ensanchamiento que empuja todo horizonte, como haciéndolo retroceder, no. Hay

que entenderlo tomándolo como infinidad, como lejanía que ofrece experiencia de profundidad y que está henchida de energía, de potencia y rebosante de ánimo. No un espacio muerto, rígido, pero ese "espacio puro del mundo fáustico", según Spengler.

Bien conocido por todos es aquello de que el escenario donde nace y actúa el hombre ejerce en él una influencia global determinativa: somática y psíquica.

Detengámonos, siquiera brevemente, a estudiar el influjo del medio circundante, la pampa argentina y su espacio, en el caso que nos ocupa, sobre el alma del gaucho que ya mismo se pierde, se esfuma ya; mas, bien es verdad que esto sucede, el alma del gaucho que fue forma de una envoltura somática recia, bronceada, fuerte y curtida por el calcinante sol pampero, no es posible que se vaya, no se va, no puede irse sin dejar su sello característico, sus notas esenciales, en el alma del hombre argentino de la hora actual. Dejo este aspecto para analizarlo más tarde.

La experiencia de espacio que tiene el gaucho, experiencia que, pasando por la vista, primero toca su sensibilidad, y luego pasa al pensamiento, es una experiencia singular, sui generis, mediante la cual intuye la verdadera dimensión del espacio: la dirección, pero dirección que es flecha disparada desde el yo hacia la lejanía, y no viceversa. He representado esta idea de dirección con la metáfora de una flecha, para significar, al mismo tiempo, energía, movimiento y destino, pues, el gaucho entiende ser sino sujeto ineludible salir hacia la pampa con decisión y con ímpetu. Oigamos cantar a Martín Fierro:

"Soy gaucho, y entiéndalo
Como mi lengua lo explica:
Para mí la tierra es chica
Y pudiera ser mayor;
Ni la víbora me pica
Ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje
En el fondo de la mar;
Naidas me puede quitar
Aquello que Dios me dió:
Lo que al mundo truje yo
Del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
 Como el pájaro del cielo;
 No hago nido en este suelo
 Ande hay tanto que sufrir,
 Y naides me ha de seguir
 Cuando yo remuento el vuelo.

Yo no tengo en el amor
 Quien me venga con querellas;
 Como esas aves tan bellas
 Que saltan de rama en rama,
 Yo hago en el trébol mi cama
 Y me cubren las estrellas”.

Ser hombre que resiste a la vastedad de la pampa es ser hombre valiente. La embestida de inmensidad sin amparo que debe hacer la llanura ilimitada al alma del gaucho, hace ponerse a éste en actitud de correlativa defensa: él, a su vez, ensancha su alma, como que la hace elástica para adecuarla a la inmensidad circundante, a la que luego trata de vencer, de dominar, de poseerla. Como para tal empresa a la que se siente urgido, se encuentra débil físicamente -que voluntad le sobra-, tiene como aliado suyo al caballo, se compenetra íntimamente con él y juntos constituyen una sola fuerza para dominar el espacio inmenso. En el gaucho y su caballo encontramos al centauro de la fábula.

Pero para realizar ese dominio, esa posesión de la pampa, el gaucho tiene un secreto: empieza por compenetrarse de modo apasionado con la lejanía infinita, se entiende, tomando el término lejanía en relación con la naturaleza, es decir, como distancia especial.

Además, a un recóndito miedo, a un miedo original de perderse en la inmensidad, de que ésta lo arrolle y lo aniquile, obedece aquella urgencia de invadir esa misma inmensidad y de enseñorearse de ella.

Voluntad, fuerza y acción desarrolladas en grado máximo y constante por la potencia psíquica del gaucho, denuncian evidentemente al criollo cuya ascendencia y prosapia, en buena parte, se remonta a esa raza de hombres occidentales “de alma fáustica”, como los llama Spengler, los españoles, quienes, impetuosamente, inconteniblemente, de modo terrible y sin remedio se lanzaron a lejanías incalculables a buscar mundos, a conquistar espacio o hallar la muerte que, por cierto, a esa gente no espanta ni estremece,

pero más bien es otro aliciente para la aventura y el coraje. A esa estirpe humana hay que sumar a los portugueses.

El hombre de serranía vive, en cierto modo, defendido, pues, su cadena de montañas es un marco, una fortaleza que lo protege. No conoce la angustia de nadar en un vacío. Mayor facilidad tiene aún para guardar sus emociones, sus vivencias, y también para, cada vez que quiere, presentizarlas, revivirlas, mediante un proceso de reconcentramiento o encierro interior, para lo cual, no cabe duda, le ayuda grandemente su medio geográfico.

Al hombre de pampa, en cambio, las emociones se le esparcen, se le derraman, se le diluyen y muchas veces debe sentir con sorpresa y con pena, que él mismo es un inmenso vacío... Ricardo Güiraldes, en "Don Segundo Sombra", afirma esto mismo de la siguiente manera: "En la pampa las impresiones son rápidas, espasmódicas, para luego borrarse en la amplitud del ambiente sin dejar huella".

Yo pienso que la sensación primaria del hombre de llanura ha de ser la de angustia, de terror, de anonadamiento, de parecida manera como el entendimiento humano primitivo debió sentirse ante los seres y las cosas todavía sin nombre, sin definición, y no más perfilándose en una borrosa penumbra. Para decirlo con términos heideggerianos: "nadando en la nada de todas las cosas". Angustia física y metafísica que le obligó a crear, para no perecer, esas dos formas a priori de la sensibilidad: tiempo y espacio, garras que el espíritu del hombre tendió en esa penumbra desordenada y confusa, para de allí extraer seres y cosas y someterlos a la clara luz de un conocimiento delineado y preciso.

Así es como prueba el alma humana, o mejor, el espíritu del hombre, que hay en él un hálito de divinidad, pues, si como efecto inmediato a ser echado en un mundo de hechos, a ser lanzado ante lo desconocido, ante lo inmenso, se empequeñece, vacila, se amedrenta, inmediatamente reacciona superando esa depresión cataléptica y aniquilante y en ese mundo de hechos se busca un lugar desde donde pueda observarlos, catalogarlos, y en cierto modo, controlarlos. Con la palabra y en la palabra encuentra un asidero: inventa fórmulas mágicas, palabras de conjuro, voces de sentido esotérico. Da nombres a los seres y a las cosas, empezando por convivir con ellos, después, los agrupa, los mide, los aprisiona, vale decir, los conoce, y luego se constituye en señor del Universo.

El alma del gaucho es absoluta en el estricto sentido del vocablo: *ab-solutum*, suelto. Libre, independiente, des-

ligada de todo se nos presenta el alma del gaucho, por eso su espíritu es rebelde y hurafío. A menudo se siente triste pero su tristeza es activa —y esto no es una paradoja—. Cantarla es su mejor desahogo, por eso nunca anda sin su guitarra. El don de saber cantar es el patrimonio de Martín Fierro:

“Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela.

Yo he visto muchos cantores,
Con famas bien obtenidas,
Y que después de alquiridas
No las quieren sustentar:
Parece que sin largar
Se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar;
Nada lo hace recular
Ni los fantasmas lo espantan
Y dende que todos cantan
Yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pie del Eterno Padre:
Dende el vientre de mi madre
Vine a este mundo a cantar.

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento;
Como si soplara el viento
Hago tiritar los pastos.
Con oros, copas y bastos
Hago allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
 Mas si me pongo a cantar
 No tengo cuándo acabar
 Y me envejezco cantando.
 Las coplas que van brotando
 Como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
 Ni las moscas se me arriman;
 Naides me pone el pie encima,
 Y, cuando el pecho se entona,
 Hago gemir a la prima
 Y llorar a la bordona”.

Su constante andar le va dejando mil experiencias, y cuando es huésped de algún pago, los paisanos, oyéndole, tienen mucho que aprender de él. Sólo que esta sociabilidad es efímera, pronto le cansa y en ella se siente incómodo, por eso, “apenas las primeras claridades empiezan a alejar la noche y las estrellas caen para el lado de otros mundos”, como dice Güiraldes, el gaucho sale otra vez hacia la pampa. Don Segundo Sombra encarna estas características en máximo grado: “yo no puedo quedar mucho en nenguna estancia —decía— porque enseguida estoy queriendo mandar más que los patrones”.

“¡Qué caudillo de montonera hubiera sido!”, exclama Ricardo Güiraldes, y continúa: “Pero sobre todo y contra todo, Don Segundo quería su libertad. Era un espíritu anárquico y solitario a quien la sociedad continuada de los hombres concluía por infligir un invariable cansancio.

Como acción, amaba sobre todo el andar perpetuo; como conversación, el soliloquio”.

Aquí surge una pregunta: ¿En qué radica esa potencia, esa valentía que tiene el gaucho para resistir a la soledad? Sencillamente, en que el gaucho posee una personalidad robusta, bien equilibrada con lineamientos y contornos definidos y precisos. Para él, ciertamente, tener corazón, entendimiento, palabra y valor, y, como contrapeso, penas, dificultades, sufrimientos, es vivir cabalmente la vida, Martín Fierro así lo afirma:

“Dios formó lindaš las flores,
 Delicadas como son,
 Les dió toda perfección
 Y cuanto él era cápaz,

Pero al hombre le dió más
Cuando le dió corazón.

Le dió claridá a la luz,
Juerza en su carrera al viento,
Le dió vida y movimiento
Dende el águila al gusano,
Pero más le dió al cristiano
Al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dió,
Con otras cosas que inoro,
Esos piquitos como oro
Y un plumaje como tabla,
Le dió al hombre más tesoro
Al darle uná lengua que habla.

Y dende que dió a las fieras
Esa juria tan inmensa,
Que no hay poder que las venza
Ni nada que las asombre
¿Qué menos le daría al hombre
Que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
Al darle, malicio yo
Que en sus adentros pensó
Que el hombre los precisaba,
Que los bienes igualaba
Con las penas que le dió".

Del gaucho no va quedando sino una lejana reminiscencia, evocada de cuando en cuando por algún campesino de esos que ahora en la pampa misma son cada día menos, más raros cada vez. Tuve la suerte de conocer a alguno de ellos, pues, estuve en Mendoza en los días que celebraban la fiesta de la vendimia, a la que asisten todos los habitantes del Departamento de Cuyo, que comprende catorce Distritos. A los más apartados rincones de ellos llega el entusiasmo por rendir gracias a la tierra, que de modo tan pródigo recompensa los afanes y desvelos del sembrador, éste es el sentido de la fiesta de la vendimia. Pues, ¿cómo habían de faltar en ella los pocos hombres símbolos del gaucho? El día domingo 14 de marzo de este año, la Universidad de Mendoza nos llevó de paseo a los becarios americanos, a Po-

trerillos, sitio cuya belleza natural es sorprendente y embellezadora. Allí, en uno de esos caminos que di en andarlos en caza de emociones nuevas y profundas, encontré a unos pocos gauchos que, uno por uno, o cuando más, dos reunidos, volvían a su rancho, sin apuro, sin urgencia. Dos de ellos se habían apeado de sus cabalgaduras para asar unas lonjas de carne. Tendidos debajo de unos sauces, junto a la fogata, esperaban que las cecinas se acabasen de dorar. Sin preámbulos, hice amistad con ellos, y a los pocos minutos los tenía cantando el tango llamado "Mi Poncho Tucumano". Porque el gaucho que va quedando ya no canta a lo Martín Fierro; ahora canta tangos.

Cuando volvía a reunirme con los compañeros de paseo, iba repitiendo por el camino:

"

Funda para mi guitarra,
 Almohada pa mi cabeza,
 Abrigo para mi cuerpo,
 Mortaja pa mi cadáver...
 ¡Ay, mi poncho tucumano...!

La silueta del gaucho va desdibujándose, cierto; mas las virtudes sobresalientes de su alma, aquellas que constituyen el carácter étnico, tienen su eternización en el alma de todo hombre argentino. ¿Cómo nos explicaríamos esa alta y profunda conciencia de nacionalidad que hoy preside en todos los actos de un argentino, si no pensáramos en el alma del gaucho asida a su pampa, compenetrándose las dos hasta hacerse una sola cosa?. Tierra que ama el gaucho porque la siente con todos sus sentidos, pues, al General don Juan Manuel de Rosas, el gaucho de los cerrillos, "bastábale morder el pasto para saber en qué estancia se encontraba". —Así lo afirma Manuel Gálvez—. Tierra que ama el hombre argentino de ahora, porque sabe bien del contenido y de la esencia de los vocablos nación, patria, suelo, terruño y vive a conciencia plena ese contenido y esa esencia.

De esta manera es cómo también ha logrado perpetuarse, transmitiéndose de generación en generación, el inconfundible relieve de la personalidad del hombre argentino que, convencido, resuelto, enérgico y seguro, aporta cada uno su contingente para conquistar un futuro grande y feliz para su pueblo. Por otro lado ayúdale a robustecer esa personalidad el saberse libre de todo miedo: cuenta con una inmensa riqueza, ¿qué puede temer?

La independencia y la libertad son, para el argentino, condiciones vitales: es independiente y libre a natura.

La generosidad con que el pueblo argentino ha sabido acoger en la amplitud infinita de su pampa a millares de inmigrantes aptos para cultivar la tierra o para las industrias, lo ha hecho comunicativo, prudente, habilísimo en el contacto con los hombres y los pueblos, a los que trata de unir, de vincularlos entre sí y acercarlos a él. Y como para realizar esta importantísima tarea que tiene enormes proyecciones en el futuro de nuestra América, sabe que es preciso animar y enardecer la conciencia y el alma de estos pueblos y luego sincronizarlos para que adquieran compás y ritmo en marcha ascendente y gloriosa hacia un brillante porvenir, digo, sabe que esa animación y ese enardecimiento sólo puede infundir la voz excelsa del espíritu, para adquirirla o mejor, para hacerla más sonora, más vibrante y eficaz, ha vuelto el suyo hacia las fuentes clásicas, torna seriamente a la formación humanística de sus hombres, busca fuerzas espirituales vivificantes y ricas, cuya virtud es despertar en el hombre facultades y poderes superiores; decididamente ha resuelto colocar al estudiante en frente de las anteriores creaciones de la ciencia y del arte, para que sepa reabsorber las ideas de ciencia y de belleza, no para que las imite, sino como estímulos para que adentro les nazcan nuevos tipos de ciencia, de filosofía y de arte. Las autoridades de educación de la República argentina han visto que lo más eficaz, ciertamente, es ir a buscar las aguas sagradas de aquella inexhausta fuente que es la cultura greco-latina.

Nadie crea por esto que la Argentina quiere volver a ser helena o latina, no piensa en semejante anacronismo. Pero, siendo como es evidente que la era más esclarecida de la humanidad son las épocas clásicas de Grecia y Roma, entendiéndolo por clásico ese modo de pensar y de sentir el espíritu humano que hizo sus manifestaciones más brillantes a través del espíritu del hombre heleno y del latino, legándonos toda una concepción del mundo y de la vida que había alcanzado sus niveles más altos de creación, siendo esto tan evidente, digo, claro está que si la humanidad bebe en esas fuentes, habrá de enriquecer y vigorizar de tal modo su capacidad y potencia creadoras, que aun cabría esperar que produjese algo tan grandioso o más que aquello que absorbió como estímulo; entonces, adquirirá el carácter de clásica la cultura alcanzada por los nuevos hombres de estas épocas nuevas, y esa cultura será a su vez, fuente y

estímulo para las generaciones que se sucederán a través de los siglos.

Pero mientras esto no suceda, cualquier vigía que ahora escrute el horizonte del pasado, a través de las sombras, verá con ojos maravillados ir surgiendo por sobre el mar ilimitado de los siglos, como naves señeras, una a una las diferentes culturas de los pueblos. Y tendrá que declarar: Allí, al frente, veo venir cual si fuese la nave insignia o capitana de la escuadra, la birreme de la cultura helénico-romana, cuyo timón está en manos de Cicerón y de Virgilio; y en cuya borda, en actitud vigilante, los grandes maestros de la tragedia universal, Esquilo, Sófocles y Eurípides, siguen el curso de los astros pendiente su mirada de las constelaciones...

Entonces la Argentina, con sus hijos formados de semejante manera, tendrá derecho a convocar a los países americanos con autorizada voz de hermana mayor, a reunirse y a conocerse y amarse, garantizados todos por el mutuo respeto a los fueros de cada uno y por el recíproco reconocimiento de sus derechos.

De este modo, señores, los pueblos de la América del Sur crearán una grandiosa sinfonía, cuyas notas, al expandirse en el cosmos en vibraciones infinitas, atraerán al espíritu -que ahora parece andar fugado del mundo- para que tengan su sede en el continente más joven que, por mucho que lo es, sabio ha sido ya para sacar lecciones de los errores de aquel otro que se derrumbó despedazado, porque su edificio científico estuvo construido con demasiada arrogancia material, con exceso de civilización. Se olvidó del espíritu. Pues, tal edificio enhiesto y desafiante, excesivamente técnico crujió resquebrajándose y se desplomó, y el propio hombre, su autor, pereció bajo esas ruinas. De parecida manera como el escultor griego que, poseído de inspiración, por un lado, pero por otro, henchido de vanidad, lleno de autosuficiencia, enorgullecido, se propuso labrar o esculpir una estatua que representase a Zeus. La llevó a término con el mejor de los éxitos, sí; pero tan majestuoso y terrible salió el padre de los dioses, como que no bien terminada su imagen y contemplada por su autor, infundió a éste tal espanto y pavor que cayó sobre su propia frente, fulminado por el Zeus de mármol, obra de sus manos...

Los pueblos suramericanos tienen conciencia de que un nuevo Renacimiento se acerca. Saben que la humanidad ha de desembocar algún día, a través de su largo peregrinaje, en un remansado mar de paz, de cultura espiritual, de

verdadero progreso. Saben que para esto deben estar estrechamente vinculados entre sí, con nexos espirituales, en primer término, a fin de que la cohesión sea perfecta y duradera.

*
* *

Intencionalmente he querido dejar para estudiarlo al final de esta conversación, el sentimiento de amistad en el hombre de la pampa. Y vamos a estudiarlo en Martín Fierro, arquetipo del gaucho.

¿Cómo sentía el gaucho y encarnaba en virtud hermosa e invulnerable el valor de amistad?

Dentro de esa absoluta libertad que el gaucho quiere vivirla a todo trance, libertad integral, porque no se deja asir, y encadenar mucho menos, ni siquiera por sus penas y sufrimientos -que grandes los tiene-, pues, posee la admirable fuerza para levantarse y erguirse sobre ellos, sin dejarse dominar, sin flaquear, pero tampoco, eso sí, maldiciendo de sus sufrimientos y aflicciones: sabe que, cualquiera de estas actitudes manifiestan apocamiento, cobardía, vileza; y el hombre de pampa con alma sin horizonte no tiene donde esconder sentimientos que avergüenzan, pues dentro de esta vasta concepción de libertad, el gaucho halla sólo un límite: la amistad.

Esquivo, un tanto desconfiado, hermético, altivo, no se presta mucho para la confidencia, para la intimidad. Mas, cuando el gaucho da con otro cuyo corazón y cuya mano están hechos para la amistad, afrécele la suya íntegramente, y tómase uno para otro como mutua respuesta a todo cuanto piensan, sienten, aman, temen, anhelan y persiguen.

Ve el gaucho a su amigo como una porción de tierra en la que puede sembrar su afecto y su confianza, seguro de que cosechará cariño y lealtad: amistad verdadera existe entre dos gauchos. No son conversadores, pero sus corazones valerosos y leales jamás dejan de escucharse recíprocamente. Cada amigo entrega lo mejor de sí mismo al amigo.

Martín Fierro hace amistad con el gaucho Cruz, juntos corren aventuras y peligros, hacen uso de su coraje en grado heroico. Cruz, para Fierro, es lo que el fiel Acates para Eneas -y no vacilo en compararlos porque su temple de ánimo los nivela-.

Fierro y Cruz marchan a tierra de indios salvajes, unidos por un destino que sólo podrá romper la muerte, Fierro es quien invita a Cruz a lanzarse a la aventura:

“Ya veo que somos los dos
 Astillas del mismo palo:
 Yo paso por gaucho malo
 Y usted anda del mismo modo,
 Y yo, pa acabar lo todo,
 A los indios me refalo.

Yo se que allá los caciques
 Amparan a los cristianos,
 Y que los tratan de “hermanos”
 Cuando se van por su gusto.
 ¿A qué andar pasando sustos?
 Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros
 Pero ni aun esto me aterra;
 Yo ruedo sobre la tierra
 Arrastrao por mi destino
 Y si erramos el camino...
 No es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no
 De esto naides nos responde.
 Derecho ande el sol se esconde
 Tierra adentro hay que tirar;
 Algún día hemos de llegar...
 Después sabremos a donde

No hemos de perder el rumbo,
 Los dos somos güena yunta;
 El que es gaucho ve ande apunta
 Aunque inore ande se encuentra;
 Pa el lao en que el sol se dentra
 Dueblan los pastos la punta”.

Y hay noticias de que

“Cruz y Fierro, de una estancia
 Una tropilla se arriaron;
 Por delante se la echaron
 Como criollos entendidos
 Y pronto, sin ser sentidos,
 Por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
 Una madrugada clara
 Le dijo Cruz que mirara
 Las últimas poblaciones;

Y a Fierro dos lagrimones
Le rodaron por la cara”.

Ya de vuelta los dos héroes de la pampa, al pasar por otra tierra de indios sanguinarios donde la fiebre y la viruela hacían su agosto, Cruz se contagia de la peste y tiene que morir. Hasta la agonía parece que Martín Fierro comparte con Cruz:

“Todos pueden figurarse
Cuánto tuve que sufrir;
Yo no hacía sinó gemir,
Y aumentaba mi aflicción
No saber una oración
Pa ayudarlo a bien morir.

Lo apretaba contra el pecho
Dominado por el dolor;
Era su pena mayor
El morir allá entre infieles;
Sufriendo dolores crueles
Entregó su alma al Criador.

De rodillas a su lado
Yo lo encomendé a Jesús;
Faltó a mis ojos la luz,
Tuve un terrible desmayo;
Caí como herido del rayo
Cuando lo ví muerto a Cruz.

Aquel brazo compañero
En mi brazo espiró;
Hombre que tanto sirvió,
Varón que fué tan prudente,
Por humano y por valiente
En el desierto murió.

Y yo, con mis propias manos,
Yo mesmo lo sepulté;
A Dios por su alma rogué,
De dolor el pecho lleno,
Y humedeció aquel terreno
El llanto que redamé.

Cumplí con mi obligación;
No hay falta de que me acuse,

Ni deber de que me escuse,
Aunque de dolor sucumba:
Allá señala su tumba
Una cruz que yo le puse.

Andaba de toldo en toldo
Y todo me fastidiaba;
El pesar me dominaba,
Y entregao al sentimiento,
Se me hacía cada momento
Oír a Cruz que me llamaba.

Cual más, cual menos, los criollos
Saben lo que es amargura;
En mi triste desventura
No encontraba otro consuelo
Que ir a tirarme en el suelo
Al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas
Sin haber naides conmigo,
Teniendo a Dios por testigo,
Y mis pensamientos fijos
En mi mujer y mis hijos,
En mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes
Y perdido en tierra ajena,
Parece que se encadena
El tiempo y que no pasara,
Como si el sol se parara
A contemplar tanta pena".

Una montaña luminosa hecha de lágrimas deja Martín Fierro como túmulo sobre la sepultura de Cruz, perennizando la amistad a través del tiempo y del espacio. Y sólo ya, prosigue en su andar, y a poco de haberlo reanudado tiene que habérselas con salvajes de cuyas garras arranca a una mujer cautiva que contó a su libertador lo más acerbo de sus tormentos. Las más dolidas frases de la cautiva repite Fierro en sus cantos:

"Es increíble", me decía,
"Que tanta fiereza esista;
No habrá madre que resista;
Aquel salvaje inclemente

Cometió tranquilamente
Aquel crimen a mi vista".

Esos horrores tremendos
No los inventa el cristiano:
"Ese bárbaro inhumano"
—Sollozando me lo dijo—
"Me amarró luego las manos
Con las tripitas de mi hijo".

En "fiera y descomunal batalla", vence Fierro y corta en dos al feroz salvaje.

Ofrece a la rescatada su caballo, que era un **pingo** ágil y manso; y él monta en el del salvaje. No paran hasta pisar "la tierra en donde crece el ombú". Llegan a una estancia y allí deja Fierro a la mujer liberada por la magnanimidad de su corazón y la fuerza de su brazo.

Como vemos, "desfacer agravios y enderezar entuertos" supo también Martín Fierro, con razón los argentinos, a veces, le llaman su Don Quijote.

Señores: lo que he podido decir en esta conversación no es todo aquello que hubiera querido. El tema que había elegido, por pertenecer más al campo emotivo que al del razonamiento frío y escueto, y, sobre todo, a causa de que el móvil que me inspiró ese tema era una poderosa vibración emanada del cúmulo de vivencias que acá dentro quedaron después de mi paseo por la tierra del gaucho, por estas razones, explico, no he logrado decir cuánto y cómo quería.

Las cosas que bullen en las zonas emotivas no se dejan aprehender y exponer fielmente con palabras.

Todo aquello que pasa por el alma humana en el modo y en la medida que ella es capaz de recibirlo, ahí se queda. Tiempo, espacio, lejanía, sino, etc., cada hombre los siente muy subjetivamente. Respecto del tiempo, por ejemplo, el gran San Agustín dice sucederle que "mientras nadie le pregunta, lo sabe; cuando alguien le pregunta, ya no lo sabe." Si nemo ex me quaerat scio; si quaerenti explicare velim nescio.

Yo, una simple mortal, diré: preguntada o no preguntada acerca de estas cosas, no las sé.

Excusadme, señores.

Quito, 21 de Abril de 1948.

MARIA GUILLERMINA GARCIA ORTIZ

"H O R I Z O N T E S"

Palabras del Prólogo al libro en prensa, de Francisco Guarderas, leídas como presentación del conferenciante en su disertación ante el Instituto de Cultura Hispánica.

"Diversidad, sirena del mundo...

Felicidad, no te busqué, que sólo me busqué a mí mismo, a mí mismo y la tierra lejana..."

Estos dos líricos motes dannunzianos, en despojándolos de su intento agónico, revistiéndolos en cambio de cierta amable ironía, de cierta indolencia risueña, a lo Anatole France digamos, parece que presidieran el curso errabundo de la siempre despierta y móvil y varía curiosidad intelectual de Francisco Guarderas. *Esprit charmant* lo llamarían en Francia. Porque su gracia natural corre sobre un fondo de amena seriedad, de bondadosa pero perspicaz condescendencia.

Recordemos por lo pronto no ya el conocido atractivo de su conversación callejera y su modo de mirar las cosas, sino su primer libro, "Mis Epocas", especie de memorias autobiográficas, sin pretensión ni egotismo, recuerdos de juventud que no se afaná en singularizarse pero a la cual tocó en suerte, sin buscarla, diversidad de actitudes y miradores. Entre éstos, algunos que tenían por campo de visión el escenario patrio, cuyo contrastado paisaje ideológico y político ahí queda descrito sin más que haberlo atravesado; no de soslayo, sino hasta apasionándose en su travesía.

Porque a nada es indiferente y a veces, como Gide, de quien ha hecho un lindo estudio, y que solía decir, "les

extrêmes me touchent", también a él los extremos le tocan, y aún le *touchent*, es decir le conmueven, a la manera del otro, de paso y para olvidarlos luego. Sin embargo, a su paso por la política, le prestó el máximo de seriedad, con su ingénita buena fe y caballerosidad.

Esa mezcla de seriedad y malicia, de ironía y pasión sincera, que arriba mentábamos al aludir a su conversación y espíritu, que hacen de su trato diario una frecuentación de las más agradables, adquiere por escrito mayor relieve, en su estilo a la vez natural y fino, sutil sin alambicamiento ni petulancia; lo cual le permite, cuando narra algo, como testigo o actor, hablar en primera persona sin jactancia ni imposición de sus convicciones.

Era ya viajero en ciernes al intitular su primer libro "Mis Epocas", vale decir Mis Etapas; libro de reflejos en ese espejo de alondras que es cualquier juventud. Y aunque hubiese sido la suya una juventud cualquiera —por lo normal en suma, de sus tránsitos y viscisitudes,— fuele muy instructiva y muy aprovechada.

Hele ahora convertido en viajador a través de obras y autores disímiles.

En todo viaje, lo que importa es el viajero. Ningún espectáculo, —en este caso ningún libro,— es el mismo para dos contempladores diferentes. —Ni Simbad el marino, ni el Viajador y su Sombra ni Schmidel que perdió la suya, vieron el mismo mundo en las mismas cosas.— De ahí que Francisco Guarderas llegue a interesarnos como en libros y autores nuevos aun al tratarse de libros que conociéramos. Todo está en la manera de presentarnoslos.

Su manera es objetiva, leal, sin deformación personal. Lo hace desde luego con amenidad, sin pedantería, con una especie de despreocupada preocupación. Al dejarse mecer como en vaivenes de un libro a otro, de un ideal a otro, lo acompañamos placenteramente en su divagar.

Hay en él, con todo, y bien se le nota, una como latente esperanza; un fondo de ansiedad por llegar a una concepción estable de la vida, a una convicción de paz consigo mismo, acaso a una fe trascendente. De ahí quizás su predilección, —(por cierto en ningún modo proselitista)— enamorada de autores en cuya índole le atraen y detienen los renovados brotes de religiosidad que él desentraña más atentamente que las peculiaridades de estilo y arte.

Así va del protestante Gide al incoercible Giovanni Papini autor casi inverosímil de una impresionante Historia de Cristo; como va de esa especie de hugonote medio suizo

Romain Rolland, pesado, difuso, opaco, al rutilante y breve don Ramón, ortodoxo discutible pero católico a machamartillo porque eso le va bien a su castizo tipo de carlista abrillantado con lentejuelas del condestable Barbey d'Aureville; y va en fin más derecha e invenciblemente al católico iracundo, al mendigoso pródigo León Bloy.

Es el más movido capítulo de su libro, éste sobre León Bloy que váis a oír en este recinto.

Ya váis a verlo animarse y vivir a este francés inactual que nos dice cosas que ningún otro podría decirnoslas con tan honda y al mismo tiempo tan pintoresca furia. Váis a oírle exhalar como un demonio gritos delirantes de fe rabiosa, amores de santo feroz, debilidades de tremebundo gigante, generosidad de avaro acaparador, dominador, excluyente; uno de los tipos más acuñados, uno de los seres geniales más extravagantes y más inteligentes de una Francia católica, militante más que cualquier inquisidor español, pues como se sabe la Inquisición era un proceso largo lleno de trabas y escrúpulos de conciencia; y León Bloy sentencia sin ver ni oír, fulmina loco de amor. Huysmans se queda chico a su lado. Tan sólo Celine le gana en fuerza escatológica.

No todos los autores estudiados por Guarderas en su nuevo libro suben a este Sinaí de maldiciones. Aún al tratar de este autor reconoceréis el sencillo buen gusto con que nuestro imperturbable y sonriente diletante maneja esa materia inflamable. Más nos deleitará con el aspecto anecdótico, que nos conmoverá con las violencias de ese admirable fanático que quisiera hacernos estallar en súbito horror de nuestras culpas, en alguna conversión desesperada, mostrándonos aún nuestras virtudes apacibles como infernal pestilencia.

Y después de oírle en son de conferencia cinematográfica trazar los cuadros de esa vida desgarrada de ardores y miserias, leeréis por cambiar de sabores, cuando el libro aparezca, que será muy pronto, otros ensayos suyos sobre autores más asequibles; y en todo el libro hallaréis lo que aún en este capítulo advertiréis: que, si él va tomando el color del autor que va describiendo, los retrata sin teñirse de bilis con los que la vierten, ni de ilusiones color de rosa —como las del pacifista Romain Rolland,— convertibles automáticamente en color de sangre por su propia prédica bobalicona y nefasta, que al querer mantenerse **au dessus de la melée** azuzan a los lobos, como todos los pacifistas, especialmente nuestros corderos rusos de ahora.

Gustaréis sobre todo, seréis contagiados por su libro fácil y comunicativo, de esa afición natural a la incontenible erranza de su curiosidad intelectual. Curioso, no de novedades ni de extravagancias o anormalidades —toca con pinzas por ejemplo y con el debido asco las de Gide— sino de verdades consecutivas, por decirlo así... "Diversidad, sirena del mundo"!

Recomienzan sus erranzas, pero mantiene, paradójicamente, su mirada presa de un más allá sobre el cambiante pánorama que lo distrae pero no le absorbe, cuando lo que él quisiera es quizás ser absorbido, no buscar más, quedarse.

"Felicidad, no te busqué, que sólo me busqué a mí mismo, a mí mismo y la tierra lejana".

Culpa suya no es si su visión de conjunto no puede ser homogénea sino en el deleite de comprender por comprender, de ir comprendiendo a los unos acordándose de su contrario, diferenciándolos, contrastándolos y al fin juntándolos. Así va haciéndose y deshaciéndose su mundillo interior. Su itinerario por el país de los libros no es prefijado, pero sí escogido; y su andanza tiene en el placer de andar su razón de ser. Si lleva consigo un libro, no es como guía, sino por no andar solo. Y para nosotros sus lectores ir a nuestro turno con él es ir en doble compañía, escuchando un diálogo, no un monólogo: su diálogo ligero con los a veces pesados pero siempre interesantes autores de su elección.

C A R T A I N E D I T A

Como en este prólogo se menciona el libro anterior de Guarderas, sea esta la oportunidad de dar a luz una carta al respecto, inédita aún.

Avenida Rui Barbosa 830

Río de Janeiro, 2 de Abril de 1946

Mi querido Pancho:

Me llegó tu libro! Me lo encontré en casa hace tres días, y en caliente lo abrí aunque era tarde. Gustóme el prólogo y pasé al primero, pasé al segundo capítulo; y ya encantado con la fiesta cordial y amena e inteligente que me aguardaba en esas cuatrocientas páginas, me dije: vaya, qué gusto.

Al otro día, con impaciencia, terminé una correspondencia urgente que me estorbaba y despaché varias diligencias para no salir al siguiente y pasarlo contigo, como si hubieras venido! Y así fué cómo, de un tirón, desde por la mañana, y tú sabes que me levanto temprano, hasta terminarlo, tarde en la noche, me lo leí íntegro. Me tuvo cogido tu libro, que no yo a él. No lo pude soltar. Primero me entretuvo con su manera de contar, tan suelta, y, a poco, con su materia que va creciendo más que tu vida y extendiéndose a nuestras vidas y envolviéndolas en desastres. No se nota si es tu memoria feliz quien **discurre**, o tu clara inteligencia quien **recuerda**. Todos tus dones, tan naturales, tan fáciles al parecer, toman parte en el relato, que no cansa porque no amontona ni fastidia porque no deforma. Con simples cosas, pero que vienen al caso; y con acontecimientos fútiles o graves, que de suyo te salen al paso, lo

llevas a uno en tu compañía sin aflojarlo pero sin forzarlo; y uno te sigue interesado siempre por el asunto y aun por tí: aunque no se te conociera; y así supongo que a extraños ha de pasarles lo mismo.

De tu humor agradable y sociable, que tiene un algo de *humour* y flema británicos, bien sabía yo por tu conversación. Conversación es tu libro, no confesión, ni hay de qué; pero eso es lo difícil en las memorias.

Capítulos como "Soldado legitimista", y son algunos capítulos, llevan tan naturalmente entreverados en su trama de *colores naturales*, lo cómico con lo triste y lo risible dentro de lo terrible, que uno no distingue la ironía sino cuando ha pasado ya la emoción. Y así, el curso de los sucesos, el de tu vida entre los sucesos, van llevándonos distraídos y preocupados, curiosos y reflexivos, comprendiendo... Aun en los dramas minúsculos de la tierra, más desde luego en las desgracias de la pobre patria, vamos palpando las protuberancias de nuestros defectos congénitos y comprendiendo que no deberíamos ser así, aunque así es el mundo. Pero somos tales, que el amargor de tu libro, siendo involuntario, —pues lejos de ser polémico es condescendiente,— resulta y fluye, no de un propósito crítico o moralizante, sino del propio estrujarse los engaños con los desengaños y de ser víctima de éstos los mismos autores de aquéllos: a veces por inconsciencia; por mal natural casi siempre. Lo muestras; no lo demuestras por innecesario, pues va de sí. No somos, como pueblo ni acaso como individuos, comprensivos, justos ni tranquilos, que es simplemente una manera de ser buenos y de ser cuerdos. Muy común, muy humano es errar. Pero este don de errar, y este reincidir que nos acompaña como una predestinación, en nosotros no es sólo vicio de ininteligencia, sino, digámoslo, de corazón, porque lo guía, casi sin excepción, un ánimo de dañar, un retovado, un oscuro, un incoercible ánimo de dañar.

Es muy común, en todos los países, estar por algo, estar por alguien sólo por estar contra alguien. Pero el nuestro parece más particularmente ser el país clásico del contra quién y del contra qué. Y entre nosotros ese mal fondo, o ese complejo, se agrava de suficiencia por ignorancia en lo interno, y de orgullo por bravata, la de impotencia, en lo externo. Ni siquiera somos indolentes, sino displicentes. Nuestro eterno descontento no llega empero nunca a ser descontento de nosotros mismos, cada cual de sí; sino de todo y de todos. Vivimos así aquejados como de un mal

de fuera cuando es mal de dentro. En los treinticinco o más años que abarca de corrido tu relato, suceden cosas tan sin sentido (quiero decir desprovistas del menor sentido común) y se suceden tan sin ilación, y engendran otras cada vez más locas, que ello es la explicación de lo que vendrá a rematarlas en el castigo total. —Mas ni el castigo sirvió. Y un país que, después de tal derrota, —la cual no por derrota tenía que ser deprimente, sino porque lo fué de humillación y de vergüenza,— se empecina en su locura como si tal cosa, es caso más doloroso que el desastre mismo.— Ante el desastre, que pudo ser muy mayor, y lo fué bastante para que debiéramos hacer nosotros mismos que nos sirviese de lección, el país no hizo examen de conciencia ni acto de enmienda, antes bien llevó al paroxismo su viciado espíritu de contradicción, de contradicción a sí propio más que al enemigo, ensañándose hasta con quienes se sacrificaron por su salvación tardía. Es porque traía de tiempo atrás, no sólo perdido el seso político sino dañados y corroídos todos sus resortes de enderezamiento y de reacción. Su organismo no tenía ya la *vis medicatrix naturae* que cura sola; y así, en vez de ayudar a cicatrizar la amputación, la enconó y aún quisiera mantenerla supurando siempre.

Felizmente el tono de tu narración no es éste, ni tan vehemente. Las etapas que recorres con memoria fiel y relatas sin exagerar, son por sí mismas camino de fatalidad, lleno de altibajos y de precipicios, con partes llanas, y otras muy resbaladizas, y otras de espera, pero indeclinable en su pendiente al abismo que, por creerlo aún lejos, no impresionaba nuestra sensibilidad ya obtusa.

Los episodios Bonifaz y Martínez Mera que evocas con claridad, no eran sino síntomas de un organismo que no asimilaba ya ningún remedio, pues si remedios eran esos, hubieran podido, aunque sea mal aplicados, sanar a quien quisiera sanarse. Bonifaz habría servido de revulsivo, y Martínez Mera de sedante. Uno u otro pudieron haber sido buenos por lo honorables de ambos sujetos. No quisieron de ninguno de ellos.

Tu sabes que por Neptalí tenía yo, y tengo, afecto y aprecio antiguos. Si no lo traté en la época de su "despreocupada juventud", muy anterior a la mía, intimé bastante con él en Europa en la época de su desocupada madurez.

Se volvió a Quito renegando. Mi sorpresa de verlo convertido en hombre público a ese refractario, fué de las mayúsculas.

A la verdad, fué incomprensible el sarampión de popularidad que despertó Bonifaz. Pero fué más incomprensible aún su rechazo. Pues hasta el pecado original que se le imputaba, ya fue lavado por el mismo hecho de no haberlo tenido en cuenta: qué nacionalización mayor ni mejor que el sufragio que lo consagró! Fue un pretexto de los que fingían ser más papistas que el papa! Y cómo me dolió esa historia de los cuatro días! Me sobrecogió de estupefacción (hallábame entonces en México por unos días).

Cuando cayó Ayora, de cuya terapéutica administrativa haces tú cumplido elogio, los revolucionarios triunfantes en esa revolución de pipiripao, contra Ayora que, lo que quería era acabar pronto, apearse ya muy cansado, muy desabrido del poder ya inútil de las postrimerías, no supieron qué hacerse.

Comenzó a susurrarse en rincones conservadores y aun a andar en leguas por las calles el nombre de Bonifaz, y fue el asombro de los que le oían y lo repetían.

Cuando fuí a despedirme de Neptalí le auguré como bromeando el éxito: él se horrorizó (y yo también). Pero luego así fué. Y los nueve meses absurdos de esa espera constitucional que tú llamas noviazgo difícil eran ya de preñez del prematuro aborto. Cayó antes de dar a luz. Quisieron sus fanáticos, ya frenéticos, levantarlo, y sus demolidores acabarlo ya. Corrió sangre en las calles por 4 días; y a lo lejos, vibrando el cable con el escándalo y la mortandad, me dolía como en carne viva esa carnicería que consternó a Quito, y que sin duda no hubiérase producido si algún otro, y tú sabes quién, se hubiese prestado para ser electo, acaso por los mismos, pero no en forma de desafío.

Siempre te tuve gran simpatía y aprecio y cuando la vida nos juntó más tarde crecieron éstos a la par. A la verdad, nos conocíamos antes poco. Y al leer tu libro me appena frente a tus páginas evocadoras de una época anterior que también yo esboqué en un fresco (el que sirve de prólogo a mi edición de unas poesías del pobre Medardo Angel Silva) el no haberte citado en el desfile de esa generación, porque yo ignoraba, —viví siempre lejos— tu inicial "rondó madrigalesco" y tu influjo en ella.

De otras cosas que había leído de tí guardé el recuerdo que ahora ensambra bien con tus deliciosos capítulos del tanteo y primeras fugas a la pintura.

Mas si hubiera de seguir tu libro, no acabara nunca esta carta de impresiones en general. Para detalle y co-

mentarios grato me fuera charlar contigo. Básteme decirte ahora que nos has dado un buen libro; y que el mérito de su congruencia, de su utilidad aleccionadora, —aparte de la amenidad de su lectura por la claridad y la reflexión,— está en que narras sin jactancias y sin egotismo tu propia vida en la vida de tu país, con la naturalidad de quien, fácilmente inmerso, a cada paso, en el nativo medio, percibe sus deficiencias, sus desvíos, sus desafueros, sin expelerse a sí propio como un refractario, antes bien confiando, aunque escéptico, en lo poco que cabe intentar.

Plúgome infinitamente tu justiciero y reiterado elogio de Tobar Donoso. Nuestro pobre, nuestro querido y admirado y admirable Julio, algún día, aún los que no quieren ahora leer su libro por no ver reflejarse en ese espejo límpido, su feo rictus de vociferadores reducidos ya al silencio por la verdad, le perdonarán el habernos salvado de mayor afrenta con su holocausto. (De no haberse firmado en Río, ¡qué tratado el que habría sido impuesto en Quito, con el territorio ocupado de Macará al Carchi!).

Te felicita y te abraza tu afectísimo

GONZALO.

EL GARCIA MORENO DE LUIS ROBALINO DAVILA

He aquí un buen libro. Y bien escrito por añadidura.

Libro de historia, satisface en primer término la exigencia que una primordial necesidad de verdad antepone a todo en historia: espíritu de veracidad; que no juegue ni con la verdad misma, como acontece a menudo, y menos con las apariencias.

A veces la verdad es inasible: no basta con documentos. Se nos escapa cual si se hubiese evaporado, volatilizado de los hechos, que ahí se quedan sin lo que fué su alma del momento. ¿Por qué tal cosa, por qué no se hizo tal o cual otra que nos parece habría sido lo obvio? Interpretaciones como ésta abundan sobre todo en la interpretación psicológica de personajes.

Cuál entonces la primera garantía en el historiador? Desde luego, la seguridad de cierto instinto o **sentido histórico**, que conduce a ver la realidad como tenía que haber sido. Colocarse dentro de la época, no aplicarle criterios actuales, juzgarle en su contemporaneidad y no a través de sus concatenaciones ulteriores que prolongan en el tiempo derivaciones imprevisibles acaso como encerradas en el suceso inicial. *On ne sait jamais ce que l'on fonde*, decía Renán.

Narrar con exactitud antes de juzgar.

Es lo que hace el señor Robalino. Su relato es objetivo, fiel e imparcial. Lo cual no le quita el derecho de justipreciar luego y aún el de condenar o de ensalzar, con tal de hacerlo con precisión. Donde el documento falla o tambalea súplelo, no con mera lógica subjetiva, no con habilidad dialéctica de polemista, sino dejándose guiar por aquel sentido de verosimilitud y congruencia con la realidad. Don-

de ha habido engaño enderézalo, no con intento de réplica ni de triunfo sino en busca de la verdad, siquiera sea aproximativa. ¡Hallar la verdad, o por lo menos su parecido, su fisonomía, como si dijéramos su aire de familia con los acontecimientos, en caso de no mostrarnos ella de por sí su rostro patente en tal o cual dato inequívoco!

En este retrato de cuerpo entero, sobre todo en el retrato del hombre íntimo, hay en este libro toques certeros del que debió de ser el García Moreno vivo y verdadero. Y se destaca sobre un fondo de época. Removido por la búsqueda, el sedimentado color del fondo sobrenada dando tinte inconfundible a su época.

La historia poco prueba o prueba demasiado cuando se la quiere hacer probar algo. Puédesse discutir al infinito. Sin embargo hay verdades de fondo que se imponen, así se las solicite a derecha o izquierda encaminándolas hacia tesis preconcebidas, tendencia que suscita casi automáticamente la contraria. A la larga se establece, no siempre el equilibrio, a menudo uno de los extremos, el más cierto, y el más despojado de compromisos ideológicos.

Dice Menéndez Pelayo que la gran historia, —y cita ejemplos los más ilustres de la clásica,— es obra de pasión, de vindicta, de partido. Es en realidad la más elocuente, la más emocionante. Y en asuntos de poca monta, la más divertida: divierte lo que pueden el amor o el odio. Los grandes panfletarios son casi siempre grandes escritores. Lo difícil es, no el justo medio, al alcance de todos y por lo común blandengue, sino el poder arrollador que no da respiro a la duda. La imparcialidad anodina, la que revela ser poquita cosa el autor que no se atreve, es en realidad insípida. Lejos de ella la imparcialidad del señor Robalino se esfuerza por ser imparcial, no por falta de convicción ni de valentía para imprimir al discurso un rumbo cierto a una conclusión clara, sino porque lo preconcebido, una tesis cualquiera, le han parecido método antihistórico y por ende aleatorio. Es una imparcialidad viril y tónica. Fácil le era dejarse llevar de sus simpatías, no disimuladas, y aún de sus arrebatos: los reprime para dar cabida preferencial al discernimiento objetivo, no por ello privándose luego de dar vado a sus anhelos de convencido. Esta contenida imparcialidad tiene su fuerza. Así abunda en páginas de convicción sin necesidad de interferir los reflejos de los hechos, cuyo curso, en el relato, sigue el autor como obedeciéndolo, y siempre por el cauce donde los hechos mismos van abriéndose paso, lentamente o precipitán-

dose. Narra en efecto según van ellos, como despreocupado de saber primero a donde irán a parar, como si ignorase su desenlace al igual de la vida que marcha como ignorando el mañana.

Así le vemos manteniendo su juicio en larga espera cauta, y su criterio como en suspenso, hasta acabar de ver. Y entonces aparece como desatándose, implacable a veces, pero sólo por fuerza. Que yerre, bien puede ser. Es probable que no siempre. Maltrechos saldrán de ese estudio algunos personajes de segundo orden puestos por la política en primer plano. Pero hombres del volumen y la consistencia de un García Moreno le imponen circunspección, esa circunspección de que prescinden los sectarios en pró o en contra. Y aún ahí donde quisiera rebelarse contra el grande hombre, cederá más bien a una especie de balanceo antes que cargar la mano en uno solo de los platillos de la balanza en que los hechos y las ideas contrapuestos alocan el fiel inestable.

Le ha favorecido la suerte en dar con algunos inéditos, con alguna pieza olvidada, con algún dato extraviado, en hojas volanderas, o en cartas confidenciales. Siempre fué Robalino un curioso de memorias íntimas, de cartas privadas, de recuerdos supervivientes en la tradición oral. Lamentable es la poca costumbre de llevar un diario, de espectador o de actor, que tan singulares luces tangenciales echa a veces sobre la vida pública. Admiró siempre Robalino, en la literatura anecdótica, la perspicacia, el buen gusto y aun la impertinencia de los memorialistas, en especial franceses; la franqueza de epistolarios al correr de la pluma, las deposiciones de testigos. Buena parte de la animación de su libro le viene por ese conducto, tan poco usado por nuestros historiadores serios.

Para suscitar la imagen cabal de un personaje, no todo es configurarla mediante piezas de archivo. Estas son indispensables. Sólo que, al penetrar en cada archivo, además de orientarse desde luego para abrir pistas, precisa saber leer, discriminar, discernir. De poco sirve amontonar papeles antiguos que no por serlo dicen siempre algo que vale la pena. Colecciones se están publicando para nosotros, a costa del Erario y a topatolondro, sobre Montúfar, Rocafuerte, Maldonado, por ejemplo, en las que de diez o quince volúmenes bastaría con uno adecuado. Los historiadores creen, con razón, que todo debe publicarse... si no cuesta mucho: no hay en efecto documento que por su fecha o su texto no establezca concomitancias inesperadas.

Pero los mismos eruditos piden que no sobre cualquier materia y sin discernimiento todo se publique. Hay que distinguir y bien está que el resto quede en los archivos para cebo y búsqueda de especialistas. Para eso está el olfato de buen sabueso del historiador. La buena presa es su premio y su mérito.

La documentación de Robalino es excelente por lo apropiada: no será tal vez exhaustiva, es suficiente y está bien administrada. Aún capítulos que pudieran parecer lentos se explican luego porque abrevian y explican los siguientes, que así rematan más sueltamente las conclusiones importantes. Tal los capítulos sobre Caveró sin cuya tendenciosa maña y pretensión al parecer maniática, arbitraria y absurda, no sería tan comprensible el extravío en que cayó García Moreno acudiendo a Castilla sin querer ver, por horror de caer en Franco, la vergüenza de caer en Castilla.

Sobre los errores de García Moreno, bien se ve cuantos han sido juzgados por mimetismo gregario y repetición automática de supuestos veredictos de historia: y no deja de extrañar la veleidat de criterio con que a nadie se le ocurre tildar de "tirano" a Rocafuerte, por ejemplo, que fusiló a más de sesenta y a nadie se le ocurra aminorar en comparación la "tiranía" de García Moreno, que no llegó a fusilar cuarenta y seguirá siendo in eternum nuestra única fiera sedienta de sangre. Compárense aun entre otros, los dos sendos fusilamientos de los homónimos Maldonados. Tal vez no hubo tal "sed de sangre" en el uno ni en el otro, sino aquello de "crimen fueron del tiempo"... etc. o concepto en ambos de la necesidad de ese recurso desesperado.

Otros Recursos Desesperados como los intitula el señor Robalino en los capítulos al respecto, —que son de los más sagaces, por lo bien medidos con el compás de la adecuación al apremio de las circunstancias, elemento que el olvido borra o la memoria desmemoriada desplaza,— son aquellos que constituyen la singularidad de las famosas cartas a Trinité y la reconciliación con el enemigo vitando, Flores, entrañablemente odiado por García Moreno, maldecido en "El Vengador", fusilado y aún matado por él en mientes y por último llamado en socorro contra gentes aún peores que él.

Notables son también los capítulos sobre política internacional en que su protagonista se disminuye lamentablemente en las rabietas del ataque evitable y se crece inmensurablemente en el desastre inevitable.

Derrotas de las que sale a empenacharse de invencible

el ánimo quijotesco. Ceguera, seguida de imperturbables videncias. Nefasto conductor de conflictos externos y gestor de redenciones internas. Monstruo de la naturaleza, de dos cabezas y un solo corazón impertérrito.

Coronan la obra los capítulos de resumen y visión de conjunto, magnífico el de *El Hombre Intimo*, menos cabal acaso el de la *Obra cumplida*, en cuyo recuento quizá no se agotó el inventario del progreso material realizado o impulsado por el infatigable Realizador: y es lástima, para los que creemos que el progreso material no es nunca sólo material y que, por ejemplo, las carreteras son las mejores escuelas donde, en faltando aquellas, llegan a sobrar éstas, criadoras de parásitos, etc., etc.

A propósito de nuestra manía político-abogadil de constituciones, hay que ver todo lo que contienen las páginas de Robalino sobre la revocación de la garciana, o carta de sedicente esclavitud, como si el esclavo de esta suerte no lo fuera más de sus vicios que de las leyes que lo refrenan. Prurito ideológico de demagogos alzados a pensadores, pretexto de revolución que no admite evolución, ni trámite, ni transacción: no pueden esperar un minuto más, no pueden respirar sin *Otra Constitución*. A diferencia de la pobre Inglaterra que en tantos siglos aún no tiene escrita la suya, lo que prueba nuestra superioridad ideológica.—otra vez la palabreja— y ensalza nuestra "inquietud" nuestra "emoción democrática".

Siempre lo inestable, lo nuevo, lo simiesco, lo perturbador.

Así, elegido Borrero como garante precisamente del cambio de Constitución, no le dan tiempo para cambiarla. Es que no se trataba tanto de eso, cuanto de echarlo abajo. Que haya un cadáver más, que importa al mundo. Acabar con Borrero... para caer en Veintimilla y querer resucitar luego los muertos que mató la pluma, ese *idola fori* desaforado.

En este libro copioso hay personajes secundarios o epistólicos, puestos muy justamente en valor y antes opacados por falta de criterio, de memoria, o de justicia. Don Manuel Gómez de la Torre, don Manuel Angulo, don Vicente Peidrahita, algunos más, salen realzados por este estudio. Y es de celebrar el particular agrado con que Robalino revalúa estos valores preteridos. Ha resucitado de paso la estupenda ironía de "Los Caballos de Guaspud", pieza admirable de un gran escritor quiteño también ya olvidado, doctor Rafael Villagómez Borja.

De García Moreno mismo, no entraré a juzgar. Otros lo harán a propósito de este libro. Sólo de paso advertiré la contradicción en que incurre acaso el propio autor de este admirable García Moreno, admirando lo que hizo de bueno y repudiando el modo como lo hizo: tal vez lo cierto en la triste condición humana es que lo uno desgraciadamente condiciona lo otro: no se hace tortilla sin romper huevos, dicen en Francia. Y vaya usted a persuadir de buenas a nuestro pueblo que se deje buenamente mantener en orden, trabajando, sacrificándose primeramente, para lograr algo bueno y durable. El tiempo que se pierde en discutir no se vuelve a reparar porque no se llega nunca a convencer al que no quiere sino replicar; y oponerse es el signo distintivo característico de nuestra libertad. La reelección del gran mandatario habría sido salvadora y aún redentora de sus pasados errores y culpas. Lo mató la pluma. Y qué se logró con ello! Arrepentirse luego: "de buena gana le devolviera la vida al gran tirano".

Mil razones nos llevan así, implacablemente, en pueblos revoltosos, a soportar las impaciencias del hombre genial, del buen tirano, del dictador pródigo y seguro, o vivir a merced de mayorías versátiles, interesadas e ignoras, de los golpes de Estado de sucesivos "libertarios" que nos libertan de otros libertarios para luego recomenzar.

*

* *

Al cabo de 600 nutridas páginas de exposición no desprovistas de juicios necesarios al paso, se explaya el autor en cuarenta más de síntesis. Lo uno y lo otro, todo ello, en estilo rápido, sin rellenos ni redundancias.

Talento innato fué en Robalino el arte de la composición y distribución, visible hasta en su artículos ocasionales, que de bien compuestos le salían como de mayor substancia y peso. Sabe componer y aligerar. Esotro arte de aligerar no está en suprimir y abreviar, cuanto en dar a cada parte, a cada toque un movimiento convergente, de suerte que el fin implícito va surgiendo de dentro a fuera, llevando al lector en ritmo de constante y fluida celebridad. Estilo rápido en virtud de la mera claridad. Y la claridad es la simplicidad. Y la simplicidad lo último que se adquiere.

Cuan diferente el estilo de Robalino del entrecortado, tajante, imperativo, jactancioso, lleno de afirmaciones hue-ras, disfrazadas de profundidad, como son las que, según se aplauden, son conformes al gusto de las nuevas genera-ciones que no admiten la discusión, o al gusto y uso de so-ciólogos socialistas, términos ahora indisolubles para ha-cerse valer. ¿Quién entre nosotros ha leído a Taine, el maestro de Robalino?

No habiendo sido el señor Robalino historiador de ofi-cio, de formación ad-hoc, quienes, como es costumbre, opinen sobre su libro sin leerlo, lo tendrán por aficionado o diletante, siendo así que llevaba Robalino ingénito el don que, no tardía pero tampoco prematuramente, ha madura-do en él. Desde antes, hasta en sus artículos circunstan-ciales y ensayos de ideal político, a propósito del tal o cual acontecimiento, como son los que esmaltan su varia pro-ducción periodística, de calidad superior incuestionable-mente, se echaba siempre de ver un fondo, una visión de conjunto a través de las oportunidades que le brindaban sus esporádicas intervenciones en el encauzamiento de la opi-nión. Se recuerdan sus crónicas internacionales sobre la última guerra europea, sus protestas contra los consecuti-vos golpes de Estado y su valentísimo discurso en el Circu-lo Militar contra los militares. Artículos notables todos que revelaban un escritor de mayor vuelo.

Héle aquí dominando una materia vasta. Bien orde-nada, su relato le reparte en proporción a lo que de su sig-nificado trasciende a la obra entera. Así se lee su fuerte libro con igual soltura que va escrito. El interés de los hechos, la seriedad de las reflexiones van además espolvo-reados de amenidad anecdótica o alusiva. Es pues un gran libro este su primer libro y no le serán inferiores los tres en camino a las prensas. Por placer meramente literario, habríame yo más complacido en un García Moreno de una sola pieza. Bien pudo dárnoslo tal, Robalino, como el sus-crito hizo con Montalvo, tomándolo sólo por lo alto para el elogio inmune, evitando mostrar el envés del medallón glo-rificador, como no sea por tal cual hendidija inevitbale. Pe-ro ello no habría sido libro de historia.

Admiro el del Padre Berthe, tan bien hecho, a su ma-nera. Encántame el de Gálvez, sorprendente en un extran-jero, pero no en él, tan perspicaz, tan pertinente, tan penetrante. Respeto el de Pattee. El libro caudal de Ro-balino los abarca, los sobrepasa, desemboca en un delta de consideraciones, donde no se ve a primera vista cuál aca-

rrea mayor volumen de verdades, al juntarse todas en el océano de interrogaciones que es en suma toda obra completa. Por lo demás todas las grandes obras dan asidero a todas las interpretaciones.

G O N Z A L O Z A L D U M B I D E

INAUGURACION DE LA BIBLIOTECA HISPANA

Al inaugurarse la Biblioteca Hispánica en el local del Instituto de Cultura Hispánica, el Presidente del Instituto, señor Gonzalo Zaldumbide, pronunció el siguiente discurso:

Excmo. señor Presidente de la República,
Excmo. señor Vicepresidente,
Excmos. señores Ministros de Relaciones Exteriores y
de Educación Pública,
Excmo. señor Ministro de España,
Excmos. señores representantes de naciones amigas,
Señoras y señores:

Las palabras de ofrecimientos que acabáis de oír, confirman la discreción y delicadeza con que desde hace un año la Legación de España en Quito venía preparando esta desinteresada y galante prueba de generosidad y deferencia. Casi en silencio, que en su curso podríamos compararlo con ese río de España que desaparece de vista largo trecho, para aflorar luego más caudaloso en aquel punto que llaman pintorescamente OJOS DEL GUADIANA, —como si el río abriera, ante lo hermoso del valle, ojos cegados por su aventura subterránea,— así este río de sabiduría hispánica, en sucesivas olas de libros, asoma ahora remansado en este tranquilo recinto.

Vimos este caudal mostrarse por primera vez en la brillante Exposición del Libro Español en Quito. Héle aho-

ra aquí, acrecido y estable, para reflejar en su diáfana profundidad el espíritu con que se le mire.

Confiado a nuestra ciudad este tesoro de siglos, nos toca velar por que este don en custodia para usufructo y regocijo espirituales nuestros, sea aprovechado por el mayor número de cuantos quieren buscar el solaz de una lectura selecta. Los libros, decía Anatole France, son el opio del Occidente; son en realidad el saludable nepente de olvido y calma y restauración para la misma lucha de la vida. Aquí, todos, sin distinción de credos ni tendencias, podrán hallar el florilegio más ecléctico de la gran literatura en que ha ido, al través de siglos, cuajando su experiencia una raza abierta a todos los ámbitos de pensamiento; raza que ha acogido, aun biológicamente y con mayor amplitud en lo intelectual, el aporte de sangres y espíritus tanto del mundo antiguo como del moderno.

Recordad que España viene de muy lejos y de muchas partes; desde sus primitivos iberos y sus primeros colonos fenicios, griegos y cartagineses, precursores del destino mediterráneo que vendría a extender y coronar la civilización romana sin excluir allí fusiones y entendimientos con los nórdicos celtas hispanos y los visigodos, hasta que, destruido el Imperio Romano por las invasiones de los bárbaros, se abrió paso por ese suelo otro tipo de conquista y civilización, la arábica, que a su vez sirvió ahí de nexo para la penetración en el Occidente de la ciencia oriental y dispersos restos de la helénica. De modo que, al llegar España al Nuevo Mundo, llegaron, en uno, el mundo antiguo y el mundo contemporáneo, encarnados en españoles por obra de la consecuente acumulación de la más vasta experiencia histórica.

Aunque los tiempos eran todavía rudos, no fueron pues, erudos barbarotes ni invasores a lo Atila o Gengis-Kan esos hombres que se aparecieron repentinamente, como de otra especie: conquistadores eran, con todo lo que ello implica; pero ante todo, y a la imperial manera romana, más bien creadores de ciudades y de instituciones jurídicas. Por el hecho sólo de venir de donde venían los españoles, de la Europa del siglo XV y XVI, el rudo soldado de Extremadura o de las Castillas, analfabeto o iletrado, había visto tantas cosas, que forzosamente había de saber muchas más que el *amauta*, o, por lo menos, diversas y más actuales; y el simple rodadero o ballestero a pie era más señor de sí mismo, más libre que el *tucurico* con mando en dilatada esfera local: porque venía de un mundo individualista y

aspiraba por tanto a señor. Así no es de extrañar que un oscuro Sebastián Moyano, el de la leyenda del asno muerto, o el porquerizo de la otra leyenda, el oscuro Francisco Pizarro, hubieran de crecerse al contacto del suelo de América, al umbral de esos imperios cimentados como pirámides sobre la arena de la muchedumbre indígena privada de iniciativa molecular; deleznable pirámide sostenida sólo por la cumbre, por la única autoridad, la del Inca Sumo Sacerdote.

Lástima es, y grande, que los conquistadores no hubiesen dejado intactas tantas reliquias indígenas. Pero en general, aún hoy, los soldados no son por profesión ni gusto guardianes de museos ni coleccionistas de objetos por el momento al menos inservibles.

Y sin embargo, cuanta reliquia espiritual no fué preservada y transmitida a nuestro conocimiento por los antiguos cronistas y misioneros, testigos privilegiados que supieron ver y comprender lo que, sin ellos, sin sus escrituras destinadas a la posteridad, hubiera desaparecido sin dejar rastro en el mundo.

Aquí hallaréis gran copia de esos testimonios que ilustran la prehistoria y la historia autóctonas más y mejor que las silentes ruinas indígenas. Lo que destruyó la espada, lo restituyó la pluma. Y en ésta, aunque incipiente biblioteca hispánica, es rico ya el fondo histórico americanista.

Ingente fué la obra pacífica de España en América.

Pues no en vano vino esa nación señora cuando precisamente se hallaba en el apogeo de su cultura y en el ápice de su fuerza dominadora e informadora, de espíritu ordenador y unificador; al cual se diría que hubiese estado preparándose y madurándose durante los siglos medios, después de haber tempranamente suministrado y enviado a Roma misma, a la entonces cabeza universal del orbe civilizado, Emperadores que la rigieran como Trajano, filósofos que la enseñaran a vivir y morir, como Séneca. Ni fueron sólo estos dos, los ejemplares hispanos de magnanimidad y sabiduría que parecían presagiar, desde los tiempos en formación, el futuro dominio del mundo, a un pueblo que se haría digno del cetro, a un pueblo señor aún debajo de las vicisitudes sucesivas de su tormentosa historia.

Si aludo a tan alta progenie de historia y de espíritu es porque ella se halla reflejada en el acervo de libros que nos rodean. Señalemos en primer lugar los volúmenes de sus clásicos, que son los viejos pero eternos maestros de

muchas virtudes, y de perenne virtualidad, a cuyo conocimiento y frecuentación quisiéramos inducir de preferencia, porque son en realidad el lastre indispensable de toda cultura genuina.

Pues el pensamiento ni la lengua son cosa que improvisa cada generación. Muy menos una lengua tan sabia y rica, que después de ya ilustre evolución secular, llegó apenas a fijarse en el siglo XIII y por obra del Rey Don Alfonso el Sabio. Lengua regia y sabia por lo tanto, así de origen como de calidad.

Alguna vez y en ocasión similar hube de decir, cómo, - aunque no debiéramos a España otro don que el de su lengua, - le deberíamos casi todo el ser que somos; porque, quien da la lengua da el alma; porque enseñar a hablar es ya enseñar a pensar.

Y aquí están, en español, no sólo obras españolas, sino de muchas naciones, de ingenios superiores de todas partes y de todas las épocas.

Clásicos y modernos, antiguos y contemporáneos, casi no hay en el catálogo de estos 4.000 volúmenes, libro alguno insignificante; aparte que no hay libro malo para quien sabe leerlo; y los hay de todo orden, índole o tendencia, sin exclusivismo, sin otro requisito que el de su mérito intrínseco o relativo. A su selección no ha presidido ningún prejuicio excluyente.

Como muy elocuentemente acaba de expresarlo el Excmo. señor Ministro de España, es gracias a su especial predilección y la de todo su pueblo por los lazos espirituales e intelectuales, por lo que juzga que entre las labores confiadas a un diplomático, ninguna actualmente más eficaz y duradera que la de recíproco conocimiento y mutua ilustración, para comprensión cabal y cada día mejor. Modestamente ha añadido que España no aspira tanto a enseñar cuanto a aprender en América, y galantemente estima que el nivel cultural de nuestro propio país ha de ofrecerle amplias posibilidades en esta colaboración por lo alto entre los dos pueblos.

Así sea; y de nuestra parte pongamos siquiera buena voluntad y solícito interés por todo lo que entraña adelanto y profundidad en el conocimiento. Y esmerémonos, no sólo en ser gratos, sino dignos de este paso de acercamiento tan deferente como delicado.

Desde luego la cortés y significativa concurrencia a este acto inaugural del Excelentísimo señor Presidente de la República y de algunos dignatarios del Gobierno, mues-

tra honrosamente que aquí se acoge como es debido, a nombre de la nación, este símbolo y realidad de una amistad indestructible, en su forma más comprensiva y más operante, cual es el don de esta Biblioteca, fuente abundante de donde brota lo mejor de la España madre y maestra.

Habéis conmovedoramente recordado, Excmo. señor Ministro de España, la parte principalísima tomada por vuestro predecesor en la destinación y arreglo de esta Biblioteca. El lamentado fallecimiento del Ministro don Luis Avilés y Tiscar, caballero de prudencia y tino singulares en el cumplimiento de su misión y particularmente de este cometido, nos ha privado de su presencia; mas no puede privarnos del deber de tenerlo como presente en este momento que habría sido para él de júbilo, en coronamiento de su callado y perseverante esfuerzo. Al despedir sus despojos mortales hube de rendir tributo al antiguo colega y amigo; hoy lo hago en agradecimiento de todo lo que en este recinto será memoria de él, imborrable.

Felizmente para nosotros, dejó, al morir, confiada su obra a las mejores y más devotas manos, las de su Secretario, amigo y confidente.

Sin la diligencia, inteligencia y habilidad del señor Ernesto La Orden mal habríase logrado tan prontamente, venciendo bien tantas dificultades, la efectividad de este alto propósito. Insustituible, indispensable propulsor y ejecutor, echaremos de menos al señor La Orden en cada paso que hayamos de dar. Nos asistirá de lejos, pero su compañía, su entusiasmo, su fe tan comunicativos nos harán falta.

En cuanto a este Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica a cuya dirección he sido elevado por mis consocios tan sólo en razón de mi vieja lealtad al culto de la lengua y sabiduría de la España eterna, su deber primordial es el de velar por este tesoro confiado a su guarda, no ya preservándolo celosamente, sino abriendo sus puertas, a todos, no sólo a quienes se sientan atraídos por vocación hacia estudios históricos o literarios, del pasado y del presente comunes a la Madre Patria y a sus hijas no descartadas de tan ilustre linaje espiritual, sino también a cuantos lectores, sea por solaz o curiosidad, quieran acercarse a oír la callada voz de estos libros que al hablar de España les hablarán de algo propio, o extensible a lo nuestro. Porque, tanto en la continuidad de la estirpe cuanto en la continuidad subconciente del espíritu, ligados estamos todos nosotros a los orígenes de nuestra doble formación. Y así como una sola gota de sangre hispánica que corra por nuestras venas

es, en nuestro mestizaje, como aquel vino de Rioja con que los franceses saben dar color y sabor más ardientes al enoble jugo de algunas de sus vides menos afortunadas, así en nuestro modo de ser y obrar hay un entono castellano sin más que hablar castellano. Porque el hecho sólo de hablar en español nos hace de hecho partícipes de una de las mayores herencias de gloria que han enriquecido al mundo.

Este Instituto, señores, no será una institución de propaganda. Una cosa es la natural, la normal divulgación de ideas; muy otra la propaganda de percusión y repetición automáticas. España no es de ayer para necesitarla. Esta invención moderna, esta maquinaria puesta al servicio interesado de tal o cual tendencia sectaria o proselitista, que no respeta la verdad propia, menos, muy menos la ajena, no es de índole española. Español es más bien el hábito de confesar en público y en alta voz sus pecados capitales. La Leyenda Negra, que aún persiste, no se nutre de otras fuentes que de claras fuentes españolas, enturbiadas adrede. Y más que pugnar por imponer ideales ahora combatidos, actitud más concorde con el estoico orgullo castellano es la de mirar impávidos los desvíos y reniegos. Ejemplos tiene dados en su larga historia de saber esperar. No en vano virtudes suyas fueron durante siglos presea de la humanidad.

Por lo demás, la letra y el espíritu de nuestros propios Estatutos excluyen del seno de esta institución cultural toda política, interna o externa, prohíben cualquier veleidad de inmiscuirse en los tumultos de la plaza pública. Aquí se hablará más bien de lo que no muda ni cambia, ni necesita pregonarse para valer lo que vale. Y si es necesario decir adiós, algún día, a lo que ya el mundo no tenga oídos para oír, acaso diremos este adiós, pero dignamente, como se despide a dioses en exilio; pensando con el latino: *multa renascentur quae jam ceciderit*.

En los actuales revueltos tiempos, cuando han ido melándose y casi aboliéndose los más probados valores anti-guos, por prurito del espíritu de contradicción y discontinuidad, por impaciencia que acude al trastorno más que a la persuasión, siempre lenta; cuando van perdiendo hasta su fuerza de mera lógica interna los antecedentes y consecuentes para dar cabida a lo intempestivo y arbitrario, como si todo fuese reversible o conveniencias de quita y pon, nosotros quisiéramos, —para nuestro fuero interno tan sólo,— o ante todo, para sostén de nuestras convicciones,

fortificadas, sin espíritu de propaganda, ajenos a toda maniobra de propaganda, lejos de esa embrutecedora propaganda proselitista, abominable venga de donde viniere y vaya a donde fuere; quisiéramos, digo, ante todo preservar el respeto y el culto de la verdad, de la verdad histórica sobre todo.

Pueden los nuevos, en uso de su privilegio de juventud, —simpática petulancia propia de su edad,— negar, más por ignorancia y suficiencia, que de mala fe, —a ella inmunes todavía si no se dejan contaminar de viejos lobos conductores de masas como rebaños,— pueden, digo, comenzar por negar que algo hay de bueno en el acervo de cordura que ha ido amontonando la experiencia humana, para confiar sólo en las promesas, falaces o no, del mañana. La tabla rasa es más fácil que el discrimen de lo bueno y lo malo que andan siempre tan entreverados en todos los pasos de la vida. Nosotros quisiéramos tan sólo partir del conocimiento de lo pasado antes de conjeturar sobre el porvenir, alumbrarnos con la luz de lo que se sabe para avanzar menos a tientas en el dédalo de lo dudoso. Y como todo el presente y todo el futuro están encerrados en el pasado, en el pasado nunca del todo muerto, antes bien siempre vivo, no habremos perdido el tiempo en hojear estos libros, inertes cual semillas en el surco, al azar del tiempo propicio o contrario a su florecimiento.

QUITO HONRA LA MEMORIA DE SU FUNDADOR

Discurso del señor Gonzalo Zaldumbide en el aporte de tierra de todos los barrios de la ciudad para la base del monumento a Benalcázar.

Señores:

Hemos venido a sentar las bases ideales de un monumento al Fundador de la ciudad de Quito, El monumento tardará un tanto en levantarse. Pero bien quisiéramos que, a la manera como, los primeros españoles, al llegar a estos lugares con Benalcázar a la cabeza, dieron por fundada su capital del Reino sin más que inscribirla en un acta y esbozar el primer trazo de los solares, así tuviéramos por erigido desde hoy este monumento, seguros de la perseverancia de nuestro anhelo y resolución. No de otro modo la primitiva ciudad de Quito, entonces inexistente entró desde ese mismo momento, desde ese propio día de 1534, entró en vida y funciones del tal, actuando de ahí adelante cual si ya se alzarán sobre el suelo raso sus torres y sus edificios. Parco de promesas, cualquier oficial del Rey, cuando hablaba a nombre de la Corona, atribuía a su palabra el valor del acto consumado; y una mera acta de fundación era ya la ciudad.

¡Cuán diferentes los Gobiernos de la República; cuántos decretos vanos para el propósito vano de no dejar, por ejemplo, cerrarse el camino a Esmeraldas que desde tiempo de la fundación arrancaba de este mismo sitio! Y si traigo a la memoria el caso concreto de este camino, no es al azar: pues que en planos antiguos de la ciudad, inclusive el de La Condamine, ya constaba con su propio nombre de "camino a Esmeraldas", una de las dos rutas al Norte. Sin duda no era ni un sendero, apenas quizás una trocha, pero por ella, aquellos hombres fuertes se encaminaban sin mie-

do por entre la selva, adonde sus descendientes anheláranos tener siquiera el ánimo de intentar ir: al mar, al mar.

Confiemos en los tiempos nuevos para todo lo que aún está por hacerse, inclusive este homenaje al impulso del Fundador, homenaje de continuidad.

En este sitio, y en los circundantes se extendían, antes de la llegada de los españoles, estos mismos declives y requeostos, verdes tan sólo de matorrales y silvestre grama, donde pacían quizás una que otra llama de las provenientes del Cuzco y se oía el silbido melancólico del solitario, pájaro hurraño que ha ido desapareciendo al mismo tiempo que la soledad. Pues bien, aquí cerca, frente al Partidero, donde está cuajando, donde se alzarán mañana, más compacta la nueva Quito, continuará presidiendo el crecimiento de su misma ciudad primigenia el mismo Fundador. Don Sebastián de Benalcázar, seguirá fundando. Este héroe hispano, —para nosotros quiteño por preexcelencia— parecerá complacerse en la perdurable y todavía vivaz virtud de su empuje inicial.

Hanos parecido a los miembros de la Comisión designada a este efecto y a quien os habla en nombre y representación de ellos, bien señalado aquel sitio. Señalado por la historia, por la topografía, y por la contigüidad al centro propulsor. Es la Quito actual quien ofrece este homenaje, que es casi tardía reparación, al creador de la antigua Quito; y debe hacerlo en este punto que airosamente enlaza al futuro con el pasado.

Si lo visitárais la hermosa vista que lo circunda os persuadiría mejor. Habéis leído ya, tal vez, el informe de la comisión. No es menester detallarlo. Y fueron esos mismos campos, no únicamente por lo cercanos a las casas de la ciudad recién fundada, sino por verdeguantes y lozanos, los más codiciados por los 205 fundadores. En este pequeño y deleitoso valle se dió cabida al mayor número de ellos, sin excluir a los caciques y a la servidumbre indígena. Se hizo este primer reparto en muy pequeñas pero apetecidas parcelas. Allí, y cosa curiosa, en Pomasqui, sector venido algo a menos y que entonces se le llamaba El Regadío, por ser el único bajo riego y que les recordaba acaso el de la vega de Valencia, se instalaron de preferencia y más pronto que en Turubamba y en Chillo, las primeras cuerdas de hortaliza, huertos y dehesas. Se soltaron en estos ejidos a procrear los primeros animales útiles, inclusive los cerdos, que trajo Benalcázar, quien los apreciaba para despensa ambulante de sus campañas y que pronto fueron

tantos en los contornos, que Gonzalo Pizarro pudo llevar cuatro mil en su infortunada expedición al país fabuloso de la canela.

Oh niños de las escuelas, congregados en varios centros a festejar adecuadamente el día del civismo, bien comprendéis y sentís, —por más que, alguno que otro maestro, de los pocos que acaso queden del anticuado sectarismo anti-hispánico, quizás os digan todavía que la conquista y la colonia no fueron sino obra de abominación y no os muestren talvez exclusivamente, sino al indígena esclavizado, como si no lo hubiera estado aún más tiránicamente bajo sus señores naturales— bien comprendéis y sentís que la obra de España en América no fué tan sólo ruido de armas y cabalgatas sangrientas, ni tan sólo ritos religiosos del nuevo Dios forastero que no tardó en ser el único. Obra de España fué también, fué sobre todo, el arado y el surco, el trigo, la cebada, la vaca, la yegua, la carreta, el clavo, la tenaza, la rueda, la palanca, el horno, la teja, la alesna, mil y mil humildes y grandes cosas, venerables y familiares auxiliares del hombre, a quien venían ayudándole a vivir en paz, desde hacía miles de años y que aún tardaban en llegar acá.

La conquista fué hecho fatal y tenida por los vencidos como fatídica, predicha por sus propios dioses y augures. Mas no fué nefasta. Fué creadora de un mundo nuevo, de un mundo mixto en fusión natural y viable.

Y le debemos el ser que somos, con todas las cualidades y los defectos de las dos razas ilustres cada una, nobles razas ambas en razón de su historia y progenie.

Excusa no hay, —en los tiempos actuales,— para los invasores. Invasores fueron los españoles, y hoy su empresa sería tan sólo crimen de lesa humanidad. Los conceptos, más que los hechos, han cambiado.

Pero cabe aún distinguir. Desde nuestra escuela de primeras letras aprendimos a admirar el camino real de la historia, al ver como la antigua Roma abría paso con sus legiones a su imperio civilizador para implantar entre naciones bárbaras, el prodigio unificador de sus leyes sabias y magnánimas.

No de otro modo el imperio español en América extendió sobre ella el sabio manto jurídico de sus instituciones, las más avanzadas de entonces, sobre un opulento marco arquitectónico de nuevas ciudades, sobre el rico aderezo de sus campos cubiertos de nuevas semillas pródigas.

Inocente manía de etnógrafos y arqueólogos es exage-

rar la importancia de sus descubrimientos subterráneos. Poniendo en su justa relatividad los vestigios de lo destruido frente a la creadora y rápida magnitud de lo construido sobre esas ruinas, el balance resulta obvio, es concluyente.

Evidente es que con España y sus solas tres carabelas dió el mundo moderno un decisivo salto para incorporar a sí lo desconocido, en el vastísimo continente que se ignoraba a sí propio detrás del mar tenebroso.

No es posible, empero, dejar de lamentar las ruinas sobreenvidadas con el cambio de nortes y rumbos. Pero también es preciso reconocer que no fueron efectos de odio racial por parte de los españoles, que no lo profesaron en forma alguna; antes bien, se acercaron a la raza vencida y convivieron con ella como ninguna raza vencedora lo hizo, en el mundo antiguo ni en el moderno.

No fué el prurito de destruir por destruir como ayer no más el incendio del edificio de El Comercio. No fué barbarie contra barbarie. Fué implacable necesidad de la conquista; fué acaso el único modo de no perecer, el único medio de sobrevivir. Y el que permitió crear.

Aún así, le duele a uno desde la raíz de lo subconsciente hasta la más desprendida meditación, el fin de un imperio por otro. Geográficamente y como por instinto reputamos más nuestro el destruido que el nuevamente implantado, aunque de éste procedamos más lógicamente. Tan lógicamente, que aún para maldecir de los destructores, tenemos que servirnos de su propia lengua. Y de su propio espíritu, que fué el primero en confesar, en agrandar sus culpas. Benalcázar purgó las suyas en las desventuras anexas a sus andanzas. Perdonemos al Conquistador, y aún al Pacificador. Honremos al Fundador. Ahora todos somos unos. Así es altamente simbólico de esta concordia definitiva el emblema que aquí ha aportado hoy cada barrio de Quito en un puñado de tierra de cada barrio, para la cimentación moral de la unidad ya indestructible que representará este monumento, monumento al pasado, al presente y al porvenir.

Para ligar el presente de nuestra ciudad con sus orígenes no hay libro comparable al Libro Primero de Cabillos de Quito que nuestra Ilustre Municipalidad, hace algunos años, sacó a luz del venerable silencio en que yacía como olvidado entre sus Archivos.

No hay lectura, podríamos decir, más edificante que la de leer en la lengua de entonces, los conmovedores co-

mienzos que los rudos soldados de la conquista dieron a su afán de arraigarse en la nueva tierra, ellos y sus hijos mestizos; germen de paz y estabilidad, permanencia definitiva en una nueva patria.

En aquel libro vemos cómo las primeras casas, abrigos improvisados bajo techumbre pajiza a la manera indígena, mal podrían ser sino ranchos de soldados célibes. Ninguna mujer blanca llegó con ellos, que, en cambio, para exótico consuelo y olvido de sus nostalgias, se llenaron de mancebas quiteñas, de entre "las muchas pallas e indias ofrecidas al Sol", que según se lee en una de las Relaciones contemporáneas de la fundación, fué una de las riquezas apetecibles que ofrecía el asiento de la antigua ciudad incaica. No tuvieron estos nuevos Rómulos necesidad de raptar Sabinas. La muchedumbre de servidores de los nativos amos y curacas, fué otro aliciente del sitio antiguo. La cocina de cada casa era casi al aire libre, bajo un enramado; y los aposentos de la servidumbre chozones llamados bohíos. El todavía visible recuerdo del incendio prendido por Rumiñahui hasta dejar en escombros el caserío antiguo, que según ardió en su totalidad, debió de ser de bahareque y paja, hizo que el Cabildo dictase entre sus primeras precauciones lo que llamaríamos una ordenanza contra incendios: obligando a hacer dichos bohíos de adobe o quincha a la altura de un estado y medio. Temor propiamente ya no lo había, la convivencia con los naturales era estrecha e íntima y éstos iban españolizando su índole y costumbres, como también los españoles iban indianizando sus gustos y hábitos. Pero los curacas andaban todavía resentidos aunque sumisos y un repentino alzamiento podía reducir a cenizas la naciente población.

Habidos la teja, el ladrillo, el adobe, la mezcla, por industria de alarifes españoles en el barrio que desde entonces llámase El Tejar, comenzaron las casas en forma. Como muy bien lo hace notar el doctor Luciano Andrade Marín en una de sus monografías tan encariñadas con las antigüedades del Quito viejo, la casa española reproducía en pequeño la típica, la obligada, la tan castellana "plaza grande", matriz de ciudades y pueblos: un patio circuido de corredores, en arquería los más, como portales para amplia y libre circulación interior; arquitectura noble de palacio, de claustro, de fortaleza, aunque en minatura; traspatio, y corral para el caballo a la mano, indispensable a cualquier evento. Casa solariega de las que no queda casi ningún ejemplar de los muchos que conocimos aún vivos y hermo-

sos. Nos hemos vuelto fríolentos, dizqué, avaros seguramente, huérfanos de señorío.

Las primeras piedras, talladas luego en sillares, fueron sin duda entresacadas de las pocas ruinas importantes —en ningún caso similares a las imponentísimas del Cuzco,— y utilizadas en cimientos. Material tan noble, se extrajo luego en grande escala de la Cantera, que hasta ahora guarda su nombre y sirve; y ya, hacia 1573, según se lee en Relación de entonces, la ciudad comenzaba a ser digna de su nombre. “Agora dice esa Memoria intitulada “La Ciudad de Sant Francisco del Quito” hay casas de buen edificio, porque habiendo sacado los cimientos dos o tres palmos encima de la tierra hacen sus paredes de adobe, con rafas de ladrillo a trechos. Comúnmente tienen sus portadas de piedra y las cubiertas de teja. El pueblo tiene trescientas casas. Los edificios se van cada día acrecentando.”

Ya se iba irguiendo sin duda nuestro “Escorial de los Andes”. No preténdamos otro que tal. Pero veamos en grande y siquiera cincuenta años hacia adelante, límite del horizonte visible para cada generación. Dentro de cincuenta años no quedará lejos lo que os parece ahora distante.

Este lugar en que estamos, estaba aún en las afueras de la ciudad, casi hasta ayer. La ciudad colonial permaneció largo tiempo cubriendo del Arco de la Reina al Carmen bajo.

Y la primitiva, de donde Gonzalo Pizarro salió al encuentro del Virrey Núñez de Vela para batirlo fuera de la ciudad, en los campos de Ñaquito, quedaba aislada de esta Santa Prisca, donde se dió la batalla. Aquí, al frente, fué desarzonado de su caballo el Virrey y cortada su cabeza por un negro, pese a Benalcázar que le acudió tarde y se rindió en este mismo campo al vencedor venturoso que pronto iba a ser, él también, el sin ventura Gonzalo Pizarro.

En estas afueras tuvo pues lugar una de las batallas más significativas, más cargadas de sentido para la historia de América, aquella en que el primer rebelde, el primer **americano**, aunque español y conquistador, quiso que la conquista fuese para los conquistadores y los conquistados, no para el lejano Rey que pretendió más bien despojarlos del usufructo.

El monumento a Bolívar, a cuyo pie estamos, se alza donde triunfó, a corto plazo por lo prematuro de su temerario intento, el primer Emancipador que parecía entrever el destino remoto de América.

Aquí fué perdonado por el vencedor Gonzalo Pizarro,

el Benalcázar venido en socorro al Virrey desde Popayán, fiel al Rey más que a los Pizarros. El Benalcázar que fundando a Quito y aspirando a su gobernación independiente, iba también prefigurando el mañana que hace un siglo se convirtió en nuestro hoy.

El hizo lo necesario porque se ennoblezca la ciudad, poblándola.

Ennoblecen las ciudades se llamaba entonces el dotarlas de edificios ilustres. Sólo olvidó, por singular olvido, el levantar el Ayuntamiento que hasta ahora espera morada condigna. El Cabildo funcionó en un cuarto de su propia casa, mientras en torno se improvisaban las casas de los otros fundadores.

Se había separado para Municipio un mal solar que en 1536 fué trocado por otro más mezquino. 'Las casas de Ayuntamiento y cárcel, según se lee en la Relación ya citada, eran de un vecino; están en la plaza; tienen poco edificio y malo, porque se labraron al principio que se pobló la tierra donde no había la comodidad de oficiales que hay hoy', (habla del año 1573).

Desde entonces no ha mejorado. Ha venido más bien a menos. El Libertador Bolívar en llegando, dispuso de una de sus casas y de sus ejidos, para recompensar a próceres empobrecidos.

¿Quién más pobre que nuestra ilustre Municipalidad?

Desde sus principios, como un signo de triste predestinación, fué paupérrima.

En el Libro Primero de Cabildos se ve como, según lo resume don Jacinto Jijón en su magnífico primer monumento quiteño a Benalcázar, —su exhaustiva biografía e historia de Benalcázar,— “en 1537 el Cabildo no tenía propios ni rentas de ninguna clase: el 20 de Mayo de 1535, habiendo mandado Benalcázar que se haga una arca para guardar los papeles del Ayuntamiento los regidores dijeron, como textualmente se lo reproduce en dicho Libro Primero, “que al presente no hay tablas ni madera con que se pueda fazer”, el 24 de Enero siguiente se hacía constar que hasta entonces “no haya podido aver lybro ni papel para lo hazer, en que se sentasen las que convenya proveer, tocantes al buen regimiento desta villa”.

Y no era que no hubiese papel: “hasta el año 1541, a cambio de papel para su secretaría, el Cabildo daba solares y el agraciado daba cinco manos de papel por cada lote”. No tenía, pues, dinero ni para papel. Las tejas y la madera, para la casa del Cabildo, dice también el doctor Luciano

Andrade Marín, "las dió un vecino, a cambio de un retazo de terreno en El Cebollar". Sin embargo, anota él mismo, ese día fué necesario "crear una Casa de Fundición del oro y la plata".

Hasta ahora persiste como un bochorno la increíble, la indigna morada de la ilustre y genuina personería de la capital de la República. Toda la República debiera tener vergüenza de mirar en ese deslustrado y desportillado espejo la triste y desmedrada faz representativa de su capital. Capitales de provincia tienen, con razón, a orgullo el poseer un Ayuntamiento más decente que el nuestro.

Tiempo es de inmovilizar siquiera, desde ahora, todo el lienzo en que debió erguirse desde la hora primera nuestro Palacio Municipal. Todo el patricio portal de Salinas debe ser suyo, para respetabilidad de sus fueros, para simetría y decoro de la antigua Plaza Mayor. Frente al Palacio de Gobierno no cabe otro edificio que el necesario Palacio Municipal.

En acto solemne debe declararse de utilidad pública, destinado a expropiación legítima, todo ese tramo donde no se puede permitir la disonancia de edificios particulares en contra de la urbanidad y ennoblecimiento de una capital consciente de su rango. Que deje nuestra Ilustre Municipalidad de ser la madre abnegada que no cuida de sí por atender a su prole, la mendiga vergonzante a quien los Poderes Públicos le dicen vuelva el Sábado, para negarle la caridad. Esto sería quizá tan justo y noble como el también indispensable monumento al Fundador, el cual entra en el mismo orden y sentido de reparación debida a la dignidad de una ciudad capital, e histórica por excelencia. El propio fundador reparará así su olvido, y haremos, al erigirle su monumento, lo que otras ciudades hijas de este insigne creador de ciudades, como Cali y Popayán, han hecho, magníficamente, hace tiempos.

LAS GRANDES FIGURAS DE LA ORATORIA BOLIVIANA

ADOLFO BALLIVAN

I

Entre los políticos bolivianos del siglo XIX, que se hacen dignos de dar expresión y vida a una tendencia se presenta la figura de Adolfo Balliván, la personalidad cimera del Partido Rojo. Adolfo Balliván, el último de los rojos en la cronología, es el primero por su espíritu. El es quien define y polariza la emoción política e intelectual del rojismo, con la belleza de su conducta y con el encendido fervor de su pensamiento.

II

La estampa de Adolfo Balliván se ofrece con imponente plástica varonil, que tiene la severa elegancia británica y la arrogante gracia de un caballero español. La esbeltez de sus líneas, alargan su figura como si se hubiese apoderado en su trazo la pincelada evocadora del Greco. Pocos Presidentes de Bolivia, tuvieron en el conjunto de su figura tanto caudal de señorío y de dignidad como Adolfo Balliván, cuyos rasgos quedan asociados con las principescas estampas de Maximiliano de Méjico y Luis de Baviera. Fué un hombre, simplemente bello.

El gesto y el movimiento de su personalidad, creaban en torno de Adolfo Balliván una grata atmósfera magnética de atractiva simpatía. La repetición del ademán que

en el común de las gentes, constituye una gris monotonía, que no impresiona, en Adolfo Balliván tuvo la presencia de la novedad y hasta del rasgo original. Sus movimientos de vibración contenida, de templado interno, de ritmo pausado, así su gesto de acariciarse la barba como el de cruzar los brazos, igual que la tensión de su torso ligeramente amortiguado por la fatiga, que se disimulaba por una estela desdeñosa y sentimental. Toda esta circunstancia, rodeaba a la silueta de Adolfo Balliván de un marco romántico, muy a tono de la época y dorado por el fuego de su propio temperamento. Este nervioso, a cuya piel afloraban la exquisitez sentimental, es un asténico inconfundible. Este gran sensitivo, fué una lira cuyo cordaje, vivió en constante estremecimiento. Por esto los nervios fueron su grandeza y su angustia. El emotivo intenso, era también el introvertido, que sabía gozar de los estímulos íntimos, que fueron la esencia de sus propias fuerzas espirituales. Llama que ardía en permanente combustión interior. La psicología esquizotímica de Adolfo Balliván, imprime el sello y el color a todo su sistema de pensamientos, de su filosofía y de sus formas de vida que estaban alumbradas por el relampagueo de su exaltación sentimental.

Adolfo Balliván es el caballero del cisne del espíritu boliviano, en cuyo escudo brilla sobre campos de armiño sus proteicas manifestaciones de la realización estética. Músico, creador y ejecutante, escritor y tribuno, era sobre todo un hombre que había hecho su vida una obra de arte. Espíritu gemelo de las altas figuras románticas como Alfieri, Alfonso de Lamartine y Alfredo de Vigny. Como ellos poeta de la vida, realizador de la filosofía quimérica de arduas perfecciones, fué un idealista de la política. Balliván entre las dos eternidades de su existencia, puso la clara luz de embellecer su vida y la de sus contemporáneos que convivieron con él y de la posteridad que convive con sus ideas. Este su idealismo, aplicado a la política boliviana, como defensor de la ley, como ardoroso demócrata, como ferviente liberal, presentan a Balliván con la estatura de un excelso repúblico, que hubiese vaciado su espíritu en los moldes girondinos, que maduró su gloria en el sacrificio y en la imperturbable lealtad a sus principios legalistas. Encarnó la fe de un liberalismo geométrico, cuyas raíces se habían nutrido en los terrenos por la sal humana y generosa de Verginaud. Fué el político del contenido cultural, que defendió los derechos de la inteligencia. El espíritu para Adolfo Balliván, fué semilla de luz no sólo del pensa-

miento y de la belleza, sino también fuente de la economía y de la industria. Este liberal de emoción idealista no concibió que "el sábado hubiera hecho al hombre", sino que el hombre es el autor de la cultura y de la civilización. Su filosofía idealista, encontraba espíritu allí hasta donde el materialismo encuentra la escueta y desolada realidad.

Adolfo Ballivián, tipo fino y aristocrático, había cristalizado las fuerzas de su voluntad en el diamante luminoso de su orgullo, cuyo brillo se proyectaba sobre las realizaciones del arte en sus varias formas, sin llegar a revelar los impulsos dinámicos, dirigidos a la conducción política. De aquí que para sus enemigos parecía un vencido, en quien no encontraban la garra aledonada de su ilustre progenitor el General José Ballivián, tipo de voluntad de mando con marca bonapartista.

III

Adolfo Ballivián en la tribuna parlamentaria, tanto en su juventud como en su madurez, fué un espectáculo magnífico. Las miradas del público se posaban sobre su rostro, circundado por una barba de oro viejo, sobre su frente alta, suave y marfilina, cuyos resplandores cubren su fisonomía de un vago acento melancólico y sobre sus ojos de acero, profundos y brillantes, exornados por unas cejas triunfales. La pincelada de los bigotes dejaba ver el trazo de su boca apretada con una línea de un sensualismo exangüe.

La más alta propiedad y decoro dominan la fisiognómica de su indumentaria. Vestía en 1865, ceñido a la moda británica, cuello bajo, corbata de plastron de raso, ornamentado en su violeta con el gris de una perla, chaleco de felpa de uno de esos colores explosivos tan gratos al romanticismo, levita azul de paño con ribetes de cordón de seda, pantalón color pulga, entrabado a los zapatos resplandecientes de charol. Integramente su estampa de orador la atracción de sus manos, de exótica blancura. Sus dedos finos, de largas falanges, vibrantes y expresivos, terminaban en el perfil de sus uñas brillantes de hipertiroeideo. Eran manos de expresividad decorativa, que sabían discurrir erguidas, melancólicas o suaves sobre el teclado del piano, ya interpretando las cadencias de Chopin o de Listz, cuando no animaban melodías de su propia inspiración. En la tribuna, sus manos que parecían dirigir una orquesta imaginaria.

guiaban un tejido de luz, trazando el ornamento de sobrias geometrías.

La sensibilidad de Adolfo Balliván, encontraba en la representación de sus discursos una forma de realizar una modalidad de su sentido artístico. Los discursos de este notable orador, dictados por la fe de su liberalismo y por el ardido entusiasmo de su expresión romántica, identifican su fondo poemático con la inquietud de su pensamiento. La cláusula depurada y sencilla, parece cuando vuela de sus labios dominada por el ritmo del endecasílabo. La agilidad sonora de su oratoria se desparrama desde la tribuna en períodos preciosos y cincelados, que en su ascensión espiral antes de recordarnos las volutas de las grandes sinfonías de Castelar, nos evocan la música de cámara de Lamartine. Las versiones de los discursos de Balliván, coleccionados por la admiración del ilustre bibliófilo don Nicolás Acosta, leídos hoy en la consulta crítica, lejos del calor del gran espíritu que los dictó, ausente la escena parlamentaria y también desaparecido el diálogo emocional con el público, respiran el perfume de esas flores que guardaban las novias del tiempo de nuestras abuelas, dentro de un libro de versos. Es un aroma que emerge de sus corolas mustias, a las que les falta el oxígeno de la vitalidad. Hay en estos discursos una deliciosa resonancia del espíritu artístico y creador de Balliván, que aún en su espectral visión nos ofrecen la riqueza de su voluntad estética.

La oratoria de Balliván, aparte de su contenido político, ritmado por el leit motiv de la defensa de la libertad y de las instituciones democráticas, es siempre una hermosa lección de dignidad humana. El honor caballeresco, cuya sublimidad parecía extinguirse en los ámbitos medievales, renace en Bolivia, bajo las arcadas góticas del romanticismo, con nuevas plenitudes en el estilo de la pálida y admirable figura de Adolfo Balliván, que sintió su país como un dolor y como una responsabilidad, y que fundió en las nobles aristas de su espíritu la ejecutoria estética de la sabia prudencia con el gesto de la quijotesca hidalguía.

IV

El recuerdo de este político y orador, que representa la aristocracia espiritual de nuestra historia republicana, y que no agotó la admiración de sus contemporáneos, está llamado a que su mensaje, que es palabra y luz, y sobre to-

do valor humano, nutrido de la savia de la dignidad, sea escuchado con un estremecimiento singular por las nuevas generaciones.

MARIANO BAPTISTA

I

El ámbito boliviano de la mitad del siglo XIX, desde 1850 hasta 1900, está ocupado por la egregia personalidad oratoria y política de Mariano Baptista. Varias generaciones recibieron la influencia de su pensamiento político y de su elocuencia.

Baptista en la madurez de su vida, cuando ejerce la Presidencia de la República, es un personaje de tipo vigoroso, que recuerda por su talla mediana y por sus formas externas de figura pícnica de los cantantes de ópera. De gran cráneo alargado, de pecho amplio, luce la plenitud de su epigastrio, ilustrado por la curva de la felicidad. Su cabeza está sometida a la depilación de una calva que no acaba de pronunciarse y que se defiende con el decoro de algunos saldos capilares bien admirados. Así su frente abobedada se prolonga brillando con el reflejo de imponentes resplandores. El rostro de Baptista, tiene que conquistar la simpatía ajena, imponiendo sus líneas desnudas de todo afán apolíneo. Baptista era feo, de color aceitunado, que las huellas de la variolosis, ensombrecieron. Sus ojos pequeños defendidos por la espesura de unas cejas perfiladas y por los párpados densos, brillan en la profundidad de sus cuencas, irradiando la luz de una intensa vitalidad. Su nariz de aletas dilatadas de gran bebedor de oxígeno, sus pómulos relevantes y su boca grande, exornada por un bigote de líneas dispersas. Toda la psicología de Baptista se encuentra en sus ojos, que tienen el atractivo singular de su gran fuerza de expresión, y que son capaces de ofrecer todo el registro de las emociones y de los sentimientos con lujosa intensidad. Las manos de Baptista, recias, nerviosas, plásticas son un robot, que vibra al ritmo de su elocuencia que recoge la emoción y el trabajo de pensar de todo su ser. Gran orador, Baptista dramatiza sus propios discursos. Es el señor del gesto, que sabe crear una postura inédita para cada situación con su maravilloso dominio de sí mismo que esculpía sus actitudes, de tal modo que

este su poder sirve también para sugestionar a sus auditores. Su voz es el instrumento excelso de su oratoria. Voz llena de matices, de variantes y de movimientos melódicos, que se transforma en la sonoridad metálica, en el trémolo del violín y en la acariciante dulzura del violoncello. Todo este juego de armonías, era posible que actuara, gracias a sus recursos de tenor y de bajo, cuyos períodos mentales armonizaban con el contenido de las ideas y los sentimientos que golpea en su auditorio. Por esto, escuchar a Baptista, era un espectáculo que seducía y halagaba. Era un goce artístico como escuchar a un virtuoso de la música.

II

El genio tribunicio de Baptista, era la mitad de sí mismo, la otra mitad era su personalidad psicológica. Por esto es que la lectura de sus obras, para las gentes de hoy más que ofrecer su emoción total, sólo proyectan el esquema de su poderosa mentalidad. Baptista con las raíces de su espíritu profundamente absorvidas por el continente oscuro de su fondo emotivo y sensual, fué un poeta del pensamiento y de la palabra. Su imaginación verbal y su fantasía, habían monopolizado la riqueza de su mentalidad, ejerciendo una dictadura despótica sobre su carácter, sobre su inteligencia y sobre su poder de asimilación. Así las esencias que nutrían a todas las fuerzas de su espíritu eran caudal procedente de la fuente inagotable de su imaginación, que tuvo la alucinante fastuosidad de un ensueño oriental. Sus alegatos jurídicos, sus discursos en defensa de la ley y sus oraciones de carácter internacional, nos demuestran el vigor de su inteligencia de contenido geométrico y razonador. La precisión del recuerdo y su poder ilimitado para la erudita absorción humanística, acreditan la potencialidad de su ingente memoria. Pero, Baptista no es eso, lo que define la personalidad de este tribuno, es su altura poemática, situada por encima de su facultad razonadora, de su memoria y de su voluntad de conducción y de mando.

Baptista, como hombre de gobierno, tiene más una voluntad inhibitoria, que el carácter lleno de estímulos para el dinamismo impulsor, que transforma la realidad. El hombre de estado se encontraba sobre el trono de su imaginación, mientras su voluntad es la cenicienta que lucha en los menesteres de la cocina del gobierno. Como Castelar

fué un privilegiado del verbo. Su caso de gran intelectual, es el de otros tantos oradores preclaros, para quienes la prueba de la conducción y el mando, fué la roca Tarpeya de su grandeza.

III

Baptista que gobernó tan admirablemente el ademán y el gesto, fué un galantuomo, discreto y prudente, que parecía empeñado en dar vida a las máximas de Castiglione y de Gracián. En esa posición humana que impone la vida de intercambio personal constante con los demás tanto en la política como en la diplomacia, Baptista fué la imagen del caballero cristiano. Es el hombre siempre en su punto, que despierta la admiración hasta de sus enemigos por su trato afectuoso y por su sencillez, y que también admira al vulgo por su ausencia de vanidad, y por ese don especial de saber hacerse perdonar con todo el mundo la magnificencia de su gran espíritu.

IV

Baptista en el estilo de su oratoria, pagó tributo a las influencias literarias de su época, en la que señoreaban en el mundo de habla hispana figuras oratorias como Donoso Cortés, Emilio Castelar, Lamartine, Roger Collard como altas expresiones del romanticismo. La oratoria de Baptista fué romántica, como el estilo de su pensamiento fué tradicionalista y conservador, situado en la extrema derecha de la democracia. Los discursos de Baptista, lo mismo que su prosa, son una fiesta báquica de metáforas, de alegorías y de riqueza verbal, que fatigan a las normas de la retórica clásica con su caudal creador. Baptista, incorpora a la oratoria boliviana el tipo de las realizaciones arquitectónicas del barroco hispano-indígena. Sus discursos parecen un templo que se alza sobre zócalos de piedra, sosteniendo la atormentada exhuberancia de las columnas barrocas. La riqueza de sus adornos, está iluminada por un áureo fulgor oriental de evocaciones alejandrinas. La euritmia de sus líneas, ofrece la presencia su armonía exterior, que destaca el módulo de un mensaje prístino de la raza. Baptista fué llamado el Mago. Con este calificativo sus contemporáneos, quisieron expresar su gran poder creador, que en presen-

cia de públicos golosos, deslumbraba con la sinfonía de sus sonoridades, con la riqueza aladinesca de su inagotable facundia... A esta riqueza de su arquitectura retórica, hay que agregar el derroche generoso de su erudición.

V

Baptista se alza en Bolivia como la más alta cumbre del pensamiento conservador. Demócrata convencido, defensor de la libertad limitada por la ley, civilista frente al desenfreno militar, es siempre cristiano en toda su filosofía de político y de hombre de gobierno y de propagandista católico. Baptista recogió la emoción religiosa del pueblo boliviano, que fué mantenida por la tradición a través del legado espiritual de la colonia hispana. La ideología conservadora de Baptista no es una vuelta nostálgica al pasado, sino la utilización del sentido histórico, para avanzar hacia los horizontes del futuro. Hay una orientación nacionalista en el pensamiento de este líder conservador de Bolivia, haciendo que la patria no fuera sino una imagen superada de la propia historia nacional. Vibraba en Baptista una amorosa emoción por el paisaje maternal en todas las formas de su ideología. La sinceridad de su credo religioso, hay un momento en que se convierte en una llamada proselitista. El liberalismo, el radicalismo, la masonería, constituyen los blancos permanentes de su lucha sin fatiga, tenaz, honda, tremenda. El caudal de su conducción conservadora le une a las vertientes intelectuales de Lacordaire, de Balmes, de Laménais, de Veuillot, de Berryer, y los Orígenes de la Francia Contemporánea de Taine, fueron para él un gran instrumento de combate, frente al liberalismo y a los radicales. La crítica desolada de la revolución francesa eran un colirio que alumbraba su vista, frente al panorama de Bolivia.

Baptista representa uno de los exponentes más altos del pensamiento boliviano, por el tono de su oratoria de expresión genial, por su fe patriótica y por su permanente actitud de caballero cristiano, defensor de la quimera religiosa.

ISMAEL MONTES

Era de figura impresionante, con todos los atractivos del prestigio y de la sugestión. Allá por el año novecientos

diez, en la calle lucía su inconfundible prestancia, llena de arrogante gallardía. De prócer estatura, erguido y en actitudes que denunciaban la tensión de su sistema muscular. El sombrero de copa y la levita, encumbraban aún más la cimera elevación de su talla. Su cabeza de enfoques redondeados, reposaba sobre un cuello corto y pleno de forjador. Su cabellera negra, abrillantada en sus cincuenta años por resplandores argentados, llevaba en su diseño el motivo de la moda juvenil de 1880. Una onda de pelo que avanzaba sobre su frente se suspendía hacia el temporal derecho con peluquera pulcritud. El rostro de Montes de cerúlea palidez, lucía el brillo de su frente amplia, que concentraba el abanico de sus pliegues en la línea de los párpados de alberchigo, que llenaban sus órbitas. Sus cejas densas e hirsutas se juntaban en la base de su frente. Este su rostro marcado por el signo del círculo se pronunciaba por sus pómulos salientes y por su nariz de reminiscencias socráticas. Era curioso el rostro de Montes. No había en él ningún rasgo dominante, sino que era el conjunto el que proyectaba el impacto de su psicología. La palidez de su piel de bilioso, el destello de su mirada, que se esparcía a través de sus párpados entreabiertos, dejaban ver el fulgor de sus pupilas profundas; sus mostachos espesos que se alborotaban en dos gabillas erectas y horizontales, todo se dirigía a concentrarse en un gesto felino de un elan enérgico. La antimonía del rostro de Montes, estaba representada por sus manos grandes, de espesos tegumentos, provistas de largos dedos, de uñas planas y cuidadas. Estas manos de impassible serenidad, manos regordetas, pesadas se transfiguraban en la acción. La severidad adusta del rostro, contrastaba con la sedante y abacial palidez de sus manos. Montes parecía medir sus afectos por la magnitud de su entrega, ofreciendo a veces sólo la punta de los dedos con un desdénoso y frío acento, mientras otras confundía a la pulpa de sus manos con una expresividad íntegra, que era signo de cordialidad. La elocuencia de las manos de Montes se desplazaba por la antena de su dedo índice, como conductor al señalar y como fuerza de imposición, cuando se afirmaba verticalmente sobre un sitio de apoyo imaginario para percutir la descarga de un punto final.

II

Los gestos de Montes un poco histriónicos, daban a su

figura la sensación de un hipnotizador en el final de una prueba. La mirada profunda y dominadora era la de un mesmeriano, que seducía a sus oyentes con el brillo de su poder. Frente a los rebeldes, asumía actitudes de domador, que con sus manos lentas y seguras, hacía chasquear un látigo fantástico, reduciendo altívezes con el ónix de su mirada, de sus palabras enérgicas y siempre convincentes. De ahí que Montes sólo tenía admiradores y enemigos, ya que sus propios camaradas y partidarios se sometían satisfechos a la magia de su poder. El secreto de su mérito como político, siempre estuvo en su arrebatadora y fulminante personalidad, vigorosamente absorbente y llena de dominio. Por esto Montes, pudo ser un caudillo y un hombre de estado.

Ninguna forma psicológica de político más inconfundible que la de Montes. Animado por su pasión temperamental de nervioso - bilioso, vibraba con la tenaz reciedumbre de quien recibía el fluído de un sistema hepático vigilante. Por esto, Montes fué la pasión y como los primogénitos de la estirpe humana, alumbrado por la luminosidad del relámpago y el fulgor del rayo. Toda esta combustión interior, era dirigida por una voluntad modeladora, que asumía las diversas formas de la acción. Así realizaba su movilidad externa como un ingeniero que derriba obstáculos con dinamita, abre túneles y traza planicies. La imagen que encarna con más precisión el temperamento de Montes es el torrente que avanza y que es la fuerza de la vehemencia que gravita sobre al rueda Pelton de la voluntad, para encausar y para construir. Este gran extrovertido tenía la frenación en su conducta, que podía dar las sorpresas de un tipo intimista. Del maridaje de la pasión y de la voluntad, surge este gran carácter de la política boliviana. Montes, pertenece a ese grupo de hombres superiores, en quienes el gran fin no es el conocimiento, sino la acción. Montes, no fué un intelectual puro ni un filósofo, pero sí fué un excelso político y un gran coductor. Su vigorosa inteligencia, estuvo al servicio de su carácter y en su vida ocupó un plano inferior, mientras sus grandes designios, fueron obra de su voluntad señera. Si el carácter de Montes fué una gran montaña enhiesta, su inteligencia y su cultura, fueron un pequeño jardín, florecido y precioso. El campo mental de Montes estuvo reducido a un número selecto de ideales, que supo esculpirlos en la realidad como gobernante. Su sapiencia consistió en saber elegir lo mejor, para emprender su obra de palingenesia. Montes fue un hombre de Estado que tuvo la visión en paisaje de

los problemas del mundo y en función de las necesidades de Bolivia, y aplicó sus estímulos para transformar el panorama de su Patria, con el que se sentía disconforme.

III

Su conducta como gobernante nos dá una visión más clara del político. Prudente como Ulises, sabía recibir los consejos de Maquiavelo y en sus actos hubo el cincel del oráculo de Gracián. Sus enemigos le llamaban zorro, porque la fineza de su astucia era más astuta que el astutísimo de los otros, y porque sabía obrar frente a las fuerzas del mismo signo. Pero, esta no era su más significativa acción como político, sino su valor civil y sobre todo su astucia. A este político boliviano se le puede aplicar la frase de Bacon, que decía que el más poderoso instrumento del hombre público, primero era la audacia, el segundo la audacia y el tercero la audacia.

Montes tuvo el gusto y la soberanía del ante de mandar, al que pudo imprimirle un sello de nobleza, porque procuraba que las justicia acompañara a la ejecutoria de su conducta. Tuvo también, como político, la piel dura para el ataque y la actitud imperturbable que sus enemigos calificaban de insolencia y de cinismo. Esta su frialdad impasible ante el ataque de sus enemigos, no era sino una forma de su carácter y de su voluntad de frenación y de control.

Como no es nuestro objeto el estudiar la obra de gobierno realizada por Montes, nos bastará decir que ha sido un presidente creador, y que puso al servicio de la Patria todas las virtudes de su hermoso carácter. Fué el arquetipo del político constructivo, cuya ascendencia lejana como un modelo eterno está simbolizado por la alta figura de Pericles.

Como una expresión del carácter de Montes y de su motricidad espiritual, debemos anotar su aptitud oratoria. La palabra fué para este político boliviano una forma de la dinámica psicológica. Su oratoria constituyó un caudal en el que se revela más que el brillo de su mentalidad, la energía de su conducta. Todavía resuena en los ámbitos del Parlamento boliviano el eco de la imprecación dirigida a un senador que le acusaba:

—“¡Miente ese canalla!””

La oratoria de Montes estuvo florecida de un halo de prestigio, que surgía de su personalidad imponente y de su

además movido y teatral. Su voz atiplada, tenía un sabor metálico, como si fuera el altoparlante de si mismo. En el curso de su oración su voz adquiría matices viriles y un temple vigoroso. Montes en la tribuna no era simplemente el hombre que hablaba, sino el actor que lucía su trabajo, realizado con todo el esfuerzo de su potencialidad nerviosa. Todo el público que presencié su memorable defensa, frente a la acusación de la minoría parlamentaria opositora el 5 de diciembre de 1917, pudo ver como sus palabras, quedaron regadas por su copioso sudor que inclusive inundó su espalda, empapando su levita.

La oratoria de Montes ofrecía el atractivo de características muy especiales. Desde luego, era una oratoria, para intervenciones extraordinarias y de tipo esencialmente polémico. Los elementos que animaban el libreto de la actuación parlamentaria de Montes, eran la sinceridad de su exposición, desnuda y palpitante, la claridad de sus formas, el permanente movimiento de la sinfonía de su discurso que comenzaba con un "adagio", y luego destacaba sus "allegros vivaces" y sus "fortísimos". Es que Montes con su discurso no quería deslumbrar con el brillo de sus imágenes y con el exornado de una erudición. Lo que conseguía Montes, con el imperio de su palabra, era probarnos el poder de su gran personalidad. No sólo quería con su elocuencia dominar, sino convencer, rendir. Aquí aparecía su técnica natural de hipnotizador de hombres y de multitudes. El secreto de la oratoria de este tribuno, residía en la pasión y en escuchar la palabra de sus propios labios. Su elocuencia era el fruto del dominio del tema que desenvolvía, y ante todo y sobre todo, por el fuego con que pronunciaba su oración. Su palabra era lava derretida e hirviente. Así la oratoria de Montes hablaba el lenguaje de la vehemencia y de la convicción.

La mentalidad de Montes estuvo tallada en las formas fineseculares del ochocientos. Su fervor por el progreso material, su liberalismo despojado de todo brillo romántico, su constante y vigorosa tensión pragmática y su afán transformador, hacen de Montes una figura vaciada en los moldes del espíritu democrático y del pensamiento liberal, aplicado a las realidades del Gobierno, fué conservador en la conducción, y revolucionario para hacer y crear.

DANIEL SALAMANCA

I

Nada más pobre como forma humana que Daniel Salamanca. Era más que sí mismo, el espectro de su propia figura, la que no irradiaba ningún mensaje al exterior. Su estampa mínima, quedó concentrada en la estatura de un metro cincuenta y cuatro, sostenida por la filigrana de sus huesos firmes y delicados. El escorzo de su figura desvaída, sostenía su cabeza inclinada hacia adelante, mientras su columna vertebral se rendía ante su propio peso. Su pecho hundido hacia los sesenta años en 1930, era el recuerdo de sus plenitudes juveniles. Sus brazos cortos terminaban en manos huesudas y pequeñas, y, sus piernas eran sostenidas por la base de sus pies sumarios. Habitualmente vestía de negro, y sus trajes tenían más la gravedad del manto religioso que la elegancia del hombre de mundo.

La cabeza de Salamanca, era alargada y pequeña, cubierta por una densa cabellera negra, salpicada de canas, sometida a la disciplina de un peinado, que diseñaba una raya hacia el temporal derecho. Su frente en corte cilíndrico, carecía de una deslumbrante arquitectura. La cavidad de sus órbitas, ocultaban en su interior unos ojos de cóndor, velados por una luz apagada y cubiertos por el pliegue de sus párpados rectos. Su nariz afilada y larga, caía perpendicularmente desprendida del acento circunflejo de sus cejas sobre su boca de labios finos y delgados que daban la impresión de punteros de reloj. La fuerza de sus músculos, recogidos al mentón firme, dejaban en sus mejillas pálidas dos paréntesis de tristeza y de melancolía. Este rostro afeitado, de musculatura ascética, de piel olivacea y opaca, integraba la figura de Salamanca.

II

Sin embargo de todo esto, había algo que interesaba en este hombre sin interés, y eran sus movimientos pausados, sus gestos de perfiles dispersos en rasgos lentos, sus ademanes casi exangües de este vivo provisional, que más que nadie parecía andar con su cadáver al hombro. No cabía duda, que el phatos del ascetismo, alcanza en Salamanca una expresión ejemplar. Tiene el ascetismo no de

los santos cristianos, sino la severidad puritana de Calvino y la disciplina austera de Cromwell. A Gandhi se parece hasta en la figura, sólo que el político boliviano, cubrió el pudor de sus huesos con un permanente abrigo negro. Su simpatía filosófica por el culto budista, no sólo era de base informativa e intelectual, sino que buscó paralelo en su conducta, dándole el gusto y el amor por la vida recoleta, provisto de una gran capacidad para la inhibición solitaria. Así perfeccionó la sensibilidad de su temperamento asténico de profundo introvertido. Es probable que la cordial aspiración de Salamanca, fuera la del reformador profético, que sintió las sugerencias inmortales de la profunda sabiduría. El nimbo místico de Salamanca, fué además de una expresión psicológica un módulo patriótico, pero no una fórmula de religiosidad.

Salamanca había cubierto la modestia de su carne y de sus huesos por la armadura de la humildad. Acercándose a través de las impresiones externas al espíritu de este hombre superior se encuentra un panorama de horizontes complicados, llenos de los más sorprendentes mirajes. Es que la carne fué en Salamanca, nada más que un pretexto, para animar una gigantesca vitalidad interior, en la que se cristalizaban las dimensiones magníficas de la inteligencia, de la emotividad y del carácter. Era el volcán cubierto de hielo y decorado de nieve. Este hombre que reflejaba en su rostro de ceniza una profunda tristeza, era un desdeñoso de todas las vanidades, mientras su orgullo se nutría con la médula de león de la soberbia. Su cortesía tan aparentemente modesta, en la profundidad de su expresión, parecía animada por el espíritu irónico de los políticos chinos.

III

Si el conjunto mental de Salamanca, asimiláramos a la geografía boliviana, tendríamos que su voluntad era la imagen de nuestros Andes, al pie de los cuales surgen las vertientes de su inteligencia y las planicies yermas de su biología. La estructura de su vida interior estuvo señoreada por su voluntad ascética, que supo dominar sus pasiones como los estoicos, que administró sus instintos como los fakires, y que fué dueño del continente obscuro infraconciente. Ejerció, pues, una "no voluntad" sobre el panorama de su vida interior. Es aquí que podemos diferen-

ciar la voluntad como acción que se presenta típicamente en los hombres de motricidad externa, y la voluntad aplicada al control interior. Esta es la característica de la voluntad de Salamanca. Su gran inteligencia que rindió vassallaje a su carácter de dominio sobre sí mismo, hizo de Salamanca un extraordinario razonador, por esto lo sorprendentemente en su mecanismo mental fué su espléndido poder de meditación. Cultivada su mente en las disciplinas cartesianas y en la filosofía spinocista, Salamanca deja de ser diletante del pensamieto, para ser un filósofo de la política.

Lo que nos interesa ahora que nos asomamos a la oratoria de este político, es destacar su poder de construcción mental a base de su tesitura de meditador. Concebido el plan de un discurso, Salamanca, lo sometía a un proceso lógico de síntesis y de análisis, buscando a cada problema los treinta y dos puntos de la rosa de los vientos, y luego ordenaba sus ideas, y el desarrollo matizado de las mismas, y finalmente toda la proyección intelectual, era memorizada reflexivamente en toda su amplitud. Todo este trabajo mental era el de un rumiante, que hacía pasar sus ideas por sucesivos estómagos cerebrales, disponiendo siempre de alimentos de reserva, para el desierto de las polémicas parlamentarias. De ahí que Salamanca, que fué un voluptuoso de la meditación, dió siempre la idea de improvisar sus discursos por extensos que fueran. Frente a la tribuna parlametnaria, en la pequeña mesa de su sillón, no había un papel, ni un apunte, ni preparación escrita del discurso, como lo han hecho grandes oradores, muchos de los cuales escribieron pacientemente sus discursosy luego los grababan en el acero de su memoria, repitiéndolos al público, con el aparato escénico correspondiente.

La oratoria de Salamanca, ha sido en Bolivia, durante el presente siglo, una de las más notables e impresionantes. En la tribuna del Congreso y frente a las multitudes de la plaza pública, este hombre pequeño y esmirriado, sin ornamento estético, se transfiguraba, convirtiéndose en un gigante, animado por la voz multitudinaria del pueblo y en el espíritu de la emoción democrática. Su voz bronca y profunda emergía, no como la vibración de un sistema respiratorio, sino como una fuerza huracanada, que descendía de la montaña, o como el rumor de ventisqueros rotos que se precipitaban en el torrente. Esta voz áspera y helada —tal vez ligeramente torrefacta por el humo incesante de sus cigarrillos— tenía la elocuencia conmovedora de la angustia, del desgarramiento y del dolor. Así debió ser la

voz de los profetas bíblicos, deshumanizada, como voz síntesis, que era una fuerza de la naturaleza. Esta garganta de Salamanca, que resonaba como un órgano, era el vehículo para transportar el pensamiento de este orador trágico. Sus discursos, así los dirigidos a las muchedumbres, como los pronunciados en el recinto del Parlamento, tenían una visión arquitectural y también la expresión matemática de la música de Bach. Así eran sus oraciones de solemnes y de contenido afán. Nada se parece tanto a la oratoria de Salamanca como las construcciones de Tihuanacu, integradas por moles de piedra, pulidas, llanas y escuetas. La retórica de Salamanca, era la de la línea recta con sus variantes geométricas, de tal modo que el signo escalonado de Tihuanacu se ofrece como el símbolo del mayor adorno. El exornado de la elocuencia de Salamanca, consistía en el uso de las llamadas figuras de pensamiento, que presentaban su discurso con la depuración de la palabra, ceñida, castigada, de líneas claras y sencillas. Su poder lógico influía vigorosamente en la construcción y en el régimen de su frase, tiranizada despóticamente por la gramática. La reducción a la simplicidad aforística de sus palabras, eran en el fondo el adorno máximo de la oratoria de Salamanca, cuyas frases rápidas, percutidas, luminosas y cortas, luego se incorporaban al lenguaje común como expresiones nacidas del propio pueblo que le había escuchado. Nada más evocador en Bolivia a la oratoria de Lincoln, que el poder verbal de Salamanca.

Era impresionante, como este hombre de trazas de San Francisco, de actitud casi estatuaria, casi en esa postura marmórea e inexpresiva de los bustos clásicos, sin pupilas, inclinada la cabeza, como si mirara sin vértigo la profundidad de un abismo, mantenía a su auditorio silencioso, atento, deslumbrado, interrumpiendo sus periodos con largos aplausos que el hombre de nieve escuchaba desdeñoso y ausente. La devoción admirativa a la oratoria de Salamanca, que experimentaba el pueblo, era igual cuando lo escuchaba un discurso de circunstancias, que cuando se embriagaba oyéndole sus interpelaciones que duraban semanas. Era simplemente admirable que este hombre enfermo, hablara apacientemente sin fatiga, por largas horas. En este perfil se destacaba la vigorosa potencialidad de su sistema nervioso de fakir y en su espíritu, que era todo pensamiento y verbo. La oratoria de Salamanca se ofrecía con extraordinarios relieves en la polémica. Allí lucía todas sus armas y todo el equipo de sus recurss dialécticos.

El estilo de la oratoria boliviana, fué un fruto que había madurado por la congujación del barroco con el romántico, y el tipo de elocuencia influenciada por estas tendencias, a fines del siglo XIX, todavía circulaba como sangre nutritiva en los tegumentos de la tribuna parlamentaria y en la llamada oratoria de barricadas. Salamanca se presentó con un estilo nuevo, donde no hay la exhibición de relieves bizantinos, ni el policromado de imágenes, ni el tormento de la cláusula retorcida en columnas barrocas. Todo en su forma de expresión es simplicidad y reducción a la geometría esquemática. Por esto los discursos de este gran orador boliviano nos recuerdan a los medelos del arte de los antiguos clásicos. Salamanca en su afán de ser claro y ser pulcramente sencillo se adueñó de los métodos de mayor acrisolamiento. Es por esto que sus discursos, tendrán siempre esa frescura de lo constantemente nuevo, y que al contrario con el tiempo, multiplican su valor y su brillo. De aquí que decimos que la oratoria de Salamanca es de tipo clásico. Algunos de sus mensajes presidenciales, tienen un sello impresionante de perdurabilidad, tanto por su valor literario, como por su valor civil y por su valor como espejo de la verdad.

IV

La figura de Salamanca, aparece en Bolivia como el último de los liberales románticos. Si por su forma oratoria fué un clásico, por su pensamiento político fué un romántico, que es fácil identificarlo con el mensaje tradicional de los Rojos. Sus grandes temas oratorios, fueron la defensa de las libertades individuales, la exaltación de la pureza del sufragio, el mantenimiento intocado de la libertad de prensa. Su más famoso discurso, dirigido a combatir el estado de sitio y a favor del Habeas Corpus, concentra todo el pensamiento de Salamanca sobre su doctrina filosófica del derecho constitucional.

Para terminar esta silueta de Salamanca, utilicemos la frase de Paul Valery aplicada a Stendhal. "Nunca acabaríamos de estudiarlo. No creo que se le pueda hacer mayor elogio".

ISMAEL VASQUEZ

I

El arte oratorio de Bolivia, adquiere la más sugestiva e interesante atracción en la figura de Ismael Vásquez, que brilló en el parlamento y en el foro, entre el crepúsculo del siglo XIX y los primeros veinte años del presente.

Vásquez, concentra en su personalidad las formas características del orador, preparado, por decirlo así, en su estructura corporal, para la función de la palabra. Era de mediana estatura, opulento de músculos y la plenitud de su pecho acusaba al hombre de los Andes, modelado para las grandes fatigas del viajero de las cumbres. Su gordura no le imposibilitaba el movimiento de sus brazos con dignidad y soltura, ni tampoco la firmeza ágil de su marcha, erguida y solemne. Sus manos arracimadas, tenían una extraña suavidad de ofidio. Su gran cabeza de mesaticéfalo, reposaba en postura escultural sobre su pecho, sostenida por un cuello de fortaleza bovina. La frente alta se prolongaba indefinidamente en una calva, acentuada en su pulimento por el corte mondo de sus cabellos en los temporales y la nuca. Su rostro circular, de color moreno claro, ofrecía un aire mongólico, por el trazado de sus párpados y por sus bigotes que cuando eran descuidados en su corte le daban un aspecto de mandarín. La línea de sus labios, aparece diseñada por un modelado sensual. Las cejas de pincelada ancha, concentran la luz sobre sus ojos redondos, de mirada enérgica y dominadora, situados en una actitud que daba a su fisonomía total la sensación de que fuera a embestir a su interlocutor. Es curioso anotar cómo los rasgos morfológicos de Vásquez, de tipo pícnico, coinciden con las figuras de oradores célebres como Mirabeau, Castelar, Donoso Cortés y Vásquez Mella. El paralelo biotipológico se amplía a otras características, que proyectan aspectos de sus formas de vida. De Donoso Cortés, tiene la capacidad del retórico, era goloso como Mirabeau, fué misógino como Castelar y como Vásquez Mella, a quienes se parece también por su poderosa memoria y por su temprana vocación tribunicia.

II

La mentalidad de Vásquez está representada por el

equilibrio y el armónico sentido de su riqueza psicológica. En el gobierno y en la lucha política, sabía lucir su garra de hombre de carácter, decidido y valiente, al mismo tiempo que severo en la aplicación y defensa de la ley. Vásquez con su escrupulosidad celosa para el ejercicio pragmático del espíritu jurídico, infundía a la disposición legal el contenido de la voluntad de mando. En sus discursos, podía apreciarse su lujosa y fértil fantasía, de caudalosa riqueza lírica. Era Vásquez hombre de biblioteca, profundo estudioso de la historia patria y universal, conocedor de la filosofía, de la ciencia jurídica y de la sociología. Tuvo la ciencia del erudito y la emoción artística del intelectual. En la polémica su dialéctica le presentaba como un esclavo de la razón y de la lógica. El brillo de su penetración intuitiva y la ponderación de su sagacidad, le ofrecían como un hombre de magnífica y clara inteligencia. La facultad absorbente de la personalidad de Vásquez fué su memoria, mientras los demás rasgos de su espíritu le escoltan y sirven con uniforme estatura. De aquí que en este notable orador se ofrezca su espíritu como un proteo en sus diversas manifestaciones, grande en todas, pero sólo eminente en la memoria de atributos excepcionales.

III

Nadie como Vásquez cultivó en Bolivia la estética de la palabra con la vocación y el sensualismo de un artista. Diríase que renace en Vásquez la técnica de la academia clásica. Fué maestro de sí mismo para el ejercicio didáctico de las disciplinas que sirven para embellecer la formulación del pensamiento por medio del verbo y para realizar el supremo ideal de encantador de multitudes. Aunque Vásquez llevó en su alma la fuente vocacional de la elocuencia se sometió al estudio para realzar las dotes con que había sido favorecido por la naturaleza. Es de las profundidades de sus raíces psicológicas íntimas que extrajo su fuerza, su capacidad oratoria, exaltada y perfeccionada por la constante aplicación de la técnica.

Vásquez fué un escritor eminente que aplicó a su obra la tenaz y minuciosa actividad del artifice. Su maestro pudo haber sido Flaubert o Teófilo Gautier, sino antes no hubiese sido iniciado en las normas de la retórica clásica. Tuvo así, el gusto y el amoroso afán por la frase libre de plantas parásitas, y todo en ella fué pulcritud, esmero y

aseado decoro. Su devoción por la taracea, atormentaba al verbo hasta extraerlo desnudo y claro como la verdad, bello con la gracia de la cadencia y musical como la luz. Sus conocimientos de las letras clásicas, forjaron su período en líneas estrictas y enamoradas. En la expresión literaria de Vásquez se funde la fuerza dominadora del esteta, la justeza del conocimiento y el fuego interno de su gran pasión por la belleza. Este gran retórico, pasaba en desvelo, modelando el acuñado de sus frases jadeantes de perfección y redondas como monedas de oro.

IV

A pesar de su liberalismo Vásquez no aplicó a la construcción de sus discursos la fórmula del dejar hacer y dejar pasar. Rara vez abandonó sus discursos a la improvisación, porque la mayoría de ellos, fueron sometidos a un plan previo, a un rigorismo vigilante y a una cuidadosa conciencia técnica. Diríase discípulo de Tácito en su diálogo de los oradores. Vásquez tenía la voz atenorada, que la sometía al ejercicio del canto, y sus gestos y su postura, habían sido cultivados en las tablas, representando con éxito obras del teatro clásico en compañías de aficionados, allá en los días de su juventud dorada. Pero, esta educación del gesto no le bastó a Vásquez, que aún cargado de laureles y en el otoño de su vida, esculpía sus discursos, su voz y sus actitudes ante el espejo. El trabajo de preparación de sus oraciones no sólo se refería a la gesticulación, sino al propio tema. Ya indicamos, que Vásquez fué un estilista. Una vez que acababa su lucha frente al papel, escribiendo su discurso, debía iniciarse el verdadero trabajo del orador. Nosotros hemos visto discursos de Vásquez, escritos a pluma con su letra ancha y clara, atormentados por tachaduras, llamadas, enmiendas. Luego, este borrador era mecanografiado. Y aquí continuaba la tarea del reajuste de giros, acomodo de adjetivos, eliminación de cacofonías, consonancias... Al fin el retórico y el gramático parecen satisfechos. Entonces mandaba mecanografiar la esencia destilada de su vigilante esfuerzo y de su enfermizo descontento. Por último en la forma de los peripatéticos, paseando, leía tres o cuatro veces su discurso, para memorizarlo. Su prodigioso poder de asimilación, pronto absorbía cual fuera la longitud del escrito, lo que le permitía, repetirlo en público sin omisiones ni faltas. Vásquez como

Castelar o como Burdalue, pudo decir que su mejor discurso, fué el que lo sabía mejor de memoria.

V

La obra de la acción en los discursos de Vásquez, debía realizarse frente al público. Es en la tribuna que aparecía algo que estaba ausente en la preparación íntima. Era su fuerza creadora, es decir, la vehemencia, el énfasis y su calor declamatorio que daban nueva vida a la creación estática y a la frialdad disciplinada del gesto. Su ritmo declamatorio era exornado por una voz apta para la musicalidad, de múltiples y variados tonos. Sabía apoderarse del auditorio no por la sugestión, ni por la inquietud del pensamiento, sino por el seductor sirenismo de sus frases emotivas, que acariciaban los oídos, y que producían singular deleite en la imaginación con la música de sus cuadros, logrando encadenar fuertemente al auditorio por la sucesión de las emociones. Sabía penetrar en el fondo obscuro de la masa y apoderarse de ella, tocando la intimidad de sus más entrañables sentimientos. Es que Vásquez tuvo el secreto de pensar por imágenes.

En Vásquez podemos destacar hasta tres tipos de distintos discursos. Los polémicos, en los que luce su erudición humanística, de prosa severa y vigorosa. Tales sus discursos relativos al régimen federal de Bolivia. El impulso de su elocuencia llevó a la Convención de Oruro de 1899 a la votación sobre el establecimiento del sistema republicano federal, que fué negado por la Asamblea por el voto del Presidente, quien dirimió el caso frente a los dos sectores iguales. Los discursos políticos de las grandes circunstancias, bien calibrados, severos, henchidos de responsabilidad. De este género son los que pronunció en el Parlamento como Diputado o como Ministro, en interpelaciones memorables. Finalmente sus discursos de bello estilo, en los que triunfa el retórico. Tales, por ejemplo, su célebre discurso sobre las Heroínas de la Coronilla y uno que dijo como Vicepresidente de la República, en elogio del Uruguay democrático del año 1918, cuando fué recibido en el Parlamento de Bolivia el Presidente de la Nación Oriental Baltazar Brun.

VI

Vásquez fué un animador del sentimiento nacional y patriótico. Identificó el contenido del liberalismo y de la democracia con la fuerza de la tradición. Tuvo la mentalidad política, de lo que podríamos llamar, un liberal conservador. Su orientación espiritual antes que la intransigencia fanática, buscó horizontes de armonía y de convivencia. Su afán político, fué identificar las direcciones reaccionarias con las fuerzas del progreso.

El presente perfil, quedaría inconcluso si no pusiéramos de relieve la ética trasparente de Vásquez. Este erudito y artista de la palabra no tendría un sitio de honor en la historia de Bolivia, sólo por sus capacidades intelectuales. El valor de la figura de Vásquez está multiplicada por sí misma con la fuerza de su conducta moral, al comprobarnos en su vida, que la misión del hombre de letras no consiste, como último fin, solo en el cultivo narcisista de sus aficiones, sino en el deber de proyectarse como inductor de estímulos de perfección espiritual y de patriotismo. Vásquez, fué un hombre altivo, ajeno a toda servidumbre cortesana y se realizó socialmente como ciudadano, es decir, fué un intelectual que puso todo su afán al servicio del idealismo de Bolivia. Sus virtudes de hombre civil le situaron, siempre en lucha frente a la fuerza. Así su vida fué una constante lección de honestidad política y de decoro ciudadano. La fusión del cobre de la ética con el estaño del talento estético, nos ofrecen el material, para una estatua de bronce que haga perdurable la figura de Ismael Vásquez.

Finalmente Vásquez, justifica en Bolivia la perfección constante de la sinfonía inacabada de la democracia y de la libertad creadora, por la presencia de las virtudes de sus grandes oradores.

Quito, Abril 18 de 1949.

LA VOZ ESPECTRAL

A la memoria de los poetas Alfredo Gangotena e Ignacio Lasso.

Os he encontrado donde la desolación empieza a hacerse arteria y pupila... Os he encontrado en el bosque, hermanando vuestra sangre a la savia. Y la pupila tiene sombras, mundos... Secretos de árbol, cuitas forestales, romances de flores, melancolías de ramas huérfanas que han perdido un nido o una flor. Penas arcanas de troncos congeladas en resinas; suavidad que hace caricia al musgo; agilidad trepadora de bejucos; llantos de tórtolas... Es el pinar antiguo de "La Alameda". La eternidad de Dante está despierta en el bronce de su busto; también el Genio como árbol de creaciones inmortales, entre los árboles de genealogía ilustre. Y hojas secas caídas al pie de los troncos: memorias que guardan la canción del viento... Cosas intangibles como una población de fantasmas, de genios traviosos, de seres que apenas rozan el alma.

Sí, hombres cansados y sufridos se han refugiado aquí, para convertirse en sombras. Aquí están los sueños de los locos, la felicidad de los locos; los imposibles de los soñadores errantes; la nebulosa imprecisa de los que quisieron ser y no fueron; la cueva de los alejados; el grito guillotinado de los poetas y filósofos; la imagen inaccesible que se burló de los pintores con su carcajada de luz y sombra y que escapó de los pinceles enanos y febriles; la tanta pena y la tanta alegría de quienes supieron esperar su puñado de dicha... Y hay besos de enamorados, que se hicieron lágrimas en el rocío de los pétalos, para brillar junto a cada júbilo líquido abierto como herida de luz en lo más recio de las cortezas. Y flores muertas: llamas apagadas en lo más alto de los cirios de la primavera; sueños de tallos adolescentes que despertaron antes de que amaneciera o que, por una filosofía quijotesca, sacudieron su leña renunciando a su tesoro de flores, para ser la rama dolorosamente fuerte.

El bosque os entiende, os escuchan los árboles... El humus asciende en silencio a ser vida, y en silencio desciende de la vida a ser muerte! Sentís que algo profundo os absorbe, desbarata y consume; más, vuestra carne se resiste y sufre al detener a su alma, y sois esencia de vuestro ser y no ser. Diabólicamente alguien os pide lo que tenéis y lo que no tenéis! Y dejáis correr vuestra legión de sueños; vuestro escuadrón de días. Y allí donde el bosque quiere asfixiaros y no os asfixia, allí estáis escuchando en vuestra angustia más alta, en todas las escalas de vuestro corazón, la cuerda del infinito...

Oh vosotros!: vosotros, poetas de tormento y alegrías absconditas, fuisteis alegres tristezas con figura de niño, dueños de cielos inefables! Vuestro corazón quiere fugarse: Todo centro es un dominio de espacio, una cita para convergencias infinitas, un centelleo de distancias a posibles viajes imposibles! ¡Oh centro de infinitudes, oh centros de eternidad, vuestros corazones en lo más elevado del misterio! Llamadas solitarias a las que el corazón no llega y que tan sólo a veces únicamente el espíritu alcanza a rozar, intentando tocar a Dios!... Estar perdidos en algún camino divino, he allí vuestra alegre y eterna residencia...

¿De dónde regresa vuestra alma, que viene tan inmensa, tan poderosa que os estremece como debe estremecer la vida en su primer y en su último instante? El grito os nace de una ausencia y colma una distancia. ¡Oh vida azul de las distancias, vida azul del corazón en ausencias infinitas! El recuerdo es azul. La muerte y el cielo son azules, y la llamada de Dios, la presencia azul del infinito... Todo termina en azul, el reino de una estrella y hasta el dolor de un camino!

Y la vida está despierta en las húmedas resinas, en las raíces más hondas, en las hojas más altas. Y queréis iluminarlo todo y en vuestro afán de luz, os váis consumiendo dentro de vuestro propio fuego en vuestro viaje hacia la síntesis de la ceniza, centro de todos los milagros.

(Del libro inédito "Lo que el Poeta me dijo").

Quito. 1943.

C E S A R E S P I N D O L A P I N O

EL HEMISFERIO OCCIDENTAL

A los niños de América

AMERICA DEL NORTE

La América del Norte
parece una panoplia
de hierro, bronce y de oro,
amarrada en el Polo
con las cintas telúricas
de Alaska y Groenlandia.

En ella resplandecen,
cual centellas estáticas,
las espadas perincíticas
de Hidalgo y de Morelos,
de Manckenzie y de Washington...
las flechas y las hachas,
las foragidas lanzas
de inmortales aztecas,
de agónicos piel rojas...

Las brasas inmortales
de Juárez y de Lincoln
atizan con sus manos
el crisol democrático...
La gran anficiónía
del alma americana
se vislumbra en la torre
inmensa del Ideal.

AMERICA CENTRAL

Engarzadas en aguas
del Caribe y del
Atlántico y Pacífico,
fulguran once piedras
preciosas, sempiternas:
Guatemala y Honduras,
Salvador, Nicaragua,
Panamá, Costa Rica,
Cuba, Dominicana
y el diamante de Haití...
Jamaica y Puerto Rico
ya taladran las rocas
turbias de servidumbre
para que nazca el iris
de la liberación.

¡Oh, América del Centro,
constelación de espíritus
rutilantes, bravíos!
Cuando pasa la sombra
egregia de Martí,
la noche siente el vértigo
de promisoras albas.

AMERICA DEL SUR

Vista desde la altura
la América del Sur
es un gran corazón
en el pecho del mundo.
Corazón de diez llamas
que se atraen y juntan
para forjar el alma
de la fraternidad.

Venezuela y Colombia,
Brasil, Chile y Bolivia,
Uruguay, Paraguay,
Ecuador, Argentina
y el Perú que nos debe
tierras de la Amazonia,
crean con sus banderas

horizontes más diáfanos
cuando pasa la pléyade
más ilustre del orbe,
en comunión de afectos:
Bolívar y Sarmiento,
Rodó, Bello y Espejo,
otros mil capitanes,
maestros, pensadores
y el Quijote Don Juan...

Guayanas y otros feudos
de Europa, ya pueden
recibir en sus ojos
la vendimia del sol
y gritar con el trueno:
¡Libertad! ¡Libertad!

* * *

Ciudadanos: América
del Norte, Centro y Sur,
nos dice el corazón
que ha de ser el refugio
del Hombre y de la Luz.
¡Por tan noble destino
bendigamos a Dios!

Quito, 1944.

A L F R E D O M A R T I N E Z

BIOGRAFIA DE ESPEJO

IV.—ESPEJO FILOSOFO, EDUCADOR, TEOLOGO, NATURALISTA, BIBLIOFILO.

"Cogito ergo sum."

Y la cogitación fué para Espejo una ocupación favorita. Desfilaron ante sus ojos, nutriendo su espíritu ávido e insaciable, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Plutarco, Gassendi, Montaigne, Copérnico, Newton, Leibnitz, Clarke, Descartes, Locke, Wolfio, Lucrecio, etc., y también Teólogos y Apologistas insignes del cristianismo, como Santo Tomás y San Agustín.

Ningún estudio, por complejo y abstruso, lo consideró vedado para su tenaz entendimiento, y si no llegó a la especialización y al dominio absoluto, ello no le impidió poseer una pasmosa erudición, la misma que hizo resaltar mayormente en "El Nuevo Luciano" y "Reflexiones", sobre todo en esta última obra, tan llena de originalidad y buen gusto, y en la que no se advierte la sátira cruda y mordaz como en la otra.

En "Reflexiones", Espejo se eleva muchos palmos. Es un Ariel diáfano y alado que persigue el bien y sólo el bien de sus compatriotas, a fuerza de abono espiritual apacible y tamizado; es el maestro sereno y discreto que discurre con habilidad, gracia y sabiduría, enseñando aquello que lo juzga intrínseco, útil y apropiado; es el consejero experimentado y liberal que hace dación clara y precisa de sus reservas mentales; es el filósofo, en fin, que muestra

horizontes más diáfanos
cuando pasa la pléyade
más ilustre del orbe,
en comunión de afectos:
Bolívar y Sarmiento,
Rodó, Bello y Espejo,
otros mil capitanes,
maestros, pensadores
y el Quijote Don Juan...

Guayanas y otros feudos
de Europa, ya pueden
recibir en sus ojos
la vendimia del sol
y gritar con el trueno:
¡Libertad! ¡Libertad!

* *

Ciudadanos: América
del Norte, Centro y Sur,
nos dice el corazón
que ha de ser el refugio
del Hombre y de la Luz.
¡Por tan noble destino
bendigamos a Dios!

Quito, 1944.

A L F R E D O M A R T I N E Z

B I O G R A F I A D E E S P E J O

IV.—ESPEJO FILOSOFO, EDUCADOR, TEOLOGO, NATURALISTA, BIBLIOFILO.

“Cogito ergo sum.”

Y la cogitación fué para Espejo una ocupación favorita. Desfilaron ante sus ojos, nutriendo su espíritu ávido e insaciable, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Plutarco, Gassendi, Montaigne, Copérnico, Newton, Leibnitz, Clarke, Descartes, Locke, Wolfio, Lucrecio, etc., y también Teólogos y Apologistas insignes del cristianismo, como Santo Tomás y San Agustín.

Ningún estudio, por complejo y abstruso, lo consideró vedado para su tenaz entendimiento, y si no llegó a la especialización y al dominio absoluto, ello no le impidió poseer una pasmosa erudición, la misma que hizo resaltar mayormente en “El Nuevo Luciano” y “Reflexiones”, sobre todo en esta última obra, tan llena de originalidad y buen gusto, y en la que no se advierte la sátira cruda y mordaz como en la otra.

En “Reflexiones”, Espejo se eleva muchos palmos. Es un Ariel diáfano y alado que persigue el bien y sólo el bien de sus compatriotas, a fuerza de abono espiritual apacible y tamizado; es el maestro sereno y discreto que discurre con habilidad, gracia y sabiduría, enseñando aquello que lo juzga intrínseco, útil y apropiado; es el consejero experimentado y liberal que hace dación clara y precisa de sus reservas mentales; es el filósofo, en fin, que muestra

en la palma de su mano el contenido y la naturaleza de las cosas.

Si en "Primicias" es el didacta solícito y amante de la chiquillería gárrula —embrión de oro de todas las generaciones—, por la que se muestra paternal y sencillo, inclusive dirigiendo y amonestando a los maestros de primeras letras, para que lo fueran de verdad, auténticamente de verdad, en "Reflexiones", es el docto galeno que exterioriza sus dilatados conocimientos médicos en beneficio de la juventud universitaria, a la misma que no se le puede distraer ni captar —advierte—, con el engaño y la superchería elevadas a la cátedra.

Si en el "Luciano" asoma el ironista agudo e intransigente, vapuleador y satírico, y al propio tiempo, el entendido en las Artes de la Retórica y la Poesía, el "Criterio del Buen Gusto", la Filosofía, la Teología Eclesiástica, y la "Oratoria Cristiana", temas que le facilitan tratar de otras materias, como las sociales y jurídicas; en "Memoria sobre el corte de quinas", y "Voto de un Ministro togado de la Audiencia de Quito", aparece el Botánico y el Químico, y el previsor por excelencia de la riqueza pública ecuatoriana.

En Oratoria Cristiana, compuso muchos sermones como los de "Santa Rosa" y "San Pedro"; y en Teología Eclesiástica, fuera de los capítulos concernientes a esta materia, en "El Nuevo Luciano" y en "La Ciencia Blancardina", *explayóse* también en su "Carta del Padre La Graña sobre Indulgencias, y en sus cartas Teológicas sobre la "Inmaculada Concepción de María".

No cabe duda que Espejo, sin ser un "original", en el sentido que quiera darse a este vocablo, fué un pensador a su manera y con su estilo propio, estilo al que no le faltó cierta galanura, como escritor erudito que fué.

"Nihil novum sub sole" es el aforismo latino, y al Precursor no pudiéramos exigirle, sin incurrir en grave injusticia, que había de ser un taumaturgo creador de novísimas Escuelas doctrinarias, pues ésto, a más de insidioso, resulta poco admisible, dado el ambiente en el que nació y vivió.

Esto no obstante, tenemos bien discernido que en materia biológica vislumbró, con claridad genial, la existencia de los **gérmenes** mucho antes de que lo hiciera Pasteur. Y en materia Política, tenemos también expresado, que su pensamiento se perfiló único y sobradamente atinado al patrocinar la idea de la Revolución Latino Americana, encaminada a obtener que todas las Colonias Españolas se

constituyeran en Repúblicas democráticas, libres e independientes.

Y estas dos concepciones, o una sola de ellas, las consideramos bastante para que Espejo sea eterno en la Historia de nuestro pueblo, y figure entre los Grandes Genios del saber y el sentimiento humanos.

Y acaso en todos sus "papeles" no se muestra el iniciador severo e intransigente, el innovador de la educación y de las costumbres de su pueblo, el reformador inteligente y porfiado de todo cuanto corresponde a la civilización y a la cultura?...

Como todos los Héroes y Próceras, Espejo participó de todas las facultades anímicas que hacen del hombre un ser puro y excepcional, y en cuanto a su destino, éste estuvo sembrado de ásperos guijos, sierpes e intrincadas vallas. Vivió aderezándose para recibir a la muerte, pues, como verdadero filósofo, ha tiempo que había despojándose de los obstáculos perecederos de la envoltura corpórea, para dar rienda suelta a los inmortales y elevados requerimientos del espíritu.

"Los hombres ignoran, dijo Sócrates, que los verdaderos filósofos no trabajan durante su vida sino para prepararse a la muerte; y siendo esto así, sería ridículo que después de haber perseguido sin tregua este único fin, recelasen y temiesen cuando se les presenta la muerte."

Y explica luego:

"La razón misma lo dicta; porque si es imposible conocer nada en su pureza mientras que vivimos con el cuerpo, es preciso que suceda una de dos cosas: o que no se conozca nunca la verdad, o que se la conozca después de la muerte, porque entonces el alma, libre de esta carga, se pertenecerá a sí misma; pero mientras estemos en esta vida, no nos aproximaremos a la verdad, sino en razón de nuestro alejamiento del cuerpo renunciando a todo comercio con él, y cediendo sólo a la necesidad; no permitiendo que nos inficione con su corrupción natural y conservándonos puros de todas estas manchas, hasta que Dios mismo venga a libertarnos".

"No hay que equivocarse; no se camina hacia la virtud cambiando placeres por placeres, tristezas por tristezas, temores por temores, y haciendo lo mismo que los que cambian una moneda en menudo. La sabiduría es la única moneda de buena ley, y por ella es preciso cambiar todas las demás cosas. Con ella se compra y se tiene todo: fortaleza, templanza, justicia; en una palabra, la virtud no es ver-

dadera sino con la sabiduría, independientemente de los placeres, de las tristezas, de los temores y de todas las demás pasiones. Mientras que, sin la sabiduría, todas las demás virtudes, que resultan de la transacción de unas pasiones con otras, no son más que sombras de virtud; virtud esclava del vicio, que nada tiene de verdadero ni de sano. La verdadera virtud es una purificación de toda suerte de pasiones”.

Tenemos entendido que se nos excusará la transcripción anterior, pues se nos alcanza la persuasión, de que a trueque de hidalguía semejante, regalamos al lector con las exquisiteces de una bellísima ética.

Además, el pensamiento socrático viene muy bien para ser aplicado a Espejo, dado que nuestro ilustre compatriota fue sabio y fue virtuoso, bien por su manera de pensar y de actuar; bien por su expresa renunciación a todos los placeres mezquinos y fugaces de la vida material y ahita.

Y fué justamente aquella renunciación, la que permitiéle dedicarse por entero al pulimento de su inteligencia; la que facilitóle los medios para que pudiera ser “un bello espíritu”; la que condújole, en fin, con paso jubiloso y risueño, a refugiarse en la arcada solemne, plácida y señorial de una Biblioteca, mejor dicho, de su Biblioteca, porque ésta llegó a ser suya, muy suya, como el engendro de sí mismo.

*

* *

Y sería aquella Biblioteca, podemos figurárnoslo, algo así como uno de sus seres más queridos, o quizá más. Sería en ésta, en su sacro seno, donde dibujaría siempre una sonrisa feliz y desaprensiva, de solitario pensador y esteta; monologaría a sus anchas con su amor inalcanzado, con su novia de siempre, engarzada en su corazón leal y contrito; o argüiría también a sus filósofos favoritos, con empeño y desnudo, a sabiendas de su asbtracción absoluta y de su total falta de ingerencia en el comercio fútil y trashumante de los hombres.

* *

* *

Y este recinto del bien, la virtud y la sabiduría, fué profanado un cualquier día de aquellos, por la planta escu-

irridiza y reptante de aquel corchete de todos los tiempos que, con su papel desgraciado, arrolla, empuja, cocea, hiere y se emberrincha en nombre de la tiranía y de la estulticia.

*
* *

Fué así como el patriota, el sabio y el filósofo, el hombre que sólo hizo bien y nunca mal, recibió en aquel día de Enero de 1795, la última mirada cálida y fraterna de sus libros, de su Biblioteca, la que, es de intuirlo, cuando vería partir a su hijo predilecto al entrevero odioso del estigma y del último sacrificio, sellaría, iracunda y despectiva, sus puertas, con bastiones rojos y negros, con admirable gesto de duelo y de protesta.

*
* *

Y fuese de este modo el Gran Precursor...

El hombre pensador y caviloso tiene ya su pátina indestructible. Ya está barnizado de tiempo docenas de veces. Ya está, de esta guisa, depurado y eterno, cabal y perfecto, en su nimbo de luz...

V.—ESPEJO POLITICO

Si algo hay profundamente seductor en la personalidad prócera de Espejo, ese algo no es otro que su fisonomía política, fisonomía hecha a base de estudio, de observación y de ascendrado amor a su tierra.

Este gran Argos filósofo y revolucionario innato, sintió muy hondo el problema social y político de su patria, y dióse cabal cuenta de lo que debió hacerse y decirse sin reticencias y sin inútiles tapujos.

En este aspecto, como en todos los demás de la vida de Espejo, encontramos siempre aquel fondo medular de su erudición.

Tenemos por bien sabido y averiguado, que Espejo no

fue un improvisado ni un beligerante ocasional por la gran causa de la libertad y el derecho de los hombres. Lo contrario: su natural y espontánea predisposición por esta clase de actividades, hubo de llevarle por los más escabrosos senderos y por los campos de mayor peligro. Y cual magnífico y recio luchador, cuanto más dura fué la brega, más hubo de enardecersele la voluntad de combatir y de triunfar.

Sus valientes principios renovadores y el caudal impetuoso y creciente de sus ideas cada vez más extensas y radicales, atestiguan que el Precursor afianzó su conducta en algo más que la simple retórica de viso.

Al mostrarse partidario, como hubo de hacerlo, de la abolición de las clases y castas sociales, y auspiciar la igualdad de los hombres y su fraternidad mediante la libertad, —antecedente previo y sin sucedáneo— denuncióse como un reformador de extrema izquierda —como suele decirse hogaño— y como un aventajado discípulo de los iconoclastas filósofos de la Revolución Francesa, filósofos a quienes cita a menudo en sus más importantes obras como “El Nuevo Luciano” y “Primicias”.

*
* * *

Espejo, al asimilar y tamizar en su despejado cerebro el resultado de su copiosa lectura, fue aún más lejos en sus concepciones y propósitos. Soñó nada menos que en la libertad y emancipación de todas las colonias hispano americanas, las mismas que debían unirse, propugnó, con el objeto de llevar a cima tan audaz como imponderable proyecto.

Es de presumirse que para esta época, Espejo conoció ya todo lo relativo al proceso de la declaración de la independencia de las colonias saxoamericanas, independencia que proclamó el Congreso de Filadelfia reunido el 4 de junio de 1776.

Y bien sea por haber ocupado su atención en el valioso texto de las declaraciones de dicha Independencia, bien por haber fincado su tiempo en el estudio y discrimen doctrinario de los filósofos de la Revolución Francesa, mayormente fijado en Voltaire, Rousseau, D' Alambert y Diderot, la verdad es que Espejo creó todo un sistema político de inmensas proyecciones.

Forzoso es añadir que dicho sistema político consultaba, inclusive, la estructuración orgánica, de tal manera que:

Las Colonias libertadas pudieran constituirse en Repúblicas soberanas, democráticas e independientes.

Al pensarse en ello, con mirada retrospectiva, aunando sentidos y conciencia, se tiene la impresión, aunque un tanto desdibujada por el perenne fluir del tiempo, del tremendo sacudimiento que debió producir en el medroso y rúdimentario ambiente colonial, el Ideal sublime de Espejo; más aún, si se considera que todo conato que iba o podía ir contra la Corona, redundaba en sanciones y penas de la más acentuada gravedad, y todo escaso clamor o ambigua protesta, eran juzgados severamente por las autoridades de la Audiencia.

Quién o quiénes, por tanto, pudieron secundar la actitud extraña y excepcional de Espejo?... Ciertamente que hubieron algunos varones de esmerada educación y fino talento, pero aún éstos se vieron como aturridos e indecisos ante el extraordinario proyecto de Espejo.

Es natural inferir, desde luego, que las grandes transformaciones sociales van siempre precedidas de sacrificios cruentos e incruentos. Las Ideas revolucionarias que se adelantan al tiempo, chocan ácremente con el medio, y al estallar, producen una suerte de paralización y sobrecogimiento que sólo amortíguanse o aplácense cuando tales ideas se han infiltrado en la gran corriente social.

He aquí porqué los pensamientos sustentados por Espejo, hubieron de producir sorpresa, temor y pánico. La sociedad en agraz de aquellos tiempos, encadenada a ciertos convencionalismos de inero artificio y relumbrón, saturada de ridiculeces propias de la sumisión y el vasallaje, no pudo ni podía comprender al Genio. Peormente el pueblo, aquel pueblo oprimido y agostado por la esclavitud y el hambre. Fué necesario el transcurso de los años, para que la buena semilla diera florecimientos galanos y abundantes.

*
* * *

Indispensable es consignar en este punto, que al estudiar a Espejo en su aspecto político, es tal la afinidad que de hecho existe entre éste y ciertas incidencias de su vida, que no es posible deslindar lo biográfico, que podemos calificar de genérico, de lo especial que atañe a su erudición, y que podemos señalar como específico, pues uno y otro se confunden de necesidad.

No extrañará, por tanto, que al tejer la urdimbre juntemos todos los hilos. Así la trama resultará más conducente al objeto que buscamos.

*
* *

Comenzaremos por recordar que los próceres posteriores a Espejo que combatieron por la libertad desde todo reducto y desde diversos lugares de América India, lo hicieron sobre fundamentos más firmes y menos perecederos. Espejo inició la gran obra demoledora del despotismo y fue su primer holocausto.

Bolívar, San Martín, Hidalgo, O'Higgins, Artigas, Martí, consolidaron la independencia americana y la hicieron real y tangible.

Espejo fué perseguido de modo cruel e incansable por su ideario político. Fué reducido a prisión, en primeras instancias, por orden del Presidente Villalengua, por habersele atribuído la confección del "papel satírico", denominado "El Retrato de Golilla".

El patriota, enseñoreado de sus capacidades y de la enorme justicia de su causa, endilgó a Villalengua una exposición serena y firme de los acontecimientos; he hizo la defensa de sus derechos vilmente conculcados.

Para ello, naturalmente, debió servirle su larga y paciente preparación que la obtuvo en el estudio profesional del señor doctor Ramón Yépez.

He aquí algunos de los párrafos de aquélla:

"El aparato ignominioso —dice— con que se me arrestó en claro día; las circunstancias que acompañaron a mi prisión; los grillos, secuestro de todo papel, y finalmente todo el estrépito que se puede usar con un facineroso, dieron a Riobamba, Ambato, Latacunga y Quito la idea de que yo era un reo de Estado y de que como a tal se me venía a ejecutar".

Claro, el absolutismo siempre ha empleado los medios más corrosivos y deprimentes para la personalidad humana, para contener o sofrenar los altivos brotes del ingenio y las grandes rebeldías del espíritu.

La historia de los pueblos está hecha a base de lágrimas y de sangre de héroes y de mártires. La civilización requiere y requerirá siempre el abono de miles de cadáveres humanos que nutran a la tierra anémica y desvencijada.

Sólo de esta manera se torna permeable el ambiente y en aptitud de asimilar las ideas y la evolución arrolladora de los hechos.

Todos los hombres creadores de nuevos sistemas y de nuevas corrientes de cultura, han sido pasto de la incomprensión y de la ceguedad intonsa. Pero, a despecho de todo, hánse impuesto las tendencias innovadoras y remozadoras, para el bien y la felicidad del linaje humano.

“Quedándome acá en lo interior, —discurre Espejo en su defensa— el conocimiento y consuelo de que en el numeroso conjunto de papeles que se me secuestraron y examinaron, no se ha de haber hallado el más pequeño que turbase el orden público, que ofendiese a la sociedad, ni que lastimase a los particulares. Escritos que he ordenado a la felicidad de este país, por la mayor parte bárbaro, y de que no me avergüenzo llamarme autor; pues algunos de ellos han merecido la aprobación de imparciales literatos de Europa y Lima, y en especial el papel del Luciano corregido ya y puesto en mano del copista, para dedicarlo libre de borrones al Ilmo. Sr. Conde de Campomanes, primer sabio de la Nación, y quizá el único juez de universal literatura. Escritos digo, discursos sabios, traducciones científicas, pensamientos interesantes a la disciplina y policía de estos pueblos, son los que he conservado, adquirido, escrito y manejado”.

Al considerar estas afirmaciones, estuvo en lo cierto y ceñido a la verdad, pues bastaría recordar que el Precursor entregóse por entero a la labor intelectual y a las actividades que refluyesen en beneficio de la población.

Esto no obstante, al ser incomprendido, necesariamente debió ser rechazado y atrozmente calumniado.

Por ello, con cuánta razón y desaliento recriminase:

“No he logrado este beneficio, y lejos aún de esperar lograrlo, temo mucho que un accidente tan funesto como el que me sobrevino previniese el ánimo de V. S. y le obligase a recelar que había mucho de criminoso en un hombre, a quien ciertas gentes, demasiado bárbaras y enemigas mías, calumniaban de reo de Estado, de libelista famoso y de perturbador de la paz pública”.

Este incidente de la vida de Espejo, nos trae a la memoria toda aquella serie de pasajes bíblicos y profanos en los que, seres predestinados y superiores, sufrieron las consecuencias, unos y otros, de la envidia, el egoísmo y la ignorancia.

Reclama entonces con acritud:

“Así, pues, yo me hallo en derecho y posesión de ilus-

trar mi patria, de perfeccionar la obra y de no hacer caso del tumulto de los ignorantes. De la misma manera, que si habiendo tomado las armas para ir a la guerra, no debería volver la espada de miedo de los enemigos. Ya esto mismo he anunciado a la Corte, y a personas que deben interesarse en el desagravio, honor, reputación y nombre del que por patriota ha experimentado los más terribles insultos de una pandilla cruel y tumultuaria, a quien se le ha dado una satisfacción completa que injustamente solicitaba”.

Infiérese de los párrafos transcritos, ya no sólo el férvido patriotismo de Espejo y la hostilización inmotivada y malévola de que fue víctima, sino su agilidad y despejo en la defensa de su causa, agilidad que únicamente podían proporcionarle su aventajada ilustración y su rara prudencia. Además, la propia e innegable razón de su derecho y el fin noble y humano de su obscecada pasión por obtener la mejora sensible de su patria, “perfeccionar la obra y no hacer caso del tumulto de los ignorantes”.

Y tanta fué su insistencia, a este respecto, y tanto el despliegue porfiado de sus actividades, que la Audiencia hubo de hervir a borbotones, asentada sobre lumbres continuamente renovadas y atizadas por sus expertas manos, lumbres que a poco habrían podido tornarse en hoguera abrazadora e inextinguible, si el destino no hubiese entrado de por medio.

Tal fué el motivo, por ello, de su segunda y definitiva captura y prisión, prisión que despaciosa, pero segura y eficaz, minó y minó la vida del Precursor hasta arrancarle su último soplo vital.

La Audiencia no pudo esperar que la lumbre fuese hoguera, y que ésta, crecida ya, hasta llegar a la proporción ilímite, lo consumiera todo y todo lo tornara polvo y mierma. Un apretado instinto, fabricado con celeridad y cálculo sobre medida de las cosas y de los hechos, púsola en autos y en actitud aviesa, como de felino en dura apretura. Había que hinchar las velas de la soberbia y el poder y darse prisa en inhabilitar y reducir a la impotencia al hombre, a ese solo hombre, a ese espejo ustorio que todo lo encendía y devoraba con el fuego santo y cautivador de su genio.

Oh!... Qué habría sido de aquella y de la Historia Patria, de habérsele concedido una tregua a tan arrogante e insigne caudillo. Muy probable, con toda probabilidad, que la emancipación de las colonias hispano americanas, habríase anticipado en el tiempo y en el espacio. Porque, co-

mo tenemos expuesto ya, el Ideal de Espejo, fincado en el amor a su ciudad, pero hecho extensible, con igual celo, por América India, consultaba no sólo la independencia de su patria, sino de todas las colonias hispano americanas.

De habérsele proporcionado los medios, inclusive la cooperación entusiasta y decidida de un grupo selecto de hombres convencidos y curtidos al calor de ese mismo Ideal, no cabe duda que el Precursor habría emulado las hazañas épicas de los grandes caudillos de la libertad, puesto que empuje, valor y decisión, jamás le faltaron.

Defendióse Espejo hasta el último instante, y lo hizo con maestría y sobria finura; pero ya su destino estuvo resuelto de antemano. Sus papeles ya no fueron bastantes ni infundieron temor alguno, y tras de aquel proceso refinado de esperas y subterfugios, de los que se hiciera pender la suerte del ajusticiado, dejose correr a largos trancos la corriente autoritaria del despotismo, corriente que no requería apresuramiento alguno para atrapar la vida de Espejo, vida que ya fué suya desde el momento que la aprehendió.

"En el público circulaba el rumor de que se le procesaba por aficionado a las impiedades de la revolución francesa." cuenta un biógrafo.

Pero el público, aún cegado por la ignorancia, si bien intuyó algo a su manera y bisbiseó con torpeza aquello de "impiedades de la revolución francesa", no se dió cabal y acertada cuenta del martirio de Espejo.

Espejo, en la profunda entraña de su espíritu sensible y delicado, hizo voluntaria oblación de sacrificio por las libertades fundamentales de la humanidad, y por éllas meditó, amó y murió.

(Continuará)

J U A N Y E P E Z D E L P O Z O

INFORME DEL SECRETARIO GENERAL DEL GRUPO AMERICA

Distinguidos consocios:

Al finalizar el período de 1948, en el que me confiásteis, una vez más, la dirección del Grupo América, me corresponde de acuerdo con las normas reglamentarias, presentar el informe relativo a las labores realizadas por la Institución.

Ante todo, debo señalar que ha sido una misión de honrosas proporciones, aun cuando no exenta de responsabilidades, la de orientar las rutas de cultura, tradicionales por otra parte, de una Agrupación de escritores y artistas de reconocida autoridad tanto dentro como más allá de los lindes patrios y configurar una línea de acción que responda a las aspiraciones de acercamiento intelectual con los demás pueblos latinoamericanos, sin descuidar nuestros conflictos internos referentes a persistir en una tarea de penetración educativa que, desde tiempos atrás, ha venido confirmandose.

Hemos alcanzado un momento en que la producción creadora, recoge el influjo de un mundo excitado que observa impasible el proceso decadente de la interpretación artística. Y en el clima espiritual de nuestro país, ese influjo correlativo, acentúa una tendencia encaminada a dar mayor aspereza al sentido de concepción, crítica y realizaciones. Corresponde, por tanto, a los escritores de esta generación, detener una crisis que se perfila con detrimentes consecuencias para el patrimonio cultural de nuestra esfera. Si en esos afanes hemos participado, en ellos de-



Sr. Dr. GUSTAVO VASCONEZ HURTADO

Secretario General del Grupo América durante los años de 1947 y 1948 y a cuya eficaz labor se debe la Exposición del Libro Argentino, entre otras realizaciones fecundas para la vida del Grupo y para la de sus relaciones con instituciones culturales de los países amigos.

debemos proseguir, cumpliendo así un cometido de orientación constructiva.

El Grupo América ha tenido una intervención directa en las actividades desarrolladas en la Capital durante el período de 1948. Ha contribuido, a medida de sus posibilidades, a la marcha hacia adelante de propósitos comunes concernientes al fomento de materias ilustrativas y afianzamiento en las relaciones de intercambio con otros pueblos del Continente. Con estos fines y utilizando un recurso de sencillas proyecciones, ha mantenido un calendario de conferencias dictadas por distinguidos intelectuales que nos han prestado su colaboración. Entre otras, debo anotar la del Profesor Vittorio Moroni de Florencia, sobre el tema "Leonardo da Vinci" sustentada en lengua original bajo los auspicios de la Sociedad "Amigos de Italia". De paso por el Ecuador, el delegado del Gobierno de Bolivia y Profesor de la Universidad de la Paz, doctor Humberto Palza, presentó una lucida interpretación de los móviles y aspiraciones de la Conferencia Interamericana de Bogotá. (?) En la Exposición del libro de Argentina, a la que me referiré oportunamente, varios de nuestros consocios tomaron la palabra para hilvanar asuntos que tuviesen relación con el proceso cultural de ese país. El profesor Ruiz Jiménez, Director del Instituto de Cultura Hispánica, visitó nuestra Biblioteca a fin de conocer su movimiento y llevar sus impresiones a la madre Patria. disertaciones y contactos que son un índice del esfuerzo verificado para que la Entidad retenga su tradición, aun cuando modesta, de Casa de América, a donde acuden de manera espontánea, los valores del pensamiento universal.

En mi informe del año pasado, señalé el proyecto de efectuar una Exposición del Libro Argentino como un medio de estrechar los vínculos de interconocimiento y estimar la obra que promueve esa República, con el concurso de sus importantes Editoriales. Proyecto que hubo de ser diferido por motivos diversos relativos a la organización, envío de material y demás gestiones conducentes al éxito. No obstante, en el año pasado, el Grupo América, después de salvar los inconvenientes propios de una empresa de ese género y con la cooperación del Embajador Albino Pugnallín, llevó a efecto la Exposición, en el Salón de la Ciudad donde se exhibieron durante varios días consecutivos más de tres mil volúmenes provenientes de las Casas Editoras de Buenos Aires, las Universidades y numerosos aportes particulares.

El suscrito, en calidad de Secretario General y por encargo de la Directiva dejó inaugurada la Exposición a la que concurrieron las autoridades gubernativas, representantes del Cuerpo Diplomático y de las Instituciones culturales. El notable literato, señor Gonzalo Zaldumbide, hizo uso de la palabra para enfocar con su prosa castellana y penetrante sentido crítico, el tema "Larreta y la Pampa". Terminó el acto con el discurso del Embajador Pugnallín, quien entregó al mandatario del Ecuador un libro, obsequio del Presidente Perón, dándose luego lectura del mensaje del escritor Larreta, en el que exteriorizaba su reconocimiento por el motivo de la Conferencia. Ensamble de sucesos que llevarán rebotes de lisa fraternidad americana, traducida, simbólicamente, en el abrazo espiritual de dos grandes escritores: Larreta y Zaldumbide, sobre la valla de anchurosos caminos que separan la pampa con los vértices del altiplano.

En sucesivas disertaciones varios miembros distinguidos de la Institución desarrollaron temas conectados con la evolución cultural de Argentina. Don Juan Pablo Muñoz Sanz, Director del Conservatorio de Música, hizo un estudio del "Folklore argentino: sus bailes e instrumentos musicales". El doctor Antonio Santiana, Profesor de la Universidad Central, trazó con caracteres firmes, la silueta de Ameghino y su aporte a la cultura universal. Don Carlos Manuel Larrea, habló con erudición sobre "Los estudios de Antropología en la República Argentina". La señorita Guillermina García Ortiz de "La Pampa argentina y el concepto de espacio como factores determinativos del alma del gaucho". Y, finalmente, el señor Federico Trabucco, Adjunto de la Embajada, presentó un trabajo documentado referente a las "Bibliotecas de Buenos Aires".

En el panorama de asuntos argentinos, están los concursos promovidos por la Entidad, de una síntesis expositiva y crítica de la Literatura del Plata, en prosa, y un canto a Sarmiento, en verso. El Jurado constituido por los señores: Albino Pugnallín, Gustavo Adolfo Otero y Augusto Arias, dictaminó el fallo correspondiente, otorgando los premios donados por el Consejo Provincial de Pichincha y la Embajada, a los acreedores de esta distinción, señores: Manuel Efraín Munive, Ricardo Alvarez, Darío Guevara y G. Humberto Mata, respectivamente. Hizo la entrega el doctor Luis Bossano, en términos muy apropiados y en nombre de la Institución que representara.

"De ser el libro la correspondencia diaria —tal expre-

samos en esos momentos— el contenido intrínseco de afa-
nes análogos, el contacto más hondo entre los hombres de
América; nada más natural que difundirlo, entregarlo o
introducirlo, seguros de que será el vínculo inquebrantable
de interconocimiento, el portador de los asuntos que nos
conciernen, el exponente de juicio de la obra que realizan
los valores americanos en las diferentes actividades del
pensamiento y la acción.” Habíamos, por tanto, consumado
una aspiración generosa que dejó un saldo de más de mil
volumenes con destino a nuestra Biblioteca y alrededor de
mil doscientos que fueron repartidos en las Universidades,
Escuelas y Colegios, además de la esencia cultural de ta-
les diligencias que sirvieran para descubrir un conociemien-
to más perfecto de Argentina, sus hombres y su evo-
lución, prodigado a poco costo, desde los ángulos de nues-
tro Organismo.

Con el fin de reforzar sus filas con nuevos socios de
reconocido prestigio, el Grupo, por resolución de la Direc-
tiva y de acuerdo con los Estatutos, nombró miembros
activos a los señores: Carlos Manuel Larrea, José Ga-
briel Navarro, Nicolás Rubio Vásquez y Humberto G. Ma-
ta. Ha sido norma tradicional que los nuevos integran-
tes ostenten un pasaporte de obra efectiva y meritoria, nor-
ma que deberíamos mantener a fin de no vulgarizar por
anemia intelectual la estirpe de nuestra Institución, porque
no es soldado de la cultura quien pretende serlo, sino quien
ha confirmado su ubicación por medio de cumplidas ejecu-
torias. Los nuevos socios son todos autores de importan-
tes trabajos científicos y literarios que han venido a enri-
quecer la Bibliografía ecuatoriana. En la ceremonia de
admisión que constituyó un acto sencillo de compañerismo
al que asistió el entonces Ministro de RR. EE. doctor Pa-
rra Velasco, se delineó un esbozo de los méritos a que eran
acreedores, por lo que considero innecesario, renovar los an-
tecedentes que nos indujeron a tomar esa determinación.

La sesión abarcó por otra parte, la expresión de nues-
tra simpatía al consocio Humberto Vacas Gómez, electo Pre-
sidente de la Unión Nacional de Periodistas. El relieve de
un camarada significa un reflejo de satisfacción para la
Entidad a la cual se pertenece. Es preciso fomentar el
espíritu de unión entre quienes bregan por ideales comunes,
cuando hay sinceridad en las intenciones y altura en los
procedimientos. Preocupados de los problemas americanos
que interpretan el fundamento de nuestros Estatutos, es-
cuchamos la lucida exposición presentada por el señor Juan

Pablo Muñoz Sanz en defensa de los intereses del Continente, relacionados con la Antártica y Belice, con aplicación a los puntos que debían considerarse en la Conferencia de Bogotá. No obstante, por razones obvias de enunciar y por el fallo de la Comisión encargada de estudiar el valioso documento, se conceptuó oportuna la suspensión de su trámite.

Atentos al ritmo de la marcha cultural del país y animados de un propósito leal de cooperar a la mejor estructura de los organismos que lo regulan, la Directiva, estimó conveniente la presentación de un Proyecto de Reforma a los reglamentos que rigen la Casa de la Cultura. Al proceder de esta manera, captaba la aspiración mínima de las demás Instituciones y de otros cuerpos colegiados, que venían laborando desde mucho antes, por afirmar la corriente espiritual ecuatoriana por medio de sus centros de especialización. En nuestro concepto, debería reformarse el sistema electoral vigente, dando cabida a los personeros de las Entidades científicas, artísticas y literarias, legalmente constituidas y con la respetabilidad necesaria para robustecer el eje de acción de aquel cenáculo, instituido, justamente, con el fin de congregar en su matriz a los elementos más autorizados. Es de suponer que, al conceder a cada Institución el derecho a voto, aquellas se esforzarían por acreditar un delegado de incontestable prestigio, surgiendo, por efecto de esa primera selección interna, una Directiva de elevados quilates.

Para cumplir esta iniciativa, el Grupo América, convocó a los presidentes de las demás Instituciones, entre las cuales, estuvieron representadas: el Círculo de la Prensa, la Sociedad Jurídico - Literaria, El Ateneo, la Sociedad Bolivariana, la Sociedad de Antropología, el Club Femenino de Cultura, el Comité Maldonado y la Sociedad de Cultura Infantil. Después de deliberar, en un plano de estricta serenidad, sobre la conveniencia de dar este paso trascendente se elaboró, en repetidas sesiones, un Proyecto de Reforma que fué transmitido, con la firma de los solicitantes, al Congreso Nacional.

Por razones que desconozco, el importante documento quedó archivado entre los papeles que no alcanzan trámite, desatendiéndose así, quizá por vez primera, la petición autorizada de los dirigentes de Instituciones antiguas con abonos suficientes para imponer su opinión constructiva. Esto comprueba que, en algunos de nuestros Congresos se da preferencia a la marejada de intereses minúsculos, los titule-

mos de pesca o de usufructo económico particular antes que a la expresión serena y pulcra de los trabajadores que operan en el ingrato terreno de la producción cultural.

Es del caso advertir que no ha primado en momento alguno, la intención de incomodar la marcha de la Casa de la Cultura. En el proyecto de Reforma, se reclamaba la continuación en la Presidencia del doctor Pío Jaramillo Alvarado, nuestro consocio y escritor de mérito al servicio de los intereses históricos del Ecuador. Definitivamente, pretendimos consolidar la organización del Instituto con el concurso de valores positivos, interfiriendo la penetración de figuras desdibujadas que no encarnasen la expresión mayoritaria de las fuerzas intelectuales del país.

En el año transcurrido, la Directiva se ha preocupado, igualmente, de satisfacer ciertas obligaciones materiales relativas a la terminación y arreglo del local donde funciona la Entidad. Disponemos de un sitio apropiado aun cuando desprovisto de la adecuación integral que exigen nuestras necesidades. Los gastos efectuados y los ingresos correspondientes reposan en las cuentas de Tesorería y se descomponen en las siguientes partidas:

De la Revista América hemos efectuado una entrega, repartida, como de costumbre en el canje de publicaciones con otros pueblos del Continente; pero los Directores de la Editorial no han podido cumplir sus anhelos de hacer imprimir los nuevos libros que esperan su turno, por cuanto no hemos sido favorecidos con la ayuda de la Imprenta Nacional. En resumen, sus actividades se reducen a la edición de tres folletos que contienen las conferencias de los socios, señores: Augusto Arias, José Alfredo Llerena y Gerardo Chiriboga.

Hoy día, siguiéndose una práctica tradicional de íntima trascendencia, se posesiona el nuevo Directorio que regirá la Institución en el curso del año de 1949. Es honroso para mí traspasar estas funciones a los distinguidos miembros que lo integran, bajo el gobierno de un escritor de renombre: Gonzalo Zaldumbide, quien detiene su itinerario pródigo en perspectivas de cultura, para consagrarse por derecho a la dignidad de orientador del empuje espiritual de su Patria. Esta mesa, plena de cordiales repliegues, traduce por igual la manifestación de estímulo y congratulación para los compañeros: Aurelio García, Gerardo Chiriboga, Nicolás Rubio Vásquez, Isaac J. Barrera, Gustavo Adolfo Otero, Antonio Santiana, Gonzalo Zaldumbide, José Alfredo Llerena y Augusto Arias, que reafirman su condición de

escritores de cepa con el aporte de nuevos libros que fijarán huella honda en el trayecto que sobrevive.

Finalmente, hago votos para que el Grupo América mantenga su ritmo de actividades permanentes desarrolladas a lo largo de veinte años de labor sin desnivelar la línea de altura y serenidad que lo ubica, en la vanguardia del movimiento cultural ecuatoriano.

Señores.

NOTAS SOBRE LIBROS DE SOCIOS DEL GRUPO AMERICA

Continuando una tradición, que califico de cordial, y a la que encuentro una intención preocupada de identificar a los socios con el Grupo "América" y de hacer participar al Grupo en los laureles que ciñen sus integrantes, a la vez que registrar, año tras año, aportes de importancia para la cultura nacional, debo en esta ocasión, sin autoridad para ello naturalmente, sin capacidad para el juicio cierto ni para la crítica severa, realizar un apunte rápido, algo como una notación bibliográfica, de los libros que en 1948 han publicado algunos de los socios del Grupo "América". Mi registro será breve, para consuelo de caminantes, y será sobre todo entusiasta, no sólo porque así me lo dicta la impresión de lector desacostumbrado a la cátedra crítica, sino porque entiendo que ésta es, o debe ser, la esencia de la costumbre que hoy me ha tocado continuar. Manifestar entusiasmo y aplauso, como factores de estímulo en la indeclinable actitud creadora.

AUGUSTO ARIAS.—Generoso sin límites, Arias trabaja todos los días, buscando tiempo dentro del tiempo para regalar a sus lectores y a sus amigos páginas siempre brillantes y enojadas que reclaman el miniado pulido y elegante de miniaturistas silenciosos. En *El Quijote de Montalvo* nos ofrece una parca y esencial —como corresponde a una Conferencia— comparación entre los *Capítulos del ambateño Don Juan* y la técnica y espíritu del "libro inimitable". Arias se entra por el intrincado problema del análisis de un libro, libro que acuerda con el gran clásico español, y sale de la aventura triunfante, orgulloso y sereno, después de dejar regadas palabras de encanto y defi-

nición que son como semillas buenas para cualquier terreno.

Luego acomete Augusto Arias la tarea, penosa siempre, difícil y extensa, de encerrar en marco nuestro devenir literario. Y su **Panorama de la Literatura ecuatoriana**, estructurado con moderno criterio y con severo juicio, es así muestra y guía para el estudio de nuestras letras. A pesar de aquella severidad de juicio, tenemos que criticarle ciertas complacencias, como la de haber incluido en su galería contemporánea, a quienes no tendrían título suficiente para gozar de la compañía, como a un tal Max Lux, en cuyo nombre debo, sin embargo, presentar agradecimientos por la inmortalidad conferida. De mí personalmente, sé decir que he leído el libro con interés especial, ese interés que nos abrasa cuando descubrimos un mundo maravilloso del que nos alejaron las soporíferas lecciones de la escuela. Gracias le sean dadas al paisajista que nos ha permitido apreciar y gozar de un panorama que constituye la raíz de nuestra cultura.

Hay otro libro, no propiamente de Augusto Arias, en que él toma parte como uno de sus autores. Se trata de una edición dedicada al Ecuador por la Editorial Kapelusz de Buenos Aires: es un libro de lectura, titulado "Savia Nueva", para niños de 6º grado de escuela. Augusto Arias ha intervenido en su confección, aportando aquellas selecciones que eran necesarias para el niño ecuatoriano. Sobre un molde común, ha intercalado notas de una melodía ecuatoriana, con acierto, con sentido noble de esta clase de lecturas, resultando el conjunto agradable y atractivo.

Augusto Arias deja en esta forma, cumplida una nueva etapa de labor, demostrando con ello una voluntad de trabajo que le convierte en uno de los cultores más valiosos de nuestras letras.

JOSE ALFREDO LLERENA estuvo presente en el IV Centenario de Cervantes. En el Grupo sustentó una conferencia, **Los Evangelios de Don Quijote**, que acomete el estudio del clásico inagotable, para extraer de él las ideas directrices de carácter permanente por las cuales se pudiera llamar evangelio a una novela. Ideas directrices en moral, en estética, en filosofía, en política, son puestas de relieve, con aguda visión y original manera. Llerena toma del brazo al caballero manchego, e inicia con él un diálogo en el que, desde el principio, la figura cervantina tiene una actitud de maestro y el autor de hoy la actitud de pequeño discípulo. De las enseñanzas derivadas del diálogo,

Llerena nos hace partícipes en alguna parte; otra parte, la mayor quizá, se la guarda todavía, lo cual nos lleva a esperar que la conferencia le sirva de base para un estudio de mayor profundidad y extensión, que tendrá la misma amenidad y seducción que este breve ensayo. Si así no fuera, tendríamos que contentarnos con conservar esta conferencia, para leerla una y otra vez, en aquellas tardes en que uno desearía...

GONZALO ZALDUMBIDE.—No sin temor inicio la grave tarea de hablar sobre libros de Gonzalo Zaldumbide. Desde el principio de mi vida, en el hogar paterno, en aquellas charlas de sobremesa que la preocupación de mi padre escogió para guiar mi espíritu, luchando muchas veces contra el invisible enemigo del sueño infantil, aprendí a conocer, a admirar y a respetar a Gonzalo Zaldumbide. En esas charlas alternaban diversos nombres y diversas épocas e iban desde la versión simplificada de los poemas de Homero hasta la referencia apasionada a los poemas de Verlaine o las novelas de Anatole France. Muchas veces, el comentario se detuvo en Gonzalo Zaldumbide, diplomático ecuatoriano en Francia, dueño de pulcra y exquisita prosa, gran señor de las letras ecuatorianas. Después conocí personalmente a Gonzalo Zaldumbide; leí ensayos y críticas suyos y creció siempre la admiración y aprecio iniciales. Nunca, por supuesto, dejé de lamentar la no conclusión de la "Egloga trágica".

Ahora, he leído dos ediciones aparecidas en 1948: En Cuenca que recoge los textos referentes a la Fiesta de la Lira celebrada en esa ciudad en 1929, y para la cual Gonzalo Zaldumbide envió desde Washington un discurso, dedicado a Gabriela Mistral, y escrito en su calidad de mantenedor de la fiesta para que fuera designado por el Comité respectivo. El discurso, pieza central del libro, es más bien un mensaje. Un mensaje de amor a Cuenca, a sus poetas, a su paisaje, a su "tempo". Ha sido analizado, estilísticamente, por el P. Aurelio Espinosa Pólit, y las páginas del análisis son exhaustivas e interesantes.

La Academia Argentina de Letras, de la que Gonzalo Zaldumbide es miembro correspondiente, ha recogido cuatro estudios suyos, publicados en diversos años y diversas partes, bajo el título de **Cuatro Grandes Clásicos Americanos**. Con criterio de selección clásica, y de consagración clásica especialmente, el volumen agrupa los nombres de Fray Gaspar de Villarreal, el quiteño que fué Arzobispo de Charcas,

y a quien el autor califica de "conteur" por su jovialidad y malicia, por su "sense of humour" que diríamos hoy; del Padre Juan Bautista Aguirre, a quien reivindica como poeta de fresca inspiración, relegando a segundo término el prestigio festivo que exclusivamente se le dió. Sirven de base para esta reivindicación, algunas poesías milagrosamente conservadas por el argentino Juan María Gutiérrez y redescubiertas en 1937, por Gonzalo Zaldumbide en la Biblioteca del Congreso argentino. De Juan Montalvo, en un estudio ya publicado en 1933 en Nueva York, que es algo como una instantánea, como un retrato breve, en que tanto como lo completo de los detalles puede admirarse el poderoso don de síntesis de Zaldumbide. Y, por fin, el nombre de José Enrique Rodó, en un estudio escrito con entusiasmo y sinceridad, con cariño y justeza, enjuiciando y apreciando, entregándose y sumergiéndose en las páginas de sus obras y diciendo en todo momento palabras definidoras, precisas. Es éste un estudio escrito con gallardía y respeto, conservando la dimensión exacta del maestro uruguayo y despojándole de toda la loanza superficial que se le había pegado antes. Encuentro este estudio de Rodó, uno de los mejores que nos haya dado la pluma de Gonzalo Zaldumbide.

Y así termina el registro, breve en extensión y en juicio. No teníamos por qué hacer otra cosa para cumplir con una tradición que quiere sobre todo señalar hechos que por su valor y por el valor de sus autores, enorgullecen al Grupo "América".

B I B L I O G R A F I A

Augusto Arias.— PANORAMA DE LA LITERATURA ECUATORIANA.— Quito, 1948.

Cuando Arias publicó la primera edición de esta obra, prestó un gran servicio a todos cuantos se interesaban por el desenvolvimiento literario en nuestro país; y la comprobación de lo dicho se encontró en que esa primera edición se agotó rápidamente, volviendo necesaria la reedición actual, que tiene la ventaja sobre la anterior de haberse ordenado con mayor cuidado los capítulos y completado los datos de cada uno de nuestros escritores, lo que hace del libro una fuente documental de gran interés y de mucha importancia. Arias es un probado maestro en estas materias: profesor en el Colegio Mejía y en la Facultad universitaria de Letras, ha dado la enseñanza de este ramo a muchas generaciones, sin perjuicio de escribir la obra propia que le afirmó en el crédito de que goza en los círculos literarios de esta República y que ha extendido su nombre a los centros internacionales en que se sigue con empeño la labor de los escritores americanos.

El *Panorama* llena ampliamente con el propósito para el que fué escrito, que es el de proporcionar a los estudiantes de literatura el conocimiento completo de lo que comprende la historia de nuestras letras, aún cuando no fuera sino en sus lineamientos generales, para que pudiera abarcar todas las épocas, desde los aravicos indígenas, los cronistas indios de la Colonia, los escritores de toda esa época, y los que siguieron en la república, en que los géneros van ya distinguiéndose y en que la discusión de los merecimientos se hace más difícil por la proximidad de las obras. Arias supo salir sagazmente de este empeño, y si ha dejado resentidos por alguno de sus juicios, la mayor parte ten-

drá que agradecerle el que, en un tratado tan valioso, haya consignado sus nombres con el juicio valorativo de sus producciones.

Es de particular importancia el capítulo que ha dedicado al Modernismo en el Ecuador; pues que el recuento de los poetas que produjo esa época es suficiente para subrayar la trascendencia que tuvo la escuela o la modalidad en la juventud de aquel tiempo. Arias vino después, y con él llegaron otros que ya se encuentran catalogados entre aquellos que han asentado su prestigio y han afirmado sus nombres. Posteriormente la floración ha continuado por otros senderos, pero así mismo con feracidad admirable. Nos encontramos muy cerca de sus autores para que sus obras puedan ser juzgadas con la debida perspectiva.

También de esta dificultad ha sabido salir Arias airoosamente, y en el *Panorama* se encuentran reunidos aquellos nombres que merecen ser conocidos por los estudiosos de las letras, porque todos ellos llevan la probabilidad de imponerse en la consideración de la crítica, por mucho que se disienta con las modalidades de las nuevas escuelas.

Isaac J. Barrera

Manuel Núñez Regueiro.— HISTORIA CRITICA DE LA FILOSOFIA.— Buenos Aires, 1947.

Un denso y sustancial volumen, "Historia Crítica de la Filosofía", es el que después de su valiosísimo "Tratado de Filosofía General", publica en las prensas argentinas el notable pensador uruguayo doctor Manuel Núñez Regueiro. Su obra de vastas proporciones, de latitud y profundidad, ha buscado, sobre todo, la dimensión del pensamiento filosófico. Pero, a diferencia de los profundos tecnicistas o de los filósofos que escriben sus tratados en un lenguaje a veces extraordinario, como si fuese sólo para el conocimiento de sus olímpicos pares, los libros de Núñez Regueiro están trazados en un estilo fácil, en lección humana y accesible, y más que en parrafadas catedráticas, en ejemplares páginas de maestro.

Esto no obstante, hay que rendirse a la dificultad que ofrece la Filosofía, por lo que en esta preciosa ciencia de los principios y de las causas, si vale hablar, por lo menos de la aptitud de los iniciados, y ella se abre, más que ayer,

a la declaración socrática de no saber mientras se conoce más. . . Núñez Regueiro, platonista, socrático también, en fin, espíritu de poderoso acendramiento, nos ha probado en sus libros esa verdad de que el escritor, en ocasiones estimado por incipientes o presuntos hombres de sapiencia, sólo como un hábil o afortunado dueño de la expresión, está en potencia, mucho más que otros cargados de saber, de transmitir esos conocimientos con el calor y el método, con la dosificación y el atractivo que no logran, precisamente, quienes no son escritores. Esta es la valía, entre otras virtudes, que hemos hallado en las obras de Núñez Regueiro, numerosa serie de volúmenes que completan una galería armónica de "La Vida Superior", vale decir de la vida de la Filosofía.

Con un equipo de estudios de toda una existencia Núñez Regueiro que nos ha dado ese libro ordenado y claro, "Tratado de Filosofía General", estaba en el caso de acometer esta empresa difícil, sería, la de la Historia Crítica de la Filosofía. Los entendidos han expresado que la ha cumplido a conciencia y a ciencia, pues que este medio millar de páginas en las cuales se desenvuelve la relación de las ideas filosóficas, desde su remoto nacimiento en Oriente, hasta Heidegger y Whitehead, con especial referencia a las religiones y a las ideas morales en Oriente y Occidente, siguiéndose así la particular vocación ética que alienta Núñez Regueiro, es uno de esos tratados a los que no vacilaríamos colocar en la categoría de los magistrales, porque resume un vasto saber, una poderosa fuerza de síntesis, que sólo se logra de la intimación con muchos libros, muchas meditaciones y de un claro, continuado análisis de las ideas.

Una vista de sólo su índice por más rápida que fuera, se extendería más allá de los límites breves de una noticia bibliográfica. Pero con lo ya insinuado, quedará la impresión de que esta Historia de Núñez Regueiro nos lleva por el mundo de los filósofos y las filosofías, en comparaciones y diferencias, por el pensamiento - eternidad de Sócrates, por los vuelos de Platón, por el peripato aristotélico, por la estética de San Agustín, por la escolástica de Santo Tomás, por la ciencia activa de Bacon y Descartes; el antirracionalismo de Pascal, el monismo de Espinosa, el escepticismo de Hume, la filosofía crítica de Kant, el idealismo de Hegel, el positivismo de Augusto Comte, el devenir de Bergson, hasta la intuición de las esencias de Husserl, el existencialismo de Heidegger, las posibilidades infinitas de Whitehead...

Rafael Angarita Arvelo.— TIEMPO Y POESIA DEL PADRE BORGES.— Caracas, 1947

Un estudio sobre singular aspecto de la poesía venezolana, *Tiempo y Poesía del Padre Borges*, es el que aparece en el N° 56 de los interesantes cuadernos literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, y en el que el fino escritor y crítico Rafael Angarita Arvelo, actual Presidente de la A. E. V., enjuicia, con sutileza y severidad, la obra poética del Padre Borges. De Angarita Arvelo conocemos un libro de madurez crítica editado en 1938 en prensas berlinesas, y que el autor completa y refunde actualmente: *Historia y Crítica de la Novela en Venezuela*, aparte de los artículos "Martes de Crítica Literaria" que aparecen en la editorial de "El Universal" de Caracas, sección para la que fueron destinadas estas notas acerca de la poesía del Padre Borges y que alcanzan la unidad de un ensayo perspicaz y agudo en el cual se ofrece una valiente interpretación de su poesía.

Angarita escribe en un estilo bastante personal, el mismo que, sin ser enteramente conciso, se distingue por su condición apretada en la que los epítetos dan un colorido sobrio y preciso. Condiciones de su prosa que hemos apreciado en su libro sobre la novela venezolana y que en este cuaderno dibujan sobriamente el tiempo del Padre Borges, para explicarnos las raíces y desarrollo de su poesía. No deja de señalar Angarita Arvelo, algunas cualidades poéticas en la obra del Padre Carlos Borges, pero lo más extenso es el espacio que concede a las observaciones acerca de su mundo poético —si vale el término—, examinando su íntima excitación, su morbosismo si se quiere, que solía mezclar la visión sagrada con la profana, y algo más, daba en imágenes eróticas de tono subido. Examina sus tendencias, curiosamente señaladas entre las de un fin de romanticismo y un apropiamiento de las modernistas, alguna música de Dario, algo de los motivos de la negra de Baudelaire, al lado de tristezas románticas, habiéndose alguna vez declarado el mismo como afín a la melancolía heiniana, influencia que no vemos aparecer claramente en sus poesías, constando en rasgos de su biografía, que el Cancionero de Heine le fué prestado por su condiscípulo del Colegio de Santa Marta, el gran prosista venezolano Manuel Díaz Rodríguez.

Agudo estudio, sobre todo, este de Rafael Angarita Arvelo, que toca los indispensables puntos de biografismo,

para situar la figura del Presbítero Carlos Borges en su época y explicar su poesía; (Miguel Angel Mosqueda ha escrito una biografía completa: El Padre Borges o la vida de un Romántico); que traza el capítulo de perspectiva; el de clima y panorama, y penetra, luego, en su poesía, desde "Boda Macabra" a "Lámpara Eucarística", sin dejar de señalar los aciertos poéticos, las imágenes apreciables, en medio de una flora desigual, con toques amatorios que dan aún en la lubricidad, y sin prescindir de recuerdos que no olvidará su biografismo, como el de la atribución, por largo tiempo, de su poesía "Boda Macabra" a Julio Flores, de la popularidad inmensa que alcanzó, cantándose a golpes de bordón, y de la declaratoria del propio Borges, cuando escribiera: "Con toda la vergüenza que me produce confesarme autor de semejantes rimas, copiólas en penitencia por mi antiguo sacrilegio heiniano". Acierto crítico de Angarita el de considerar como una poesía de valor a su Lámpara Eucarística, así como el de examinar, en su métrica, huellas de la música del famoso Nocturno de José Asunción Silva, y de la maestra traducción de El Cuervo, de Pérez Bonalde, tanto más, cuanto que emparentado se queda el Nocturno con algo del hálito misterioso de la metrificación poeana, y ese era el metal modernista de la época.

Ni deja tampoco Angarita Arvelo de examinar, luego de lo que hay de erótico en el poema de Borges, de sus evocaciones frecuentes de Leda, Afrodita, Belkis y la Sulamita salomónica, la cuerda patriótica, su laureado canto "Hostia Pro Patria" que enfervorizaría naturalmente; sus lecturas de la Salve fecunda zona, del poema a la Agricultura de Bello, del a Cristóbal Colón de Baralt, etc., para cultivar el estilo propio de lo heroico; su elogio, en fin, al Avila, que ya surtió en antes, ágil, de los versos de Pérez Bonalde.

A varias anotaciones más se prestaría este suscitador estudio crítico de Angarita Arvelo, en el que se concreta a la poesía ritmada o medida de Carlos Borges, ya que sus discursos, algunos de valor literario de mucha consideración, y uno, sobre todo, para nuestro gusto, de las mejores páginas que se han escrito sobre el Libertador, La Casa de Bolívar, también tienen un contenido poético, sin duda de más quilates que el de su obra versificada, en la que afectó a la cruz de diamantes de su pecho la continua tentación de la imagen afrodisiaca.

José Hurtado García.— DON QUIJOTE ENCADENADO.— Manizales, 1947.

Varios son los libros y ensayos aparecidos en la conmemoración del cuarto centenario de Cervantes. Bien se ve, aun por este nutrido florecer de literatura que pudiéramos llamar cervantina, el valor y la vigencia de su libro inmortal "El Quijote". Entre esos ensayos nos llega de Manizales un libro leve, ameno, simpático, escrito en una prosa liviana y atractiva. Se intitula "Don Quijote Encadenado", y, tal como lo insinúa su prólogo, ese tributo hidalgo al Hidalgo de la Mancha, libertando al personaje de los cuellos académicos y de las planchadas camisas literarias, busca más la humanidad que el humanismo. La operación era gustosa, por lo que Quijano tiene de perdurable, de coincidencial aun dentro de sus vuelos ilusos, con la humanidad y con el hombre, y justamente por eso, José Hurtado García ha escrito su libro al "pasi-trote" de la máquina, en un breve estilo de cronista, pero esta misma circunstancia corresponde a relieves las excelencias de su lúcido don y de su facilidad literaria, en la que hallamos los contornos del ensayista.

Natural que se prendara de aquella frase de Anatole France, quien dijo que "lo cómico se torna doloroso cuando es humano" preguntándose luego: "¿No os hace llorar don Quijote?". Aquí el encadenamiento de Don Quijote es la metáfora objetiva que se refiere a las trabas casi de hierro, que el mundo solía poner al inigualado caballero andante, no obstante también lo que hay que considerar que era una perenne victoria suya sobre las ataduras de la tierra, en gracia de su soñación y de su ímpetu, de la entraña de sus aventuras y de su fe irreductible. Las glosas de Hurtado García retrotraen los capítulos del Quijote con una gracia de interpretación moderna y humana. Y no falta el balance de cómo y a dónde se han ido las enseñanzas de Don Quijote, de singular lucidez, aun cuando, como ocurre en los estadios humanos, salidas de iluso cacumen.

Así anota, por ejemplo, como no han llegado a las instituciones ni a las costumbres, los primeros y sabios consejos que dió don Quijote a Sancho Panza para que le sirvieran de programa en el gobierno de su Insula. Ni existe el temor de Dios, añade Hurtado García, repasando sobre la realidad de la antiética de nuestro tiempo. Y así examina, con proyección al presente; a Sancho Panza y el control de

precios, y a lo que Quijote tuvo de adelantado o de precursor, por lo del episodio de Clavileño, viaje aviatorio por el cual Quijano pasaba por la región del fuego y Panza divisaba a la tierra como si fuera una avellana.

Otros y otros capítulos, como los que ensayan una renovación de la dorada mediocridad, tema del pícnico Horacio, o la eternidad del títere en el que se rememora el gustoso episodio del retablo de Maese Pedro, arte, que es, según el dictado aristotélico, la imitación de la naturaleza y de la vida. Por tal exploración realística se encuentra con frases cervantinas de vigencia humana, como aquella que, apuntando alegrías sobre la muerte, observa sentenciosamente que "cuando quien muere deja riquezas, la tristeza de los deudos se apacigua".

Este libro ágil de Hurtado García entra, con justo derecho, al anaquel levantado por el valor eternal del gran libro de Cervantes.

Luz Machado de Arnao.— VASO DE RESPLANDOR.
— Caracas, 1947.

Un libro último de la poetisa venezolana Luz Machado de Arnao afirma las cualidades líricas con las cuales le habíamos advertido desde la aparición de su primer poemario RONDA, en el cual aparecían los finos sentidos de la mujer y de la madre, y la ronda de color completaba el romance con joven disposición de narrativa y subjetivismo. Para entonces reparamos en la justeza del prólogo de ese cuaderno inicial, en el que se apuntaba la voz íntima de Luz Machado. Al cabo de dos años, sus Variaciones en tono de amor, ensayaron, como en el diapasón de una música libre, en el ritmo moderno que ha de parecer algo desaliñado a los amigos de la cadencia, pero que se gobierna por un ritmo interior, los motivos de su delicada meditación, su espera, su comprensión del paisaje en intuitiva gracia que más que detenerse en rasgos descriptivos, en pictoricismo, acierta en calificaciones de sentimiento.

El libro que tenemos en la mesa, VASO DE RESPLANDOR, afirma, en más avanzado trecho, los dones de la poetisa. Y hasta una pauta melódica, de más acusado destino, parece guiar su canto que no ha desdeñado sus motivos propios, temperamentales, pero que los sujeta a un depurado acento, que será el que imprima la modalidad a sus poemas recientes entre los cuales constituye una prueba de

poesía humana, original, su Elegía por el Alma de las palabras, (Revista Nacional de Cultura), bella penetración en la psicología de las palabras, en las palabras limpias como las uvas verdes; en las redondas como horizonte y tierra; en las agudas, puñales de las voces; en las palabras quebradas como rayos celestes; en las oscuras que cubren pensamientos, bajo el día de la frente; en las de penumbra y las de claridad; en las de la ira, sórdidas y las del fracaso, ácidas; en las leves y en las fieles...

Creemos que en este descubrimiento del alma de las palabras, que es el de la calificación o la expresión de los sentimientos y de los sentidos, señala VASO DE RESPLANDOR un seguro hito. Tiene Luz Machado preferencia por ciertas imágenes que definen a la soledad y al amor, a la tormenta y a la esperanza, a los júbilos breves que siempre tienen al fondo como un sabor de ceniza y suelen alzar, por lo mismo, la revelación, perfilada o borrosa, de la muerte. Preferencia también por las figuras leves, por los acentos musicales, por las flores de tono albar, tal los nardos, que a veces se ponen en contraste con los toques de sombra o los paisajes en penumbra. Aquí, en su VASO DE RESPLANDOR, irían el crítico o mejor el esteta, para seguirla en su tema último, buceando en el alma de las palabras, como en el asunto de su bello poema de 1947.

Darían entonces acaso en la parábola del vaso de arcilla constelado de resplandores o en el vaso leve y primoroso hecho de un cristal tan liviano como para la estilizada figura del lirio, cuya biografía es uno de los más completos aciertos líricos de Luz Machado de Arnao, en un soneto de Antología: "Forjó el silencio en tí su arquitectura. En tí la soledad alzó su almena. Guante de roma que la brisa estrena. Sueño con breve dimensión de altura. Heraldo de la fuente y su frescura. Sepulcro del rocío y de la falena. Minutero del sol que el aire ordena, hacia el umbral del fuego y su aventura. En tí levanta el mármol su desvelo, y el palomar arremolina el vuelo, y hace la nube su estación más bella. Narciso te dejó su huella viva, y la refleja intacta, cielo arriba, el espejo remoto de la estrella".

Augusto Arias

AUGUSTO ARIAS EN CARACAS



En la Asociación de Escritores Venezolanos, Augusto Arias sustenta su conferencia acerca de la Literatura Ecuatoriana. Le acompaña el doctor Rafael Angarita Arvelo, Presidente de la A. E. V.

Con la oportunidad de su visita a Caracas, como Delegado del Ecuador a la Conferencia Educativa de la Unesco, en unión del profesor don Francisco Terán, Augusto Arias fué invitado a dictar una conferencia en la Asociación de Escritores Venezolanos y recibió varias atenciones de cordialidad y simpatía de parte de los círculos literarios y de la prensa de la capital venezolana, habiéndose ofrecido en su honor un almuerzo por la Sociedad de Escritores Venezolanos y un cocktail por el señor Encargado de Negocios del Ecuador en Caracas, manifestación a la que concurrieron elementos intelectuales y sociales y representantes diplomáticos acreditados en la Nación amiga. La prensa caraqueña dió amplia cuenta de

todos estos actos, y de ella extraçtamos algunos fragmentos al respecto:

De "EL UNIVERSAL": "Su nombre, entre los hombres de letras de su país, es uno de los familiares en Vene-

zuela. Su firma apareció ya en la Revista "Viernes", ya en las propias páginas de "El Universal". En su sección "Correo de América" fue suerte de antena de las letras venezolanas. Autor de diversos libros como "Panorama de la Literatura Ecuatoriana", "Páginas de Quito", "Luis A. Martínez", en uno de ellos, "Tres Ensayos" dedica delicado y cariñoso estudio a la obra de Teresa de la Parra. Hoy los intelectuales venezolanos debemos un homenaje de camaradería a quien ha sido devoto de nuestra cultura desde su residencia de Quito".

De "EL HERALDO": "Visita actualmente nuestro país el poeta y escritor ecuatoriano Augusto Arias, figura de relieve en la literatura americana. Augusto Arias es en justicia un valor en la cultura de su Patria y su nombre se ha difundido por todo el continente, llevando el mensaje de su voz y de su pensamiento. Espíritu acucioso y emprendedor el suyo. A través de su existencia ha realizado obra meritoria y densa, tanto en el campo de la poesía como en el del ensayo literario".

De "EL UNIVERSAL": "Uno de los actos más importantes que ha realizado la Asociación de Escritores Venezolanos en lo que va del presente año ha sido, a no dudarlo, el verificado ayer con ocasión de recibir al celebrado poeta y escritor ecuatoriano don Augusto Arias.

Al iniciarse el acto hizo uso de la palabra el crítico Rafael Angarita Arvelo presidente de la A. E. V., quien en breves frases aludió a la personalidad literaria de Augusto Arias, señalando sus trabajos en verso y prosa, los cuales le han dado lugar de preeminencia y distinción en el panorama de la literatura ecuatoriana contemporánea.

"Es un señor de las letras del Ecuador", expresó Angarita Arvelo ante la selecta y numerosa concurrencia que llenaba la sala de la institución.

Luego, con emoción de artista, con sinceridad en sus palabras, Augusto Arias dió comienzo a su charla, agradeciendo la invitación que le hiciera la Asociación de Escritores Venezolanos.

Inmediatamente presentó un panorama de la literatura del Ecuador, abarcando desde los escritores pertenecientes a los denominados "aravicos" y al cronista "Jacinto Collahuazo". Después se detuvo en referencia a la lírica ecuatoriana a través de toda su historia, haciendo alusión especial de los poetas que han marcado época en el país hermano: Arturo Borja, Ernesto Noboa y Caamaño y Humberto Fierro, de quienes leyó hermosas composiciones. También ha-

bló de la poesía humana y vegetal de su compañero de generación, Jorge Carrera Andrade.

Por momentos, con facilidad y elegancia literaria, al hacer comparaciones entre los poetas y escritores ecuatorianos y los venezolanos, recordó la obra y vida de don Santiago Key Ayala, Pedro Rivero, Rómulo Gallegos, Pedro Sotillo, Pascual Venegas Filardo, Julián Padrón, Arturo Uslar Pietri.

Al detenerse en torno a la poesía nueva en el Ecuador, Augusto Arias tuvo palabras de emoción y esperanza hacia un nutrido grupo de cultivadores del verso, haciendo énfasis sobre dos nombres que son ya firmes valores ecuatorianos: Augusto Sacotto Arias y César Dávila Andrade, de quienes leyó sendas composiciones que tuvieron la general aceptación y simpatía de la concurrencia asistente a la A. E. V.

En síntesis, las palabras de Augusto Arias en torno a una referencia sobre la literatura de su país fueron saludadas con cálidos aplausos, que vienen a sellar el aprecio y estimación de que goza el poeta Arias entre los núcleos intelectuales de Venezuela.

Al concluir el acto un grupo de intelectuales invitó a don Augusto Arias a un almuerzo que se ofreciera en su honor en el restaurant "El Taxco", al cual asistieron, entre otras personas, Rafael Angarita Arvelo, Pascual Venegas Filardo, Pedro Antonio Vásquez, el pedagogo ecuatoriano don Francisco Terán, el licenciado Luis F. Torres, Secretario de la Embajada del Ecuador en Venezuela, la señora Elba de Venegas Filardo, señora Dolly de Angarita Arvelo y las señoritas Carmen Luisa Borges Falcón y Gladys Borges Ramos.

POSESION DEL NUEVO DIRECTORIO DEL "GRUPO AMERICA"

Con motivo de la posesión del nuevo directorio del Grupo América y después de un cocktail ofrecido en su residencia por el nuevo Secretario de la Institución señor don Gonzalo Zaldumbide, se desarrolló la sesión comida anual en la que se da lectura al informe de labores efectuadas durante el año y se rinde cordial homenaje a los consocios que hubieren publicado libros.

A estos actos concurren los dirigentes de las sociedades culturales de Quito y los miembros del Grupo "Amé-

rica". En esta ocasión damos a conocer el Informe presentado por el Secretario General cesante, don Gustavo Vásquez Hurtado, quien fuera reelegido en el año de 1948, en mérito de sus importantes servicios y su entusiasmo por la vida del Grupo.

A continuación los consocios señores doctor Jaime Barrera y José Alfredo Llerena, leyeron notas bibliográficas acerca de los libros de los miembros del Grupo América pu-



En el agasajo ofrecido por el señor don Gonzalo Zaldumbide, con motivo de la posesión del nuevo directorio a los dirigentes de las sociedades culturales de la capital y a sus consocios. Figuran en la fotografía los señores Alfredo Martínez, Nicolás Rubio Vásquez, Augusto Arias, Gonzalo Zaldumbide e Isaac J. Barrera.

blicados durante el año de 1948, habiéndose terminado la sesión con las palabras pronunciadas por el nuevo Secretario, señor don Gonzalo Zaldumbide, el cual se refirió en una armoniosa prosa, a la cultura del país, a la significación del Grupo en sus largos años de labor que han ido señalándose en el aprecio de lectores presentes y distantes, y a otros aspectos de nuestras letras, entre los cuales alcanzaron un sitio los breves retratos espirituales de algunos amigos y consocios.

EXPOSICION DEL LIBRO ARGENTINO

Desde el 14 de Abril de 1948, en conmemoración del Día de las Américas, se abrió en el Salón de la Ciudad, la Exposición del Libro Argentino, organizada a iniciativa del Grupo América y con el entusiasta concurso de la Embajada del país amigo.

La Exposición del Libro Argentino despertó el mayor interés en nuestro público y con esta oportunidad se desarrolló un programa cultural en el cual tomaron parte miembros del Grupo América y otros elementos de la intelectualidad.

La Exposición fué inaugurada por el Secretario General del Grupo América señor Gustavo Vásconez Hurtado, habiendo pronunciado un elocuente discurso el Embajador de la República Argentina señor Albino Pugnalin. El señor Gonzalo Zaldumbide sustentó en este acto su conferencia acerca de "Enrique Larreta y la Literatura Americana".

Otras conferencias a propósito de motivos de la cultura argentina completaron este programa: la del doctor don Antonio Santiana sobre "Ameghino: una contribución argentina a la cultura universal"; del señor don Juan Pablo Muñoz Sanz, "El Folklore Argentino"; de la señorita María Guillermina García Ortiz "La Pampa Argentina y el concepto de espacio como factores determinativos en el alma del gaucho"; del señor don Carlos Manuel Larrea sobre "los Estudios de Antropología en la República Argentina"; del señor don Federico Trabucco, Agregado Cultural de la Embajada Argentina, acerca de "Las Bibliotecas de Buenos Aires" y del señor don Gustavo Adolfo Otero, Ministro de Bolivia, sobre el tema "La Influencia de la Universidad de Chuquisaca en la formación mental de algunos próceres argentinos".

A continuación damos a conocer las contribuciones de

las entidades culturales, las editoriales, etc., a la Exposición del Libro Argentino, anotando que una buena parte de ese fondo bibliográfico ha pasado a engrandecer la sección correspondiente de la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos que el Grupo América mantiene desde hace varios años.

El Gobierno del Ecuador destinó algunas Medallas que serán entregadas en breve a los expositores junto con los diplomas correspondientes.

Envíos de Instituciones, Casas Editoras y otras Corporaciones

- 1 Academia de Ciencias Económicas, 17 volúmenes.
- 2 Academia "Marcos Sastre", 2 volúmenes.
- 3 Ateneo Popular de la Boca, 11 volúmenes.
- 4 Automóvil Club Argentino, 6 volúmenes y 10 mapas.
- 5 Comisión Nacional de Cultura, 5 volúmenes.
- 6 Comisión Revisora de Textos de Historia y Geografía, 1 volumen.
- 7 Correo Fotográfico Sudamericano, 4 volúmenes.
- 8 Ediciones "Imán", 12 volúmenes.
- 9 Ediciones "Windsor", 4 volúmenes.
- 10 Editorial "Claridad", 54 volúmenes.
- 11 Editorial "Emete", 2 volúmenes.
- 12 Editorial "Estrada", 6 volúmenes.
- 13 Editorial "Kapeluz y Cía.", 125 volúmenes (envío dedicado al Colegio "24 de Mayo". 117 volúmenes, 7 ejemplares de estampillas escolares, 72 cuadros "La Clase Ilustrada", 37 folletos "Guías", 6 equipos de Lectura y Aritmética con 19 láminas, 1 reloj de cartón, 14 láminas de "Lenguaje", 3 láminas de "Historia" y 10 láminas "Los Arboles" (envío dedicado a la Escuela "Espejo"), 21 volúmenes y 7 láminas o carteles murales (envío dedicado al "Grupo América").
- 14 Editorial "Luis Laserre", 51 volúmenes.
- 15 Editorial "Mundo Forense", 10 volúmenes.
- 16 Editorial "Orientación Integral Humana", 20 volúmenes.
- 17 Editorial "Pan América", 38 volúmenes.
- 18 Editorial "Ricordi Americana", 20 volúmenes.
- 19 Editorial "Veritas", 8 volúmenes.
- 20 Emcece Editores S. A., 108 volúmenes.
- 21 Escuela Científica Basilio, 1 volumen.
- 22 Escuela para adultos, 1 volumen.
- 23 Imprenta López, 2 volúmenes.

- 24 Instituto Argentino de Derecho Internacional, 5 volúmenes.
- 25 Instituto de Cultura Latino Americana, 4 volúmenes.
- 26 Instituto de Medicina Legal. Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, 36 volúmenes.
- 27 Instituto de Sociología. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 5 volúmenes.
- 28 Instituto Geográfico Militar, 7 volúmenes.
- 29 Instituto Nacional de Estudios de Teatro, 15 volúmenes.
- 30 Instituto Nacional de la Nutrición, 31 volúmenes.
- 31 Librería y Editorial "Peuser", 90 volúmenes.
- 32 Librería y Editorial "Santiago Rueda", 11 volúmenes.
- 33 Revista "Ciudades y Turismo", 13 volúmenes.
- 34 Revista "Expresión", 10 números.
- 35 Revista Literaria "Disco", 9 números.
- 36 Revista "Sarmiento", 4 volúmenes.
- 37 Sociedad Anónima y de Enseñanza, Editorial "Selección Contable", 47 volúmenes.
- 38 Universidad Nacional de Córdoba, 20 volúmenes.
- 39 Universidad Nacional de La Plata. Museo "Vucetich", 6 volúmenes.
- 40 Universidad Nacional del Litoral. Facultad de Agricultura, Ganadería e Industrias afines, 18 volúmenes.
- 41 Universidad Nacional del Litoral. Facultad de Química Industrial y Agrícola, 18 volúmenes.
- 42 Universidad Nacional del Litoral. Instituto Social, 29 volúmenes.

Envíos de Autores

- Adler, María Raquel, 2 volúmenes.
- Amadeo, Octavio R., 1 volumen.
- Andia, Ernesto Daniel, 1 volumen.
- Arpessella, Luisa Antonieta, 2 volúmenes.
- Benavento, Gaspar L., 1 volumen.
- Berrutti, José J., 4 volúmenes.
- Bonet, Carmelo M., 4 volúmenes.
- Bosch, Mariano C., 11 volúmenes.
- Brand, César, 7 volúmenes.
- Brión Antonio, 1 volumen.
- Briones Arias, Oscar, 1 volumen.
- Bustos Gruning, David, 1 volumen.
- Calandrelli, Susana, 4 volúmenes.

- Capitaine Funes, Carlos, 5 volúmenes.
Casinelli, Amadeo, 3 volúmenes.
Cendrero, Orestes, 9 volúmenes.
Centrone, María Antonieta, 2 volúmenes.
Coluccio, Félix, 3 volúmenes.
Coria Melo, Esteban, 1 volumen.
Corra, Benito, 3 volúmenes.
Croce, Francisco M., 22 folletos.
Dávila H., Ramón Florino, 2 volúmenes.
De Carlo, A., 3 volúmenes.
Delia, Miguel Alfredo, 2 volúmenes.
De Lara, Felipe Fausto, 1 volumen.
Delgado, Fito, 3 volúmenes.
Del Prado, Blanca, 1 volumen.
Dibella, Francisco, 2 volúmenes.
Escobar, Eduardo, 3 volúmenes.
Ferrari Rueda, Rodolfo de, 1 volumen.
Fournier, Leonie, 7 volúmenes y un himno.
Garasino, Ana María, 1 volumen.
Garasino Brugo, Carlos, 1 volumen.
García Salaverri, Adela, 2 volúmenes.
Ghiano, Juan Carlos, 1 volumen.
Girondo, Oliverio, 2 volúmenes.
Giusti, Roberto F., 2 volúmenes.
Grisolia, Lisandro, 1 volumen.
Hernández, Fausto, 1 volumen.
Justo, Liborio, 1 volumen.
Lafleur, Néstor René, 2 volúmenes.
Martelli, Sixto C., 1 volumen.
Mosto, Emma R., 5 volúmenes.
Naubolet, León R., 3 volúmenes.
Olive, Alcira, 5 volúmenes.
Paterson, Roberto G., 9 volúmenes.
Pavlotzky, José, 1 volumen.
Paz de Sáenz, Micaela (Elena Lagar), 1 volumen.
Pedemonte, Gotardo C., 12 volúmenes.
Seigel, Lázaro, 1 volumen.
Solís, Serviliano, 1 volumen.
Trabucco, Federico E., 1 volumen.
Urbani, Jesús José, 1 volumen.
Uriburu, José Evaristo, 3 volúmenes.
Vásquez, Alder, 1 volumen.
Wilcock, J. R., 2 volúmenes.

EMBAJADA ARGENTINA

Envíos de Instituciones, Casas Editoras,
Corporaciones y Autores

Esta contribución bibliográfica pertenece actualmente a la Biblioteca de la Embajada Argentina).

- 1 Universidad Nacional de Córdoba, 20 volúmenes.
- 2 Academia Nacional de la Historia, 12 volúmenes.
- 3 Museo Argentino de Ciencias Naturales, 3 volúmenes.
- 4 Universidad del Litoral. Facultad de Ciencias Matemáticas, 45 volúmenes.
- 5 Escuela Industrial de la Nación, 27 volúmenes.
- 6 Instituto de Estabilidad, 2 volúmenes.
- 7 Universidad del Litoral. Instituto de Matemáticas, 17 volúmenes.
- 8 Universidad del Litoral. Facultad de Ciencias Matemáticas. Física, Química y Naturales aplicadas a la Industria, 18 volúmenes.
- 9 Universidad de Tucumán, 92 volúmenes.
- 10 Academia Nacional de Bellas Artes, 3 volúmenes.
- 11 Universidad de la Plata. Instituto del Museo, 20 volúmenes.
- 12 Universidad de La Plata. Facultad de Humanidad y Ciencias de Educación, 16 volúmenes.
- 13 Biblioteca de Autores Nacionales y Extranjeros referentes a la República Argentina, 13 volúmenes.
- 14 Universidad de La Plata. Facultad de Química y Farmacia, 16 volúmenes.
- 15 Universidad de La Plata. Facultad de Agronomía, 5 volúmenes.
- 16 Universidad de La Plata. Facultad de Medicina Veterinaria, 8 volúmenes.
- 17 Universidad de la Plata. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 7 volúmenes.
- 18 Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronómicas, 34 volúmenes.
- 19 Universidad de La Plata. Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas, 34 volúmenes.
- 20 Universidad del Litoral. Facultad de Ciencias Matemáticas, Físicas y Naturales, 11 volúmenes.
- 21 Universidad del Litoral. Instituto de Fisiografía y Geología, 4 volúmenes.

- 22 Universidad del Litoral. Facultad de Ciencias Matemáticas, 33 volúmenes.
- 23 Universidad del Litoral. Facultad de Química Industrial y Agrícola, 12 volúmenes.
- 24 Universidad del Litoral. Escuela Industrial de la Nación, 2 volúmenes.
- 25 Universidad del Litoral. Facultad de Medicina, 10 volúmenes.
- 26 Facultad de Ciencias Matemáticas, 3 volúmenes.
- 27 Universidad Central de Cuyo, 24 volúmenes.
- 28 Universidad Nacional de Buenos Aires. Facultad de Medicina, 41 volúmenes.
- 29 Universidad Nacional de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas, 41 volúmenes.
- 30 Universidad Nacional de Buenos Aires. Facultad de Agronomía y Veterinaria, 108 volúmenes.
- 31 Universidad Nacional de Buenos Aires. Escuela de Odontología, 16 volúmenes.
- 32 Universidad Nacional de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras, 104 volúmenes.
- 33 Academia Nacional de Bellas Artes, 5 volúmenes.
- 34 Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, 6 volúmenes.
- 35 Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 20 volúmenes.
- 36 Universidad del Litoral. Facultad de Ciencias Económicas, 33 volúmenes.
- 37 Ministerio de Obras Públicas de la República Argentina, 24 volúmenes.
- 38 Secretaría de Salud Pública, 65 volúmenes.
- 39 Secretaría de Salud Pública, 9 volúmenes.
- 40 Secretaría de Trabajo y Previsión, 4 volúmenes.
- 41 Comisión Nacional de Cultura, 46 volúmenes.
- 42 Geografía, 22 volúmenes.
- 43 Guías varias, 7 volúmenes.
- 44 Editorial "Estrada", Literatura, 60 volúmenes.
- 45 Textos Escolares Argentinos, 46 volúmenes.
- 46 Varios, 41 volúmenes.

CONCURSO LITERARIO

Con motivo de la Exposición del Libro Argentino, el Grupo América promovió un concurso literario para los escritores nacionales acerca de dos temas: Prosa, Síntesis de

Literatura Argentina y Poesía, Canto a Sarmiento. Los premios, donados por la Embajada Argentina en el Ecuador y por el Consejo Provincial de Pichincha, fueron obtenidos por el joven profesor y biógrafo señor don Darío Guevara quien obtuvo el primero de poesía por su "Canto a Sarmiento", habiéndose otorgado el segundo al poeta señor don G. Humberto Mata, y los de prosa, por importantes resúmenes de la literatura argentina, los señores don Ricardo Alvarez y don Manuel Efraín Munive, respectivamente.

VISITANTES

Los señores Jorge Bogliano, Catedrático de Literatura Americana de la Universidad de La Plata y doctor Ismael García S., Profesor de Español en la Universidad de Panamá, visitaron el Grupo América en su reciente viaje de interconocimiento de nuestros países. El señor Bogliano dictó algunas importantes conferencias acerca de las letras argentinas y el profesor doctor García aprovechó de su estadía en esta localidad para obtener varios libros de autores ecuatorianos, especialmente de literatura patria, con el fin de estudiar el proceso de la cultura en este aspecto.

VIAJE DEL SEÑOR ERNESTO LA ORDEN

El Secretario de la Legación de España en Quito, señor Ernesto La Orden Miracle, emprendió viaje de regreso a Madrid, llamado por su Gobierno para el desempeño de un importante cargo en la Cancillería. Conviene destacar la inteligente labor desarrollada por el señor La Orden en lo que se refiere a la propaganda de los valores intelectuales de España, así como a su preocupación porque se conocieran en la Península los de nuestro país. A su entusiasmo se debió la publicación de una nítida revista hispánica, así como el mejor desarrollo de la Exposición del Libro Cervantino y la Exposición del Libro Español en esta ciudad, cuyo fondo ha servido para que se estableciera en Quito la Biblioteca Hispánica. Hay que añadir que el señor La Orden escribió un libro en elogio de Quito, el mismo que será editado en breve en prensas españolas.

LIBROS RECIENTES *

Hemos recibido valiosos libros de autores ecuatorianos, últimamente editados en esta localidad y de los cuales nos

ocuparemos en próxima entrega, tales como "El Lebré del Cielo de Francis Thompson", del docto humanista Aurelio Espinosa Pólit, S. J.; la biografía de García Moreno, volumen de admirable documentación que en estos días merece elogios de la crítica, por Luis Robalino Dávila; la importante Historia del Ecuador de nuestro consocio don Oscar Efrén Reyes y el significativo estudio americanista del doctor Juan Yépez del Pozo, "El Futuro de América".

NUEVO DIRECTORIO DEL GRUPO AMERICA

De acuerdo con sus Estatutos el Grupo América eligió el siguiente directorio que regirá sus destinos durante el año de 1949:

Secretario General: señor don Gonzalo Zaldumbide;

Director del Instituto de Cultura Americana: señor don Gustavo Vásconez H.;

Directores de la Revista "América": señores don Augusto Arias, don Antonio Montalvo y don José Alfredo Llerena;

Directores de la Biblioteca de Autores Americanos: señora doña Hipatia Cárdenas de Bustamante y don Isaac J. Barrera;

Procurador: señor doctor don Emilio Uzcátegui G.;

Director de la Editorial "América": señor profesor don Oscar Efrén Reyes;

Tesorero: señor don Gerardo Chiriboga, y
Secretario de Actas y Correspondencia: señor profesor don Juan Pablo Muñoz Sanz.

LIBROS ENVIADOS A LA BIBLIOTECA DE AUTORES AMERICANOS

El Grupo América agradece a sus amigos por las obras enviadas con destino a la Biblioteca de Autores Americanos.

ARGENTINA

- Los Ferrocarriles son Argentinos.** Buenos Aires, 1948.
- Argentina en Marcha.** Tomo I. Ediciones de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual. Buenos Aires.
- Educación Común en la Capital, Provincias y Territorios Nacionales.** Año 1946. Consejo Nacional de Educación. Buenos Aires.
- Confesión de Amor, Homenaje a la Argentina,** por F. Antonio Rizzuto. Buenos Aires, 1948.
- Retorno,** por León Federico Fiel, Buenos Aires, 1948.
- Poesías,** por Bartolomé Galindez. Ediciones Resumen, Buenos Aires, 1948.
- El Yacimiento de Carbón de Río Turbio.** Publicación de la Dirección General de Combustibles Sólidos Minerales. Territorio de Santa Cruz. Buenos Aires, 1947.
- En la Frouda,** por Emma R. Mostó, Buenos Aires, 1947.
- Las Islas Malvinas son Argentinas.** Publicación Nº 1 de la Subsecretaría de Cultura. Secretaría de Educación de la Nación, Buenos Aires.
- El Libro del Destino,** por Santiago P. Scherini, Rosario Santa Fe, 1948.
- La Literatura del Brasil,** por Miguel Alfredo D'Elia. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literatura: Sección Argentina y Americana. 1948.
- Exaltación,** por Humberto Crimi, Mendoza, 1948.
- Emancipación Económica Americana,** Tomo I, por Carlos A. Warren, Buenos Aires, 1948.

- Anteproyecto de la Reforma de la Constitución Nacional.** Publicaciones del Partido Peronista, Buenos Aires, 1949.
- Constitución de la República Argentina.** Anteproyecto. Publicaciones del Partido Peronista.
- Reforma de la Constitución Nacional.** 3 Anexos. Partido Peronista.

BOLIVIA

- Estampas Bolivianas,** por Gustavo Adolfo Otero. Editado por Gisbert y Cía., La Paz. Impreso en la Argentina, 1948.
- El Pensamiento Histórico de González Suárez,** por Gustavo Adolfo Otero. Ediciones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1949.
- Temperamento, Cultura y Obra de Alcides Arguedas,** por Gustavo Adolfo Otero. Ediciones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. 1947.
- Dos Ensayos Herantológicos,** por José A. Espinosa V. Universidad de Cochabamba. Publicaciones de la Facultad de Medicina. Bolivia, 1947.
- Fracturas de la Mandíbula,** por Jorge Castaños C., Universidad de Cochabamba. Publicaciones de la Facultad de Medicina, 1947.
- Homenaje a Fray Gaspar de Villarreal.** Discursos Académicos. Comentarios de Prensa. Universidad de San Francisco Xavier, Sucre. 1948.
- El Padre Vitoria y el Derecho Internacional,** por Carlos A. Salinas B. Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca, Sucre, 1948.
- Mejoramiento del Maíz en los Valles de Bolivia,** por Martín Cárdenas y Hugh C. Cutler. Publicaciones de la Facultad de Ciencias Agronómicas de la Universidad de "San Simón" de Cochabamba. Cochabamba, 1947.
- Método de Combatir el Ulu de la Coca y su Biología,** por Rodolfo Zischka y Martín Cárdenas, Universidad de "San Simón". Publicaciones de la Facultad de Ciencias Agronómicas. Cochabamba, 1947.
- El Problema Agrario Indígena de Bolivia,** por Miguel Bonifaz. Publicaciones de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier, Sucre, 1948.

COLOMBIA

- Retratos de los Fundadores de la Biblioteca del Centenario,** por Alfonso Zawadzky C. Cali.
- Conspiración de Médicos contra el Libertador y Padre de la Patria,** por A. Zawadzky C. Imprenta Bolivariana. Cali, 1946.
- Natalicio del Libertador,** por A. Zawadzky. Cali, 1946.

- **Fechos e Subcesos de la Mia Cíudad**, por B. Matos Hurtado, Bucaramanga, 1948. Biblioteca Santander.
- **Colombia y su Pueblo**, por Fernando Arias Ramírez. Ensayo de Sociología Política. Manizales, 1947.
- **Primer Censo Industrial de Colombia**. 1945, publicado por la Contraloría General de la República. Estadística Nacional. Dirección General del Censo. Bogotá, 1948.
- **Abismo Florecido**, por Wenceslao Montoya, Editorial Granamérica, Medellín, 1948.
- **Alegria y Nostalgia del Retorno**. Cuadernillo de Poesía, selección y notas de Jorge Montoya Toro, Universidad de Antioquia.
- **Estudios Históricos**, por Ignacio Rodríguez G. Pasto, 1946.
- **Coros del Alba**, por Jorge Sánchez Camacho. Universidad Javeriana. Editado en 1944.
- **La Bruja de las Minas**, por Gregorio Sánchez Gómez. Cali, 1947.

BRASIL

- **Diretrizes Partidárias**, por J. A. Pinto do Carmo. Río de Janeiro, 1948.

COSTA RICA

- **Los Quirós en Costa Rica**, por Ernesto Quiros A. San José de Costa Rica, 1948.
 - **Opúsculo Primero**: A los amantes de la libertad.
 - **Opúsculo Segundo**: Contra la Moral Cristiana, la Moral Jesuita.
 - **Opúsculo Tercero**: Misa, Ayuno, Confesión.
 - **Opúsculo Cuarto**: ¿Quiénes son los Liberales?
 - **Opúsculo Quinto**: Las Garantías Sociales.
- Ediciones de la Junta Central de Costa Rica, 1943.

CUBA

- **Apuntes para un Estudio de la Obra de Amanda Labarca**, por Emma Pérez. Universidad de La Habana.
- **El Amor Perfecto**, por Ramón S. Varona. Editorial Selecta. Ayestaran, Habana.
- **Poesía IV. Isla en las Islas**, por Alberto Baeza Flores. Ediciones de la Poesía Sorprendida en Cuba. La Habana, 1946.
- **Jardines del Crepúsculo**, por Mercedes Torrens de Garmendia, Vedado, Habana.
- **Poesía V. Nuevas Elegías en el Caribe**, por Alberto Baeza Flores. Ediciones de la Poesía Sorprendida en Cuba. Habana.
- **La Política Educacional del doctor Grau San Martín**, por Emma Pérez. Ministerio de Educación. Dirección de Cultura. La Habana.

- Premios de Cenáculo**, por José Manuel Poveda. Publicaciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura. La Habana, 1948.
- Pasión de Cuba**, por Manuel de la Cruz, Ministerio de Educación. Dirección de Cultura. La Habana, 1947.
- Martí**. Próceres, héroes y mártires de la Independencia de Cuba, por Federico Henríquez y Carvajal. Publicaciones de la Editorial Qisqueya. 1945.
- Spoliarium**. Prosas de Dolor y Evocación, por Miguel A. Macau. Veedado, Habana. Editado en México, 1948.

CHILE

- Boletín de Leyes y Decretos del Gobierno**, 2 boletines, de Setiembre y Octubre de 1947.
- Recopilación de Reglamentos con Indices por Ministerios y Materias**. Tomo I. Anotación y recopilación de Carlos Oportus Durán. Edición Oficial. Contraloría General de la República.
- Oda Fúnebre**, por Miguel Arteche, Santiago.

ECUADOR

- El Trimestre Estadístico del Ecuador**. 1946-47. Ministerio de Economía.
- Geografía del Ecuador**, por Francisco Terán. Quito.
- Pensamientos**, por Juan Viteri Durán. Quito.
- Eva Lavalliere**, por Víctor M. Amoroso, S. O. Cuenca.
- Homenaje a Cervantes**. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay. Cuenca.
- Las Bases Científicas de los Bancos de Sangre**, por Benjamín Wandemberg. Quito.
- Índice General y Clave de la Legislación**, 2 volúmenes, de Enero a Junio y de Julio a Diciembre de 1948, por J. Vicente Villota y D. Quito.
- Mercurial Eclesiástica**, por Juan Montalvo. Biblioteca Ambateña. Colección Torrente. Envío del Concejo, Ambato.
- La Trascendencia de las Reuniones Interamericanas**, por Teodoro Alvarado Garaicoa. Publicaciones de la Universidad de Guayaquil.
- Lecturas Amenas**, por Carlos Bolívar Sevilla. Ambato.
- Gaceta Municipal**. Órgano del Concejo Municipal de Quito.
- Penumbra**, por Eduardo Félix. Quito.
- El Canto del Destino**, por Jacinto Cordero Espinosa. Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay. Cuenca.
- Informe a la Nación**, por Raúl Clemente Huerta, Ministro del Tesoro. 1948.
- Memorándum sobre el Problema Fronterizo entre el Ecuador y Perú**.

- en el Sector de Lagartococha - Güepí, por Rafael Alvarado. Quito.
- Cuenca. Monografía Histórica, por Víctor Manuel Albornoz. Cuenca.
- Los Grupos Sanguíneos de los Indios del Ecuador, por Antonio Santiana. Universidad Central. 1947.
- ¿Cómo debemos Enseñar?, por Antonio Santiana. Universidad Central. 1948.
- Pasado y Presente del Indio Ecuatoriano, por Antonio Santiana. Universidad Central. Quito. 1948.
- Mármoles Líricos, por Remigio Tamariz Crespo. Ediciones de la Municipalidad de Cuenca.
- Informe del Director de Asistencia Pública al Ministro del Ramo. Quito.
- Rocafuerte y la Epidemia de Fiebre Amarilla, por Pedro José Huerta. Guayaquil.
- Política Diferencial, por Pablo Alfonso Vásconez. Quito.
- Calabozo 51, por José Joaquín Silva. Editado en Editorial "Claridad" de Buenos Aires.
- La Obra Legislativa del Congreso Ordinario de 1948. Informe del Presidente Manuel Sotomayor y Luna.
- Cantos Heroicos, por Cristóbal Cevallos Larrea. Riobamba.
- Mensaje al País, por Galo Plaza, 1º de Enero de 1949.
- El Sabio Maldonado ante la Posteridad, por Alfredo Costales Cevallos. Editado en la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito.
- Informes y Conclusiones del 2º Congreso de Delegados de Trabajadores Afiliados a la Caja del Seguro. Instituto Nacional de Previsión. Quito.
- El Gobierno del señor Galo Plaza. Octubre a Diciembre de 1948.
- José María Rodríguez, por Vicente Moreno Mora. Publicaciones de la Municipalidad de Cuenca. 1948.
- Un Mensaje a García, por Elbert Hubbard. Ediciones del Ministerio de Previsión Social. Quito.

EL SALVADOR

- Origen Centroamericano de las Altas Culturas Precolombinas, por Jorge Larde y Larín. San Salvador.

ESTADOS UNIDOS

- Handbook of South American Indians, Vol. 3. Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology. Washington, 1948.
- A Comparative Racial Study of the Papago, by Norman E. Gabel. University of New Mexico Publications in Anthropology. Albuquerque, 1949.

- The Facts Behind the Berlin Crisis**, by Ferdinand Kuhn Jr. Washington Post, 1948.
- Soberanía e Independencia en el Nuevo Mundo**, por William Sanders. Unión Panamericana, Washington, D. C., 1948.
- The Strategy and Tactics of world Communism**. Committee on Foreign Affairs Washington, 1948.
- Libros de los Estados Unidos**, Division of Libraries and Institutes Office of International Information and Cultural Affairs Department of State. Washington, 1947.
- Books on Science**. National Academy of Sciences: National Research Council Washington.
- Rural Social Organization in a Spanish American Culture Area**, by Sigurd Johansen. University of New Mexico Publications. Albuquerque, 1948.
- Teacher Qualifications and School Attendance in New Mexico, 1918-46**. University of New Mexico, Albuquerque, 1948.
- The Inca Concept of Sovereignty and The Spanish Administration in Peru**, by Charles Gibson. The University of Texas. Institute of Latin American Studies, 1948.
- Some Educational and Anthropological Aspects of Latin America**. The University of Texas. Institute of Latin American Studies, 1948

ESPAÑA

- Día de la Hispanidad**. Publicaciones del Seminario de Problemas Hispanoamericanos. Madrid, 1948.

GUATEMALA

- Anaité**. Novela, por Mario Monteforte Toledo. Editorial "El Libro de Guatemala". Fondo de Cultura de la Municipalidad. 1948.
- Entre la Piedra y la Cruz**. Novela, por Mario Monteforte Toledo. Editorial "El Libro de Guatemala". Guatemala, 1948.
- La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala**. Breve recuento de sus labores al cumplir sus Bodas de Plata. Guatemala, 1948.

HONDURAS

- Copantl**. Jardín Maya "La Concordia", por el Arq. Augusto Morales y Sánchez. Tegucigalpa, 1947.

MEXICO

- Dos Discursos y un Poema**, por Alfonso Ramírez, Félix Palavicini y

- Manuel Rugeles. Editado por la Sociedad Bolivariana de México. México, 1947.
- El Presidente Arévalo y el Retorno a Bolívar**, por Pedro Alvarez Elizondo. Ediciones Rex, México, 1947.
- Los Exámenes Universitarios del doctor José Ignacio Bartolache en 1772**, por la Universidad Nacional Autónoma de México. 1948.
- Pastoral**, por Sara de Ibáñez. Ediciones Cuadernos Americanos. 1948.
- Meditaciones sobre México**. Ensayos y Notas, por Jesús Silva Herzog. Ediciones Cuadernos Americanos. 1948.

PERU

- El País Inefable**, por Antenor Samaniego. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Instituto de Periodismo de la Facultad de Letras. Lima, 1948.
- Por la Ruta de la Confederación Americana**, por Rafael Larco Herrera. Lima, 1948.
- Memorias**, por Rafael Larco Herrera. Lima, 1947.

PUERTO RICO

- Sinfonía Lírica**, por José Marín. Impreso en los Estados Unidos.

REPUBLICA DOMINICANA

- Idea del Valor de la Isla Española**, por Antonio Sánchez Valverde. Editora Montalvo. Ciudad Trujillo, 1947.
- Anuario Bibliográfico Dominicano, 1945**. Oficina de Canje y Difusión Cultural. Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores. 1947.
- Sánchez**, por Ramón Lugo Loyatón. Biblioteca Dominicana. Sección de Canje y Difusión Cultural. Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes. 1947. Ciudad Trujillo.
- Reseña Geográfica, Histórica y Estadística de la República Dominicana**, por Vicente Tolentino Rojas. Dirección General de Estadística. Ciudad Trujillo. 1948.
- Folklore de la República Dominicana**, por Manuel José Andrade. Tomo I. Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo. Ciudad Trujillo. 1948.

RUSIA

- Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas**. Impreso en México. 1948.

URUGUAY

- Los Mayas, por Edgardo Ubaldo Genta. Montevideo, 1948.
Poesías Completas, por Juan Carlos Abellá. Montevideo, 1948.
Los Ruiseñores Ciegos, por Julio Garet Mas. Montevideo, 1947.
Mensaje de Humanidad, por Conrado Rodríguez. Montevideo, 1948.
Letras, por Dardo E. Clare. Durazno, 1947.

VENEZUELA

- Cuadernos Literarios de la "Asociación de Escritores Venezolanos":
En Fuga Hacia la Gloria y Carlos J. Bello, El Sabio Olvidado, por
J. L. Salcedo B. y Oscar Yanes. Caracas, 1947.
Contribución al Estudio del Cuento Moderno Venezolano, por Pastor
Cortés.
Por el Mundo Sociólogo de Cecilio Acosta, por J. L. Salcedo B.
La Dolida Infancia de Perucho González, por José Fabbiani Ruiz.
Cuaderno de Buena Voluntad, por Rafael Clemente Arráiz.
Tiempo y Poesía del Padre Borges, por Rafael Angarita Arvelo.
Los Alegres Desahuciados, por Andrés Mariño Palacio. Editorial Bolívar.
Caracas.
Constitución Nacional, promulgada por la Asamblea Constituyente de
1947. Ministerio de Educación Nacional. 1948.

INDICE

	Pgns.
América, Relaciones internacionales	5
Gonzalo Zaldumbide, Larreta y la Pampa	7
Gonzalo Zaldumbide, El Gaucho y su Pampa	26
Gonzalo Zaldumbide, La novela de nuestras serranías	32
Juan Pablo Muñoz Sanz, Del folklore argentino: bailes e instrumentos musicales	35
Antonio Santiana, Una contribución argentina a la cultura universal: Ameghino	55
Carlos Manuel Larrea, Los estudios de Antropología en la República Argentina	67
Maria Guillermina García Ortiz, La Pampa argentina	84
Gonzalo Zaldumbide, "Horizontes"	100
Gonzalo Zaldumbide, Carta Inédita	104
Gonzalo Zaldumbide, El "García Moreno" de Luis Robalino Dávila	109
Gonzalo Zaldumbide, Inauguración de la Biblioteca Hispana	117
Gonzalo Zaldumbide, Quito honra la memoria de su fundador	124
Gustavo Adolfo Otero, Las grandes figuras de la oratoria boliviana	132
César Espindola Pino, La voz espectral	154
Alfredo Martínez, El Hemisferio Occidental	156
Juan Yépez del Pozo, Biografía de Espejo	159
Gustavo Vásconez H., Informe del Secretario General del Grupo América	170
Jaime Barrera B., Notas sobre libros de socios del Grupo América	178
Isaac J. Barrera y Augusto Arias, Bibliografía	182
Crónica: Augusto Arias en Caracas. Posesión del nuevo Directorio del Grupo América. Exposición del Libro Argentino. Concurso Literario, Visitantes, Viaje del señor Ernesto La Orden. Libros recientes. Nuevo Directorio del Grupo América	190
Libros enviados a la Biblioteca de Autores Americanos	202